

INSTITUTO DE ALAJUELA

SEGUNDA ENSEÑANZA

1879



Libro del Centenario  
de  
Juan Santamaría

1831 - 29 de agosto - 1931

— y —

algunas otras páginas cívicas de Alajuela

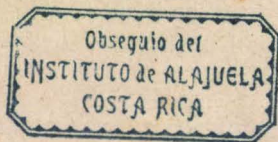


IMPRESA NACIONAL  
SAN JOSE, COSTA RICA

1934

*M. Ang. Zúñiga R.*

CENTENARIO  
DE  
JUAN SANTAMARIA.



Se ruega acusar recibo  
Se ruega acusar recibo

INSTITUTO DE ALAJUELA

SEGUNDA ENSEÑANZA

1879



Libro del Centenario  
de  
Juan Santamaría

1831 - 29 de agosto - 1931

— y —

algunas otras páginas cívicas de Alajuela

**BIBLIOTECA**  
DE LA  
**ASAMBLEA LEGISLATIVA**

IMPRENTA NACIONAL  
SAN JOSE, COSTA RICA

1934

229 071 0

**NON NOBIS NATI SUMUS, NAM PARTEM VINDICAT PATRIA**

Esta sentencia de Cicerón servía de lema al primer periódico de Costa Rica, NOTICIOSO UNIVERSAL, 1833. Los editores la tradujeron así:

*«No hemos nacido los hombres para nosotros mismos sino para ser útiles a nuestros semejantes».*

El NOTICIOSO UNIVERSAL se editó en Alajuela del N° 70, 26 de abril de 1834, al N° 115, 7 de marzo de 1835.

MONUMENTO AL HEROE COSTARRICENSE  
EN LA CIUDAD DE ALAJUELA



Obra de Croisy, alegorías de Gustave Deloye, fundido por A. Durenne.  
Esta estatua fué inaugurada el 15 de setiembre de 1891

## Nota del Director del Instituto

Recoge el Instituto de Alajuela en este libro y las ofrece a la juventud costarricense, algunas de las manifestaciones de alto civismo que se produjeron con ocasión del Centenario de Juan Santamaría, 29 de agosto de 1931.

En esa fecha nuestro colegio se convirtió en centro de la ciudadanía costarricense y llevó a cabo, mediante la colaboración del Gobierno y de las mejores intelectualidades del país, una brillante serie de actos patrióticos que tuvieron verdadero carácter de apotheosis. Cumplió así una de sus fundamentales exigencias sociales el colegio y vió sus esfuerzos coronados por el mejor de los éxitos. Nunca se habían visto en Alajuela festejos tan hermosos y constructivos ni nunca antes de entonces la ciudad había vivido, gracias a la labor de su Instituto, horas de más intenso fervor ni de tan exquisita espiritualidad.

Desgraciadamente no podemos incluir en el libro todo lo que se escribió y dijo; dificultades editoriales y de recopilación del material nos obligan, muy a nuestro pesar, a dejar fuera, páginas que hubiéramos querido insertar pero que no hemos tenido a mano; pedimos cumplidos perdones y esperamos que las deficiencias se excusarán en vista de lo difícil que resulta recoger todo lo que se produce en una oportunidad como la dicha.

En cierto modo este libro es una continuación del bellísimo tomo publicado en 1926 por don Luis Dobles Segreda con el sugestivo título de "El Libro del Héroe". Como aquél, éste también es un libro de amor que prueba la devoción de Alajuela y de Costa Rica por sus héroes y por sus tradiciones, y su manera de entender la patria.

En la segunda y en la tercera parte de este volumen se han reunido algunos estudios que interesan al costarricense afanoso por escudriñar en el pasado de su patria los elementos creadores del minuto presente y las fuerzas que han de forjar el futuro: datos acerca de las instituciones de la provincia; modestas biografías de alajuelenses importantes en nuestra historia; problemas que debe plantearse el ciudadano, cualquiera que sea su posición social o política. Esas páginas deben ser leídas, meditadas y completadas por los jóvenes, especialmente por los jóvenes de Alajuela: son ejemplo y son estímulo; son un llamado a las fuerzas nuevas para recordarles el deber en que están de prepararse para ocupar dignamente el puesto que el destino les señale en esta labor infinita de superación y de bien público que debe ser la divisa de todo costarricense.

Haber nacido en Alajuela es un privilegio, dada la hermosa tradición de la provincia, como aquí se demuestra; luchar por dar brillo y honor a la patria y vivir con la aspiración de interpretar la misión de nuestro Continente y de nuestra Raza, es ser buen alajuelense. Que el amor al pequeño terruño nos llevará a lo grande, a lo eterno.

Este libro, verdadera siembra de ideas e inquietudes, se presenta con la noble ambición de promover entre los jóvenes el deseo de colaborar en la creación de ese estado superior de cultura que es una patria libre y feliz; al presentar, aunque en forma deficiente, lo hecho por los abuelos, se hace justicia a los viejos y su mejor defensa; pero también contraen grave compromiso los jóvenes conscientes de la enorme responsabilidad que significa el vivir en un país tan profundamente democrático y culto como Costa Rica.

Antes de terminar esta nota debo dejar constancia de la gratitud del Instituto y en general de la ciudad de Alajuela hacia el Licdo. don Teodoro Picado, verdadero artífice del homenaje a Juan Santamaría y a cuyos esfuerzos y perseverante labor y raras dotes de inteligencia y acendrado patriotismo tanto deben nuestro colegio y nuestra nación.

*Salvador Umaña*

Alajuela, 11 de abril de 1934.

PRIMERA PARTE

**Centenario del nacimiento  
de Juan Santamaría**



# Acta de Bautismo de Juan Santamaría

Francisco Pereira

Vicario Foráneo y Cura de esta Parroquia

Certifico en forma Canónica: que en el libro de partidas de bautismo, marcado con el nº 5, al folio 63, se encuentra la partida que dice:

«En la St.<sup>a</sup> Ig.<sup>a</sup> Parroql. de la C. de S. Juan Nep.<sup>o</sup> de la Alaj.<sup>a</sup>, a veintinueve de agosto de mil ochocientos treintauno.—Yo el Presb.<sup>o</sup> C. José Ant.<sup>o</sup> Oream.<sup>o</sup> Thte. de Cura de este Benef.<sup>o</sup> Bapticé solemte. a Juan M.<sup>a</sup> h. de Man.<sup>a</sup> Gayego, nació hoy, mad.<sup>a</sup> la C. Micaela Jiménez, a quien advertí su oblign. y parentc.<sup>o</sup> espiritual y lo firmo —por ausente y como Cura, Gabriel Padilla.— Al margen dice: Juan M.<sup>a</sup> de p. n. c.»

Es conforme.

Dada en la ciudad de Alajuela, a diez de setiembre de mil ochocientos noventa y uno.

Francisco Pereira

Rodolfo Ardón  
Secretario

INFORMACION AD PERPETUAM  
PARA COMPROBAR CUAL FUE EL LUGAR EN QUE SE  
HALLABA LA CASA EN QUE NACIO JUAN SANTAMARIA

Señor Juez Civil:

Yo, Teodoro Picado Michalski, mayor, casado, abogado, vecino de aquí, respetuosamente expongo:

1º—Con el objeto de que quede constancia legal de la verdadera ubicación de la casa en que nació Juan Santamaría, respetuosamente promuevo ante Ud. la inspección ocular e información de testigos que seguidamente expreso:

2º—Pido a Ud. que se sirva constituirse en asocio de su secretario al frente de la finca que adelante se describe, de la que es dueña doña Inés Sibaja Soto, mayor, divorciada, de ocupaciones domésticas, vecina de San José, finca inscrita en el Registro de la Propiedad, Partido de Alajuela, bajo el número 71560, tomo 1013, folio 438, asiento 2, que es hoy terreno sin cultivo, situado en esta ciudad, en la esquina que forman las calles de la Plaza de Ganado y de Juan Santamaría, con los siguientes linderos: Norte y Este, las calles públicas citadas; Sur y Oeste, propiedad de la referida señora Sibaja Soto.

3º—Constituído Ud. en el lugar expresado, testigos que presentaré, con vista de la propiedad descrita, declararán sobre los siguientes extremos:

a) Sobre generales de ley, expresando su edad;

b) Dirán como es cierto y les consta que en la referida propiedad se encontraba la casa en que vivía la señora Manuela Galyego, conocida también como Manuela Gallego, como Manuela Gallego Santamaría o Manuela Santamaría Gallego y también Manuela Carvajal (à) Santamaría, madre de Juan Santamaría, el heroico tambor de la Guerra Nacional, e indicarán aproximadamente el lugar en que dicha habitación se hallaba;

c) Dirán como es cierto y les consta que la mencionada señora vivió por muchos años en la casa de que se hace mención, siendo en ella donde nació Juan Santamaría.

4º—Como las presentes diligencias se promueven con una finalidad puramente cívica e histórica, los declarantes expondrán cualesquiera datos que amplíen o aclaren los extremos a que se contrae su dicho.

5º—Acompaño el testimonio de la escritura de la adquisición de la finca referida, a fin de que se tome nota de ella, en lo conducente, y se me devuelva.

Renuncio notificaciones.

Alajuela, 5 de agosto de 1931.

(f) *Teodoro Picado*

---

Señor Juez Civil:

Yo, el suscrito Agente Fiscal del circuito judicial de Alajuela, respetuoso vengo a manifestar: para quienes han negado la existencia del heroico tambor nacional, esta información va a decirles en su aspecto propiamente material, que fué cierta esa valiosa vida y que el terreno en que estuvo ubicada la casa en que vivió el héroe aún guarda los resplandores de su gloria y su recuerdo. Que vengan ancianos del tiempo en que vivió el *Erizo* a patentizar con su dicho la verdad de los hechos que se pretende probar; para lo cual Ud. se dignará señalar día y hora, como se ha solicitado. Desde luego, acojo con todo cariño esta información, y la apoyo en todas sus partes.

*Rogelio Salazar S.*  
Agente Fiscal

Alajuela, 6 de agosto de 1931.

---

Con una hoja de este sello y una escritura pública lo presentó el señor Agente Fiscal, a las nueve de la mañana del seis de agosto de mil novecientos treinta y uno.

*Córdoba, Prosrío.*

Juzgado Civil, Alajuela, a las siete de la mañana del siete de agosto de mil novecientos treinta y uno.

Como se pide: constitúyase el infrascrito Juez en la finca que se indica y recibase allí la información solicitada, para todo lo cual se designan las doce del día de hoy, artículos 743 y siguientes del Código de Procedimientos Civiles.

*Luis Castaing Alfaro*

*Ramón Lombardo Fernández*  
Srio.

Seguidamente notifiqué el auto anterior, en este despacho, a los señores promotor de estas diligencias y al Agente Fiscal de la provincia, y firman ambos.

*Lombardo Fernández, Srio.*

*Teodoro Picado*

*Rogelio Salazar S.*

En la ciudad de Alajuela, a las doce del día siete de agosto de mil novecientos treinta y uno. El infrascrito Juez Civil de la provincia, acompañado por los señores Director del Instituto de Alajuela, Licdo. don Teodoro Picado, promotor de estas diligencias; Gobernador de la Provincia, don Aristides Agüero; Comandante Militar de la Plaza, Coronel don Ezequiel Fonseca; Inspector Provincial de Escuelas, don Mario Agüero; Intendente Municipal, don Mariano Rodríguez; directores de las escuelas Superior de Niñas N° 1, Superior de Varones N° 2, y República de Guatemala, don Manuel Ardón, don León Vargas y don Arturo Agüero, respectivamente; profesores del Instituto, señorita María E. Cabezas, don Jesús Ocaña, don Gonzalo Sánchez Bonilla, don Francisco González Sibaja, don Manuel Alberto Coto, don Juvenal Valerio, don Euclides Chacón, don Miguel Romano y don Jorge Luis Solera, don Carlos Cabezas, Secretario del Instituto, don Miguel Angel Quesada, Secretario de la Gobernación; representante de La Tribuna, don Carlos Calvo Fernández, y del Diario de Costa Rica, don Francisco Picado; señora doña Venus Porras de Arana, y señores don José Joaquín Sibaja García, don Luis Sibaja G., don Joaquín Sibaja Martín, don Carlos Luis Porras, don Eduardo Porras, don Herminio Sibaja, don Eduardo Corella, don Carlos Fernández h., don Luis Torres, don Angel Alvarez Maroto, don Jenaro Fernández, don Carlos López, don Juven Porras, don Joaquín Soto, don Matías Rojas, don Cirilo Jiménez, don Abel González, don Rafael Angel Barrantes, don Plutarco Porras, don Benjamín Herra, y los estudiantes de años superiores del Instituto: señorita Zulema Solano, y señores Fernando Paniagua, Juan Rafael Trejos, Miguel Rodríguez, José Fernández, Guillermo Bolaños, Guillermo Ortiz, Fernando Soleira, Espiritusanto Salas, Enrique Ocampo, Manuel Felipe Ramírez y César Rojas, se constituyó en el terreno que forma la finca inscrita en el Registro Público, Sección de la Propiedad, tomo mil trece, folio cuatrocientos treinta y ocho, bajo el número setenta y un mil quinientos sesenta, asiento dos, a nombre de doña

Inés Sibaja Soto, y después de haber constatado que en realidad dicho terreno es el que forma la finca en cuestión, con la advertencia de que por el rumbo Norte colinda, calle en medio, con la plaza Esquivel, procedió a juramentar a los testigos presentados, señores don Ramón Lorenzo Cabezas Carrillo, don Magdalena Alvarez Murillo, don Casiano, don Eulogio y don José Porras González y don Remigio Saborío Alfaro, y después de haberlos enterado de las penas del falso testimonio, dijeron llamarse como está escrito y ser casados los dos últimos, y viudos los otros; de ochenta y dos, ochenta y cinco, ochenta y seis, setenta y ocho, ochenta y dos y setenta y dos años de edad, respectivamente, agricultores el primero, tercero y sexto, artesanos los otros y todos vecinos de esta ciudad, sin que les comprendan las generales de ley con la parte interesada. Luego procedió a examinarlos, separadamente, con arreglo a las preguntas b y c, que dicen literalmente: "Dirán como es cierto y les consta que en la referida propiedad se encontraba la casa en que vivía la señora Manuela Gayego, conocida también como Manuela Gallego, Manuela Gallego Santamaría o Manuela Santamaría Gallego, y también Manuela Carvajal, alias Santamaría, madre de Juan Santamaría, el heroico tambor de la Guerra Nacional, e indicarán aproximadamente el lugar en que dicha habitación se hallaba. c) Dirán como es cierto y les consta que la mencionada señora vivió por muchos años en la casa de que se hace mención, siendo en ella donde nació Juan Santamaría", contestaron también por separado: a la primera, que es cierto el contenido de ella; que la casa estuvo ubicada hacia la esquina que forman las dos calles que limitan el terreno por el Norte y por el Este, y que la puerta de entrada daba a la calle del Norte; y a la segunda, que también es cierto, con la salvedad de que personalmente no les consta que en dicha casa naciera el tambor Santamaría, pero que sí lo afirmaban así en forma pública y notoria personas veraces y dignas de crédito a quienes constaba el hecho. Respecto a lo indicado en el párrafo 4º del referido memorial, manifestaron: el primero, señor Cabezas, que conoció perfectamente a Manuela Gallego, por cuya casa pasaba casi todos los días cuando iba a un potrero perteneciente a familiares del declarante, potrero que quedaba donde es ahora la plaza de ganado; que Juan Santamaría trabajó en la casa de don Pedro Saborío Alfaro, quien era pariente del testigo; que antes de salir para la guerra ya era Santamaría tambor, porque en esa época todos los domingos, a la salida de misa, se hacían públicas las resoluciones gubernativas por medio de un bando,

cuya lectura era precedida por redobles de tambor que tocaba Santamaría; el segundo, señor Alvarez, que conoció bien a la madre de Juan Santamaría y al hijo de ésta, Rufino. De Juan conserva un recuerdo muy vago; el tercero, don Casiano, expresa que conoció muy bien a Juan Santamaría, quien estuvo encalando la casa de habitación de la familia del declarante, poco antes de iniciarse la Guerra Nacional; que conoció a Manuela, a Rufino y a Joaquina su hermana; la primera acostumbraba vender ponche a orilla de la barrera en las corridas de toros de las fiestas; que una vez terminada la campaña del año 56, los soldados y oficiales de Alajuela que regresaban a su ciudad referían como hecho absolutamente cierto el acto heroico de Santamaría; el cuarto, don Eulogio, expresa que conoció a Manuela Gallego, quien era una mujer de cabello ondeado, de ojos *gatos*; que Rufino era blanco, panzón, narigudo, de ojos negros, que aplanchaba ropa; que Joaquina era morena, alta, de cabello rizado, con aspecto de guanacasteca, aficionada al trago; que al lado Oeste de la casa de Manuela vivía su hermana Pilar, apodada "Mocos". Leída que les fué a los testigos la anterior declaración la aprobaron, y todos, junto con las partes y el Prosecretario, la firmamos.

*Luis Castaing Alfaro.—Ramón L. Cabezas.—Magdaleno Alvarez.—José Porras G.—Eulogio Porras G.—Casiano Porras G.—Remigio Saborío.—Teodoro Picado.—A. Salazar S., Agente Fiscal. José R. Córdoba, Prosrío.*

Se entregaron estas diligencias al interesado el 8 de agosto de 1931.

*Córdoba, Prosrío.*

1831 - 1931

PROGRAMA GENERAL DE LOS FESTEJOS CIVICOS  
organizaóos por el INSTITUTO DE ALAJUELA  
en Conmemoración del Centenario de JUAN SANTAMARIA

VIERNES 28

- 12 m. Solemnes vísperas. La Banda Militar recorrerá las principales calles, anunciando el comienzo de los festejos.
- 5 p. m. Recreo en el Parque Santamaría. Juegos deportivos y diversiones populares.
- 8 p. m. Retreta de gala.
- 9 p. m. Darán comienzo alegres bailes populares y de la Comparsa del Alacrán, amenizados por la Banda Militar y por marimbas guanacastecas.
- 12 de la noche. Disparo de veintiuna bombetas.

SABADO 29

- 5 a. m. Veintiún cañonazos anunciarán la gloriosa fecha del Centenario y la Banda Militar recorrerá las calles de la población.
- 8 a. m. Gran desfile histórico de las compañías Juan Santamaría (Instituto de Alajuela), Juan Rafael Mora (Liceo de Costa Rica), General José María Cañas (Liceo de Costa Rica), General José Joaquín Mora (Colegio de San Luis Gonzaga) y Coronel Juan Alvaro Ruiz (alumnos de las escuelas de Alajuela). El itinerario que seguirá el desfile será el siguiente: punto de partida, Plaza Iglesias, rumbo al Este hasta la esquina de don Ricardo Acosta; rumbo al Sur, hasta el Hotel América; rumbo al Este, hasta la esquina de don Raúl Acosta; rumbo al Norte, hasta la esquina de la Botica Oriental de don Eliecer Sibaja; rumbo al Este, hasta la esquina de don José Joaquín Sibaja; rumbo al Norte, hasta la Plaza Esquivel. Las Bandas Militares de San José, Cartago, Heredia y Alajuela ejecutarán en el desfile marchas históricas.

- 9 a. m. Inauguración de la Fuente Conmemorativa construída en el sitio en que nació Juan Santamaría. Dicha fuente es obsequio del Colegio de San Luis Gonzaga, y al acto concurrirán el señor Presidente de la República con su Gabinete y los demás altos Poderes, así como las principales autoridades civiles, militares y eclesiásticas.
- 1 p. m. Himnos Centroamericanos ejecutados por cuatro bandas en el Parque Central.
- 2 p. m. Apertura de la Exposición Histórica organizada en el Instituto de Alajuela.
- 5 p. m. Recreo por la Banda Militar de Heredia. Elevación de globos.
- 8 p. m. Gran retreta de gala a cuatro bandas, que se iniciará con la ejecución del Himno Nacional y de los toques de Ordenanza, dirigida por el Director General de Bandas, Coronel don José Santiesteban Repetto.
- 9 ½ p. m. Alegres bailes por la Comparsa del Alacrán, amenizados por la Banda Militar y por marimbas.

### DOMINGO 30

- 5 a. m. Dianas por la Banda Militar de Alajuela.
- 8 a. m. Misa de Campaña en el Parque Santamaría.
- 9 a. m. Carreras de bicicletas: Plaza Esquivel.
- 10 ½ a. m. Match de Foot Ball en la Plaza Esquivel.
- 2 p. m. Match de Basket Ball en el Gimnasio del Instituto.
- 5 p. m. Recreo de gala por la Banda Militar de Heredia.
- 7 ½ p. m. Retreta por las bandas de Heredia y Alajuela.
- 9 p. m. Juegos pirotécnicos en la Plaza Esquivel: simulación de la quema del Mesón de Guerra.

### LUNES 31

- 5 a. m. Dianas por la Banda Militar de Alajuela.
- 8 a. m. Carrera de Maratón a Echeverría. Punto de salida Plaza Esquivel.
- 9 a. m. Gran match de Foot Ball entre primeras divisiones.
- 12 m. Desfile de carrozas.
- 2 p. m. Solemne Te Deum en la Catedral con asistencia de las principales autoridades de la provincia.
- 3 p. m. Carreras de caballos. Calle de la Concepción.



- 5 p. m. Recreo de gala por las bandas de Heredia y Alajuela.
- 8 p. m. Retreta de gala por las bandas de Heredia y Alajuela.
- 9 p. m. Alegres bailes de la Comparsa del Alacrán amenizados por la Banda Militar y por marimbas.

Notas.—El 29 a las 9.30 p. m. habrá un baile social y el 30 un baile obrero, ambos en el Salón Municipal.

El 29 después del desfile histórico habrá ventas públicas alrededor del Parque Central, en el que se instalarán marimbas guanacastecas, traídas especialmente para el acto.

En el Centro Internacional y en la Liga Deportiva Alajuelense habrá fiestas sociales en los demás días a partir del lunes 24.

Alajuela, 22 de agosto de 1931.

*El Comité de Festejos*



CENTENARIO DE JUAN SANTAMARIA



El Presidente de la República y su Gabinete en el balcón del Palacio Municipal de Alajuela, presenciando el desfile escolar del 29 de agosto de 1931

## EL HOMENAJE AL HEROE

Crónica publicada en la revista  
EL MAESTRO, agosto de 1931

La celebración del centenario del natalicio del héroe nacional, Juan Santamaría, dió motivo a los más bellos y significativos festejos cívicos que se hayan celebrado desde hace tiempo. Durante la semana del veinticuatro al treinta de agosto próximo anterior, la ciudad de Alajuela, tierra del inmortal soldado, desplegó todo su entusiasmo en un derroche de civismo encantador, y dió asilo a todos los estudiantes de la República que llegaban a brindar su tributo de admiración al patriota humilde, y quizá, así debe esperarlo el espíritu optimista del educador, a hacer la promesa de mantener a su Costa Rica libre como la heredáramos de los abuelos valientes.

Las principales corporaciones nacionales tomaron parte en esos homenajes. La escasez de espacio con que contamos en la revista sólo nos permite referirnos a las actividades escolares que son las que más han de interesar a los maestros.

La actividad probada siempre del señor Secretario de Educación parece que se contagia a todos los servidores de la enseñanza, que viéndose apoyados en todas las iniciativas nobles por este maestro de verdad, se sienten con impulsos para emprender los más altos esfuerzos. En toda su vida de maestro, el señor Secretario ha dado primordial preferencia a la educación cívica de la juventud; de Director del Liceo de Costa Rica, lo recordamos efectuando bellísimas fiestas de civismo y dirigiendo a los jóvenes exhortaciones realmente patrióticas; hoy, ya en su puesto de Secretario de Estado, crea asignaturas para que las juventudes conozcan la sociología y la legislación costarricense e impulsa con todas las fuerzas de que es capaz estas nobles iniciativas tendientes a la formación de ciudadanos conscientes de sus destinos y los destinos del país.

Para los festejos de cada colegio se designó un día especial realizándose todos los actos cívicos en el Instituto de Alajuela, para cuyo Director, Licdo. don Teodoro Picado, sólo puede tener *El Maestro*, las más sinceras expresiones de gratitud, ya que tan eficazmente contribuye él al desarrollo cívico de sus jóvenes alumnos. Todo el personal del Instituto de Alajuela merece, en rea-

lidad, un elogio sincero, por los esfuerzos realizados en pro del éxito de estos festivales.

Los actos civico-escolares se iniciaron con los efectuados por la Escuela Normal de Costa Rica. Llamó sobre todo la atención la majestad y orden con que los alumnos de ese plantel desfilaron por las calles de Alajuela, y las bellas dramatizaciones que llevaron al escenario del Instituto.

En tren especial se trasladaron a la ciudad de Alajuela los profesores y alumnos de la Escuela Normal de Heredia, para tomar parte en la celebración de la Semana Cívica.

Hubo desfiles, juegos deportivos y una asamblea en la Sala Magna del Instituto, actos que estuvieron a cargo de los alumnos de la Escuela. La asamblea constituyó un acto cultural hermosísimo, pues en él ejecutaron originales dramatizaciones alusivas al motivo de los festejos.

El martes, el Colegio de San Luis, de Cartago, realizó un hermoso desfile y efectuó una lucida asamblea. Los alumnos de este colegio obsequiaron a la ciudad de Alajuela con un significativo obelisco que se colocó frente al sitio de la casa de Juan Santamaría.

A las nueve de la mañana del miércoles entró a la ciudad del Erizo, en lucida formación, el Liceo de Costa Rica. Inmediatamente se organizó un precioso desfile en el que participaron los alumnos del Instituto de aquella ciudad; este desfile imponente se dirigió hacia la estatua del Soldado, y al pie de ese monumento, los alumnos del Liceo entonaron himnos patrióticos. El desfile siguió luego hacia la casa donde nació el Héroe, cantando allí el Himno Nacional y el 11 de Abril. Los alumnos del Liceo efectuaron también varios juegos deportivos y una bella asamblea en la que participaron algunos de los señores profesores de ese plantel.

Una delegación de alumnas y todo el personal del Colegio Superior de Señoritas visitó el jueves la ciudad del Héroe. Dejando el tren se emprendió marcha hacia el Instituto, atravesando una doble hilera formada por los jóvenes y señoritas del Instituto, quienes mostraban una magnífica disciplina y una seriedad dignas del acto en que servían al prestigio del Instituto y al de su país.

A las diez de la mañana el Colegio de Señoritas puso en práctica, en el escenario del Instituto, el siguiente programa:

Himno Nacional.

Palabras: Sra. Directora.

Primero de Mayo: Coro de alumnas del Colegio. Música, José Campabadal; letra, Juan Fernández Ferraz.

Canto Sonoro: Recitado por su autor, Hernán Zamora Elizondo.

a) Episodio heroico: alumnas del Colegio. Dramatización por Anastasio Alfaro y Hernán Zamora Elizondo.

b) Apoteosis: letra de Justo A. Facio; música de Julio Fonseca.

La Leñadora: letra de J. J. Salas Pérez; música de Julio Fonseca.

Himno del Colegio.

Los festejos del viernes le correspondieron al Instituto de Alajuela.

Se organizó para la noche del viernes una velada en la cual el cuadro artístico del colegio representó el ensayo dramático original del Prof. don Jesús Ocaña, titulado "El Erizo".

En la mañana se efectuó la asamblea organizada también por los alumnos del colegio; se cantaron los Himnos Nacional, de Juan Santamaría, de Juan Rafael Mora, compuesto por el Maestro Coto y con letra de Carlos Luis Sáenz, y el Himno a los Héroes de la Campaña Nacional, letra de Miguel González Soto y música de Gonzalo Sánchez Bonilla.

Se representaron varios actos de la Campaña Nacional y luego el Licdo. don Alejandro Alvarado Quirós dictó una interesante conferencia. Una sección de la escuela Juan Rafael Mora, de San José, asistió a la asamblea y tomó parte en varios números del programa. Una numerosa y selecta concurrencia asistió a ese acto.

El sábado concurrieron a Alajuela todos los colegios de la República. Pocas veces un desfile más imponente ha conmovido una ciudad. Las señoritas del Colegio Superior y del Colegio de San Luis, lucían trajes de campesinas costarricenses. Los muchachos del Liceo formaban un batallón realmente solemne. Ese día concurrió también a Alajuela el elemento oficial.

Concluida esa semana cívica queda en el alma de los estudiantes la certidumbre de la gloriosa hazaña y el noble entusiasmo para servir al país en el puesto que a cada uno le brinde su suerte.

## EL GRANDIOSO HOMENAJE RENDIDO AYER EN ALAJUELA A LA MEMORIA DE JUAN SANTAMARIA

Crónica del diario LA TRIBUNA,  
30 de agosto de 1931

Más de diez mil personas se dieron cita en la ciudad del Héroe, que ofrecía un aspecto imponente.

Los alumnos y alumnas de los colegios de segunda enseñanza desfilaron en traje de campesinos.

Presidió los festejos el Presidente de la República y concurrieron el elemento oficial, Cuerpos Diplomático y Consular, los representantes de los otros poderes, las municipalidades, los colegios etc.

Crónica completa de estos festejos que harán época en los anales de la historia.

Los festejos cívicos ayer en Alajuela, para la celebración del centenario del nacimiento del héroe nacional Juan Santamaría, revistieron una solemnidad y esplendor que hará época en la historia de esa ciudad. Millares de personas se dieron cita en Alajuela llegando en varios trenes especiales y en centenares de vehículos de todas clases, que daban un aspecto de inusitada animación a la ciudad. Y no podía menos de ser así, puesto que en Juan Santamaría ve el pueblo costarricense el símbolo de su amor a la libertad consagrado en el bronce que desde hace cuarenta años se levantó en memoria del "tambor" humilde que supo encarnar en una hora decisiva para Costa Rica el espíritu de valor y sacrificio de nuestro pueblo.

*La concurrencia.*—Desde muy temprano de la mañana, las ocho, hora en que llegamos a la ciudad, Alajuela presentaba un aspecto imponente. Todas las casas habían sido adornadas con banderas nacionales, con guirnaldas y con flores, y en todos se notaba entusiasmo desbordante. Ya a esa hora había gentes de los diversos cantones de la provincia y principiaban a llegar los trenes, automóviles y camiones que conducían a los miles de ciudadanos de las provincias de San José, Heredia y Cartago. Toda esa gente se congregaba en el parque, artísticamente adornado, o bien frente al Instituto. El Director de ese establecimiento, Licdo. don Teodoro Picado, jinete en brioso corcel, recorría las calles

EL DESFILE FUE MARAVILLOSO



Las alumnas del Colegio de San Luis Gonzaga (Cartago), vestidas de campesinas costarricenses, pasan frente al monolito «Fuente de Libertad»



«Enjambre juvenil de camisitas blancas y enaguas vistosas»  
(Alumnas del Instituto de Alajuela)



ultimando los preparativos de la fiesta. Como se sabe, fué él el organizador y el alma de esta celebración.

La concurrencia iba aumentando continuamente, y minutos antes de que los festejos se iniciaran, podría calcularse que había congregadas frente al Instituto, en el parque y en las diversas plazas, no menos de diez mil personas.

*Llegada de los colegios.*—A las nueve de la mañana, en trenes especiales, hicieron su llegada a la ciudad los alumnos de los colegios de segunda enseñanza de todo el país. Su desfile marcial constituyó una de las notas más interesantes. Fueron recibidos en la estación por las bandas militares, y de ahí se dirigieron a la Plaza Iglesias en donde se organizó el desfile.

*Campesinas y soldados.*—Los jóvenes alumnos de esos planteles iban vestidos con el traje típico de nuestros "patillos": en camisa y con sombrero de palma, de ala levantada; su aspecto debió recordar indudablemente a los ancianos que presenciaron su paso, el de aquellos otros "conchos" que antaño fueron a defender la patria contra la invasión filibustera.

Las señoritas vestían el traje clásico de nuestras campesinas: enaguas de vivos colores, camisa de gola escotada y el rebozo en los hombros.

Las que vestían estos trajes típicos eran las alumnas del Colegio de Señoritas, del Liceo de Costa Rica, del Instituto de Alajuela y del Colegio de San Luis.

Las de la Escuela Normal llevaban elegante uniforme azul y blanco.

*Los regimientos "Juan Santamaría".*—Otro número muy interesante fué la entrada a la ciudad de los regimientos denominados "Juan Santamaría", "Juan Rafael Mora" y "Juan Alfaro Ruiz". Uno era formado por alumnos del Instituto de Alajuela, el otro por alumnos del Liceo de Costa Rica, y el tercero por los del Colegio de San Luis. Portaban los viejos rifles que en las campañas del 56 y del 57 sirvieron para salvar el honor nacional.

*Llegada del elemento oficial.*—Minutos después llegaron en automóviles oficiales el señor Presidente de la República, todos sus Secretarios de Estado, los miembros del cuerpo diplomático y del consular, los representantes del Poder Legislativo, los del Poder Judicial, las delegaciones municipales de la provincia y otras comisiones. Todos fueron recibidos por el Gobernador, señor Agüero, por el Comité Organizador y por la Municipalidad de Alajuela, pasando al Palacio Municipal, desde donde presenciaron el desfile.

*El desfile.*—A las once de la mañana se inició desde la Plaza Iglesias el gran desfile, uno de los más bellos que hayamos presenciado. Lo encabezaba una cabalgata de alegres jinetes, traqueados de campesinos. Las cabalgaduras iban adornadas con guirnaldas de colores. Llamaron la atención en ese grupo los tres primeros: en el centro, montada en un toro "carguero", la gentil señorita Claudia Soto, alumna del Colegio de Señoritas; a sus lados los jóvenes Fernando Fernández y Santiago Roldán, en briosos caballos. La señorita Soto manejaba con gran destreza el toro que montaba y al cual hacía trotar en la forma en que lo hemos visto hacer a nuestros sabaneros, con toda despreocupación y soltura.

Seguía la banda de San José, que precedía el desfile de los escolares de la ciudad de Alajuela, debidamente uniformados y formando con sus gorras los colores de las banderas centroamericanas. Los primeros portaban en su debido orden las diversas banderas que Costa Rica ha tenido desde su dependencia de España hasta hoy. La bandera de España llevaba una inscripción que decía: "nuestra primera bandera". Seguía una blanca con un escudo y la inscripción: "Estado de Costa Rica"; y encima una leyenda: "Nuestra primer bandera propia". A continuación la bandera de la República Federal de Centro América y por último la actual.

Venía en seguida un automóvil artísticamente adornado, portando armas empleadas en la campaña nacional. A continuación una carroza con una alegoría interpretando la frase de nuestro himno, que dice: "verás a tu pueblo valiente y viril la tosca herramienta en arma trocar". En un solio una bella señorita representaba la Patria, defendida por soldados empuñando el rifle, y a los pies de éstos, un campesino empuñaba las herramientas que laboran la tierra.

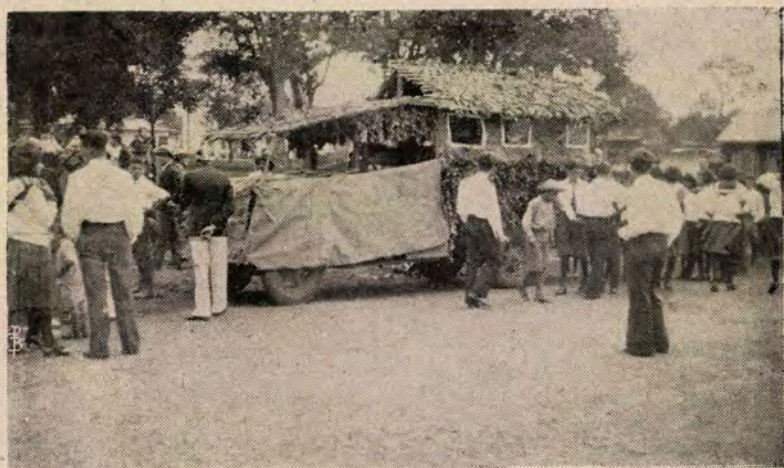
Tras de la carroza iban los señores Magistrados y Diputados que llevaban la representación de esos Poderes.

Seguía la banda de Heredia, que precedía el desfile de los colegiales. Lo encabezaban las alumnas del Colegio de Señoritas, traqueadas todas de campesinas; luego una delegación del Colegio Seminario, integrada por un grupo de jóvenes debidamente uniformados y por varios profesores de ese plantel; a continuación los alumnos del Liceo de Costa Rica; los alumnos de la Escuela Mercantil Manuel Aragón. Otra banda, la de Cartago, iniciaba el desfile de los alumnos y alumnas de la Escuela Normal, cuya disciplina resaltó especialmente; los seguían los alumnos y alum-

CENTENARIO DE JUAN SANTAMARIA



Bergantín «Once de Abril»  
Carroza de la Escuela Superior de Niñas N<sup>o</sup> 1, Alajuela



Una casa de campo costarricense.  
Carroza de la Escuela Normal de Costa Rica, Heredia

nas del Colegio San Luis Gonzaga de Cartago; para cerrar el desfile de los colegiales, las alumnas y alumnos del Instituto de Alajuela; las primeras en traje de campesinas y los otros en traje de patillos. Venía a continuación una carroza conmemorativa de la hazaña del Erizo. Personificado por un gracioso morenito el soldado Juan erguía su figura con la tea y el rifle en la actitud inmortalizada por el bronce. Delante de él, el General Cañas, representado por otro jovencito, montaba bizarramente un pequeño caballo. Detrás del héroe una bella señorita de la sociedad alajuelense representaba a Costa Rica llevando en sus delicadas manos una corona de laureles que ofrendaba a Juan Santamaría. Atrás otras bellas damitas representaban todos los cantones de la provincia de Alajuela. Esta carroza llamó verdaderamente la atención tanto por la hermosura del símbolo como por la fidelidad con que éste fué investido.

A esta carroza seguía el Secretario de Seguridad Pública, señor Quirós, y el Estado Mayor. Luego el Cuerpo de Cadetes de San José.

Cerraban el desfile una representación del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de San José, que ocupaban una de las bombas; una delegación de la Cruz Roja Costarricense y tres hermosas carrozas de la Escuela Normal de Heredia; en la primera ocupaban lugar damitas de la sociedad herediana y representaban la coga de café. Otra era un rancho típico costarricense, y la tercera, el bergantín Once de Abril.

*Frente a la estatua.*—El desfile salió, como hemos dicho, a las once de la mañana de la Plaza Iglesias. Pasó por el Palacio Municipal y llegando a la estatua de Juan Santamaría las diferentes secciones hicieron una pausa para depositar cada una su respectiva corona al pie del bronce de Juan Santamaría. Entre las ofrendas florales depositadas allí, anotamos las siguientes: Presidente de la República, Poder Judicial, Poder Legislativo, Cuerpo Diplomático, Cuerpo Consular, Municipalidad de Alajuela, Instituto de Alajuela, Colegio Seminario, Liceo de Costa Rica, Colegio de Señoritas, San Luis Gonzaga, Escuela Normal, diversas Secretarías de Estado, Municipalidades de la provincia de Alajuela, Partido Republicano Nacional, Venerable Clero, Obispo de Alajuela, Partido Nacionalista, Cuerpo de Bomberos Voluntarios, Cruz Roja Costarricense y algunas otras.

*Inauguración de la Fuente de la Libertad.*—El desfile se colocó en debida formación en la Plaza Acosta. La tribuna oficial se levantó precisamente en el lote en que estuvo ubicada la casa

en que nació el héroe. Ese lote ha sido convertido en un parquecito en cuyo centro se levanta la Fuente de la Libertad, obsequiada por el Colegio San Luis Gonzaga de Cartago a la Municipalidad de Alajuela y en memoria del inmortal héroe.

Las Bandas Militares de San José, Heredia, Cartago y Alajuela, bajo la dirección del Maestro Repetto, ejecutaron el Himno Nacional, que fué cantado por más de mil setecientos colegiales, todos los que participaron en el desfile. Acto continuo, el Jefe de Estado descubrió el velo que tapaba la Fuente de la Libertad y la inmensa concurrencia aplaudió.

*Discurso del Director del Colegio de San Luis Gonzaga.*— El joven Licdo. don Gonzalo Ortiz pronunció el siguiente discurso en nombre del Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago: “Señor Presidente: señores: Los alumnos del Colegio de San Luis Gonzaga de la villa blasonada de fidelidad y paz me han discernido el alto honor de ofrendar en este momento al Instituto de la ciudad que no tiene en su morral cívico ningún pergamino ni escudó como lo tiene Cartago, sino el más triunfal título que haya podido conquistar, el de Ciudad Heroica, este tosco monumento de fuerte roca, la que surge indómita y bravía, igual que aquel rasgo glorioso que hoy en gran apoteosis celebra Costa Rica entera.

Es casi desconocido en la historia de los pueblos que forman el universo aquellos que no hayan conquistado sus libertades con sangre y no guardan gestas triunfales que sirvan de ejemplo a la posteridad. Los hombres han inmortalizado las más enardecidas victorias y para perpetuar su memoria reverenciada las han cristalizado en el mármol a los héroes de la ciencia, y en el bronce a los héroes de la guerra. Y así, con la grandeza maravillosa de la obra de un artífice, se recuerdan hechos inmarcesibles. Pero hay algo que pasa a la historia, que no se resume en el mármol ni se condensa en el bronce. Ese algo atractivo y sublime, son las palabras que en última sencillez han logrado conmover a los espíritus más estrechos con su elocuencia avasalladora que hace caer de rodillas ante el recuerdo de la epopéyica añoranza. Los pueblos esculpen en los cerebros de sus jóvenes la remembranza de las frases gloriosas con que se han engrandecido sus fuentes cívicas. La historia nos refiere cómo esas palabras han estado siempre en boca de los consagrados, y es por eso mismo que entre nosotros tiene más fuerzas de entusiasmo y más aleteos de águila la modesta frase del soldado Juan, el más humilde y valiente del Viejo Ejército.

En las Termópilas se pronunciaron las palabras que significaron el poder de un pueblo: "Id y decid a Esparta que hemos muerto por defender sus leyes". Tal dijo Leónidas llenando toda una época. "Id y decid a tu rey, tu señor, que estamos aquí reunidos por la voluntad del pueblo y que no saldremos sino en las puntas de las bayonetas", exclamó Mirabeau, y esa oración simboliza la fecha sublime en que se conquistaron los derechos del hombre. En Castillejos, Prim arengó a sus soldados: "Esas mochilas son vuestras y podéis abandonarlas, pero no esa bandera que es la de la Patria". Y Prim venció. El Genial Ambicioso a cuyo imperio se sometieron miles de almas y muchas naciones, en una de sus campañas dió la orden del día: "Soldados, ese es el sol de Austerlitz". Fué allí en la Moscowa poco antes de una triunfal jornada. "Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber". La historia no concibe aquella victoria sin oír de labios de Nelson la frase soberbia. Aquí en América el Libertador también perpetuó su epopeya en unas pocas palabras esplendorosas: "Soldados: Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo". Todos esos elocuentísimos pasajes marcan los hechos más sublimes y llenos de luz. Leónidas, Napoleón, Bolívar, Prim, grandes generales que han conseguido que el resplendor de sus charreteras y el fulgor de sus arreos se mantengan clarísimos al través de sus plabaras. Nelson, quien con su frase inspirada en el recuerdo de la patria, supo teñir de sangre el proceloso mar y darle la victoria a la vieja Albión. El francés que sin ser guerrero tumbó con su mágica verba un odioso despotismo, que señaló una nueva era para la humanidad oprimida. Todos, grandes adorados por los hombres y consagrados por la historia. Y en este pedazo de tierra querida, no fué un gran general, ni un sorprendente almirante, ni un demagogo vencedor quien llenó las páginas de nuestra elocuencia. Fué el más humilde soldado de un ejército lleno de coraje, de valor; fué un tambor quien inundó los aires con su frase digna de estar al lado de los inmortales; fué el tamborcillo Juan que tuvo la inspiración divina de hacer majestuosa su palabra. "Yo voy, pero cuidado de mi madre" dijo Juan Santamaría en el campo de batalla, poco antes de caer, como un cóndor en pleno vuelo, por la patria.

No fué el 15 de setiembre de 1821 cuando Costa Rica obtuvo su independencia. No podía ser. Nuestro país es un pueblo libre y las naciones que no son de esclavos no conquistan sus derechos si no es a costa de sangre.

Fué en el 56 cuando al rechazar al bucanero se consiguió la

independencia; fueron nuestros abuelos que lucharon por una patria libre a quienes les cabe el honor de habernos legado este jirón de tierra. Fueron ellos los únicos que podrán pedirnos cuenta de cómo hemos conservado este troquel de esperanzas y de grandezas que se llama Costa Rica y que siempre debemos estar dispuestos a defender alumbrados por una tea encendida que nos indica el sendero de nuestro deber. Fuente de Libertad, reza la inscripción del monumento que aquí en nombre del Colegio de San Luis os entrego. Fuente de Libertad porque rememora los días tristes y gloriosos en que nuestra vida fué amagada para convertirla en existencia de siervos. Fuente de Libertad, porque así como apagará la sed del caminante, será un grito constante que nos trazará el camino de independencia que debemos seguir siempre. Fuente de Libertad, porque aquí Costa Rica aprendió a defenderla.

¡Qué importa, señores, la discusión sobre la vida de Santamaría! Santamaría simboliza la más grande epopeya que haya tenido nuestro pueblo. Santamaría enseña al universo cómo con hechos maravillosos es posible rechazar la más cruel y bárbara de las invasiones. Santamaría demuestra cómo de lo más hondo del pueblo brotan en esta tierra de labriegos sencillos las más bellas y elocuentes frases, que ante la humildad de su grandeza, contritos y devotos, repetimos sin cesar.

Hoy hace cien años que nació un hombre. Llegó al mundo, no en un rayo de luz, ni envuelto en leyendas, un humildísimo infante que siendo luego un tambor adolescente, abatió un poder de foragidos con el fuego de la materia que se trocó en fuego del espíritu y que todavía nos alumbrá porque todavía somos libres. He dicho”.

*Discurso del Secretario de Seguridad Pública.*—En nombre del Poder Ejecutivo, el Secretario de Seguridad Pública, don Arturo Quirós, pronunció el siguiente discurso:

“El Gobierno de la República, en cuyo nombre tengo el honor de hablar, se une con entusiasmo al homenaje que Alajuela hace a la memoria del soldado Juan, cuyo centenario se celebra hoy y cuyo principal festejo está en el caluroso sentimiento de simpatía, de admiración y de gratitud hacia el hijo de esta noble provincia que de las filas redentoras salió un día, en hora augusta, a poner la tea incendiaria en el reducto filibustero y a regar con su sangre el campo de gloriosa y cruenta batalla que lo ha hecho ascender en alas de la gratitud nacional al templo de la inmortalidad.

Hace hoy un centenar de años que los ojos de un niño humilde se abrieron a la luz en esta tierra del valor y la nobleza; hace setenta y cinco años que esos ojos se cerraron para siempre, cortado el hilo de su vida terrenal por el plomo filibustero.

Hace hoy cien años que tuvo arranque su modesta existencia. Ni él ni nadie podía adivinar en su semblante, la augusta misión a que estaba destinado. Su infancia fué serena e incolora y su juventud fué tronchada por el heroico sacrificio ofrendado en el altar de la patria. Vino al mundo ignorado, y murió glorioso.

De aquí salió con su rifle al hombro, con el corazón henchido de patriótico coraje y con el anhelo férvido de salvar a la patria amenazada; y al caer como un bravo entre la sangre, cenizas y escombros, levantó el mejor título de nobleza que ostenta Alajuela y que enaltece a Costa Rica.

Juan nació y vivió pobre y murió legando el capital más grande y más envidiable que en la vida se puede conseguir y que es la inmensa y vívida gratitud nacional; hijo del pueblo, sencillo, silencioso, plácido, muere transformado en mártir glorioso; sus cenizas bajaron a la tierra en modesta forma y su figura se levanta hoy en bronce que moldeó la gratitud nacional; fué un soldado en las filas redentoras y hoy es el redentor; fué bueno y hoy es grande; fué valeroso y hoy es inmortal.

Bendita sea su memoria y bien haya el pueblo alajuelense que hoy le rinde este homenaje que santifica la gratitud nacional”.

*Discurso del Diputado don Otilio Ulate*, en representación del Congreso y de la Municipalidad de Alajuela.

“El Congreso Constitucional cuya representación ahora invito, y la Municipalidad de este cantón central, en cuyo nombre vengo a agradecer del modo más vivo el obsequio de esta Fuente de la Libertad, se asocian al sentimiento nacional en este día en que de cien años llega a nosotros el resplandor de la antorcha que se encendió, en medio de una noche trágica, en la mano sagrada de un héroe.

Cien años han ido labrando y puliendo la figura simbólica del joven atrida,alzada en las perspectivas solemnes de la gloria. Ya está hecha, para que la contemplan, deslumbrándose, los ojos de los hombres. Ya está definitivamente consagrada, a despecho de los iconoclastas, de pie sobre su altar de mármol eterno, y escucha los himnos épicos y se envuelve en el humo azul de incienso propiciatorio y contempla las marchas rituales de los guerre-



ros, y mira humedecerse de orgullo los ojos de los ancianos y de ternura los ojos de los niños y de pasión los ojos de las doncellas. Es como un Dios tutelar de la Patria libre y sin mancilla.

Los pueblos antiguos divinizaban así a los hombres. Los pueblos de ahora queremos humanizar a los dioses. Queremos traerlos a nosotros, porque ya no sabemos ir a ellos. Pero de todos modos, el culto a los que en la vida han transpuesto los límites de las ordinarias capacidades humanas, no se pierde en el curso de la evolución, que incesantemente pide guías, reclama ejemplos, necesita normas; y los dioses de hoy son conceptos que enseñan y símbolos que hablan.

Costa Rica, que nació amamantada por la Libertad, que en ella creció y en ella se hizo pura y sencilla, dulce y fuerte, que procee hijos libres como ella, enseñándolos en su seno —que nunca fué de esclava —a amar sobre todas las cosas la dignidad del brazo sin grillete y del espíritu sin sombras; Costa Rica, que inviste a sus hijos con un fuero santo como ninguno y que les transmite el más noble y alto de los atributos humanos para que por él sepan vivir y morir, tiene esta figura extraordinaria de Juan Santamaría como la más fiel representación de su alma y de su sangre, como el más precioso símbolo de su vida, como la más radiante expresión de su propio ser histórico y humano...

El héroe epónimo de nuestra patria no es un férreo mariscal, deslumbrante de charreteras y galones, nimbado de relámpagos, de pie sobre vencidos cañones y rotos clarines, en alto un poderoso sable ensangrentado; no es un Aquiles invulnerable y dominador; no es un César Imperator, soberbio y omnipotente; es un muchacho campesino, semidesnudo y ágil,—modelado en el bronce de las milenarias razas oscuras que asaetaron el jaguar en la selva virgen y levantaron templos de piedra blanca al sol de los trópicos; es un hijo del viento oloroso de las montañas y de la sementera en flor; que jugó de niño con las guijas de la barraca y se bañó en la linfa del cristal de los ríos y que escuchó cantar a los pájaros en la libre anchura de los cielos azules; es un cachorro de la naturaleza, que aprendió a saltar por las breñas bajo el granizo de las borrascas y a cruzar los llanos bajo el fuego del día, y que se hizo a dormir bajo las noches claras llenas de luceros y tendido sobre la tierra tibia, abrazada a ella como al pecho de una madre, apretado amorosamente a su entrañas ubérrimas, respirando su fragancia fecunda, sintiendo el latido misterioso de los gérmenes, escuchando en secreto las voces eternas de la vida.

Hijo de la tierra, como a una madre la amó, con amor de la médula de sus huesos, con amor de los músculos de su carne, con amor de las luces de su espíritu. Y con los ojos embriagados de horizonte, vió la tierra materna y amada, suya, toda suya y en un silencioso juramento que ella sólo pudo escuchar, a ella se entregó, todo entero, para más allá de la vida y de la muerte.

Un día le llamaron a la guerra. El soldado Juan pidió un tambor. Redoblando en el cuero estirado, estremecía los aires con rugido de amor, que iba a golpear los lejanos senos de los montes y que la tierra le devolvía, respondiéndole en los ecos augustos de lo infinito, voz de la madre tierra, de la amada madre tierra, que escuchaba a su hijo.

Hijo de la tierra, hijo de la gleba, fruto del campo, sangre del pueblo, Santamaría es emblema de la más heroica y de la más santa expresión del amor: el sacrificio. No ama quien no sabe morir por el amor. ¡Formidable misticismo que ha hecho los santos, los mártires, los conquistadores y los redentores! ¡Todos los que han amado y salvado a la humanidad, han sabido morir!

Y el símbolo se hace perfecto en la manifestación plástica de la muerte del radiante gañán, hecho héroe en el instante del holocausto. No va a vencer, va a morir, pura y diáfana a morir. Y no empuña una lanza, ni un fusil, ni una ametralladora. Empuña y blande una antorcha, fuego que incendia y lumbre que ilumina.

Así se yergue frente al Destino y lo desafía y lo acobarda y pasa por encima de él, incendiando y alumbrando, con la llama y la luz de su hachón homérico que arde sobre todo el Continente. El soldado Juan no fué un soldado, fué mucho más que eso, fué un arcángel exterminador y anunciador. Miguel y Gabriel a un tiempo, que a la vez que castigó con purificador castigo a los réprobos que hollaban el seno virginal y sagrado de su madre infinita, la tierra de todos su amores, proclamó a los hombres de América el claro amanecer de un espléndido día. Su brazo alzado a la gloria del martirio, por el ansia celeste de libertad, era el brazo de todos los humildes, de todos los desamparados, de todos los hambrientos de justicia, de todos los sedientos del reino de los cielos, de todos los benditos por Jesús.

Algo mucho más hondo y más trascendente que un alto y noble sacrificio por la independencia de la patria oprimida, por la dignidad de la bandera ultrajada, por la integridad del territorio amenazado por la alevosía del invasor extranjero, significa y expresa el hecho extraordinario del insigne muchacho costarr-

cense que incendió el mesón en la histórica jornada. Mucho más que eso, algo que tiene un sentido mucho más humano y más universal todavía, preconiza y señala la hazaña inmortal, que penetra gloriosamente en el tiempo, para decirnos, cien años después, enfrente de las angustiosas inquietudes del día presente, cuál es la Verdad de Justicia y de Amor que él defendió entonces y que nosotros necesitamos defender todavía. La amenaza y el agravio, la conculcación y el despojo, la ignominia y la afrenta no vienen de una bandera contra otra bandera, ni de una nación contra otra nación. Pero es evidente que los vientos del privilegio y del abuso soplan aún sobre el mundo. La iniquidad forcejea por atar y por ahogar la garganta de los débiles; la codicia se obstina en enyugar el cuello de los menesterosos, la soberbia quiere pisar la frente de los humildes, el mal lucha encarnizadamente por dominar al bien y las alas negras del egoísmo baten sobre la estrella del amor. La lucha es la misma, a través de los años y los siglos, y no se puede vencer, si, como lo supo el Erizo, no se sabe morir. El sacrificio es la consumación del destino, del amor de los hombres y de los pueblos. Así, sacrificado por la redención de sus hermanos Juan Santamaría es inigualada proeza en el pasado, y augusto símbolo en el porvenir. Y este hombre es nuestro. El soldado Juan es Costa Rica.

En esta sencilla ceremonia ciudadana, en que la ciudad que fué la cuna del héroe se corona de laurel, ufana de su hijo, y acoge con gratitud vivísima y coloca con unción esta piedra votiva que señala el sitio designado por los dioses propicios a la Patria para que en él naciera un hombre inmortal, en esta hora solemne y austera, no son los clarines bélicos ni los cañones retumbantes, ni las guirnaldas de rosas ni los cantos reverentes, los que harán mejor la honra, el recuerdo y el elogio del mártir, que murió, por el amor, cosa aún más grande todavía que morir por el deber.

Es en los corazones y en los pensamientos de los hombres de ahora en donde ha de honrarsele y bendecirsele en toda la altura de su ejemplo y en toda la gloria de su enseñanza.

Cuando el espíritu vacile, vengamos junto a esta fuente, que la ciudad de Alajuela recibe del Colegio de San Luis Gonzaga de la ciudad de Cartago, como el mejor presente que pudiera hacerse en un día como éste, y calladamente meditemos y comprendamos lo que él nos dijo cuando alzó el brazo y levantó su antorcha, y calladamente juremos a nuestra propia dignidad saber hacer lo que él hizo, si un día el Amor y la Justicia piden un paso al frente, resueltos a morir por nuestros hermanos.

## DESFILAN LOS COLEGIOS

Liceo de Costa Rica



Los estudiantes hacían de soldados; en camisa y con sombrero de palma, de ala levantada. Llevaban los viejos rifles del 56 que sirvieron para salvar el honor nacional

Instituto de Alajuela



También hubo desfiles en que nuestros alumnos lucían su elegante uniforme blanco y azul

Entretanto, regocijémonos en este júbilo y en esta gloria que son gloria y júbilo de Costa Rica que hoy se recrea en su hijo muy amado, en el que tiene todos sus orgullos y todas sus complacencias. Y sea la llamarada de la antorcha inextinguible del soldado Juan, como el fuego sagrado de la Libertad, perennemente encendido en los altares de la tierra materna. Todos los costarricenses velemos noche y día junto a él y sepamos guardarlo y mantenerlo, para que siempre a su calor florezca y con su luz se ilumine ésta entrañablemente adorada heredad de nuestros padres, libre, inquebrantablemente libre, y bendita de generación en generación y por los siglos de los siglos”.

*Himno a Juan Santamaría.*—Siguió luego la ejecución del Himno a Juan Santamaría por las cuatro bandas militares y bajo la dirección del Maestro Repetto. Todos los colegiales lo cantaron, así como gran parte del numeroso público. Al final fueron numerosos los aplausos.

*Condecoración del Profesor Picado.*—A continuación, y frente a la Fuente de la Libertad se procedió a condecorar con una medalla de oro al Licdo. don Teodoro Picado, Director del Instituto de Alajuela; colocaron una medalla en su pecho, así como una banda con los colores del pabellón nacional, las señoritas María Isabel Ardón y Sarita Rodríguez. El Diputado don Otilio Ulate hizo el ofrecimiento del homenaje pronunciando las siguientes palabras, antes de ser colocada la medalla en el pecho del Licdo. Picado:

“El homenaje que para cerrar el acto cívico va a tributar ahora la ciudad de Alajuela, es de los que por merecidos y por justos, llevan consigo la unánime simpatía: cristalizan en él sinceros y diáfanos sentimientos: la gratitud, el reconocimiento de virtudes esenciales, el aplauso a una vida honrada que trajinó por los caminos del decoro y del deber, el estímulo a las nobles virtudes que hacen a los hombres destacarse entre sus semejantes, el entusiasmo de un pueblo que aquilató la obra de un varón que se dió al servicio de la sociedad generosamente, la admiración a su juventud enérgica, sana y ejemplar. Alajuela piensa que al colgar del pecho de Teodoro Picado una medalla, cumple con deberes para ella ineludibles; agradece su esfuerzo en pro de la colectividad y especialmente en pro de sus legiones de jóvenes estudiantes; hace patente su aplauso por la labor que lleva realizada, tanto dentro del Instituto como fuera de él, ya que sus nobles entusiasmos, sus propósitos de progreso y de mejora han irradiado desde nuestro

más alto centro docente hacia la sociedad; y cree que la briosa juventud de este Profesor caballeroso, de este ciudadano honesto y consagrado a los más nobles propósitos, a los más sanos ideales y a la defensa y acrecentamiento de las más puras y fundamentales virtudes, ha de sentir el íntimo regocijo de saber que, así no sea más que en esta forma modesta, ha sido por todos comprendido y ha merecido la gratitud cordial de quienes hemos sabido ponderar justamente su trabajo devoto y fecundo.

Reciba esta medalla el señor Picado en nombre de la ciudad de Alajuela; recíbala como la mejor condecoración que han merecido su actividad y su esfuerzo. Mis palabras, dichas en nombre de la ciudad y por encargo suyo, valen poco en este acto; y la misma medalla resulta también objeto sencillo y humilde; pero acrecienta su valor la fecha que lleva grabada, por ser el día en que nuestro pueblo recuerda su más alta gloria con ocasión del centenario de su héroe; una chispa desprendida de su tea inmortal le da fulguraciones especiales; y las manos de dos lindas alajuelenses, que serán las que pongan en el pecho del Profesor Picado esta presea, harán el oro más oro, dándole un valor que no alcanzó en otra parte. Y no podrá decir el joven condecorado que Alajuela no escogió para este homenaje, su mejor fecha ni sus más lindas manos”.

Luego la señorita Ardón pronunció breves palabras de afecto para el señor Picado, y otra damita de la sociedad alajuelense entregó al homenajeadó un ramo de flores para su señora esposa.

Este acto fué muy bien recibido por el numeroso público que aplaudió con gran entusiasmo.

*Termina la inauguración.*—A las doce y media del día terminaban los actos de la inauguración de la estatua y daban principios los otros números cívicos preparados para la celebración del centenario del nacimiento del inmortal héroe. A esa hora desfilaron hacia el centro de la ciudad todas las personas que tomaron parte en el desfile. El aspecto que presentaba la ciudad era imponente. Los colegiales la recorrían en grupos entonando himnos patrióticos, y alegres cantos. Las bandas militares también recorrieron las principales calles de la ciudad, ejecutando escogidas piezas.

Entre la concurrencia fueron distribuidas por los alumnos del Liceo de Costa Rica, infinidad de hojas sueltas en que aparecen: la fe de bautismo de Juan Santamaría; un artículo sobre el héroe, del Profesor don Luis Dobles Segreda; otro del Secre-

tario de Educación don Justo A. Facio; y otro del Profesor don Napoleón Quesada.

*El banquete oficial.*—De la plaza, el señor Presidente de la República, el elemento oficial, el del Cuerpo Diplomático y el del Consular, los representantes de los otros Poderes y los otros invitados, pasaron al Centro Internacional. Luego se dirigieron al edificio del Instituto de Alajuela, donde había sido preparado un banquete. En diversas mesas sentáronse el Jefe del Estado, sus Secretarios de Estado, los elementos del Cuerpo Diplomático y del Consular, Diputados, Magistrados, el elemento militar, los directores y profesores de los colegios de segunda enseñanza, los representantes de la prensa, familiares del General Cañas y otras personas invitadas.

El menú fué comida netamente nacional: plátanos verdes con salsa; lechón, picadillo, pollo, frijoles negros, tortillas, dulce de toronja y torta de arroz y café negro. Además una sangría y agua dulce. El servicio estuvo a cargo de apreciables damitas, de la sociedad alajuelense, alumnas del Instituto. Las sigüientes: Emilce Esquivel, Adilia Arias, Dora Arroyo, Rosa Fonseca, Inés Saborío, María Luz Sibaja, Concepción Saborío, Mary Soto, María Teresa Rodríguez, Rosalía Alfaro, Daisy Quesada y Noemi Crespo.

El Director del Instituto, Licdo. Picado y el Jefe del Cuerpo Diplomático, don Antonio García, atendieron finamente a los invitados, ocupando asiento con ellos en la mesa. También estuvo a cargo del profesorado del plantel, la atención, a fin de que el servicio resultara, como resultó, espléndido.

*Atenciones a las Municipalidades.*—La Municipalidad de Alajuela recibió en su edificio a las Municipalidades de los otros cantones. Después de una recepción se pasó al Hotel América, donde había sido preparado un banquete en honor de los visitantes. Se sentaron también a la mesa algunos de los señores Diputados que concurrieron a esos actos cívicos.

*Almuerzos fríos.*—Los alumnos de los colegios de segunda enseñanza se dispersaron por la ciudad y en grupos improvisaron sus almuerzos fríos. Alumnos del Instituto servían en bandejas almuerzos a sus compañeros de otros colegios.

*La ciudad de gran fiesta.*—A los actos cívicos de la mañana, que terminaron al medio día, siguieron los de la tarde. La ciudad

presentaba un aspecto de gran alegría. En el parque la concurrencia era numerosísima; se hacía difícil el tránsito. Las colegiales recorrían el parque en grupos y se notaba en todos los semblantes la satisfacción por el éxito de la fiesta que se celebraba. El espectáculo era imponente. Mientras tanto, alumnas y alumnos de los colegios bailaban en los amplios corredores del Instituto.

*Apertura de la Exposición.*—A las dos de la tarde el señor Presidente de la República declaró abierta la exposición de armas, retratos, cuadros y otros objetos de la campaña nacional, exposición organizada por el Instituto. Hace algunos días informamos ampliamente acerca de los objetos que iban a ser exhibidos. Desde aquella hora se abrieron las puertas del edificio para la concurrencia.

*La ciudad muy visitada.*—Durante todo el día la ciudad siguió muy visitada. Continuo era el ir y venir de automóviles y otros vehículos que conducían gente. El tráfico por la carretera y por la ciudad se hacía difícil.

A las cinco de la tarde, en trenes especiales, regresaron a sus ciudades los colegiales del Liceo, del Colegio de Señoritas, de la Escuela Normal y del San Luis Gonzaga.

Minutos antes habían regresado el Jefe de Estado y sus acompañantes, así como otros de los elementos oficiales que concurren. Pero si regresaba gente, llegaba a la vez, y la animación no decaía un solo instante.

*Los festejos de anoche.*—La retreta de anoche, dirigida por el Maestro Repetto, estuvo concurridísima. Fué grande el número de personas que concurrió de esta capital y de otras localidades del país. La animación durante la noche fué inmensa.

*El baile social.*—A las nueve de la noche, en el Salón Municipal dió principio el gran baile social organizado por la sociedad alajuelense como celebración del centenario del nacimiento de Juan Santamaría. El salón resultó pequeño para dar cabida a la numerosa y selecta concurrencia que allí se dió cita. De esta capital concurren muy apreciables elementos, como también de Heredia, Cartago y otras localidades de la República. Ha sido la de anoche en Alajuela una de las más galantes fiestas sociales.

*Hoy continuarán los festejos.*—Durante el día de hoy continuarán los festejos en Alajuela. Se anuncian atractivos números. No cabe duda que la animación seguirá y que el entusiasmo será grande.

La ciudad ha estado ayer de gran gala y los festejos organizados alcanzaron el más ruidoso triunfo.



HOMENAJE DE LOS COLEGIOS AL HEROE



Colegio Superior de Señoritas



Escuela Normal de Costa Rica

**Dos discursos y una dramatización  
durante los festejos centenarios**

## NUESTRO JUAN SANTAMARIA

Conferencia leída por el Licenciado don Alejandro Alvarado Quirós, en la Asamblea del Instituto de Alajuela, que se celebró el 28 de agosto de 1931.

Señores:

El Instituto de Alajuela, inspirado por su excelente Director don Teodoro Picado, está a punto de convertirse en el centro de las actividades espirituales de la ciudad. Aquí se reciben lecciones de las diversas ciencias que deben figurar en un programa moderno de humanidades, pero también se recogen como en maravillosa antena, las palpitaciones de la vida de la República o se lanzan iniciativas de **carácter cívico** que tienen la virtud de agrupar a los jóvenes con su primaveral entusiasmo, despertando a la vez la aletargada conciencia de los ciudadanos costarricenses.

Pienso como el señor Picado, que nuestra historia patria merece un culto especial y que infortunadamente entre nosotros son muy pocos los estudiosos que vuelven la mirada hacia el pasado, como si la tradición impregnada de poesía, las costumbres patriarcales y los esfuerzos heroicos de nuestros mayores que pusieron como un rayo de luz en nuestro pabellón tricolor, no les merecieran a las frívolas generaciones de nuestra época, ni ardiente curiosidad ni simpatía, entregadas casi por entero a las prosaicas ocupaciones cotidianas o a la contemplación de los enigmas del futuro.

Las naciones pequeñas, celosas de mantener su independencia, lejos de olvidar los sucesos que dan relieve glorioso a sus anales, deben cuidarse de pregonarlos hasta con lujo de detalles, porque como sucede en la República de Chile, que ostenta de preferencia a los poetas su legión de historiadores, es el medio de imprimir al pueblo la conciencia de su personalidad, de señalarle una misión en el mundo y con el ejemplo de los próceres que fueron buenos gobernantes y con el sacrificio de los humildes, se les enseña a defenderse de los enemigos exteriores y a evitar en su vida interna las **causas de disolución social** o de segura decadencia.

Contemplad, jóvenes, con íntimo recogimiento esa estatua que un artista francés ejecutó para consagrar en bronce el episodio de que fué protagonista nuestro Juan Santamaría y leed uno de los pasajes del inspirado artículo que dedicó al mismo tema Rubén

Darío: "Cuando llegaron a Rivas los militares de Costa Rica, el 8 de abril del 56, iba en las filas el hijo de Alajuela, camino de la muerte, con su fusil de chispa, sin advertir que sobre su cabeza desplegaba las grandes alas la diosa soberbia que haría resonar el nombre humilde, al eco agusto de su bocina de oro". Se hermanan en la inefable comunión del arte, la estatua realista que no embelleció la figura del hombre, pero que logra expresar la juventud, el vigor, la tenacidad, el sentimiento heroico y la frase melodiosa del poeta que nos dejó la visión de la marcha del soldado providencial y de la transfiguración que en el minuto trágico se operó en su vida al caer en los brazos de la gloria.

Al referirnos a Juan Santamaría en esta ocasión solemne en que el país unánime conmemora el centenario de su nacimiento, es bien entendido que nadie duda ya de su existencia, de su identidad como soldado en los batallones de la defensa nacional y de la hazaña ejecutada por él en la batalla memorable. Si me cedieron la palabra invitándome a participar en estas fiestas patrióticas fué sin duda porque en una sesión de la Cámara de Diputados celebrada hace cinco años, tuve el honor de asociarme a un acto de justicia que se pedía para dos pobres mujeres de la familia del héroe, defendiendo su memoria y demostrando la realidad de su proeza con lectura del documento que descubrió don Anastasio Alfaro en nuestros Archivos Nacionales. Me refiero a la solicitud de pensión presentada por doña Manuela Santamaría, madre de Juan, fechada el 19 de noviembre de 1857, el mismo año de la capitulación de Walker, en cuyo documento se lee: "Que su hijo militó como tambor en el ejército vencedor de Costa Rica que fué a Nicaragua, y que no habiendo en todas las filas otro que tuviese valor de incendiar el Mesón en donde se hallaba refugiado y parapetado el enemigo causando gravísimas pérdidas en nuestras tropas, él fué el único que despreciando el evidente peligro de su existencia, se decidió a perderla por desalojar al enemigo y economizar la pérdida de tanta gente y en efecto, habiendo puesto en ejecución su plan, sin que le arredrase ni le pudiese intimidar el torrente espantoso de las balas que le lanzaron los rifleros filibusteros en defensa de su guarida, coronó felizmente la obra, junto con el sacrificio de su vida, quedando sepultado bajo las ruinas del indicado Mesón, como es público y notorio". Y al margen de esa solicitud, de puño y letra de don Juan Rafael Mora se encuentra esta apostilla: "Constando al Gobierno la realidad de los hechos que se refieren en este memorial, ordena que a Manuela Carvajal se le dé la pensión". Justamen-

te para realizar tan importante declaración llevé al recinto del Congreso una carta privada, original del mismo Presidente, para que se pudieran comparar los manuscritos y desvanecer la duda de los escépticos, así como para demostrar con un nuevo argumento cuál era el espíritu de justicia del caudillo de los costarricenses. Y setenta años después de escritas las líneas anteriores del Benemérito **Jefe del Estado**, sus palabras vinieron a poner punto final a la información levantada para cimentar sobre la roca de la verdad incommovible, el acto de excepcional heroísmo y a clausurar una controversia que nunca debió haber existido.

Circulará en breve una biografía de Juan Santamaría, como tributo de un brillante escritor, que contiene todos los detalles que pueden arrojar luz sobre sus antecedentes y describir cómo se formó esa planta, nutriéndose de la savia de este viril terruño, qué influencias pesaron en su crecimiento, los vientos y el sol que prepararon el advenimiento de la flor de heroísmo que fué su corona y su remate, pues todo en él parece haber sido predestinado al holocausto, y si queréis con el mismo pensamiento resumir la esencia de esta corta existencia leed en el panegírico de Alvaro Contreras este párrafo vibrante: "Este soldado salvador fué Juan Santamaría, hombre de esos que nacen a la sombra de una sencillez cercana a la naturaleza, oscuro y humilde en la vida y superior y elevado en la muerte, hombre sin aurora en la cuna y de espléndido crepúsculo en la tumba".

Desde 1824, adelantándose al gesto redentor de Lincoln, los constituyentes de la **República de Centro América** rompieron las cadenas de la esclavitud, pero las rivalidades encarnizadas de los partidos en Nicaragua permitieron que William Walker, el verdadero precursor del imperialismo norteamericano, con pretexto de auxiliar a los liberales contra los legitimistas conservadores viniera y sojuzgara a Nicaragua y pretendiera convertir a esta bella e infortunada sección de nuestro continente en una factoría esclavista.

Siempre tendrá eco en los corazones de los costarricenses y será ejemplar para la juventud la primera proclama del Presidente Mora, fechada el 20 de noviembre de 1855, en que se reveló su visión profética de los sucesos posteriores. Dice así: "Compatriotas: la paz, esa paz venturosa que, unida a vuestra laboriosa perseverancia ha aumentado tanto nuestro crédito, riqueza y felicidad, está pérfidamente amenazada. Una gavilla de advenedizos, escoria de todos los pueblos, condenados por la justicia de la Unión Americana, no encontrando ya donde hoy están con qué sa-

ciar su voracidad, proyectan invadir a Costa Rica para buscar en nuestras esposas e hijas, en nuestras casas y haciendas, goces a sus feroces pasiones, alimento a su desenfrenada codicia. ¡Alerta, pues, costarricenses! No interrumpáis vuestras nobles faenas, pero preparad vuestras armas. Yo velo por vosotros, bien convencido de que en el instante del peligro, apenas retumbe el primer cañonazo de alarma, todos, todos, os reuniréis en torno mío bajo nuestro libre pabellón nacional. Aquí no encontrarán jamás los invasores **partido, espías, ni traidores**. ¡Ay del nacional o extranjero que intentare seducir la inocencia, fomentar discordias o vendernos! Aquí no encontrarán más que hermanos resueltos irrevocablemente a defender la Patria como a la santa madre de todo cuanto aman y a exterminar hasta el último de sus enemigos". Esta proclama escrita en lengua sencilla y cordial podría llamarse el himno de la fraternidad costarricense y el pueblo y el ejército, aquél sufriendo estoicamente privaciones, diezmado por la peste, éste siguiendo con disciplina y bizarría a sus improvisados jefes militares, demostraron que eran dignos de la confianza que ostentaba en ellos, en la víspera de la acción, el esclarecido Jefe de la República.

Así, pues, a la guerra de 1856 fue Costa Rica en defensa propia. Era su causa fundamental la de que un país libre como éste no quería retroceder al coloniaje, ni ser humillado por una falange de aventureros, pero no entró a combatir sólo por él, sino que lo hizo con una amplia visión de libertar del peligro mortal a Centro América. Los hombres de aquella época dieron una memorable lección de **sincero unionismo** y consideraron que la suerte de Nicaragua no podía menos que influir en sus propios destinos. Después de todo, en los tiempos presentes, nuestra patria tildada como separatista por los estados vecinos, porque no se mezcla nunca en sus luchas intestinas, ha dado elocuentes pruebas en horas de catástrofes de la naturaleza o brindando hospitalidad amplia al desterrado y haciendo respetar su derecho de asilo, así como en las **contadas ocasiones** en que ha considerado en peligro la autonomía del Istmo, de sentimientos fraternales y de bien entendida solidaridad que Mora y Cañas y sus émulos no hubieran desmentido.

La firme actitud de Costa Rica, su vigorosa acometida en Santa Rosa, que fué una revelación de las virtudes militares que atesoraba su ejército bisoño, alarmaron al jefe de los filibusteros e impulsaron las gestiones iniciadas por nuestro Gobierno para obtener el pacto de alianza y el contingente prometido de los de-

más Estados centroamericanos. Sin embargo, y es lo que intento demostrar, fué la batalla de Rivas, la tenaz resistencia que se hizo después de la sorpresa, pues a juicio de Walker "habrían sido necesarios muchos días para desalojar a los costarricenses de las casas que ocupaban", fué el incendio de los baluartes del enemigo efectuado a pecho descubierto, fué la serenidad de nuestros jefes y el denuedo de la tropa de labriegos que canta nuestro himno nacional y a última hora los contingentes de refresco que llamados con acierto, supieron llegar en hora oportuna, fueron todos esos los factores del triunfo que vino a prestigiar de modo excepcional el nombre de Costa Rica.

Por ser sobrado conocida omitiré la relación detallada de esta famosa batalla, pero para confirmar mi punto de vista, debo reproducir un párrafo del informe enviado al Presidente Mora por el Coronel Bariller, quien figuró el 11 de abril como uno de los Consejeros del Estado Mayor. Dice en lenguaje sobrio el militar francés, llamado el Zuavo: "Los informes conseguidos después de la victoria, tienden a probar que el ejército del llamado General Walker ha sufrido entre muertos y heridos, pérdidas superiores a las nuestras. Este es, señor Presidente, un resultado que importa conste después de los inmensos sacrificios que nos fué preciso hacer para arrancar al enemigo una victoria en la que pudo creer durante una hora. Así es que tanto en razón de las primeras ventajas de los filibusteros, como de las dificultades vencidas, el combate del 11 de abril hace el mayor honor a las tropas de V. E. siendo uno de aquéllos *"que aseguran el porvenir de una campaña"*.

El cuadro de Centro América en la fecha de esta primera batalla de Rivas, no podía ser más desconsolador. En Guatemala, Carrera había recibido a nuestro ministro el doctor Toledo con las formas de la cortesía diplomática, pero consideraba que Walker no era un peligro para su Gobierno, después que el jefe norteamericano negó auxilio al General Cabañas para invadir a Honduras y recobrar el poder de que había sido desposeído. El Salvador reconoció y tenía amistad oficial con el Gobernante de Nicaragua, don Patricio Rivas, que estaba supeditado a Walker. En Honduras, el General Guardiola observaba estrictamente la neutralidad benévola hacia el mismo gobernante del país vecino, movido por el espíritu de partido, puesto que sus adversarios políticos proclamaron en un célebre manifiesto la necesidad de luchar contra los extranjeros que pretendían conquistar a Centroamérica, y Nicaragua, en fin, no sólo no era nuestra aliada, sino que una columna de tropas nativas al mando del cubano Machado

secundaron en Rivas la vanguardia del Coronel Sanders, en el osado plan de capturar por sorpresa el cuartel general de los costarricenses.

Supongamos que los sucesos hubieran tomado un curso distinto y que se hubiera perdido una batalla, que toda proporción guardada tuvo para nosotros el mismo efecto de la del Marne en la historia del mundo, que el Presidente Mora y su Estado Mayor hubieran quedado prisioneros y la resistencia del país quebrada al enterarse de las innumerables bajas de sus huestes, entre muertos y heridos, así como de las víctimas a millares que hizo la peste del cólera, corolario de la guerra de Nicaragua, que obligó a desbandarse a nuestro ejército victorioso, es indudable que los demás Estados de Centroamérica en esa hipótesis habrían contemplado de lejos el infortunio y que el jefe de la falange filibustera, cuya reputación de militar valeroso y técnico se acrecentaba con la victoria, habría contado con el tiempo necesario para afianzar su poder y para preparar con todos los elementos del éxito la anexión esclavista de Centroamérica de que nos habla con el calor de arraigada convicción, en sus memorias.

El triunfo de Walker en Rivas el 56, habría significado, pues, la decisión de la campaña contra Costa Rica. Nuestra victoria no trajo como consecuencia inmediata la paz, pero al retirarse el jefe enemigo después de la obstinada resistencia de nuestras tropas que quebrantó su acometida, es probable que tuviera algún presentimiento de la capitulación del año siguiente. Esa victoria le dió a los costarricenses la reputación de ser los paladines más esforzados de la causa de la autonomía, decidió a los Estados centroamericanos a intervenir desde el mes de mayo en la contienda y cuando para evitar rivalidades, se pensó en la unificación de mando, fué designado don José Joaquín Mora, hermano del Presidente, como Generalísimo de los Ejércitos aliados que lograron derrotar a Walker y expulsarlo de Nicaragua. El incendio del Mesón de Guerra que fué como el eje central de la batalla, solicitado por el General Cañas como acto voluntario y ejecutado por el humilde tamborcillo de Alajuela como ofrenda de su ingenuo patriotismo, fué atributo esencial de la victoria, piedra angular de nuestra independencia adquirida el 15 de setiembre, pero ratificada solemnemente el 11 de abril, tal como lo expresó con legítimo orgullo la madre, con el sacrificio de la vida de su hijo al pie de los escombros del Mesón.

Ya se ha dicho que al erigir una estatua a Juan Santamaría no se quiso exclusivamente pagar la deuda que el país había con-



traído con él, sino glorificar al pueblo, al labriego sobrio, sufrido, a los hijos humildes de esta patria, que respondieron con sin igual bravura al grito de alerta del Presidente que se enfrentó y derrotó a los filibusteros y que estarán listos mañana a repetir la misma cruzada en defensa de la integridad del territorio o de las libertades de la república.

Las grandes naciones que tomaron parte activa en la guerra mundial comprendieron que la victoria, por ser esfuerzo colectivo, no debía atribuirse a éste o al otro Mariscal, sino a las virtudes desplegadas por el ejército en masa, que pasó años de prueba en las trincheras, expuesto a todos los peligros y sufriendo todas las privaciones y de aquí surgió la idea de rendir tributo de gratitud al soldado desconocido, fórmula que se armoniza bien con nuestra época de triunfante democracia, pues cada día vemos que en la escuela, en el cuartel, en los juegos deportivos, en las vulgarizaciones de la ciencia, la palma no se entrega al hombre, sino al grupo, al regimiento, a la nación entera que recibe y orna sus banderas con el esfuerzo meritorio de sus hijos.

En Alajuela, celosa depositaria del bronce que inmortalizó la hazaña de su soldado predilecto, las nuevas generaciones han recibido como valiosa herencia de los tiempos heroicos este blason de altivo patriotismo y la tea figura en él como un símbolo, no sólo para la defensa nacional, sino para la unión y mejoramiento espiritual de los hijos de la pequeña patria. La juventud contempla la tea como si estuviera siempre encendida, para recordarle los más altos deberes y entre ellos el de modelar el carácter al estilo de los patriarcas que en años pretéritos figuraron en los mejores puestos de las luchas cívicas del país, dejando el recuerdo de su desinterés, de su lealtad y en la crisis de la guerra, con los nombres de Alfaro Ruiz y del soldado Juan, destacándose entre la más brillante constelación que ilumina el cielo de la Patria. La tea ha sido un incentivo para provocar en el porvenir acciones de elevado linaje moral. Es casi seguro que los costarricenses no tendrán ya oportunidad de demostrar en los riesgos y penalidades de la guerra el temple de su valor, porque esos peligros, dada nuestra situación en el mundo, parecen desvanecerse, pero la defensa de la soberanía no se hace sólo en los campos de batalla y es tal vez más ardua y requiere igual tenacidad la que se impone en la era presente, sin obtener las compensaciones del prestigio militar ni las consagraciones de la Historia.

Dije al principio que Walker fué un precursor del imperia-  
lismo. Decid ¿si no reconocéis al enemigo de nuestros países, al

invasor que nos menosprecia en esas organizaciones de negocios, que en vez de proyectiles disponen de inmensos recursos para acaparar nuestras tierras, nuestras fuerzas naturales y la voluntad de nuestros hombres influyentes, que secundan sus planes de absorción y vasallaje? La política de esos hábiles colonizadores modernos, es dejar las apariencias de autonomía en manos de los hijos del país, cuidándose de encender las apasionadas rivalidades de los partidos y tomando para sí el petróleo, el cobre, los frutos tropicales, las fuerzas eléctricas, el control de las finanzas, en una palabra, la dominación efectiva de estas naciones débiles y desunidas.

Martí, en su maravilloso elogio del Libertador, exclamó año: "que Bolívar tenía mucho que hacer todavía en nuestra América española". Pues yo agregó que Juan Santamaría contempla siempre en la esquina, erizado de amenazas, el vetusto Mesón y que su antorcha, como la espada de Rolando, no puede quedar ociosa mientras existan iniquidades que destruir. En primer término repeler, con austera firmeza y con la forma culta que se quiera, al trust extranjero que funda en el oro y en presuntuosa superioridad de raza sus planes de explotación, como si fuéramos los indígenas que encontraron en nuestras playas los conquistadores hispanos. Después, combatir con energía al compatriota de flaca voluntad, al entreguista, que secunda por errada convicción o por cálculo menguado, a los agentes de la invasión filibustera de moderno estilo. No son esos los únicos enemigos que Juan tendrá que desalojar de sus reductos. Producto de malas tendencias atávicas, imitación del extranjero, hábitos de lujo, indolencia criolla, tales los factores que actualmente contribuyen a la frivolidad y al sensualismo, que arrullan, adormecen y degradan en último término las fuerzas vivas, las inteligencias luminosas, segando en flor, muchas bellas esperanzas de la nación.

Mañana, correspondiendo a la iniciativa de este instituto, Costa Rica dedicará su pensamiento, alejada del ruido de la vida contemporánea a exaltar la memoria del humilde soldado, que para defenderla derramó su sangre y ganó la inmortalidad envuelto entre los pliegues de su bandera, como dijo el doctor Zambrana. ¡Qué ocasión para vosotros, jóvenes, que no estáis contaminados por el mal espíritu de la época y que por haber nacido en la tierra del héroe tenéis más derecho para participar en su apoteosis y más responsabilidades si su ejemplo se malogra, qué oportunidad, digo, para prestar un juramento, como en lo antiguo los estudiantes atenienses, prometiendo consagrar la vida al

servicio de los ideales, tener fe en la eficacia de la libertad, ser escrupulosos en las cuestiones del honor, respetuosos de los fueros de la verdad y la justicia, celosos de las glorias del pasado, que están siempre en guardia, velando por la soberanía y por la prosperidad de Costa Rica!

(Prosa Romántica, San José, Costa Rica, 1933).

## EL HEROE

Conferencia leída por el Licdo. don  
Elías Leiva en el Instituto de Alajuela

El héroe no es un mero accidente en la vida de los pueblos. Es el personaje necesario que redime la raza para que pueda ésta cumplir los destinos de la historia. Es el lazo que une indisolublemente todos los elementos de la nacionalidad, el puente que pone en relación el presente con el pasado y que proyecta uno de sus brazos sobre el porvenir.

El culto por los héroes lo tenemos todos por sagrado. Con todo, hay quienes por *snobismo*, o por hacer gala de una superioridad que no tienen, tratan de oscurecer la figura de los héroes o les niegan su intervención providencial en los desenvolvimientos de la cultura. Tal ha pasado con nuestro héroe nacional, Juan Santamaría.

Para los que vemos en el héroe soldado un ser de existencia real, un héroe de carne y hueso, una supervivencia de una Costa Rica que fué austera, que fué viril y que fué virtuosa, el desdén que se haga de su homérica figura tendrá que parecernos un atentado de lesa patria.

Muchos hay que admiten la existencia de Juan Santamaría con reservas, o que la impugnan, negando crédito al testimonio de personas que lo conocieron; y sin embargo, esas mismas personas no han puesto jamás en duda la de tantos miles de soldados que asistieron a la campaña y que, aún hoy día, reciben una pensión del Estado como premio de sus servicios. Si el tiempo transcurrido entre la realización del hecho y el relato histórico hubiera sido muy largo, quizá la hazaña del héroe Juan Santamaría

se habría desfigurado hasta parecernos inverosímil. Por esto fué que se pusieron en tela de duda las del Cid Campeador, escritas y fijadas cien años después de su muerte, hasta el punto de que muchos negaran la existencia del héroe. Pero en tratándose de Juan Santamaría y del incendio del Mesón de Guerra, las cosas pasaron de otro modo. Diez y nueve meses había transcurrido solamente, es decir, estaba fresco el recuerdo de los hechos, cuando ya el Gobierno de la República de Costa Rica le concedía una pensión de tres pesos mensuales a la madre del héroe, por sus servicios y por el denuedo con que había muerto en la campaña del año anterior. Ocho años más tarde, encontrándose en el país un extranjero ilustre, don José de Obaldía, que había sido Presidente del Estado de Panamá, pronunció un discurso en el salón del Palacio Nacional, con motivo del aniversario de la independencia en el año de 1864, en el cual, recogiendo el relato que corría de boca en boca entre los que habían asistido al teatro de los sucesos, realza su memoria, exalta la figura del héroe y lo coloca al lado de Ricaurte entre las glorias inmortales de América.

El hecho atribuido a Juan Santamaría no tiene ninguno de los caracteres de las tradiciones inventadas. En la historia se ha podido comprobar que muchas veces se inventa una tradición para explicar un nombre (el caso de Roma, fundada por Rómulo, por ejemplo), o para darle origen noble o divino a personajes de la más humilde condición social que han llegado a hacerse acreedores al recuerdo popular (el caso de Ciro, abandonado por su abuelo, el rey de Persia), o para simbolizar un hecho social cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos heroicos (el caso de la mayor parte de los mitos griegos). Pero la acción ejecutada por el héroe costarricense es un acto corriente de la vida; quitarle al enemigo seguridades y defensas es una necesidad apremiante en los usos de la guerra; no es un hecho extraordinario de los que contradicen las leyes naturales. Ninguna divinidad se ha hecho intervenir en él, para que venga en auxilio del héroe como en los relatos antiguos. Los que se han ocupado de comprobarlo no han necesitado un grande y costoso trabajo de erudición; les ha bastado simplemente para proyectar luz en esta parte tan importante de nuestra historia patria con allegar el testimonio fehaciente de los coetáneos la fe de su nacimiento, la certificación de su defunción.

Los que quisieran someter hechos históricos como éstos a la prueba rigurosa de un acto civil, habrían exigido acaso que al pie del muro que ardió en Rivas el día 11 de abril, se hubiera levan-

tado una acta notarial, firmada por los testigos presenciales del hecho, ni más ni menos que como se hace vulgarmente un inventario de cosas menudas. Olvidan que los documentos escritos también se inventan. Es así como desde que se inventó la escritura hasta nuestros días se han descubierto tantas falsificaciones de escritos y documentos, como han mutilado y alterado desde su base la historia de muchos pueblos. Y es tan grande la mendacidad de los hombres que a nuestra vista pasan todos los días sin asombro de nadie los falsificadores de escrituras y de testamentos. Seguros estamos que aun con las fuentes de información del testimonio actual, la hazaña de Santamaría no se habría librado de las alteraciones que todo acontecimiento histórico tiene que sufrir por la suspicacia o por las pasiones de los hombres.

Se ha podido de otro modo negar la veracidad de esta noticia histórica: negando el hecho mismo de la quema del Mesón de Guerra. Dichosamente para este caso hay bastantes relaciones auténticas que nos permiten fijarlo con entera certeza, algunos de ellos procedentes de fuentes que parecen insospechables. Una de tantas es la que aporta el autor de la Historia de los Filibusteros, James Jeffrey Roche, y que dice, refiriéndose a las tropas costarricenses que pelearon en la batalla de Rivas: "Habiendo incendiado las casas vecinas de la plaza mantuvieron con intermitencia un fuego violento desde los edificios adyacentes". En el parte oficial dado por don Juan Rafael Mora desde el cuartel general de Rivas el 15 de abril y dirigido al Ministro de la Guerra, dice: "Los nuestros había incendiado un ángulo del Mesón de Guerra y el fuego iba flanqueando o encerrando ya a los enemigos". En el libro La Guerra de Nicaragua, escrita por el mismo Walker, se lee: "Durante la tarde el enemigo incendió algunas de las casas ocupadas por los americanos, y el fuego que hacía desde una torre situada frente a la tropa mandada por Bewster, dificultó algún tanto las comunicaciones entre los costados oriental y occidental de la plaza".

Más o menos explícitos se muestran al respecto los historiadores don Jerónimo Pérez, nicaragüense, don Joaquín Bernardo Calvo, don Ricardo Fernández Guardia y don Francisco Montero Barrantes, todos ellos costarricenses. Otros relatos de jefes y soldados que compartieron en aquellas jornadas de 1856 y 1857 los azares de la ruda campaña, no dejan asomo de duda sobre la proeza de Juan Santamaría. Hay uno de ellos, el General don Víctor Guardia, militar valeroso y patriota distinguido que llegó

a ser más tarde candidato a la Presidencia de la República. Este escribía en 1906 un relato minucioso que en su parte final dice: “.....y entonces tuve ocasión de mirar, a la luz del fuego que destruyó el edificio, al valiente Santamaría, que murió al pie de unas paredes incendiadas, con varios balazos en el pecho”

No podríamos seguir, por la precisión que este trabajo nos impone, toda la documentación que se refiere a un acontecimiento que pasó ayer no más y cuyo recuerdo vive aún en la memoria de nuestros veteranos del 56 y del 57.

Ahí tenemos, pues, al héroe en toda su realidad. Está sobre su pedestal de granito, inmovible ante todas las asechanzas de los falsarios y como diciendo a todos los costarricenses:

“Yo soy Juan Santamaría, el hijo de Manuela Gallego, el que se crió al lado vuestro, retozando de niño a la sombra de los mangos o entre los cercados de la punzante piñuela de su ciudad natal!

“Yo soy el Erizo, el tamborcillo que en sus mocedades alborotó el cuartel, distraiendo a sus camaradas con la zumba de su genio alegre!

“Yo soy el soldado Juan, que con mi hazaña liberté a Costa Rica de la esclavitud ominosa a que parecía condenarla el empeño del aventurero audaz!

“Yo soy Juan Pueblo, porque encarno a la nación entera con todos sus tributos, porque sin los gestos del demagogo, fundé una democracia!

“Yo soy el bronce inmortal, y con mi tea estoy alumbrando a los costarricenses el camino del deber. Yo soy el genio tutelar de Costa Rica, que conmigo está cumpliendo su destino histórico. Yo soy el centinela avanzado que cuida del solar de la Patria!”.

Éso está diciendo el Héroe desde su pedestal de granito.

¡Llor al Soldado Juan!

## EL ERIZO

Dramatización en tres cuadros, original de Jesús Ocaña, estrenada en el Instituto de Alajuela durante las fiestas del Centenario de Juan Santamaría

### *Personajes*

Juan Santamaría, hombre humilde, vestido como los campesinos costarricenses, pie descalzo; en campaña llevará traje de soldado. Será un muchacho moreno, como de veinte años, pelo ensortijado.

Ña Manuela, madre de Juan Santamaría, vestida como las mujeres de campo a mediados del siglo XIX: camisa de gola, faldas largas, muchos fustanes, cabeza peinada de "atado".

Rufino, hermano de Juan Santamaría, pero con la piel blanca, vestido humildemente, traje bien cuidado; en el paso y en la voz dará idea de afeminamiento.

Reducinda, anciana vecina.

María, joven amiga de la familia Santamaría.

La Gloria, Costa Rica, dos personajes simbólicos, señoritas vestidas ad-hoc.

General don Juan Rafael Mora, Presidente de Costa Rica.

Generales don José María Cañas y don José Joaquín Mora.

General William Walker, Jefe de los Filibusteros.

Jefes, soldados y gentes de pueblo de Costa Rica.

Jefes y soldados filibusteros.

La escena pasa en 1856. El primer cuadro en Alajuela, el segundo en las cercanías de la hacienda Santa Rosa, Guanacaste, y el tercero en Rivas, Nicaragua.

### CUADRO PRIMERO

La escena representa una sala en la casita de Juan Santamaría. A un lado, puerta a la calle; al otro, ventana; al fondo, un corredor que da al patio, del cual le separa una barandita de ladrillo sin repellar; en el patio, árboles. Recostada a una pared del corredor se ven la escalera manchada de cal, la brocha y el balde de enjalbegar.

En la salita hay una mesa humilde, dos o tres taburetes, un cofre; de las paredes cuelgan cromos religiosos o cuadros de santos.

*Escena primera.*—Juan Santamaría; y Gloria. Al levantarse el telón Juan está sentado en uno de los taburetes, con un brazo sobre la mesa, dormitando. De cuando en cuando se mueve con intranquilidad. La Gloria aparece detrás de la baranda o murito del fondo; no entra a escena.

La Gloria.—¡Inescrutable es el destino!... Haya pasta de héroe en el hombre y nada ni nadie podrá impedir su triunfo, su liberación definitiva... Difícil adivinar, al ver a este hombre, su fama futura: ahora parece condenado a desempeñar papel ínfimo y sin embargo mañana cuántos que ahora le desprecian o le ignoran, envidiarán su suerte.

¡Pobrecillo Juan!... Tan desamparado... ¡Tan triste! Te aflige acaso la pobreza de tu casa en la cual, desde niño, luchas para ser el sostén de tu buena madre? Hay razón; sólo tú y ella saben de esos sacrificios silenciosos y del tesoro de ternuras de que eres capaz. Los demás no ven sino la mueca amarga de tu pobreza, no ven sino tu origen humilde, sin padre conocido, sin apellido seguro siquiera, pues mientras unos te dicen el "Gallego" otros te llaman el "Erizo".

Se inflama tu alma de dolor... cuando en instantes de reflexión, te das cuenta del indiferentismo con que la turba inclemente de los hombres mira a los desheredados, a los que no habiendo podido surgir en ninguna dirección, yacen en las playas miserables donde vegetan los naufragos de la sociedad...

Cesa, Juan, en tus infundadas cavilaciones y no permitas que el viento malsano de la inconformidad y del abatimiento azoten tu ánimo.

Piensa que tú, así como todos los hombres, traes contigo el germen de la obra que debes realizar en esta vida; y que yo he venido precisamente a iluminarte el sendero que habrá de conducirte al cumplimiento de la obra a que estás predestinado.

Y no te preocupes ni por tu condición de plebeyo, ni por tu ignorancia; ni por tu pobreza; que la pobreza, Juan,



en muchos casos es la escalinata por donde los hombres ascienden a la coronación de sus más grandes ideales.

Así, pues, mi buen Juan, escucha: te habla la Gloria, que, en íntima comunión contigo en este momento, viene a anunciarte tu próxima redención de la tiranía social y tu exaltación a la más alta de las cumbres que comprenden las humanas categorías.

Tu patria, Juan, está amenazada por un gran peligro y necesita para su defensa de la ayuda de todos sus hijos y de la tuya especialmente, que por lo desinteresada, por lo noble y heroica, habrá de ser recogida por la tradición y ensalzada en el lenguaje en que se expresan los dulces sentimientos y se describen las acciones bellas y grandiosas. Sé que eres pobre y humilde, y que en el ejército ocupas simplemente el puesto de "tambor"; pero, ¿qué importan esas insignificantes deficiencias, si al través de tu poco interesante humanidad he podido vislumbrar en el fondo de tu conciencia, los gérmenes de las virtudes excelsas que inmortalizaron el nombre de Leónidas, de Juana de Arco y de tantos otros?

Levántate, pues! Calza el caite indispensable para la jornada que en asocio de tus compatriotas vas a realizar; y ante todo: ve al "cuartel" a revisar el tosco instrumento, cuyo nombre habrá de ser épico recuerdo que la posteridad conserve unido al de las glorias costarricenses. ¡Que el sonoro redoblar de tu tambor inflame el pecho de todos nuestros soldados en amor a la libertad y a la patria sacrosanta!

¡Vé a la guerra, Juan. . . . y pon al servicio de la patria todo el tesoro de virtudes que lleva en sí tu alma grande y generosa! ¡Vé a la guerra! . . . . y acuérdate de que si hasta hoy has vivido en la obscuridad absoluta, tu deber es convertirte en fuego, en el momento supremo. En fuego que carbonice las fuerzas enemigas; y en fuego, que a la vez sea luz que ilumine a través de los tiempos el alma de las futuras generaciones.

¡Prepárate a marchar! Con tu honrado brazo estrecha contra tu pecho la blanca cabeza de tu viejecita, y encamínate al frente!

Yo iré en torno tuyo al través de las sabanas y de los caminos; de las selvas y de los ríos; y solicita iluminaré tu camino, despojándolo de las sombras, que en algún sentido pudieran hacerte vacilar en la consumación de tus propósitos.

Contigo estaré en medio de la tempestad de fuego; y, cuando majestuoso y triunfante hayas logrado conquistar la cumbre de la inmortalidad, dejaré oír mi trompeta de oro, para llevar hasta los últimos confines, el eco glorioso que anuncia la libertad.

*Escena segunda*

Juan, que despierta poco a poco; Manuela Santamaría, su madre.

Juan.—¿Estaré soñando?

No, despierto estoy.

Claramente comprendo lo que he sido; y lo que soy: un miserable, que a duras penas se gana el sustento de su vida y el de su madre.

Pero... sueño o lo que fuere, lo cierto es que acabo de pasar en ese banco el rato más feliz de mi vida.

¡Oh!, sí, no hay duda de que me hablaba alguien: una niña muy linda, quizá un ángel.

Todavía escucho la música de aquella voz que como un chorrito de agua sonora llevaba a mis oídos voces de alieno que jamás escuché y que me han fortalecido grandemente en mi interior, ayudándome a comprender que efectivamente todo hombre por pobre y miserable que sea, puede llegar a realizar algo útil durante su vida.

Lo cierto es que, después de esta revelación, me siento mejor que antes; y como que experimento deseos de una ocasión para demostrar que soy capaz de llevar a cabo algo superior a los rústicos oficios a que cotidianamente me entrego.

Manuela Santamaría (entra por la puerta que da a la calle).— ¡Muchacho! ¿En qué te has estado? ¿Como que estabas durmiendo? ¡Qué traza ésa!

Juan.—Madre: no le puedo decir si estaba dormido o no. Yo recuerdo que desde que usted se fué, me senté en ese banco, metí la cabeza entre las manos, cerré los ojos, y en esa posición he tenido un sueño muy bonito.

Manuela.—Buen negocio ése: soñándose a medio día.

Juan.—¿Qué quiere usted, mama; me aconteció eso hoy. Ud. sabe que yo no acostumbro dormir de día.

Manuela.—Ya se me pone la babiecada que t'estabas soñando.

Juan.—No, señora; no era babiecada; es algo que para mí vale mucho.

Manuela.—Pues a ver, echá fuera, ¿qué fué?

Juan.—Me pareció oír la voz de una niña. . . . .

Manuela.—¡ Ah!, caramba; no faltaba más: ya vas a picarla por andar sólo pensando en las mujeres, como esos vagos de ñor Alonso.

Juan.—Bueno, mama; ya que usted la toma por otro lao, dejemos eso.

Manuela.—Sí, es mejor.

Juan.—Ahora voy ir a dar una vuelta por la suidá, a ver qué se dice; pues según parece *Vócar* se ha cogido ya todo Nicaragua y a estas horas debe venir Departamento adentro.

Manuela.—Pos lo que's aquí no dentra. Vos cres que don Juanito se iba a quedar con la pierna cruzada véndolo venir. ¡Jum!. . . .

Juan.—Eso piensan todos y yo también; por lo pronto, voy irme derecho al “cuartel” a ver qué se ofrece, y a darle una revisadita a mi tambor.

Manuela.—Pero si nadie te está llamando. ¿Qué vas hacer vos, a que por sácalas te cojan y te manden a pelear; vos, que no sabés manejar un fusil?

Juan.—Ahi sí que se equivoca, mama; pues yo he aprendío a manejar fusiles con el sargento Molina, que me ha enseñao.

Manuela.—Pos ya te lo digo; vos estás en cartilla en todo lo que toca a guerra. Si pensás que es como reventar bombas en la palma de la mano, o echase al hombro el pedrón que está a la orilla de la plaza, estás muy equivocao.

Juan.—Ya bien sé que no; pero sin embargo, tengo mucha gana de ir a la guerra.

Manuela.—Pos andá vete; pero tené presente que a la guerra muchos van y pocos vuelven.

Juan.—¡ Sin embargo, a la guerra irá Juan!

Manuela.—Andá vete a la porra y dejame tranquila.

Juan.—Bueno; hasta la vuelta, mama.

Manuela.—Dios te lleve con bien.

Juan.—¡ Amén! (Sale).

*Escena tercera*

Manuela Santamaría y la anciana Reducinda, que llega de visita.

Manuela (hablando consigo misma).—¡Dios le dé a uno pacencia!

Reducinda.—¡Alabado sea Dios, Manuela!

Manuela.—¡Alabado sea, Reducinda!

Reducinda.—Como que me la jallo yéndose pa' alguna parte....

Lo que's por yo, no hay atraso.

Manuela.—Déjese d'eso, Reducinda, es que a veces se pone uno como loco; repare usted que el Negro ha amaneció hoy con la taranta de que se va con las tropas que van a salir pa El Departamento; yo no me opongo, pues es hombre y está en el deber de prestar sus servicios cuando la patria lo llame a servirle; pero con todo y esto, uno no halla cómo desprendese de sus muchachos tal vez pa no volvelos a ver.

Reducinda.—¡Diay, no estoy yo en la mesma escondiendo los gandumbas de casa, porque dicen que andan cogiendo gente y que muy pronto van a tocar generala!

Manuela.—¡Ah... no, Reducinda, eso si no hago yo. Esconder yo a Juan o a ese otro mandinga de Rufino, pa que no vayan a defender la patria? ¡Dios me libre deso!

Reducinda.—Entonces..... usted cree que hago mal en esconder los míos?

Manuela.—Pero, hija, no aña usted a comprender que la madre que hace eso es una mala madre, porque le merma a la patria el número de brazos de que dispone para defenderse? Suéltelos; si les conviene ir a la guerra, y volver, mejor; si no, Dios sabe lo que hace. Esos cálculos me hago yo.

Reducinda.—Pos me voy a soltalos; no hay cosa mejor, que no dejase ir uno, en ciertos casos, por lo que le manda su propio caletre. Voy a sacalos: uno está tirao debajo de la chayotera y el otro metió en un horno, que ya está al apachurrarse de viejo.

Manuela.—Ya ve, de repente corre más peligro entre el hornó que yendo a pelear por la patria.

Reducinda.—Cabal. Que Dios me la guarde, Manuela. Hasta otra vez. (Sale).

Manuela.—Dios la acompañe, Reducinda. (Va hacia el patio y sale).

*Escena cuarta*

María, joven y bonita, viene de la calle; Rufino habla desde el patio y luego entra a escena.

María.—(Da un paso y luego exclama): La señora Manuela Santamaría?

Rufino.—(De adentro). ¡Ayayay, señor....., pero qué voccecita esa!

María.—Y'está el viejo mandinga del Rufino. No hay vez que que venga, que no me salga al paso.

Rufino.—¡Dichosos ojos!..... ¿En qué puedo servirle, Mariquita?

Mariquita.—Uste..... en ná. Yo busco a la señoa Manuela pa dejale estas cuatro candelas que manda mi mama: dos, son pa las ánimas y dos, pa la vela de la Virgen, que debe comenzá a las doce. Tome, ya entendió?

Rufino.—Sí, hijita, sí.....

María.—Dos.....

Rufino.—Son pa las ánimas.

María.—Y dos.....

Rufino.—Pa la vela de la Virgen.

María.—Que debe comenzá.....

Rufino.—A las doce. Ya ves con la facilidad que se me pega todo lo que sale de tus labios.

María.—Bueno, tómelas pues, que tengo priesa.

Rufino.—(Se queda mirándola sonriente y con los brazos cruzados y dice): Pues yo, ante una cara tan bonita como la tuya, imposible que tenga priesa, muchacha.

María.—Míe usted que tengo priesa, cójalas ligero; vea usted que la Virgen debe empezá a velase a las doce.

Rufino.—Pero niña, dejame a mí velarme un ratito con la luz de esos ojos que te ha dado Dios.

María.—¡Vaya; pues, qué hombre! Cuando se pone así, dice unas picardías... Aquí las pongo y me voy. (Sale).

Rufino.—Adiós, Mariquita: que las "ánimas" y la Virgen te traigan otra vez por aquí. (Va hacia el patio y sale).

*Escena quinta*

Juan Santamaría viene de la calle; del patio de la casa vienen ña Manuela, y luego Rufino.

Juan (arreglando su tambor).—Madre: ¿está afligida? ¿Por qué llora? Aunque tengo muchos deseos de ir a la guerra, si usted quiere, de algún modo consigo permiso para no salir con las tropas, por lo menos por ahora.

Manuela (sentada, pone una cinta al sombrero de Juan).—No, hijo; ya deben contar con vos y sería muy feo que a estas horas llegaras a excusarte. Me aflijo, porque es natural que me sienta así al ver que te vas. Vos has sido siempre el más pegadito a mí, y el más obediente y novelero conmigo entre todos tus hermanos. No te se den nada mis lágrimas, Juan; andá a la guerra, que tengo la fe de que te ha de ir bien y de que la victoria será para los costarricenses, porque de parte de ellos está la razón y la justicia.

Juan.—Viera Ud. madre qué feliz y qué orgulloso me siento al oirla hablando así. Iré pues a la guerra y me portaré muy valiente.

Manuela.—No, tampoco por echártelas de valiente vayas a cometer el disparate de arrojarte a que te maten desde el primer momento, sin ton ni son. Portate como hombre, pero al mismo tiempo procura ser muy comedio.

Juan.—Me acordaré de todos sus consejos. Pero, ¿sábe lo que sí me mortifica? Pensar que soy tan pobre, que no le puedo dejar nada pa sus menesteres; pero, por lo menos ya **le dije a ñor Avila que me le entregue a usté los seis reales que tiene que darme por una encalada; y a Chica Ramírez que me le dé también otros dos reales que me ofreció por sabaneale la vaquilla que se le había perdido.** Es lo único que puedo dejarle por ahora; pero, Dios primero, algún día podré darle cómodamente todo lo que necesita.

Manuela.—No pensés en eso, hijo; y andá vete tranquilo. Más bien, llevate esos pipiolitos que había escapado pa el rosario e la Virgen; yo los repongo más adelante de algún modo.

Juan.—No, mama; por vida suya no me dé nada; eso sí que me amuinaría, verla quedarse al descubierto por darme lo poquito que tiene.

Manuela.—Tenés que llevártelos; pues desde que te vi haciendo viaje pensé en dártelos. Yo me quedo aquí y puedo diligenciar de algún modo; y además, ahí tengo mis gallinitas y en último caso, ahí están todos los vecinos que son tan buenos.

Juan.—Mama: yo no me llevo eso.

Manuela.—Me resentiría con vos si me hicieras ese desaire. Tomá (se los echa al bolsillo a la fuerza).

Juan.—Bueno, madre; usté lo quiere así. Dios se lo pague y la recompense lo buena madre que ha sido siempre..... Pero vea, lo que ha de ser tarde, que sea temprano; voy hacer viaje, porque a las 9 tenemos que estar en el cuartel y ya es la media; y mientras paso a despedirme de las muchachas Solano y de otros amigos, ya es la hora.

Manuela (llamando).—¡Rufino!, ya se va el Negro.

Rufino.—(Afeminado, sale medio limpiándose las lágrimas).—Ay, Dios mío! En qué trances tan peliagudos se ve uno en esta vida. Hermanito: póngase este escapulario para que la Virgen lo acompañe a dondequiera que vaya. En esta bolsita van dos pañuelos, una aguja, un poco de hilo y algunas otras cosillas que tal vez le hagan falta por allá.

Juan.—Dios se lo pague, hermano..... Ahora, mama, écheme la bendición antes de irme. (Juan se descubre y se arrodilla).

Manuela.—Hijo mío: te bendigo con todo mi corazón y me quedo aquí suplicando al Todopoderoso y a la Virgen Santísima que te protejan en todos tus pasos.

Juan.—Dios y María Santísima la bendigan y la protejan a Ud. también y a mis hermanos.....

¡Mama!, perdóneme los malos portes que haiga tenío con Ud., a usté le consta que siempre la he querido mucho; y si por desgracia me matan en la guerra, cuente con que moriré pensando en usté. (Se va y al llegar a la puerta se devuelve para decir): De algún modo les mandaré noticias de por allá. (Se va).

(Pausa. Rufino y Manuela lloran en silencio; y por fin Rufino lo rompe diciendo):

Rufino.—Mama, no hay que desesperarse, puede ser que este viaje haga la suerte de este muchacho; y después de todo, ¿no es hombre?, déjelo que vaya a vo'ar baa.

Manuela.—Bueno: ¿pero vos, que también sos hombre, dónde te quedás?

Rufino.—A ese respecto le diré que yo me encuentro libre de esos compromisos, pues nunca he tenío, ni quiero tener nada

que ver con la carrera de las armas. En lo tocante a Juan es otra cosa, pues ya ve usted que siempre, con sueldo o sin sueldo, él no sale del "cuartel".

Manuela.—Galán estamos: una cosa es que no te gusten los oficios de cuartel, y otra muy distinta, ayudarle a la patria cuando lo ha de menester.

Pero, dejemos eso y tenéme cuidado con las gallinas mientras voy al rezo de mana Vicenta.

Rufino.—Váyase tranquila, que aunque tengo por delante media docena de camisas que planchar, siempre puedo echarle el ojo a las gallinas, de cuando en cuando. (Sale).

*Escena sexta*

Manuela Santamaría; un soldado. Al salir Rufino, ña Manuela se queda pensativa y en la punta de su delantal enjuga una lágrima.

Soldado (desde la puerta, con una corneta en una mano y un papel en la otra).—Juan! Juan Santamaría! ¿Dónde está el Erizo? Hola, ña Manuela! Vengo por Erizo, porque las tropas ya van a salir.

Manuela.—Si ya Juan debe estar en el cuartel.... Dios acompañe a m'hijo!

Soldado.—No se aflija, que a todos nos protege Dios. Y para que vea el patriotismo del país, voy a leer lo que dice el Presidente Mora y que por bando se está haciendo saber a toda la gente:

"Compatriotas:

A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié. Marchemos a Nicaragua a destruir esa falange impía que la ha reducido a la más aprobiosa esclavitud. Marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos.

Ellos os llaman, ellos os esperan para alzarse contra sus tiranos. Su causa es nuestra causa. Los que hoy los vilipendian, roban y asesinan, nos desafían audazmente e intentan arrojar sobre nosotros las mismas ensangrentadas cadenas. Corramos a romper las de nuestros hermanos y a exterminar hasta el último de sus verdugos.

No vamos a lidiar por un pedazo de tierra: no por adqui-



rir efímeros poderes: no por alcanzar misérrimas conquistas, ni mucho menos por sacrílegos partidos. No: vamos a luchar por redimir a nuestros hermanos de la más inícuca tiranía; vamos a ayudarlos en la obra fecunda de su regeneración; vamos a decirles: Hermanos de Nicaragua, levantaos; aniquilad a vuestros opresores. Aquí venimos a pelear a vuestro lado, por vuestra libertad, por vuestra patria. Unión, nicaragüenses, unión. Inmolad para siempre vuestros enonos; no más partidos, no más discordias fratricidas. Paz, justicia y libertad para todos. Guerra sólo a los filibusteros.

A la lid, pues, costarricenses. Yo marchó al frente del ejército nacional. Yo, que me regocijo al ver hoy vuestro noble entusiasmo, que me enorgullezco al llamaros mis hijos, quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria.

Vuestras madres, esposas, hermanas e hijos, os animan. Sus patrióticas virtudes os harán invencibles. Al pelear por la salvación de vuestros hermanos, combatiremos también por ellos, por su honor, por su existencia, por nuestra patria idolatrada y por la independencia hispanoamericana. Todos los leales hijos de Guatemala, El Salvador y Honduras, marchan sobre esa horda de bandidos. Nuestra causa es santa, el triunfo es seguro. Dios nos dará la victoria y con ella la paz, la concordia, la libertad y la unión de la gran familia centroamericana.

*Juan Rafael Mora*

San José, marzo 1º de 1856".

Al terminar la lectura se oye el *toque de generala* y otras marchas militares nacionales. Fuera de escena las gentes corren y lanzan vivas a Costa Rica y a Mora.

Telón.

## CUADRO SEGUNDO

La escena representa el campo, alrededores de la hacienda Santa Rosa, Guanacaste. A los lados, árboles, entre los que se ven los senderos. Al fondo una cerca y un portón con este letrero: "Hacienda Santa Rosa". "Prohibida la entrada". Sobre la cortina del fondo se dibujará la casa de la hacienda, en una colina.

### *Escena primera*

Concho, Chepa, Julián, José María, campesinos guanacastecos, que vienen huyendo de los filibusteros.

Concho.—¡Chepa!, volvé a espiar pa detrás de aquel cedro....

Chepa.—Allí está un hombre ..... será un .....

Concho.—¿Un filibustero?..... No reparás que es José María, el vaquero de la hacienda? Seguramente anda a monte como nosotros. Voy a llamarlo: ¡Semaría!..... venga p'acá, hombré!

(Sale José María, que es un peón de la hacienda de Santa Rosa y que estaba escondido entre los matorrales).

José María.—¡Gracias a Dios que me los encuentro a ustedes, pues desde ayer no he vuelto a ver a nadie de la hacienda!

Concho.—Pues la misma me ha aconteció a mí; desde ayer al oscurecer que llegaron esos demonios a la hacienda de Santa Rosa, ando breguando por los potreros, y con ésta de rastra por ser baldá, como usted sabe.

José María.—Pobre Chepa, de veras.....

Concho.—Si no fuera por ella ¿sabe Ud. lo que habría hecho, en vez de andarme escurriendo por entre los palos? Pos reunilos a todos ustedes, pa ver cómo sacamos de aquí estos condenaos.

José María.—Nada, Concho, haríamos nosotros contra ellos que son tantos y que vienen tan bien armados. Pero oiga usted, una cosa que voy a decirle: se dice que antes de ponerse el sol, estará aquí el General don José Joaquín Mora, que viene con una gran tropa a castigar estos bandíos.

Concho.—Vean qué casual, esos diablos nos obligaron a desparramarnos; pero Dios nos está juntando otra vez en medio del monte; allí viene Julián.

Julián (llega jadeante).—Acabo de desjicarar uno desos bandideros que se han apropiado de las casas de la hacienda. Re-

paren ustedes que por la puertilla e la cocina se le apareció a Moncha uno tan alto que según dice ella, se queda chiquito a su lao el poste en que amarramos el ganao, tan desmedido era el bárbaro de grande.

Chepa.—Yo lo vide, ese fué uno de los primeros que llegaron: es muy en alto deveras, y tiene una narizota y unos ojos azulejos que dan miedo.

Julián.—Ahora, añádalen ustedes unos zapatos que le llegan hasta arriba y un atajo de tarantines guindando; y dígamen si al verlo, no tuvo Moncha razón de creer que tenía el cadejos por delante?

Concho.—Convenio.

Chepa.—No era pa menos.

Julián.—Pos como les iba contando: se arrimó a la puerta y le pidió agua a la pobre Moncha, que más muerta que viva le obedeció llevándole una jicara hasta el copete.

Concho.—Y vos qué hacías?

Julián.—Yo, en un rincón desenvainaba a poquitos la rialera, cuando veo, que con una mano le devuelve la jicara a Moncha, y con otra, quiere comenzar a manoseala.

Manuela.—¡Ave María!.....

Concho.—¿Positivo?

Julián.—Tan positivo, que todavía se me sube la sangre a quitarme el resuello, cuando me acuerdo. Ponete vos en mi lugar, Concho; cómo no se pone uno al ver la mano de otro hombre alargándose p'acariciar la mujer que Dios le ha concedió por esposa?

Concho.—Tenés razón; ya a mí me ha pasado con ésta.

Chepa.—Ahi si que no, mentiroso.

Concho.—Es broma; si de algo vivo contento es de haber encontrado por compañera esta negra.

José María.—Dejen de hacerse cariño, pa que sepan en lo que paró la cosa.

Concho y Chepa.—Sí, sí, cuéntenos lo que sucedió en seguida.

José María.—Pos al ver aquel abuso, me escurro por entre la troja y en un santiamén me le pongo detrás y allá te va ese planazo por el propio gogote. De viajecito lo tendí; y luego ayudado por Tiburcio que por suerte apareció por allí, lo medio escondí en el parasal.

Chepa.—¿No han oído ustedes?

Todos.—¿Qué..... Chepa?

Chepa.—En esta direición he oído como el sonido de un cacho de llamar ganado (señala una dirección).

José María.—Tiene razón Chepa; de por ese lao parece venir un ruidal. . . . .

Julián.—¿No será el Coco, que ya está encima de los filibusteros?

Concho.—Tal vez; y pa mí, lo que oyó Chepa no es cacho, sino una corneta tocando paso camino.

José María.—¿Ven aquella nube de polvo que se levanta al pie de ese cerrillo? . . . . . Pues allí viene algo y no hay quite que son las tropas.

Chepa.—Sí, es cierto. . . . . Allí están. . . . . Bien había oído yo.

Julián.—Hombre. . . . . ¿no han reparao? adelante vienen tres a caballo.

Concho.—Sí, esos deben ser los que mandan y como que se han detenio y van a desmontarse; ellos sabrán por qué quieren avanzar a pie.

Chepa.—Ya están aquí: gracias al Señor que podemos contar con algún amparo.

(Unos momentos de espectación, durante los cuales todos miran hacia el lugar por donde parecen venir las tropas).

### *Escena segunda*

Dichos; Gral. José Joaquín Mora, jefes costarricenses, soldados.

José J. Mora.—¡Hola, amigos! ¿Muy asustados con los nuevos vecinos, que según parece, han sentado sus reales por estos contornos?

Concho.—Señor: no le negamos que rialmente nos han asustao, porque nos han cogío de improviso.

José J. Mora.—¿Y dónde están?

Julián.—En las casas de la hacienda que rodea esa cerca de piedra, que ve Ud. allí.

José J. Mora.—¿Cómo se llama esta hacienda?

Chepa.—Santa Rosa, señor.

José J. Mora.—¡Ah! . . . . . ¿Con que ésta es la hacienda de Santa Rosa? ¡Bonito nombre llevará, pues, la primera victoria que obtengan los costarricenses sobre los filibusteros!

Un oficial.—Mi General: ¿Cree Ud. que triunfemos en el primer encuentro?

José J. Mora.—Tengo absoluta seguridad de que la victoria será nuestra. Quiénes quedarán vivos, ya eso será otra cosa. De mi parte sé decirles que mañana a esta hora, si estoy

vivo, habré enviado ya a San José la noticia oficial de nuestro primer triunfo.

¿Cuándo llegaron aquí los filibusteros?

Julián.—Ayer por la tarde, señor.

José J. Mora.—Ayer fué 19; pues bien, hoy 20 de marzo de 1856, obtendrán las armas costarricenses su primer triunfo contra los invasores.

Concho (dirigiéndose a sus compañeros).—¡Así se habla!

José J. Mora (mirando hacia la hacienda).—Pero allí se ven varias casas.

Concho.—Sí señor; pero en la que se han alojado los que parecen los jefes, es en aquella grande con corredor, que tiene al frente un patio cercado de piedra.

José J. Mora.—¿Y aquella otra casa de la derecha, que está en la falda de una colina?

Chepa.—Esa es la quesera de la hacienda.

José J. Mora.—¿Conocen ustedes algún sendero por donde pudiéramos acercarnos sin ser vistos por los filibusteros?

Julián.—Sí señor; esa es la boca de un callejón muy a propósito pa lo que usted quiere, por estar casi todo tapao por los árboles.

José J. Mora.—¿Y a qué punto exactamente conduce ese callejón?

Julián.—A la plazuela de la hacienda.

José J. Mora.—Perfectamente; muchas gracias, por los magníficos informes que se han servido darme ustedes. Ahora, vamos pues a proceder; ¿Capitán Gutiérrez?

Gutiérrez.—¡Presente!. . . . ., mi General.

José J. Mora.—¿Tiene usted el plano que sobre estos lugares nos fué presentado por don Clodomiro Escalante?...

Gutiérrez.—Aquí lo tiene usted, mi General.

José J. Mora.—(Examinando el plano). Bien. . . . . ¡Coronel Salazar!

Salazar.—Presente, mi General.

José J. Mora.—Prepárese usted para atacar con 280 hombres, el frente, la izquierda, y el flanco derecho de la casa donde están los filibusteros.

Salazar.—Muy bien, General.

José J. Mora.—¡Capitán Marín!

Marín.—A sus órdenes, mi General.

José J. Mora.—Ud. se situará con los cañoncitos, en el flanco derecho de la casa.

Marín.—Serán cumplidas sus órdenes, General.

José J. Mora.—¡Capitán Gutiérrez!

Gutiérrez.—Presente, General.

José J. Mora.—Usted con 200 hombres deberá flanquear la izquierda, por el lado afuera de las casas, procurando situarse a la espalda de las mismas y sobre la cumbre de la colina.

Gutiérrez.—Muy bien, General.

José J. Mora.—Capitán Arias, Jefe de la Caballería!

Arias.—A su disposición, General.

José J. Mora.—Ud. deberá tener formado su escuadrón, en el callejón que nos ha descrito este hombre y no se moverá de allí, hasta no recibir la orden de cargar al enemigo, cuando se le haya desalojado de sus posiciones.

Arias.—Entendido, mi General.

(Pausa: el General Mora se pasea unos segundos, mirando al suelo).

José J. Mora.—¡Ahora!. . . . . ¡Avancen muchachos!. . . . .  
(Sale de uno de los lados de la escena, un grupo de jóvenes uniformados de soldados, con sombrero de paja: una vez en el centro del escenario, el General les dirige las siguientes palabras:)

¡Vamos, pues, a defender nuestra libertad y a morir por ella, si es necesario! ¡Que cada uno de vosotros se convierta en un héroe, ejecute prodigios y que todo lo venza!

Varias voces.—¡Viva Costa Rica!. . . . .

¡Viva el General don José Joaquín Mora!

José J. Mora.—¡Silencio por ahora, muchachos!. . . . .

¡Atención!. . . . .

¡Fila. . . . .!

¡En columna!. . . . .! ¡Corneta!

Corneta.—(Saludando militarmente) ¡Mi General!

José J. Mora.—En cuanto se emprenda la marcha, toque usted a degüello.

Corneta.—Muy bien, mi General.

Un soldado.—Vamos a probarles a esos “machos” que estos “monos” como nos llaman, son capaces de levantarlos en la punta de las bayonetas y mandarlos al diablo.

José J. Mora.—¡Atención!. . . . . ¡De frente. . . . .! marchen.

(Este grupo imita la marcha marcando el paso en medio escenario, al mismo tiempo que suenan los primeros disparos y se canta la Marcha de Santa Rosa).

Telón.

### CUADRO TERCERO

La escena representa la plaza de Rivas, Nicaragua. Al lado derecho, cerca de la boca, el Cuartel General de los costarricenses, con bandera, y un pequeño cañón frente a la puerta. Al lado izquierdo, cerca del fondo, una ventana con un gran rótulo: *Mesón de Guerra*. Al fondo, calle que hace esquina en el Mesón y en la casa que sirve de cuartel a los costarricenses. Más al fondo, otra casa, o mejor, la iglesia de Rivas.

#### *Escena primera*

General Mora y otros jefes costarricenses citados en el texto; soldados. Al levantarse el telón será de noche; los soldados conversan a la luz de las linternas. Los jefes se pasean entre ellos.

Gral. Mora.—Lamento mucho la sangre derramada en Santa Rosa; tantos valientes amigos que allí murieron; 16 muertos y 25 heridos; el valiente y leal capitán José María Gutiérrez, el capitán Manuel Quirós, los tenientes Justo Castro y Manuel Rojas, y tantos soldados que murieron gloriosamente por la patria. En un ataque rápido, instantáneo, que no duró media hora, los 400 enemigos huyeron por los bosques, aterrorizados, abandonando municiones y heridos; mas nos dejaron terribles pérdidas, si no por el número, por lo mucho que distinguíamos a esos primeros costarricenses caídos por la libertad de nuestra nación.

Gral. Quirós.—Excelencia, las brillantes victorias se pagan caras; pero no hay que lamentarlo.

Gral. Mora.—Cierto, mi General. Y el resultado no podía ser otro, que esa confianza me inspiraban mis gentes y era muy propio de ellos tanto arrojo y patriotismo. Así espero que pronto obtengamos otro triunfo tan decisivo como aquél. Porque el enemigo nos atacará, deseoso de venganza y así nos dará ocasión de completar la hazaña de Santa Rosa.

Gral. Cañas.—En efecto, Excelencia. Tenemos informes de que los filibusteros maquinan algo infernal. Se habla de que algunos prisioneros, caídos en poder de Walker, han dado informes precisos de nuestras posiciones. Creo que se ha procedido sabiamente al reforzar todos los puntos atacables;

esos 300 hombres enviados a San Juan del Sur al mando de don Salvador Mora, los 300 enviados a La Virgen, al mando de don Juan Alfaro Ruiz y don Daniel Escalante, y el haber elegido a esta ciudad de Rivas para nuestro Cuartel General.

Un oficial.—Yo estoy tranquilo, porque parece imposible que nos ataquen aquí en Rivas; aunque se habla, como simple rumor, de un ataque combinado en el que el Coronel Sanders vendría por el norte, el Mayor Brewster por el sur de esta plaza, y el Coronel Natzer y ese traidor del Teniente Machado por los otros rumbos que quedan en la dirección de Ochomogo, y hasta se dice que el mismo Walker participará en el ataque.

Gral. Cañas.—¡Oh! sería una empresa demasiado audaz.

Gral. Morá.—Aunque en la guerra todo es posible, no creo que intenten, por lo menos por ahora, un golpe tan fuerte. Para que la tropa esté descansada, lo mejor es que por el momento todo el mundo se retire a dormir. ¡Hola! toquen retreta.

(Suenan el clarín tocando retreta y todos se dirigen al cuartel, menos los centinelas).

---

### *Escena segunda*

Dichos; otros jefes que se citan en el texto; General Walker.

Soldado.—¡Centinela! ¡Alerta!

Otro.—¡Alerta está! ¡Centinela, alerta!

Otro.—(Más lejos) ¡Centinela, alerta!

Otro.—(Más lejos todavía) ¡Alerta está! Centinela alerta!

El primer soldado.—¡Centinela! ¡Movimientos sospechosos!

Juan Rafael Mora.—(Aparece con varios oficiales y conversa con el centinela). ¿Qué pasa?

Centinela.—¡Mi general! Según creo, los filibusteros se han introducido repentinamente en la ciudad, y han ocupado por sorpresa casi todos los edificios de la plaza; los he visto salir como rayos de entre los cacaotales.

Juan R. Mora.—Ahora me explico las maniobras de Walker amenazándonos por el lado de Potosí, únicamente con el propósito de distraernos por ese lado, para atacarnos luego



en Rivas. Efectivamente, ha conseguido engañarnos, pero muy pronto habremos de reponernos de las asechanzas de este jefe filibustero. Que se envíe inmediatamente orden de devolverse al Mayor Escalante, que hace quince minutos salió para Potosí con 400 hombres.

(Comienzan los primeros disparos de los filibusteros, que poco a poco van apareciendo en la plaza).

(Dos artilleros costarricenses aparecen defendiendo el cañoncito avanzado en la plaza, que les es quitado por los filibusteros. Los costarricenses procuran salvar el cañón, pero son rechazados).

Quesada.—¡ Se han llevado el cañón! ¡ Dame un fusil! ¡ Viva Costa Rica! (Mata a un filibustero).

(Los filibusteros avanzan hasta medio escenario con intenciones de llegar hasta el cuartel costarricense; pero en eso son rechazados por el Coronel Salazar con un puñado de hombres).

Juan R. Mora.—(En la puerta del cuartel costarricense). ¡ Muchachos! La situación ha mejorado un poco; desde la cuadra atrás del Mesón de Guerra, la ciudad es nuestra; ahora lo que hace falta es vencer. Y con este propósito quiero reunir la gente que pelea aislada; pero para ello necesito un ayudante que vaya a los otros cuarteles a comunicar la orden de que se ataque la retaguardia del enemigo.

Gral. Quirós.—¡ Excelencia! Como no hay ningún ayudante disponible, yo iré a transmitir la orden.

Juan R. Mora.—¡ Gracias, General Quirós! Acepto su ofrecimiento; puede usted marchar y procure guardarse de las balas filibusteras.

Gral. Quirós.—Descuide usted, Excelencia. (Se va; luego regresa entre el tiroteo).

Un grupo de soldados.—¡ Agáchese, General!

Quirós.—¡ Los generales no se agachan! (Una bala lo alcanza y cae).

Gral Cañas.—(Saliendo del cuartel, entra en escena). ¡ Excelencia!, creo que hay que cambiar de táctica, porque las medidas hasta ahora puestas en práctica, no han producido más que el derramamiento de mucha sangre heroica en nuestras filas. ¡ Ahora, voy a recorrer la línea!

Juan R. Mora.—Dicte usted General Cañas, todas las medidas que crea conveniente. (Sale por el cuartel).

La tropa.—¡ Viva el General Cañas!

Gral. Cañas.—(Dirigiéndose a los oficiales). Ordenen parar el

fuego, en tanto me cerciuro de la verdadera posición que ocupa el enemigo!

Walker.—(Se asoma a escena por la ventana del Mesón y se dirige en voz alta a sus oficiales, diciéndoles): Costarricenses haber parado el fuego, eh? ¡Tener ahora mucho cuidado, porque ya ellos no querer pelear del mismo modo.

Un oficial.—(En el cuartel costarricense): ¿No se fijan ustedes cómo el mayor número de fuerzas enemigas se ha refugiado en el Mesón de Guerra?

Un soldado.—Lo más conveniente sería prender fuego a esa casa, para obligarlos a desalojarla.

Otro soldado.—Pero, ¿cómo? ¡Si todos los muros del Mesón se encuentran dispuestos para la defensa!

Juan Santamaría.—Yo creo que con el agarrás de una botella que me encontré anoche en el cuartel de Corrales se podría quemar el Mesón. No olvide que yo sé encalar casas y que mi brocha se puede convertir en tea.

Un oficial.—¡General Cañas! ¿Qué le parece lo que proponen los muchachos, con respecto a la conveniencia de incendiar el Mesón?

Gral. Cañas.—Creo que es el único medio que se nos ofrece por el momento, para obligar a los filibusteros a desalojar ese edificio.... Vamos, pues, a ver quién se encarga de hacerlo. ¡Muchachos!....

¿No habrá entre tantos valientes, alguno que quiera arriesgar la vida incendiando el Mesón para salvar a sus compatriotas?

(Pausa, silencio por algunos segundos; después de los cuales exclama nuevamente el General Cañas):

¡Que dé un paso al frente el que se atreva!

Juan Santamaría.—Yo iré, General; pero le advierto que yo dejé a mi madre, anciana y pobre, allá en Alajuela, en el barrio de la Concepción.

Un soldado.—Es cierto, General; yo la conozco y sé que Juan es muy buen hijo.

Gral. Cañas.—En medio de la crítica situación en que nos encontramos, me satisface conocer esos detalles acerca de la personalidad del valiente soldado alajuelense que en este memorable momento se dispone a exponer su vida por la libertad de su patria.....

En cuanto a tu madre, Juan: no te preocupes, pues aparte de que Dios habrá de premiar en ella al buen hijo.... yo te prometo, que la patria no la desampará.

Juan Santamaría.—Entonces... voy a hacer un mechón... (Lo hace con la ayuda de sus compañeros y después de escuchar las últimas instrucciones del General Cañas se encamina resueltamente al Mesón). (Sacan del cuartel una escalera que Juan apoya en las paredes del Mesón. Santamaría es herido primeramente en el brazo derecho, y la tea cae; pero el muchacho no se arredra por esto y tomándola con la mano izquierda, produce el incendio del edificio). (El incendio se puede imitar con fósforos de luz, candelas de Bengala, etc. Juan cae sin vida después de haber consumado su obra).

-----  
*Escena tercera*

Mesón en llamas; Juan caído en el centro de la plaza; los filibusteros salen del edificio, se asoman a escena y huyen; los costarricenses salen a la plaza a celebrar la victoria.

Costarricenses, replegados a su cuartel.—¡Victoria, victoria!  
¡Viva Costa Rica libre! ¡Llor al Héroe de Alajuela!

Entre los soldados que rodean a Juan aparece la Gloria con una corona de laurel y flores sueltas que tira sobre Juan, al tiempo que le pone la corona cerca de la frente. Del cuartel sale el General Mora acompañado de su Estado Mayor, el cual trae la bandera nacional que es colocada sobre Juan; luego forman semicírculo alrededor del cuerpo y presentan armas con las espadas.

En ese momento se inicia el Himno Nacional; todos cantan hasta la parte que dice: "Salve oh tierra gentil, salve oh madre de amor", en la que se detiene la orquesta y aparece, salida del cuartel, una joven que representa a Costa Rica (gorro frigio, bandera y espada), la cual canta la estrofa "Cuando alguno pretenda tu gloria manchar, verás a tu pueblo valiente y viril, la tosca herramienta en arma trocar", mientras por detrás del grupo desfilan soldados ticos y campesinos, en filas alternas de cuatro cada una.

Al comenzar la última estrofa del Himno (Noble patria tu hermosa bandera dulce abrigo y sustento nos da), todos se quedan en escena y cantan. En ese momento la Gloria

y Costa Rica se vuelven al fondo del escenario y señalan cómo se corre la cortina que representa una iglesia y en su lugar queda otra cortina que muestra el monumento a Juan Santamaría con una leyenda que dice: *Costa Rica eternamente agradecida.*  
Telón lento.



**Publicaciones de la Prensa Nacional  
con ocasión del Centenario**

LA CELEBRACION DEL NACIMIENTO DE IUAN SANTAMARIA  
NOS HIZO VIVIR ALGUNAS HORAS DEL PASADO GLORIOSO  
DE COSTA RICA

Así dijo el señor Presidente de la República,  
Licenciado don Cleto González Viquez, al  
comentar las fiestas del sábado en Alajuela

*Millares de personas desfilaron en la procesión cívica que rindió culto a la memoria del héroe.*

El señor Presidente, en círculo de amigos, da a conocer sus impresiones respecto a la hermosa fiesta con que los alajuelenses honraron la memoria del héroe en el centenario de su natalicio. Con calurosa admiración encomia los brillantes resultados de esos actos cívicos que pusieron de relieve, como claros exponentes, el abierto y franco patriotismo y la viva cultura de aquel pueblo. Es también digno de observar que el sentimiento patriótico que presidió todos estos actos se hizo extensivo hasta la esfera misma de la política y todos los partidos concurrieron en el propósito de acallar, siquiera por ese día, el ardor de sus luchas, la vehemencia de sus pasiones y el fuego de sus actividades cooperando así a hacer más hermoso, si cabe, el homenaje que el país todo, con unánime impulso, rindió a la memoria del héroe.

Pocas veces se ha presenciado en Costa Rica—indicó el señor Presidente,—una fiesta pública tan bien organizada como ésa, con éxito tan brillante.

Hasta el tiempo fué propicio para la celebración del día; en clima cálido, temperatura suave, socorrida con fresca brisa. Sin una molestia, sin un incidente, sin nada que perturbara el ánimo del público, millares de personas desfilaron en imponente y majestuosa procesión cívica, ofreciendo un espectáculo verdaderamente sublime. El ambiente nacional se respiraba y se sentía por todas partes. Las reminiscencias de aquel pasado glorioso de Costa Rica se notaban en el espíritu de las gentes, en los vestidos que usaban las alumnas del Colegio de Señoritas y hasta en las mismas viandas que fueron servidas para regalo de la concurrencia. No se diría sino que estábamos viviendo en aquellos años del 56, tal era la originalidad de esta fiesta nacional a cuya grandiosidad hemos puesto todos los costarricenses el corazón. Para los organizadores de ella mis parabienes.

## INTERMEZZO

(En Alajuela)

Sentémonos a descansar. Pláceme oír el murmullo del remanso, compasado al susurro del viento que besa las hojas del copudo mango a cuya sombra me acojo para meditar y recordar . . . para olvidar también las angustias de la lucha diaria, para no ver las miserias que a mi puerta llegan, para no otear los nubarrones que se avecinan. Olvidar lo que aflige, recordar lo que es sedante y aplaca el escozor de los rasguños, de las heridas. Recordemos a Alajuela.

\*  
\* \*

El desfile fué maravilloso. He visto muchos en mi larga vida. Ninguno como aquél. Hasta la dulce temperatura del día ayudó al gran éxito con su suave brisa y con rayos de un sol benévolo.

Pasaban y pasaban los ordenados grupos, cada cual con la característica marcada de nuestro pueblo tico, valeroso, alegre, bueno.

Carros alegóricos de distinta y atrayente belleza, grupos de estudiantes de arrogancia marcial o de sonriente y luminosa jovialidad, briosos caballeros de la llanura montados en sanguíneos potros caracoleando, domados y fieros; muchas, muchas aldeanas con su pita típico, con las golas de armiñadas camisas, con arbol en las mejillas, con sonrisa juvenil en los labios.

\*  
\* \*

Y después oratoria discreta y brillante: palabra flúida y sentida del Colegio donante, palabra discreta la de la voz oficial, palabra donosa, emocionadora y elocuente la del orador alajuelense . . . Y toda esa lluvia de frases cayendo en nuestros corazones como un rocío y haciendo germinar con vivaz impulso el recuerdo del glorioso tamborcillo.

\*  
\* \*

Ni un grito de beodo, ni un alarde de pasión. Nuestra actual caldeada atmósfera tornóse suave y serena. Todo marchando

con el orden y justeza de un reloj, y los miles allí aglomerados nos sentimos hermaníticos que olvidan sus rencillas para comulgar en aquel minuto de oro con la hostia del amor a la Patria bajo el domo de Gloria que a ella puso el humilde tamborcillo.

\*  
\* \*

En una de las mesas el señor Presidente de la República y distinguidos diplomáticos servidos por Adilia Arias e Inés Saborio, dos encantadoras patillas que prodigaban manjares y salero. La botella de chile con tapón de olote, el frito gustoso en donde braceaba un tierno guineo, el gallito de frijoles en tortilla, la grasosa y succulenta lechona, la clásica rapadura, menos dulce que el fulgor de los ojos patillos, qué bello almuerzo, qué feliz idea, qué lindo homenaje al pueblo del tamborcillo, qué bien se comió el plato nacional de aquella fiesta típica! Maravilloso todo, maravilloso este imborrable recuerdo.

Y al salir del comedor, en el amontonamiento enorme de campesinos y aldeanas, faja al cinto y sombrero terciado, camisetas blancas y enaguas vistosas, quedé un instante rodeado de un enjambre juvenil; ésta más linda que la otra, aquélla de los ojos negros, y la que sigue de los dientes blancos, todas alegres y chispeantes, y al verme en medio de aquel grupo de primaveras, me dije, parafraseando la oración de los años infantiles: "Bendito tú eres entre todas las mujeres".

El oleaje nos llevó a la planta baja del edificio y en ella vimos las reliquias: retratos de los que desde sus pupitres dirigieron la cruenta lucha y de los que en el campo regaron sangre y gloria, y mil recuerdos de aquella época que nunca será preterita porque vive en todo corazón tico. Santas reliquias que viven y vivirán, como amuletos de gloriosa libertad.

\*  
\* \*

El baile espléndido; las aldeanitas transformadas en soberbios ejemplares de la elegancia moderna, trajes de impecable corte, peinados de capricho artístico; y los campesinos convertidos en cultos y galantes caballeros, y el champagne corriendo profuso y la música deleitando el oído, y la danza undosa y aristocrática.

Me fui de allí pensando en Teodoro, el admirable condecorado organizador, en el tacto, discreción y buen gusto de la Co-



misión; en la infinita cultura del pueblo alajuelense; en las lindas patillas a la luz del sol y encantadoras marquesitas versallescas a la luz de la luna...en la tristeza de que tal vez no podré ir al próximo centenario...aunque mucho lo deseo.

San José, 1º de setiembre de 1931.

*Leonidas Pacheco*

(De *La Tribuna*, 3 de setiembre de 1931).

### DON RICARDO A LOS ALAJUELENSES

Venís de una tierra predilecta en la estimación de la patria. En vuestra tierra hay una estatua y hay un culto; la sombra de esa estatua consagrada al héroe Santamaría se extiende sobre la República entera y su culto prospera en todos los nobles pechos de los costarricenses. A su amparo, debemos estar siempre atentos, en perenne vela por nuestras libertades, por nuestros derechos y por nuestras normas republicanas. Con justicia os envaneceís de Juan Santamaría. Pero es que ese humilde soldado fué el único héroe alajuelense en la jornada gloriosa de la guerra contra los bucaneros? No por cierto. Un amigo mío me daba estos datos interesantes: en un documento de la época, una carta que escribía don José María Alfaro a su hijo, le decía que de un batallón de 300 alajuelenses salidos de aquella ciudad a los campos de batalla, regresaron apenas cuarenta y tantos.... Los demás habían quedado tendidos de cara al enemigo a quien habían dominado en defensa de su hogar y de su patria. Pero de todo ese florecimiento de patriotismo, la flor, el símbolo, es Juan Santamaría, cuyo gesto épico es digno de las tragedias inmortales. Los hijos de los dioses mitológicos alcanzaban mediante sus esfuerzos la calidad de semidioses; lo que no vieron los antiguos fué este gesto del soldado humilde, del Erizo, del tambor del regimiento, que, saliendo de las filas de tropa rasa, alcanzara en un minuto la estatura de un semidiós. ¿Y qué es Juan Santamaría y qué significa para vosotros y para todos los costarricenses? Juan Santamaría quiere decir servirle a la patria hasta la muerte. Y hasta la muerte la sirvieron él y los gloriosos alajuelenses sacrificados en los campos que tanta honra nos dieron y que afirmaron para siempre nuestra autonomía y nuestra santa libertad. La estirpe moral de los alajuelenses es la estirpe del soldado Juan.

(De *Crítica*, diario de la tarde. Año I, N° 58, viernes 28 agosto 1931).

## JUAN SANTAMARIA

La pátina del tiempo embellece cada día más la estatua de Juan Santamaría y eso mismo acontece con la memoria del héroe. Cuando el Gobierno de Mora tomó la trascendental decisión de ir a la guerra, no faltaban aquí voces discordantes, y aún durante la guerra, propaganda derrotista.

Pero con el tiempo aquellas voces se han sumergido en el olvido, y en cambio se han levantado, y pasan reverentes las multitudes ante ellas, las estatuas de don Juanito y del Erizo. Juan Santamaría es el símbolo del libertador del territorio, como lo es en Francia Juana de Arco; y así como en Francia monárquicos, imperialistas o republicanos se unen en el culto de la heroína, así también nosotros, sin tener en cuenta diferencias políticas, rendimos culto a la memoria del épico corneta, que encarna la decisión inquebrantable de los costarricenses de mantener la independencia del grupo y el señorío de sus propios destinos.

Es grato pensar que en nuestras escuelas, el episodio del incendio del Mesón de Guerra sea la primera visión del patriotismo que impresione la imaginación de los niños. Podrán ignorar a veces quienes fueron sus propios abuelos, pero todos saben quién fué Santamaría y por ahí aprenden que quien por su devoción a la Patria pierde la vida, en una noble empresa nacional, gana para su nombre memoria imperecedera. Mora, el patricio y el caudillo, y Juan Santamaría, el cornetilla y el mártir, representan la unidad del esfuerzo y la abnegación del pueblo costarricense en aquel trance memorable en que quedó asentada, como en una roca, la soberanía de la nación. El tiempo no habrá de corroer sus estatuas; y el tiempo, tampoco habrá de quitar a sus vidas el ímán de su grandeza.

*Ricardo Jiménez*

(De La Tribuna).

---

### ANTE EL SOLDADO JUAN

Presente armas la ciudadanía costarricense

Los hombres necesitan, en su peregrinación por la vida, levantar los ojos de la grosera materialidad que nos circunda, para posarlos en un ideal superior; y los pueblos en todas las edades, se han redimido de sus pecados de filisteísmo o de sus instintos subalternos, glorificando y magnificando a las figuras próceras

que han simbolizado las virtudes máximas del heroísmo, en cualquiera de sus manifestaciones.

El culto a los héroes ha sido, desde el amanecer de la historia, la mayor devoción de los hombres; y la reverencia a ese culto ha estado en relación con el nivel de dignidad y de cultura de las naciones, a tal punto que las patrias que no han tenido un héroe auténtico lo han forjado en las leyendas de sus poetas.

Costa Rica tiene al soldado Juan como héroe suyo. Aquí nació, de nuestra gleba social, y por la vida de la Patria, valiente, noble y desinteresadamente, ofreció la suya. A los ardores de su tea ardó el mesón en Rivas, pero esos fulgores, como en la perpetuidad de un cívico milagro, siguen alumbrando el camino de la libertad de Costa Rica.

La estatua que se eleva en Alajuela en el parque al cual bautizó con su nombre, nos lo representa como era: el humilde soldado, el hijo autóctono de su pueblo—su hijo epónimo—en la actitud resuelta de quien defiende el rincón en que le tocó nacer. Es el humilde campesino nuestro engrandecido y ennoblecido en la pelea por el decoro y la libertad de su Patria; esta tierra fué su cuna y esta tierra se rasgó las entrañas para ofrecerle el lecho eterno. Pero si el soldado Juan no hubiera existido, si sólo fuera la exaltación de nuestra fantasía, bien haya el pueblo que, no habiendo podido producir un héroe de carne y hueso, se lo saca del alma y hace de él una creación espiritual, para personificar así la admiración y el amor que merecen los que se sacrifican por la integridad de la soberanía, por las glorias o por la vida de la Patria.

Bien hace Costa Rica en glorificar como héroe nacional al modesto soldado Juan; así patentiza una vez más, su esencia democrática. La misma Francia, la de las glorias eternas, no tiene como héroe nacional al arrogante Napoleón, tan grande en Austerlitz como en Santa Elena; tiene como símbolo de patriotismo a la Pucelle “La iluminada de Domremy”, quien con todo el altruismo de su alma pura, desinteresadamente, combatió con todo ardor por la libertad francesa.

Entre nuestros héroes, Juan Santamaría, como tallado en la piedra viva del alma nacional, siendo el más humilde de nuestros héroes, es, sin embargo, el más grande por su desinterés y por su altruismo, en gesto de epopeya que la historia recogió y que los costarricenses amamos profundamente.

*Carlos M. Jiménez*

(Del Diario de Costa Rica, 28 de agosto de 1931).

## JUAN SANTAMARIA

Es cierto que los costarricenses tardamos bastante en rendir homenaje de veneración al Héroe, tal como lo exigía el sacrificio que llevó a cabo por la independencia y el honor de la patria y por la libertad de Centro América; pero eso nunca ha querido decir que el humilde soldado no hubiera existido o que hubiese siquiera dudas acerca de su existencia. El pueblo costarricense olvidó a su Héroe durante muchos años, embriagado con la herencia de gloria que él le legara, y eso es todo.

Allí está el bronce de Juan Santamaría en la plaza de Alajuela, alumbrando a la patria con su antorcha nextinguible; y a su luz y a su calor las almas encontrarán siempre respuesta a los que dicen que Costa Rica no es la misma tierra de creaciones viriles que arrojaron de su seno al aguerrido invasor; su luz alumbrará a nuestro pueblo como si viniera directamente del emperio, y a su influjo la matriz de la patria concebirá en todos los tiempos y dará a luz varones que para ella vivan y que por ella mueran, bien si la agresión viene de afuera o si nace y crece en su misma entraña.

La antorcha de Juan Santamaría invita a todos los idealismos creadores y fecundos, y hace bien el pueblo en mantenerla allí, llameando siempre, como hace el pueblo francés con la del Soldado Desconocido. Su llama nos dirá siempre, a nosotros y a nuestros hijos, lo que dijo el Almirante inmortal a sus soldados de Trafalgar: "La Patria espera que cada uno cumpla con su deber". El Rey Jorge V la acaba de repetir al mismo pueblo inglés, y éste se siente electrizado y dispuesto a hacer igual cosa que hicieron sus abuelos. Juan Santamaría adivinó esa palabra, al empuñar impávido la tea, y ella sonará eternamente en los ámbitos patrios y hará que el pueblo costarricense, a través de todos los altibajos de su historia, cumpla estoicamente con su deber. No pide otra cosa nuestra condición de soldados costarricenses y de soldados de la humanidad.

*Julio Acosta*

(Del diario "Crítica", de 28 de agosto de 1931).

---

## JUAN, EL HOMBRE

En el bronce de Juan, el humilde soldado de la pequeña patria, los jóvenes costarricenses tienen un símbolo iluminador de su propio destino. La hazaña militar, admirable en sí misma, pu-

do ser pasajera. Mas el gesto varonil es eterno. Será eterno mientras en el alma diáfana del joven patriota se reflejen lealmente los destellos de la antorcha de Juan el soldado.

La antorcha, encendida y en alto, fué en su hora la condenación de todos los peligros que prosperan por la debilidad y flaqueza de los pueblos. Pero también esta estrella roja de la llanura es un perpetuo llamamiento a la voluntad del hombre costarricense, a su determinación y a la victoria. En todas nuestras vidas hay esos momentos definitivos que definen nuestro destino. La antorcha de Juan es la aurora de las aulas. Su sacrificio, su impulso heroico, su gloria, no habrían podido ser nunca una leyenda. Son una verdad. La verdad del héroe, surgiendo de las profundidades luminosas del ser humilde; la verdad del hombre, cuando sordo a sus egoísmos, se dignifica en el respeto de su propio sentido; la verdad de un pueblo, pequeño, sencillo y modesto, pero a quien sirve para vivir en la libertad y en la paz activa, el culto de una tempestad de fuego purificador.

La hoguera está encendida y viva, como en los viejos cultos del fuego, para templar el alma de las juventudes patrias, para recordar los triunfos conquistados y para orientar el espíritu público. La guerra en que Juan se hizo grande, no la olvidaremos. Ella será cada vez más el poema de nuestra historia casi infantil. Allí está el bronce agreste, asaltado en un resplandeciente delirio de pasión por los orgullos de la tierra nativa; allí está la llanura sembrada de las huellas de la legión ansiosa; allí está el cielo propicio como una corona de esperanzas incitadoras; allí está la herida como una flor mágica y el grito del soldado como el canto solemne de la victoria. No olvidaremos la guerra. Pero Juan no es sólo la guerra; es nuestra vida: levantarse del surco y vigilar el horizonte; poner al hijo risueño en los brazos de la madre y coger el escudo; transformar la paz santa del campo en ira noble; contar con la complicidad del mar para estar pronto en el campo de los sacrificios y con la complicitad del firmamento, para obtener un triunfo; ser infantil en el afecto, en la piedad, en el servicio, en el culto de todos los bienes y hacer salir de nuestro interior, como de un alcázar, la figura majestuosa de un hombre. Tener una patria y cuidarla y convertirla en el asilo de todos los hombres buenos del mundo. Eso es Juan, el bueno. La vida de Juan es como el rayo y la estrella.

*Rómulo Tovar*

## SENTIDO HISTORICO DEL HEROE COSTARRICENSE

Palabras dichas en la asamblea celebrada en honor de Juan Santamaría en la Escuela Vitalia Madrigal

Hay multitud de maneras para contemplar el sentido de los héroes, porque usan diversidad de formas para realizarse. Por lo general, estiman todos que el héroe es únicamente quien muere en el hecho glorioso de una batalla, o pasa por el peligro de perder la vida en ella. En oportunidades se engrandece una acción gloriosa, no por el hecho mismo: por la intención íntima que lo inspiró y el grado espiritual de sus consecuencias. Y sólo se habla de los hombres que expusieron sus vidas, con valor, en virtud de alguna motivación generosa, dándoles el título de héroes. Porque hay otros que han expuesto las suyas, con temeridad, en el asesinato, en el robo, en el bandidaje, y no son héroes. Aquí se advierte que el hecho en sí no basta para alcanzar la glorificación de los pueblos: debe ir ligado al sacrificio realizado, la intención moral que lo endereza hacia grandes ideales.

La del heroísmo es, por tanto, una función moral, y de ninguna manera, acrobática, como lo han supuesto algunos. Por esto conviene enseñar a los niños, en esta oportunidad, tales distingos, para que aprendan a conocer que el heroísmo existe en todo acto de sacrificio realizado por el bien de los hombres.

Pero veámos, concretando el propósito de nuestras palabras, cuál es el sentido histórico del heroísmo de Juan Santamaría.

José Vasconcelos dijo, al pie de este bronce de Alajuela, palabras que debe recoger, con emoción, la República: "Los héroes de la independencia hispano-americana lucharon, para realizarla, con soldados de nuestra propia raza; Juan Santamaría, contra el invasor extranjero". Esta declaración nos ha hecho pensar en el sentido histórico del héroe alajuelense. Es más amplio de lo que pudo suponerse al principio: se trata, como lo afirmó ese día el maestro mexicano, de un héroe continental, desconocido injustamente en los otros países de la América. Bajo el amparo de tales palabras, que son las de un vidente, debemos reconocer que no se ha comprendido, durante muchos años, la trascendencia del sentido histórico del Erizo. No es un héroe oscuro: es un gran símbolo cuya virtualidad espiritual interesa al destino de veinte naciones. No en vano agregó Vasconcelos, a las primeras, las siguientes declaraciones: "Si algún día llegara a conquistar poder en México, le levantaré, al héroe de Costa Rica, un monumento".

No olvidemos, pues, la lección que nos dió el maestro de las juventudes americanas; y que las proporciones del héroe alajuelense alcanzan, desde su pedestal, el dominio de veinte banderas.

No olvidéis esto, niñas. Aprended a amar en Juan Santamaría, al héroe continental, a cuyos pies el maestro mexicano José Vasconcelos, dijo palabras en que hoy se ha cristalizado el sentido histórico de su heroísmo.

*Moisés Vincenzi*

## LA MADRE QUE NOS RECOMENDO SANTAMARIA

(Fragmento de un discurso pronunciado por el Licenciado don Víctor Manuel Elizondo, en la ciudad de Alajuela).

“Yo entiendo que hemos comprendido mal el compromiso que Santamaría nos hizo contraer en el augusto instante de su heroicidad.

Recordemos su personalidad anterior al momento en que dió el paso adelante para ofrecer su vida por el triunfo de la causa de Centro América.

Juan Santamaría era un hombre oscuro, ignorante, que agitó su existencia entre las más humildes capas de la sociedad. Aun en la línea de su clase se distinguía por su extremada sencillez, tanto del cuerpo como del espíritu. Si hemos de darle fe a quienes lo conocieron, era la figura de aquel hombre, de esas que inspiran la compasión de las gentes.

Cuando Mora en su patriótica proclama, llamó a los campesinos de Costa Rica a defender la Patria amenazada, Juan figuró en las filas salvadoras. Me atrevo a suponer que hasta el momento de su inspiración heroica, adormecido su espíritu entre las cadenas de su carne burda, animaba a aquel soldado la inconciencia más absoluta. Pero fué puesto entre sus manos el tambor para marcar el paso de la falange heroica, y a su redoble, la esencia divina de aquel hombre humilde, el Inmortal Espíritu, el Hombre real que se escondía entre tanta ignorancia y tanta miseria comenzó a despertar y a agitarse para romper los vallados de la carne.

La serena voz de Cañas fué la que obró el milagro de liberar a aquel noble espíritu de la miserable arcilla a que estaba encadenado como el Prometeo de la leyenda. Y cuando dió el paso al frente para ofrecerse en holocausto por la causa del pueblo y por la salvación de sus hermanos, el soldado humilde y sencillo es-

taba transformado. Ya no era carne, era espíritu. Lo nimbaba la resplandeciente aureola de los héroes. El miserable, el ignorante, el burdo, había desaparecido bajo la luz estelar de aquel hombre convertido en semidiós. Como todos los mártires de la humanidad, gozó en ese momento el don de la iluminación.

En esa condición de iluminado fué que quiso comprometer el patriotismo de los costarricenses: "Yo voy, pero no se olviden de mi madre".

¿A qué madre se refería en ese instante el héroe? Si oímos pronunciadas esas palabras por el simple mortal que dejándose llevar por un entusiasmo inconsciente se convierte en Bienhechor de la Patria, nos parece entender que esa madre era la viejecita que lo había llevado en las entrañas. Fácil nos es interpretarlo todo con nuestros limitados sentidos carnales, y creímos satisfacer el último pensamiento del mártir pagando unos miserables pesos a su madre y levantando a él un monumento de gratitud. Pero si oímos las últimas palabras de Santamaría como pronunciadas por un Iluminado, en el mismo supremo instante de su Iluminación, y las entendemos con esa mente superior que nos abre la comprensión en planos superiores, que no puede limitar nuestra carne, fácil entenderíamos que no era la viejecita que le dió el ser la que nos recomendaba el soldado en el instante de su sacrificio. Si hubiera sido a ella, negaríamos a Juan ese momento de Iluminación que lo transformó en héroe. Reduciríamos la grandeza de su acto, porque consideraríamos mezclado un compromiso egoísta en la realización de la heroica hazaña, y los espíritus iluminados están libres de la garra del egoísmo. Yo entiendo que Santamaría la madre que nos recomendó, era la gran madre, por la cual ofrendaba en ese instante su vida: *Costa Rica!*

Posiblemente en aquel momento el héroe tuvo la visión de la Patria futura. Vislumbró en el porvenir corrientes de egoísmo que amenazaban nuevamente su libertad; vió la sombra fatídica de la garra filibustera cernirse de nuevo bajo el cielo de la Patria, más fuerte, más audaz, más astuta, no manifestándose en la forma violenta que en ese momento combatía, sino enguantada de seda y con las uñas de oro, y entonces, pronunció aquellas palabras: "Yo voy, pero no se olviden de mi madre". Se dirá que esta interpretación del último pensamiento del Héroe, rebaja su condición de buen hijo, que desde la escuela se nos ha enseñado a estimar, y que tan cantada y ensalzada ha sido por poetas y prosistas como el más bello florecimiento del corazón del mártir en el instante de su sacrificio. Pero, ¿cuándo los hombres superio-



res han recordado sus afectos personales, cuando les llega la hora de darse por la **causa de la Humanidad?**

Recordemos que Jesús, Maestro de Amor, a quien venera el mundo de rodillas, hubo de olvidar en más de una ocasión a su amantísima madre, para dedicar su existencia, libre de sentimientos egoístas, a la redención del género humano”.

---

## LA TEA DEL SOLDADO JUAN

¡Hosanna, Tea fulgurante!  
¡Símbolo de redención de un pueblo!  
Signo inimitable libertario de una nación.  
¡Hosanna, Tea esplendorosa!

De niño, emocionas; de adolescente se te ama, y de hombre se te admira y se te comprende.

Para tí los cantos de las escuelas, los himnos de la patria y las marchas marciales de los soldados.

Te alzaste en la mano de un humilde alajuelense para señalar la senda de la libertad, del amor a la patria y del honor nacional.

Fuiste faro que deshizo con sus destellos el comienzo de una noche de esclavitud.

Fuiste llama destructora del Mesón de los intereses extranjeros. En él crepitaron y se retorcieron todas las ambiciones bastardas, todos los deseos de sojuzgamiento, todos los tenebrosos planes del filibustero.

¡Por tí somos libres!  
¡Bendita mil veces, oh Tea!

Antes de encenderte en llama luminosa y libertaria, encendido estaba el corazón y el entendimiento del soldado Juan, en la fe de la causa, en el amor a su pueblo. Por eso palpita el costarricense al contemplar el bronce de Santamaría, y ver en una sola pieza confundido el gesto heroico y noble del Hombre, la actitud firme y redentora del Brazo, y la simbólica enseña de la Tea.

¡Hosanna, Tea heroica!  
Eres divisa de un pueblo y Pabellón de una Patria.  
Representas el rojo de la sangre de nuestros mayores, vertida en Santa Rosa, Rivas y San Juan.

Eres el azul de la generosidad y la nobleza de todo un Pueblo.

Eres el blanco de la Paz, del Amor sencillo y abnegado de las mujeres costarricenses.

¡Tea cívica y gallarda, eres Costa Rica!

Ayer plasmaste la lección más alta, más vivida y más augusta del patriotismo.

Hoy cristalizas los anhelos, las esperanzas y las ilusiones de libertad, de progreso y de paz.

Mañana aguardas confiada que en caso necesario se repita la lección de ayer, y se mantengan firmes los anhelos, las esperanzas y las ilusiones de hoy.

¡Mil veces Hosanna, Tea del Soldado Alajuelense!

N. Chacón Pacheco

La Tribuna, 29 de agosto de 1931.

## FUENTE DE LA LIBERTAD

De la piedra tosca brotó el manantial de aguas vivas y reconfortantes. Y tenía que ser a Alajuela, la heroica y legendaria ciudad del sacrificio, adonde la Piedra de la Libertad llegara enviada desde “la muy noble y leal Cartago”.

Hubo un momento en que la Nación entera se inclinó sobre el surtidor sonoro a *beber patriotismo*... : fué cuando medio millón de voces, juveniles y recias, de niños y de hombres, de mujeres y de ancianos, cantaron solemnemente el Himno Nacional, y la marcha heroica de “aquel de la Patria soldado inmortal”. Se sintió una honda emoción y las lágrimas se asomaron a los ojos. En medio de este sanchismo, de este indiferentismo, de este sueño de opo en que vive Costa Rica, las fiestas del Centenario, en Alajuela han sido el despertar ante la Fuente de la Libertad! La Nación entera allá se dió cita y singularmente los festejos, con sabor costarricense de un criollismo sugestivo, prendieron en los espíritus una luz de esperanza, acaso un rayo fulgurante de la Tea Gloriosa del soldado Juan, mantenida en alto, para hacer milagros póstumos...

Vosotros los que presenciasteis el desfile; vosotros, los que visteis las banderas y los estandartes en todas las moradas de la ciudad heroica; los que tuvisteis la dicha inmensa de presenciar el acto solemne de la inauguración del manantial simbólico; los que danzasteis con la música nativa de las marimbas, hechas con

maderas de nuestros bosques, tal que parecía la orquestación de las montañas; los que evocasteis la visión de nuestras praderas y cafetales con las "conchitas" que llenaron de colores los parques y los salones; todos vosotros, los jóvenes osados que en una caballería agreste robasteis lindas damas de nuestros jardines; viejos soñadores de tiempos que fueron; mujeres y hombres de la nación, cuando recojáis vuestro espíritu en la quietud que sigue a los grandes sucesos de la vida de los pueblos, elevad un pensamiento al futuro de la Patria amada, y rendidle sincero anhelo de bien con vuestros actos. Proscribid a quienes no levantan una actuación política sinceramente costarricense. Rechazad a los que pretenden comprar conciencias cual si fuesen menguadas mercancías, sin virtud patriótica, y a los que asientan su prestigio en el brillo de los sables.

Nuestra Patria es muy hermosa; con su paz, con su vida de trabajo, con sus tradiciones, con toda su civilización sencilla y moral.

Alzad, hombres de Costa Rica, vuestra mente hasta el futuro y seguid bebiendo el agua vivificante en la Fuente de la Libertad.

*Alfredo Saborío*

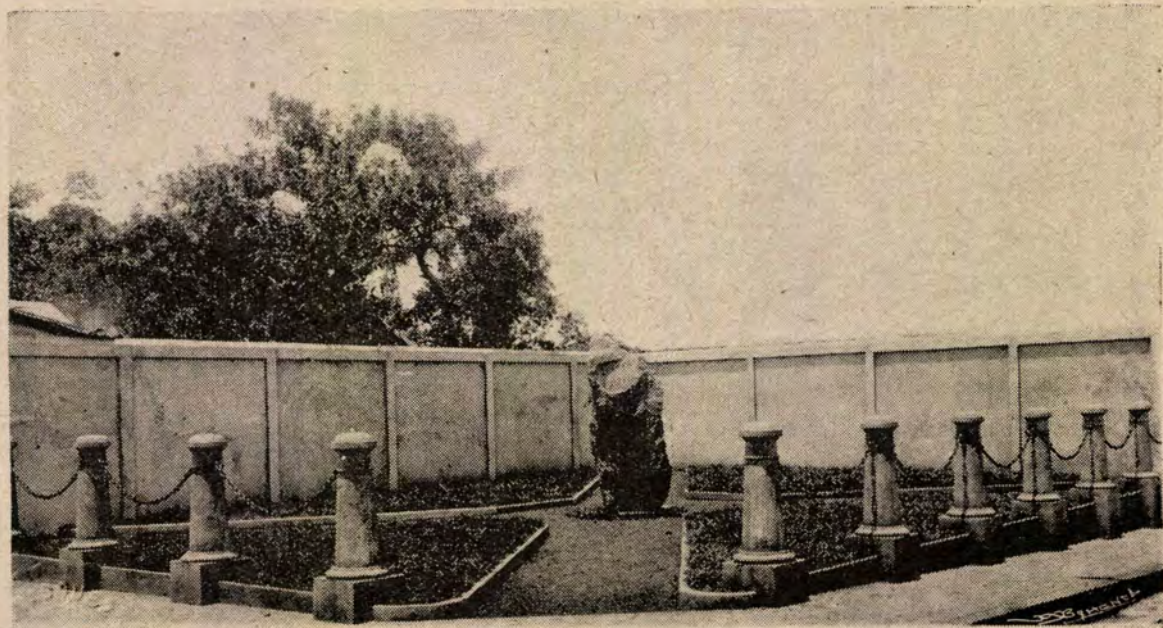
## FUENTE DE LIBERTAD

Tal es la inscripción en oro sobre el granito monolítico que el Colegio de San Luis Gonzaga de la ciudad de Cartago, obsequió al Instituto de Alajuela para señalar con él el sitio en que hizo anteayer un siglo, nació Juan Santamaría. A tan inmensa causa tan soberbio monumento. De su entraña, ignea hace miles de años y convertida ahora en piedra de indefinida duración, Cartago entregó a sus estudiantes, como un pedazo de su cuerpo, la piedra simbólica para que le pusiesen una leyenda de honor y la ofrendasen a esa Alajuela tan gallarda, que, con el bronce de su Erizo, hace la fama gloriosa de la Patria.

Oro y granito para que de ellos brote la fuente fresca, regocijo del caminante, Horeb de la hidalguía y del valor, formado por el fresco aliento de dos juventudes del cual saltará, con el agua refrescante, el misterio admirable del valor del soldado. Esa piedra con su áurea sentencia significa el más real concepto de la soberanía, expresado con elocuencia eterna por dos colegios: el porvenir al leer lo esculpido en la roca adivinará lo que el nuevo espíritu quiso fijar y repetirá como en frase sagrada: sobre esta piedra es á edificada la República.

## FUENTE DE LIBERTAD

Monolito colocado en el lugar donde nació Juan Santamaría.—Obsequio del Colegio de San Luis Gonzaga, Cartago



«Sobre esta piedra está edificada la República»

La muchedumbre vió el milagro y creyó: sonaron los clarines, redoblaron los tambores, las notas del himno de Costa Rica y de su soldado caldearon las almas y en los corazones se hizo el incendio de Rivas. El altar de la naturaleza se iluminó con las luces inextinguibles de su historia y el pueblo recibió la comunión del valor y la verdad.

Los estudiantes hacían de soldados, las colegialas de sencillas aldeanas; señoras y caballeros alababan a coro a tanta doncella primorosa, a tanto mancebo de porte marcial: los héroes volvieron del olvido, los toques de la vieja ordenanza encendían el recuerdo de las jornadas de gloria y la tea del soldado encendía los sentimientos. Era la gran lección de la patria historia, la hora de las rectificaciones, el momento de la edificación del patriotismo que enseña y arrastra. A Alajuela fuimos todos a aprender y no salimos defraudados. Vimos arder el espíritu juvenil, sentimos la pasión por la Patria en el pecho de sus muchachos, y en las *hermosas campesinas* recordamos a las mujeres de temple que animaron a sus hijos, a sus maridos, a sus hermanos, a sus novios, a sus amigos, a salir en defensa del hogar amenazado, del suelo audazmente hollado, de la dignidad temerariamente ofendida. Cuando un pueblo levanta hogueras de patriotismo como ésa, cuando sabe que puede alinear ante la muerte a sus generaciones bajo los rayos de la tea de un humilde soldado, que es hoy prócer en la Gloria, ¿qué temores puede abrigar, qué sombras pueden infundirle terror? Útiles, ennoblecedoras, son las relaciones contenidas en las páginas de los libros, llenas de generosas inspiraciones, pero la realidad de las juventudes honrando la memoria de los viejos altivos y valerosos es la más viva, es la más fecunda y más provechosa de las evidencias. Ella funda las desconfianzas, disipa las dudas, enciende los ánimos y crea el anhelo de parecerse a quienes ganaron la inmortalidad con el heroísmo y el sacrificio.

Fuente de vida seguirá siendo la frase mágica, la invocación sublime del costarricense. De ella brota juventud, porque la juventud la hizo; de ella se surte el patriotismo porque el patriotismo la ideó; ella sintetiza la entereza, porque la entereza la buscó como símbolo. Ella encierra la fe en la existencia de la República, guarda el secreto del fervor cívico, custodia la memoria de los defensores de nuestro glorioso pabellón, representa el vigor del pueblo y rememora la hazaña de aquel muchacho alegre en el vivac, que bajo el relampagueo del ataque a la bayoneta, redoblaba en su tambor con bravura y con tesón el espanto del degüello y el acento de la victoria.

En Alajuela queda ahora y para siempre la pila del bautismo de gloria del ejército costarricense. Corazones jóvenes, almas caballerosas hechas soldados, presentaron armas para que la Fuente de Libertad fuese descubierta; niñas de sonrosadas mejillas vistiendo las modestas zarazas de los tiempos en que nuestra riqueza nacía, la iluminaron con sus sonrisas, la cantaron con sus himnos.

Costa Rica llevó a esa inauguración lo mejor que tiene, lo que conserva con amor y esperanza, lo que cuida con devoción y desprendimiento: sus colegios. La sociedad alajuelense vió esta manifestación de índole heroica y la ha recogido para embellecer con ella el recuerdo del 29 de agosto de 1931, la fecha del primer centenario de su aguerrido tambor, de su soldado sin par, cuyos laureles de victoria han reverdecido como reverdecen las cumbres a las primeras lluvias de mayo.

*Lucas Raúl Chacón*

(Editorial de La Nueva Prensa, de 31 de agosto de 1931).

---

## APUNTES PARA LA HISTORIA INTIMA DEL HEROE

Entre los hechos históricos que registran los anales patrios en relación con nuestro legendario héroe nacional, ninguno hay, que nosotros sepamos al menos, relacionado con la vida íntima del mismo. Sin embargo, existe algo digno de conocerse: Juan, el Erizo—según el decir de un su amigo de infancia—amó, después de a su madre, a una mujer. El sintió en su corazón por vez primera y última quizás, las fuertes turbulencias de una pasión. Quiso a *la Mercedes*, como le llamaban a una guapa morena oriunda de la región norte de Alajuela, que vivió con su familia cerca de la galera vieja inmediata al río Maravilla.

Juan frecuentó, siendo muchacho, la poza denominada El Remolino en compañía de amigos suyos. Recuerdo como ahora, nos dijo el veterano don Juan Ventura Alfaro, que existía una circunstancia especial: y era la de que Juan de vez en cuando hacía el regreso solo, por rumbo distinto al usado para ir a la poza. Diferentes veces quisimos averiguar qué iba a hacer él por aquellos lados, pero nunca lo logramos, porque cuantas veces lo seguíamos, se devolvía hacia donde nosotros, sin duda para despistarnos.

En cierta ocasión siendo yo *Corchete* en el cuartel de Alajuela, me hallaba en mi cuarto, cuando oí voces fuertes en el Cuerpo de Guardia; salí a la puerta y me enteré de que allí se *rezonaba* al pobre Santamaría por haber llegado pasada la hora de presentarse. Esa noche durmió el infeliz en lo oscuro de un calabozo. A la siguiente mañana, ya libre del arresto, inquirí de Santamaría el motivo de aquel incidente, contándomelo como íntimo amigo, no sin advertirme que guardara el secreto. Yo, que siempre me jacté de discreto, le dije en cierto tono: “¿No me conocés, Juan?” Y él, asintiendo, me contestó: “Bueno, te lo contaré todo... todo, únicamente a vos”.

“Una mañana de diciembre me encontraba jugando a las *cuepas* con mi hermano Rufino, Julián Saborío, Tomás Herra y otro, cuando se me ocurrió invitarlos a un baño en El Remolino; todos estuvieron de acuerdo, y hacia allá nos encaminamos. Nos fuimos por un potrero y al salir a una callecilla, pasamos frente a una casita donde vimos en su corredor una hermosa morena. Julián, que como vos sabés, es amigo de bromas, no tardó en dárselas conmigo a la muchacha, quien se ocultó ruborizada. Debo confesarte que desde ese momento me gustó la moza, y como Julián siguiera con sus chanzas, le hice reparos, y entre molesto y sonriente continuó con nosotros hasta el río. Largo rato duramos bañándonos; y si bien Saborío seguía sin pronunciar palabra, no es menos cierto que con el filo de una sarcástica sonrisa me hería el sentimiento. Regresamos más tarde para separarnos frente al potrero de ñor Isidro Cabezas. Rufino y yo nos encaminábamos a nuestra casa, cuando Julián, que se hallaba como a veinticinco varas de nosotros, ya en marcha, me molestó a voz en cuello con la morena, me trató de cochino, me s’lbó, y no sé qué otras cosas hizo y dijo. Yo, debo confesarte, no me di mucho por entendido, pero no así Rufino, quien encolerizado se le puso atrás sin poderle dar alcance. Julián, a pesar de ser jovencillo es val’ente, pero como éramos dos, no se atrevió a enfrentársenos.

Después de todo esto, yo seguí rondando la casa de mis ilusiones, y por pasar cerca de ella, di enirme a bañar cuantas veces tenía tiempo; en ese entonces yo me ocupaba en hacer mandados a particulares y no estaba sometido como ahora a ciertos rigores. Ya ves...anoche llegué un poquito tarde al cuarte!, me hicieron dormir en un calabozo, pero, qué caray! ya yo sabía que hoy se iba, tal vez para siempre, esa morena de que te he hablado, esa morena que en poco tiempo me ha embrujado enormemente...Quería despedirme de ella, estar un instante a su lado... aunque después me dieran palo o me fusilaran...”—Luego, Juan permaneció un rato pensativo..., y se alejó.

Pasó el tiempo—continuó nuestro informante—vino la guerra del 56, y nunca más supe de la Mercedes. No sería raro que, víctima del cólera, fuera una de las muchas infelices a quienes sin exhalar todavía el último suspiro condujeron a la voraz e insaciable fosa del cementerio.

---

Este es un hermoso pasaje de la vida íntima del héroe, pasaje que ha vivido ignorado por más de una centuria, ya que fueron contados los que de él tuvieron conocimiento.

Nuestras insistentes preguntas al bondadoso veterano sobre la vida juvenil del Erizo, nos dió por resultado el descubrimiento, repetimos, de un hecho para nosotros sumamente interesante. Hubimos de gastar desde luego mucha paciencia para extraer con tirabuzón, como dice el vulgo, de aquella mente estropeada por los años, uno a uno los pensamientos escapados a su recuerdo.

*Francisco Picado Soto*

---

## ALGO SOBRE LA VIDA DE SANTAMARIA Y DE SU MADRE DOÑA MANUELA

Manuela Carvajal fué la mujer venturosa cuyo vientre dió al héroe más grande de Centro América.

¿Quién era esta mujer gloriosa?

Descendía Manuela Carvajal de la más humilde de las esferas sociales. Vivió, como su hermana, sus sobrinos y sus hijos, en la noche de la ignorancia: no conoció nunca la escuela. Tampoco la conoció jamás su gran hijo porque cuando él se criaba Costa Rica estaba en pañales: las escuelas eran privadas y había que pagar por asistir a ellas. Si Juan hubiese suspirado un día por la luz debilísima de la escuela, vano habría sido el suspiro, pues el poco dinero que ganaba su hermano mayor Rufino, en sus humildes quehaceres, sólo daba para comer los cuatro.

Parece ser que Manuela no fué hacendosa, título del que se ufana la mayor parte de nuestras vigorosas abuelas.

De genio alegre y dulce, fué algo coqueta. Tenía estatura baja y cuerpo bien formado. Cara trigueña, pelo negro y ondeado, facciones correctas, ojos claros, *gatuscos*, de pupila negra, como aún se ven en algunos de sus descendientes.



El fruto primero de sus entrañas fué Joaquina. Quienes la conocieron la describen alta, gruesa, morena, de pelo un tanto crespo. Humilde, sencilla, de carácter suave.

#### Rufino siguió a Joaquina.

Muy distinto de su hermana, era gordo y alto, esbelto; blanco, de cara rosada, y voluminoso de estómago.

La vida de Rufino fué sencilla y de empeñoso trabajo. Su genio lo llevó a ser figura popular en la ciudad. Fué su ocupación principal aplanchar ropa de casimir y arreglar camisas.

En este campo fueron sus clientes los ex-Presidentes don Próspero Fernández y el General don Tomás Guardia.

Tenía una amplia habilidad manual. Elaboraba con maestría flores de papel y otros adornos. Ponía portales con maravilloso arte.

Su carácter apacible y su talento artístico, así como el hecho de ser persona insustituible en el arreglo de la ropa, le dieron una vida tranquila, en el regazo del trabajo.

#### *Nacimiento del Héroe*

Año de 1831. Día 29 de agosto. En el lecho sublime de la pobreza y de la sombra nace un soldado inmortal. Su madre lo llama Juan. Así debe ser porque mañana será apóstol, apóstol de la libertad, desde el pedestal de su bronce secular.

Y he aquí que éste es el tercero y último hijo de la gran madre

#### *Cómo vivió el Tambor*

Seguro es que desde niño empezó a trabajar, porque éste es deber ineludible de los pobres. La primera noticia que tengo sobre el particular lo presenta de catorce años, debutando ya en la escena del trabajo, y con importante papel. Laboraba con Manuel Solano, fabricante de dulces. Allí *jala* azúcar, reparte cajones de dulces a los establecimientos y *raja* leña.

Ya adulto trabaja al jornal, donde se presente la oportunidad. Pero no es el fuerte y gracioso muchacho quien escoge trabajo. El sólo quiere dinero para su madre. En una ocasión un señor Herra le propone un puesto de boyero. Juan no vacila en aceptar y es ahora Río Grande (Los Bajos) el escenario de su debut ante los bueyes. Es necesario *encalar*? Juan *encala*. Y es éste el último oficio que practica antes de tomar la tea incendiaria.

Es la casa de don Aparicio Porras a la que corresponde el honor de ser la última que arregla. Remienda los huecos de las pare-

des y pasa luego la cal. Poquísimos días faltaban ya para la partida de la tropa. En lo alto de la escalera contaba Juan con los dedos los días que lo separaban de la partida a la guerra. Silbaba alegremente y cantaba :

—Ya me faltan pocos días... Ya me faltan pocos días...

—La última casita que encalan las manitas mías, exclama sonriendo.

—Cuando yo no vuelva, se van a acordar de quién fué el último que arregló esta casita!

Declara la venerable anciana doña Trinidad Porras v. de Castro, señora de ochenta y ocho años, e hija de don Aparicio :

—Me parece que lo veo en la escalera, contando con los dedos los días que faltaban para que saliera la tropa.

Y agrega :

—Cuando tres o cuatro días después de eso vinieron a despedirse de nosotros Mariano Matamoros, Ramón Padilla y Esteban Castrillo, yo me escondí para que no me dijeran adiós.—Y se ensombrece la faz de la anciana cuando recuerda la angustia de aquel día.

Hemos visto, pues, que Juan no tuvo un oficio determinado. Su brazo moreno laboró donde tuvo necesidad. Antes de la guerra estuvo de tambor un tiempo. Su cometido era hacer los toques que llamaban de orden.

Aunque la descripción de Juan vive a flor de labio en los alajuelenses nunca estará de más en el papel. Era, al decir de quienes lo conocieron, de estatura "puede decirse antes baja que mediana". De pelo negro, muy crespo. Color moreno, ojos negros, vivos, y nariz regular.

En las ciudades siempre hay figuras populares dentro de la clase pobre. Juan era de la clase paupérrima (valga la expresión), pero fué El Erizo muy querido y estimado dentro de todos los círculos sociales. Su carácter apacible y suave, servicial y alegre, chistoso; la eterna jovialidad de su espíritu, su humildad, su pobreza, todo, hizo de él un mozo querido.

En las legiones silenciosas de los últimos hombres de una sociedad, donde al compás de la pobreza marchan la ignorancia y el dolor, aún allí hay los que descuellan; aún allí hay el noventa y ocho por ciento de los ignorados. Juan Santamaria perteneció al dos por ciento. Porque El Erizo, por extraño consorcio de su figura y de su genio, salía de lo vulgar. En Alajuela los negros nunca han producido ni desprecio ni lástima: han producido hilaridad. Juan no era negro legítimo. Mas su pelo que era casi de tal, sus chistes, su andado sobre la punta de los pies, debido a

ciertos huéspedes de sus talones, lo hacían figura popular y querida.

Tal fué el soldado gigantesco. Tal fué Juan. Tal fué esta figura que es legendaria dentro de la realidad.

### *El padre de Juan*

Fué hijo natural, como sus hermanos Rufino y Joaquina; pero llevó su madre vida ordenada y honesta.

¿Quién fué el padre del héroe?

Estoy en una casa humildísima, ante una anciana ciega: es Clofia Castro Santamaría, prima segunda de Juan. Repito a ella la pregunta que formula la historia, y responde:

—Yo, de eso no sé nada... porque...

—¿A usted no se le ocurrió nunca, por travesura, hacerle esa pregunta a la señora?

—No, nunca... Nada hubiera sacado, porque la finada Manuela fué siempre muy discreta, muy callada. Pero... yo lo único que sé es que Juan era hijo de un hombre del Departamento, que traía partidas de ganado a Alajuela.

—¿Departamento de dónde?

—De Guanacaste.

—Esos hombres—continúa Clofia.—traían ganado cada ocho días.

—¿Y por qué sabe usted que era hijo de uno de esos hombres?

—Ahora verá. Usted sabe que vivíamos en la misma casa.

—¿Quiénes?

—La difunta Manuela, mi mamá (Rafaela) y yo. (1) Mi mamá tenía una venta de tamales, café, estofado y otras cosas de cerdo. Una venta de comida, pues. Casi siempre comían en casa unos negros de esos del ganado. Entonces fué cuando la finada se enredó con uno de ellos. Y después nació Joaquina, que salió negrita como Juan.

Hay una pausa. Reflexionó después de haber oído las trascendentales declaraciones. A poco la anciana rompe el silencio diciéndome: —Y **figúrese**: los que iban a casa molestaban mucho a la finada porque se había enamorado de un negro *irizo*... Como ella era bonita...

(1) Véase el árbol genealógico formado por el autor de este artículo y que se conserva en el Museo Histórico "Juan Santamaría".

No sé si todos participarán de mi criterio. Pero creo que después de conocer las anteriores declaraciones, no puede dudarse de que el padre de Juan fué un hijo del Guanacaste.

Es de tomarse muy en cuenta la circunstancia de que Manuela Santamaría era trigüeña; y hasta muchas personas dicen que blanca, diferencia de criterio que equivale a diferencia de apreciación. Bien, y si ella era trigüeña o blanca, ¿por qué eran tan morenos Joaquina y Juan? Si ella tenía el pelo solamente ondado, ¿por qué el de Juan era tan ensortijado? Buena diferencia había entre el pelo de Juan y el de su madre cuando a él le decían "Erizo" y a su madre no.

#### *Antes de partir*

Doña Francisca Solano Rojas, señora de sesenta años, me refiere, emocionada, los servicios que Juan prestó a su madre, doña María Rojas Rodríguez.

—Juan estaba ya adulto cuando le traía a mamá tinajas de agua de La Maravilla.

—Y también—continúa la señora—Juan le *chineó* mucho a Agustín, el chiquitillo, con tal de que le diera la comida. Mamá nos contó muchas veces que el día que se iba a ir para la guerra fué a despedirse de ella y le dijo:

—María, vengo a despedirme de usted, porque ya me voy, a matar a los machos.

—¿A dónde habrás de ir vos con tanta nigua?, le respondió la anciana.

—Lo verá como los mato, replicó Juan.

—Así fué la última conversación entre mamá y Juan. Tiempo después, cuando mamá vió la estatua, en Esparta, casi cae. La impresión fué terrible.

—Sólo el habla le falta. Está como lo vi cuando se despidió de mí y de mamá.

#### *Después de la guerra*

Tanto Cofía Castro Santamaría como Gertrudis Vásquez Santamaría refieren que la señora Manuela "apareció ejerciendo de *curandera* después de la guerra". Hemos de recordar que en esa época eran numerosísimas las *curanderas*. Gentes que decían tener algunos secretos y recetas para curar algunas enfermedades, y en quienes ponían fe absoluta las gentes. Para decir verdad hay que agregar que esas personas muchas veces curaban con certeza. Pues bien, Manuela Carvajal fué *curandera*.

Mis dos informantes dicen que “curaba mucha gente”; que eran muchos los que acudían a ella.

Después de haber llorado mucho tiempo al hijo que murió en la guerra, la madre del héroe tuvo una vejez triste y dolorosa. Ignoro cuánto tiempo vivió tullida; ignoró si años o meses. Lo cierto es que padeció la terrible enfermedad.

Veamos lo que dice don Juan Fallas Espinosa, honorable anciano de setenta y un años de edad. Tenía nueve años cuando Manuela estaba tullida. El y otros muchachos gustaban de conversar con la señora para escuchar relatos de la guerra y de otras cosas agradables. A Manuela generalmente la tenían sentada en una silla colocada a media puerta, para que viese la calle,

Cierta vez estaban hablando de Juan. La pobre anciana lloraba y se dolía de su situación. Le dijo al muchacho:

—Yo me quejo de no haber sabido criar a Juan. Si yo lo hubiera criado bien, tal vez él se hubiera portado mejor en la guerra y otro gallo me hubiera cantado a mí.

Más dolorosa se hizo la existencia de aquella madre gloriosa cuando empezó a vivir en una noche eterna: se hizo ciega. También ignoro cuánto tiempo estuvo en este martirio. Pero comprendamos su dolor cuando la hizo exclamar ¡que Juan pudo portarse mejor!

La vejez mártir de Manuela fué digna de la muerte de Juan; fué digna de las grandes tragedias de la Historia.

### *Los apellidos*

Esta es cuestión en la cual se ha puesto poca preocupación para aclararla.

¿Por qué Manuela Carvajal se firmaba Santamaría y era llamada “Gallego”? Voy a exponer el fruto de mis investigaciones, que alguien debió haber realizado desde hace muchos años, cuando no habían muerto personas cuyas declaraciones hubieran dado luz en el punto.

Pilar, hermana de Manuela, sabemos que tuvo tres hijos: Ramón, Rafaela y Patricio<sup>1</sup>, los cuales fueron naturales. Cuando murió el padre los tres estaban muy pequeños y Pilar no tenía facilidades de ganar dinero en nada. Recuérdese aquella Alajuela del siglo XIX. Había pocos empleos domésticos, mucho menos cultivos de café que hoy, y quizá ninguna industria. Así, pues, la pobre familia quedó en gran nece-

(1) Véase el árbol genealógico ya citado.

sidad. “Fué entonces cuando unos señores Rodríguez recogieron a los tres huérfanos”. Pero a esos señores les decían “Gallegos,” por apodo, y el mote pasó a los protegidos.

Me refiere Clofia Castro Santamaría:

—Cuando yo estaba de pocos años siempre las gentes me decían “la Gallega chiquilla”. Un día que unos señores me cogieron de mona me dió mucha cólera y fui a preguntarle a mamá, que por qué me decían así. Entonces ella me contó el origen del sobrenombre.

La señora Clofia no sabe el nombre de ninguno de esos señores. Pero eso se debe—dice ella—a que nunca preguntó a su madre nada más sobre dichos señores.

Puesto el mote de Gallegos a los hermanos Ramón, Rafaela y Patricio, el sobrenombre pasó en línea recta a los primos hermanos de éstos, Joaquina, Juan y Rufino.

Esta misma versión sobre el origen del apodo la da Ramona Santamaría, prima segunda del héroe.

---

Expongamos ahora lo que sabemos con respecto a los apellidos Carvajal y Santamaría, de la familia que estudiamos.

Gertrudis Vázquez Santamaría es una viejecita morena, inteligente y de memoria notable. Ignora la edad que tiene, pero aparenta unos setenta u ochenta años. Su madre se llamaba Ramona Santamaría, pero téngase en cuenta que no es la que aparece en el árbol genealógico del héroe. Es otra, de la cual no he podido encontrar el vínculo que tuviese con la familia de Juan.

Me refiere la anciana:

—Mamá me dijo muchas veces que ella no era Santamaría sino Carvajal. Que a ella y a sus hermanas Trinidad, Manuel, Josefa (Chepa), Petra y Toribia, las recogió un señor de Sarchí, cuando quedaron huérfanas y que se llamaba Nazario Santamaría Campos.

—¿Conoció usted a la mamá de Juan?, le interrogo.

—¡Claro que sí! Cuando ella estaba ciega y tendida en la cama, porque estaba tullida, yo vivía cerca de ella. Muchas veces me llamaba **el finado Rufino para que le hiciera “punche”** a la viejita.

—¿Usted sabe qué eran su mamá y la señora Manuela?

—Yo creo que no eran nada. Yo siempre oí a mamá que decía: “Mana Manuela” y “Mana Manuela”, pero nada más.

Al decir de estas mismas ancianas que viven aún, cuando ellas eran jóvenes en Costa Rica llamaban "mano" o "mana" a los hermanos y también a los primos hermanos.

¿No es posible que Ramona Santamaría, madre de Gertrudis, fué prima hermana de Manuela? ¿Por qué la llamaba "mana", si sabemos que hermana no era?

¿Por qué la madre de Juan en su solicitud de pensión firma "Manuela Carvajal (a) Santamaría", cual si el primero fué su apellido verdadero?

Si como lo creo la madre de Juan y las niñas que recogió Nazario Santamaría Campos eran primas hermanas, queda ya explicado el asunto de los apellidos.

*Guillermo Ortiz Sequeira*

Alajuela, 22 de agosto de 1931.

## ALGO MAS SOBRE JUAN SANTAMARIA

El excelente estudio biográfico de don Carlos Jinesta (1) y otro muy interesante del joven Guillermo Ortiz Sequiera, han venido a suministrar nuevos datos sobre Juan Santamaría y sus familiares; así como a confirmar los que ya sabíamos del carácter alegre, jovial, bromista y cariñoso del soldadito inmortal que nació hace cien años donde hoy se yergue el bloque de granito de la Fuente de la Libertad. Pero hasta ahora nadie, que yo sepa, ha tratado de investigar lo que fué o pudo ser la psicología de este muchacho sencillo y bueno, para decir así las causas que además del amor a la Patria determinaron su acto heroico del 11 de abril de 1856.

A falta de otros elementos que no están a nuestro alcance, pienso que un estudio del medio en que transcurrió la corta vida de Juan pueda darnos datos al respecto, ya que el aire que respiramos en nuestra infancia, el ambiente en que recibimos nuestras primeras impresiones, influye de tal modo en nuestra mentalidad que nada es capaz de modificarla enteramente después. A pesar de la educación, del cambio de las circunstancias y del tiempo, algo queda siempre en nosotros de este despertar a la vida. Veamos, pues, cuál fué ese medio en que vivió Juan Santamaría desde que vino al mundo hasta su partida para la guerra... y la muerte.

(1) *Juan Santamaría. Epinicio*. Carlos Jinesta, Imprenta Alsina, 1931.

Sin que aparezcan bien claras las razones que para ello hubo, es lo cierto que durante una buena parte del segundo tercio del siglo XIX la característica de la ciudad de Alajuela fué su espíritu combativo y revoltoso. Los alajuelenses de ese tiempo y por un quitame allá esas pajas sacaban la espada de cazoleta, o empuñaban el fusil contra el Gobierno; solían también hablar mucho de hazañas y valentías personales y colectivas. Los más viejos contaban de don Gregorio José Ramírez y de la jornada de Ochomogo; los hijos de éstos referían sus proezas en la guerra de la Liga y en los combates contra Morazán; y estos relatos, adornados con las exageraciones y jactancias en que generalmente se complacen las gentes imaginativas, como lo son las de Alajuela, eran muy propias para enardecer y exaltar las imaginaciones infantiles. Los chicos que los escuchaban no conocieron a Ramírez, el gran caudillo de Alajuela, muerto en plena juventud; pero aún podían ver en las calles de la ciudad al anciano don José Angel Soto, jefe militar que había sido de la Liga, al General don Florentino Alfaro, que mandó las tropas alajuelenses en 1842 y a otros oficiales aguerridos que para ellos personificaban las glorias militares de la ciudad. Así, no es aventurado suponer que la más ardiente aspiración de los niños de entonces fuese la de poder imitar algún día a tan valientes hombres en los campos de batalla del porvenir, y no hay ningún motivo para pensar que el granujilla de la Manuela Carvajal fuese en esto una excepción.

Es lo más probable, al contrario, que se sintiese feliz y orgulloso golpeando con entusiasmo el parche de su tambor, para que fuese más grande la envidia de sus compañeros de travesuras; y es mucha lástima que ignoremos si estuvo sirviendo en el cuartel hasta que éste fué suprimido por el Presidente Castro, porque esto nos permitiría saber que formaba parte de la guarnición cuando estalló en Alajuela la revuelta del 28 de marzo de 1848, capitaneada por el bizarro don Juan Alfaro Ruiz. En caso de haber sido así, tendríamos hoy la certeza de que nuestro héroe había oído ya silbar las balas, antes de marchar a Nicaragua, en los reñidos combates del Arroyo y de la Parroquia. El Erizo tenía a la sazón más de diez y seis años, y por lo que sabemos de su intrepidez no es creíble que hubiese abandonado su caja en momentos en que se trataba de defender a la muy querida ciudad natal. Como quiera que fuese, supo entonces lo que es la guerra; porque en el caso de que ya hubiera dejado el servicio militar su curiosidad de adolescente tiene que haberlo llevado cuando menos a ver los muertos, entre los cuales estaban el Coronel don Simón Orozco, Jefe del Estado Mayor de las fuerzas del Gobier-



no y el caballero alajuelense don Ramón Soto, hijo de don José Angel. De suerte que la alegría que mostró Juan al marchar a la guerra ocho años más tarde, no se puede atribuir ni a la ignorancia ni a la inconsciencia. Por inocente que hubiera sido, y no consta que lo fué, sabía muy bien a lo que iba: a pelear y a morir como había visto a tantos, tendidos sin aliento en las calles de Alajuela y tal vez caer a su lado.

De todo esto resulta que Juan Santamaría había nacido y vivido siempre en un ambiente de virilidad y olor a pólvora; que en su condición de alajuelense se sentía obligado a no tener miedo; que sabía si no por experiencia propia, al menos por haber visto las consecuencias, cuán terrible es la guerra, y sin embargo, marcha a ella con alegría; la alegría de un alma heroica que se ignora a sí misma. Siempre alegre y jocoso llega a la tierra hermana, oprimida por el extranjero invasor, que ha reculado; pero éste vuelve de sorpresa y se entabla la pelea encarnizada, salvaje. A centenares muerden el polvo de las calles de Rivas los compañeros de Juan; a éste no le tiemblan las piernas ni el pulso; ríe y bromea. De pronto oye una voz que pide un valiente que se atreva a incendiar la guarida del enemigo para salvar a Costa Rica. ¿Un valiente?, piensa, pues cualquiera de los de Alajuela, el más humilde, *el Erizo*, y sin titubear se ofrenda y empuña la tea, después de confiar su madre—lo único que posee en el mundo— a la gratitud de la Patria, porque sabe con certeza que va a morir....

¡Candor y heroísmo sublimes!

*R. Fernández Guardia*

(De la Tribuna, de 3 de setiembre de 1931.)

---

## EFEMERIDES DE JUAN SANTAMARIA

1831.—Agosto 29.

Nace en la ciudad de Alajuela el niño Juan María, hijo de Manuela Gallego, siendo bautizado el mismo día, y fué su madrina Micaela Gallego.

1856.—Abril 11.

El soldado o Tambor Juan Gallego (a) Santamaría, con una tea encendida logra prender fuego al Mesón de Guerra en

la ciudad de Rivas, Nicaragua, donde se acampaban los filibusteros que comandaba Walker, obligándoles a desalojar aquel sitio.

(Es sensible que no se hayan podido obtener a pesar de las pesquisas de interesados, los despachos de enganche o listas de servicio, en que aparezca el nombre de Juan Gallego).

1857.—Noviembre 19.

La señora Manuela Carvajal (a) Santamaría, por medio del señor don Rafael Ramos, solicita del Excmo. Sr. Presidente de la República, don Juan Rafael Mora, una pensión por el acto heroico realizado por su hijo Juan Santamaría, llamado vulgarmente El Erizo, al dar fuégo al Mesón de Guerra en la ciudad de Rivas.

1857.—Noviembre 24.

Se concede a la señora Manuela Carvajal (a) Santamaría, una pensión vitalicia de tres pesos mensuales, que empezará a tener efecto desde el primero de diciembre de ese año en adelante.

1864.—Setiembre 15.

Don José de Obaldía en el salón del Palacio de Gobierno, lanza la primera voz recordando el hecho heroico y pidiendo su glorificación, terminando su discurso con las siguientes palabras: . . . “Señores, el héroe humilde, imitador de Ricaurte en San Mateo, se llama Juan Santamaría, por sobrenombre “Gallego”. Honor a su memoria”.

1865.—Mayo 23.

El Senado y la Cámara de Representantes, reunidos en Congreso, aumenta desde la misma fecha a doce pesos mensuales, la pensión vitalicia de que goza la señora Manuela Gallego, anciana pobre y legítima madre de Juan Santamaría.

1885.—Abril 25.

El Poder Ejecutivo dispone dar el nombre de Juan Santamaría, en memoria del heroico soldado de Alajuela, a uno de los vapores guardacostas que están para llegar al país, para el servicio del litoral del Atlántico.

1887.—Junio 8.

El Poder Ejecutivo, que preside el Benemérito General don Bernardo Soto, dicta el acuerdo número dos, en el cual se promueve una contribución nacional destinada a la erección, en la ciudad de Alajuela, de un monumento a la memoria de Juan Santamaría, para perpetuar de ese modo el recuerdo glorioso de aquel héroe de la campaña nacional de 1856.

Esta contribución se levantó en cada provincia por los respectivos Gobernadores y Comandantes militares.

1887.—Julio 28.

El Congreso Constitucional de la República de Costa Rica destina la cantidad de cinco mil pesos del tesoro público, para auxiliar la construcción del monumento que ha de perpetuar la memoria de Juan Santamaría, heroico soldado que se sacrificó en defensa de la Patria en la guerra nacional de 1856.

1888.—Agosto 22.

El Poder Ejecutivo acuerda que el monumento en honor de la memoria del heroico soldado Juan Santamaría, se coloque en el centro de una plaza que se formará en la parte Oeste de la segunda manzana situada al sur de la Plaza Principal de la ciudad de Alajuela. Ordena, que por medio de la Secretaría de Fomento se dicten las disposiciones al efecto.

En la misma fecha y por acuerdo número 195, se declara de utilidad pública la propiedad del lugar en que se ha de levantar el monumento a Juan Santamaría, y se ordena que se proceda a la expropiación de ella, previo pago del valor del terreno y del importe de daños y perjuicios, conforme a dictamen pericial.

1891.—Agosto 22.

Se señala para la inauguración oficial del monumento conmemorativo a Juan Santamaría, en la ciudad de Alajuela el día 15 de setiembre de ese año, y se encarga al Secretario de Guerra para dictar las disposiciones correspondientes a la solemnidad con que debe verificarse dicho acto.

1891.—Setiembre 15.

Con gran solemnidad, asistiendo los Supremos Poderes, el Obispo y Venerable Cabildo, colegios y escuelas y una concurrencia numerosa, se inaugura solemnemente el monumen-

to a Juan Santamaría. Llevó la palabra oficial el Ministro de Guerra don Rafael Yglesias Castro; a nombre de la Corte Suprema de Justicia, el Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno; a nombre de la Municipalidad de Alajuela, don J. Marcelino Pacheco.

1891.—Setiembre 16.

El Presidente de la República, Licdo. don José Joaquín Rodríguez, en conmemoración al septuagésimo aniversario, de la independencia de Centro América y deseando al propio tiempo realzar con un acto conciliatorio la inauguración del primer monumento de las glorias nacionales erigido el día antes en la ciudad de Alajuela a una de sus insignes personificaciones, el héroe soldado Juan Santamaría decreta amplia amnistía en favor de todos los que se encuentran penados por causas políticas.

1915.—Junio 17.

El Congreso Constitucional de la República de Costa Rica, como testimonio de admiración a la memoria del soldado Juan Santamaría y para perpetuar el recuerdo de la gloriosa batalla de Rivas, decreta a perpetuidad feriado el día 11 de abril y fiesta nacional de la República.

1926.—Agosto 14.

El Congreso Constitucional de la República asigna a cada una de las señoras Ramona y Francisca Santamaría, ambas viudas de Córdoba, primas hermanas consaguíneas del héroe soldado Juan Santamaría, una pensión mensual de treinta colones, con cargo al Tesoro Público.

(De los archivos de Guillermo Tristán).

(De La Nueva Prensa, de 28 agosto de 1931).

1831—VEINTINUEVE DE AGOSTO—1931

*Editorial de La Tribuna*

Cien años se cumplen hoy de haber nacido, en la ciudad de Alajuela, el soldado Juan Santamaría, héroe máximo de la libertad de nuestra Patria; diga nuestro pueblo, frente al bronce que immortaliza al que fué Quijote en la noble acción y Jesucristo en el sacrificio, su profesión de fe y repita su juramento eterno de vigilancia constante, su inquebrantable decisión de mantener, a todo trance y a toda costa, inviolada su libertad e incólumes sus instituciones democráticas.

Hace cuarenta años se inauguró en la ciudad cuna del héroe la estatua que consagró para siempre su memoria; y escribió uno de nuestros destacados hombres de la época estas frases con ocasión tan propicia: "una cosa sí es cierta, y es que el pueblo que enseñe a deletrear a sus hijos en la inscripción del monumento de Juan Santamaría, a la luz del ideal de la antorcha que agita en su mano; el pueblo cuyos hijos conserven en su cerebro la imagen de la estatua del héroe como la primera noción de patriotismo que penetró en el despertar de su inteligencia, producirá, cuando la Patria lo demande, más de un Erizo que inmole su vida en defensa de sus instituciones libres: era preciso, para apreciar cuanto vale la libertad obtenida en 1821 un poco de regalo, que hubiera necesidad de mantenerla ferro et igne. Hoy la tenemos ganada, y Santamaría quedará siempre en la Historia de Costa Rica como uno de los padres de su independencia". Así se ha traducido el valor simbólico de la estatua que recogió en su bronce y en su piedra el acto glorioso del tambor sacrificado por la Patria el 11 de abril de 1856, durante la tremenda jornada de Rivas.

Al cumplirse cien años de su nacimiento, la Patria tiene una reverencia para su hijo preclaro; le rinden tributo todos los costarricenses de buena voluntad; a las voces de los mayores que comprenden más hondamente lo que valió el sacrificio inmortal, se unen las voces de oro y de cristal de los niños y las de los jóvenes; todos miran al héroe fulgurante; al soldado que, nacido de la baja llanura popular, escaló triunfalmente el cenit luminoso de la Gloria imperecedera.

La Tribuna, interpretando el sentimiento costarricense en este día, une su voz a la voz resonante de la Patria; y estas líneas las escribe como exaltación gloriosa, como canto de orgullo patrio, bajo la figura bendita e inmortal del soldado.

(29 de agosto de 1931).

## EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE JUAN SANTAMARIA

*Por Aurelio Salazar*

Más de veinticinco años hace: al pie del bronce de Santamaría llegábamos los niños de las escuelas a entonar himnos patrióticos cuyo significado trataban de explicarnos los maestros. Oíamos también discursos y luego veíamos a nuestra ciudad de Alajuela toda de fiesta. Cada once de abril repetíamos nuestros cánticos en el parquecito del héroe. Muchas coronas al pie de la estatua; muchas palabras más o menos bien dichas y la fiesta escolar, con *sangría* y confites.

Años después, en el Instituto, el profesor de Historia Patria nos hizo comprender algo más profundamente el secreto signo que hecho bronce representa la estatua del soldado anónimo. Tambor, debiera llevar un tambor en vez de un fusil, y más si se piensa que en el instante trágico de quemar la guarida de los enemigos, tambor o fusil le estorbaría mucho. La estatua debería llevar en su diestra, por única arma, la tea. ¿Kepis? Nuestros soldados del 56 no lo usaban; llevaban sombrero de palma, con cinta roja; por lo menos así se presentaron al asalto de Santa Rosa, según testimonio del jefe filibustero allí sorprendido y derrotado. Pero sea lo que fuera, está ese monumento erigido en memoria de un gran hecho histórico: la derrota sufrida por Walker el 11 de abril de 1856, en Rivas.

Se ha pretendido negar la existencia real y verdadera de Juan Santamaría: testimonios fehacientes comprueban hasta la evidencia que Juan no fué una creación fantástica; que fué hombre de carne y hueso, humilde, sí, en grado superlativo; que fué a la guerra y que cayó heroicamente en la batalla de Rivas, como tantos otros costarricenses que por defender patria y hogar sacrificaron sus existencias y salvaron a la América Central del mayor peligro que en estos pueblos han debido combatir desde que fueron libres, autónomos y soberanos.

El 29 de agosto de 1831 nació en Alajuela el que el 11 de abril del año 56 iba a conquistar para sí y para sus compatriotas, el derecho de figurar como hombres, con todos los atributos de la ciudadanía, en el mundo civilizado. Cien años hace ya que este Erizo vió la primera luz. Un siglo es para una nación un minuto de su historia. Y sin embargo, si de esa nación no salen hombres fuertes y abnegados, un siglo es más que suficiente para que ella

desaparezca. Los países que no saben educar a sus hijos en el ejercicio pleno de la ciudadanía, no pueden subsistir. Es llegado el momento de hablar claro a los jóvenes de Costa Rica. Que en cada escuela, que en cada colegio, que en cada púlpito sagrado, que en cada hogar, se diga a los discípulos, se diga a los fieles, se enseñe a los hijos, el deber de ser verdaderos patriotas; pero entiéndase bien, no decir a los jóvenes que el patriotismo ha de ser el culto inconsciente e infecundo de un poder que debe hacerse cada día más fuerte, para dominar a los otros; no. El patriotismo ha de ser en primer lugar, comprensión de los deberes de humanidad. Ser enemigo de otros hombres por cuanto éstos pertenecen a naciones diferentes de la nuestra, es un absurdo. La convivencia contemporánea de los pueblos todos de la tierra implica una interdependencia que ha de ser también un lazo de unión indestructible, que realice para el hombre el ideal superior de la fraternidad universal: eso no se consigue con ideas estrechas del patriotismo *a outrance*, que ve en cada extranjero un *hostes*, concepto anacrónico que nos legó Roma. Día llegará en que las ideas de confraternidad venzan al estrecho sentido que los estadistas han dado al hombre por herencia de los siglos: la norma de la guerra contra los otros pueblos, muchas veces por estar separados simplemente por un río o por una montaña.

El hecho grandioso de nuestros abuelos, que fueron a guerrear contra Walker y sus secuaces, es el de que ellos lucharon, quizá sin darse cuenta, por la más noble y humana de las causas: lucharon contra la esclavitud. ¡Y vencieron!

En esta fecha de gloria Alajuela está de gala; los jóvenes de esta tierra prodigiosa, en donde cada pecho es un santuario de respetuosa admiración a los hechos gloriosos de nuestra guerra del 56, contribuyen para que la fiesta de este centenario sea realmente hermosa. Estos juveniles corazones, promesas brillantes de la patria, deben grabarse y modelarse en el sentimiento más puro del cariño y del esfuerzo. Costa Rica necesita en esta hora crítica del mundo, hombres que tengan una perfecta comprensión de sus deberes cívicos. Se acerca el momento culminante de nuestra historia: el desarrollo de la gran potencia norteamericana hace que ésta necesite ineludiblemente del concurso de estas pequeñas nacionalidades, para asegurar su propia existencia. Mucho tino y altas miras deben ser las normas que sigan los hombres a quienes toque la misión de dirigir los destinos del país en los años venideros. Los estadistas no se improvisan: gobernar pueblos, dirigirlos por el camino más conveniente, es labor de titanes. Deben los jóvenes pensar seriamente en el futuro de la nación y conservar la tradicional cordura del pueblo costarricense, que bus-

ca a sus gobernantes entre los más capaces, los más inteligentes, los más probos, los más sabios de sus conciudadanos. *No tiene derecho de regir los destinos del país aquel cotarricense que no muestre su hoja de servicios limpia de peculados, de atentados contra la soberanía de la patria y que no tenga altas dotes de estadista.*

Los jóvenes han de pensar en sí mismos. Ser fuertes es su primera obligación. Nación de hombres débiles es nación agonizante. Fuerte de cuerpo, el hombre es también de espíritu fuerte. Sano de cuerpo, es de alma sana. Por eso el cultivo adecuado del deporte es tarea altamente beneficiosa. ¡Sed fuertes, jóvenes de Costa Rica!

¿Pueden los jóvenes colaborar en el engrandecimiento de la Patria si no conquistan un título profesional? Siempre oímos en los colegios que el objetivo de los jóvenes es llegar a ser profesionales, en el bien entendido que serlo significa alcanzar un título de alguna profesión de las llamadas liberales; casi nunca nuestros jóvenes bachilleres quieren ser agricultores. ¡Agricultores! Eso debería ser la mayoría de nuestros bachilleres. Tierras vírgenes, portento de fecundidad, esperan hace siglos la mano del hombre inteligente que las haga producir. Vientre gigante de nuestra patria, su suelo solamente aguarda ser fecundado por los jóvenes, para henchirse, para gestar la bienandanza de él y de ellos, y ser el redentor de nuestra patria! Jóvenes fuertes y tierra feraz, uníos! El trabajo es duro, pero la cosecha será grande. Hablar de libertad, hablar de soberanía, hablar de autonomía, sin deciros, jóvenes, que la tierra misma guarda en sus entrañas esa soberanía, esa autonomía y esa libertad, y que vuestra misión es hacerlas salir al aire libre, sería mal hecho. Luchad, luchad constantemente, para que nuestra madre tierra, nuestra querida Costa Rica, sea surcada de vías de comunicación: caminos y escuelas fué el programa de gobierno de uno de nuestros más ilustres Jefes de Estado. Caminos y trabajo de la tierra, debe ser vuestro Evangelio; sólo así podréis legar a vuestros descendientes una Costa Rica libre, próspera y feliz.

El 29 de agosto de 1931 ha de ser para vosotros, fecha que os marque una era nueva. Si Santamaría cumplió heroicamente con la misión cuasi divina que el destino le marcó, prometeos vosotros mismos, jóvenes de Costa Rica, cumplir heroicamente con la misión humana que debéis llenar. Si llegare el día en que necesitareis de todo vuestro valor y hasta de vuestro heroísmo para cumplir vuestro destino, tened confianza en vosotros mismos: venceréis! Y si fuere necesaria, morid como Santamaría!

(De Crítica, 28 de agosto de 1931.)



## INFUNDAMOS EN EL ALMA JUVENIL EL PATRIOTISMO

Sí, mi amigo. Juan Santamaría es un símbolo de gloria guerrera en Costa Rica. Sirva su antorcha para mantener encendida siempre la idea de sacrificio por la autonomía y sea su bronce un signo de redención para las generaciones costarricenses. Pero sirva también su centenario y el homenaje a su recuerdo para que los jóvenes de nuestra patria tengan un propósito de mejoramiento individual, de personalidad, de conciencia cívica. Nada hacemos con exaltar simplemente las hazañas de un hombre si envilecemos por otro lado a la patria no siendo hijos dignos de ella. La patria será grande y libre cuando sean libres y grandes sus hijos, cualquiera que sea la forma de gobierno que la rija, cualquiera que sea el impulso de sus grupos dirigentes. Lo importante, lo único cierto, es la personalidad. Y con este motivo glorioso, debemos despertar ese anhelo de personalidad en los muchachos. No vale ser república, no vale ser monarquía, no vale ser determinada forma de gobierno para existir con dignidad en el mundo. Lo que vale es ser un grupo de hombres elevados por la cultura y por la independencia.

Siempre hemos pensado que las formas de gobierno no implican nada para la ventura de los pueblos; lo que influye en sus destinos es la virtud de sus hombres. En la India, Rama fué un dictador, pero fué un sabio y un santo y el pueblo sintió en él a un preceptor.

Pericles manda a su pueblo dictatorialmente, pero Atenas es un pueblo culto y da una medida del mando, y la voz de Pericles, que ama a su pueblo, es una nota que se acuerda justamente en aquel concierto maravilloso de la civilización helena.

Augusto es un soberano, pero no desprecia el trabajo de la tierra y el pueblo halla virtud en él; el soberano insinúa a Virgilio que escriba sus *Geórgicas* para estimular el cultivo del campo, al par que alienta a Mecenas para sus prodigalidades con los artistas.

Y en el mismo campo en que Augusto engrandece a su pueblo y estimula las ciencias y las artes, Antonio su hermano se va tras la huella de una mujer en cuyo regazo se pierde un poderío... Este mismo Antonio mutila a Cicerón y clava su cabeza en la misma tribuna donde el grande hombre había salvado con su palabra a la república y adonde había sido llamado "Padre de la Patria".

Los romanos con Cincinato no son los mismos romanos que con Calígula. *Y es porque los hombres han sido "hatos"*, han ido al rumor del cuerno del amo, sin personalidad, sin conciencia de sí mismos, ciego y trágico rebaño que tan pronto atraviesa las aguas del mar Rojo con Moisés como con Atila despedaza la cultura de un pueblo.

Rusia misma nos da ahora un ejemplo de lo que es en un pueblo la falta de orientación consciente.

Se va el zarismo y viene el marxismo; pero Rusia, la inmensa y triste Rusia sólo cambia de formas de gobierno como el enfermo que un día quiere salir alegre al sol y se cambia de vestido...

Rusia no hará nada con llamarse soviética, o republicana, o monárquica, mientras en el espíritu de sus hombres no haya surgido su propia individualidad.

España, desde abril, en que irrumpió en su poderoso grito de renovación, acrisola un espíritu nuevo, pero a base de hombres que le dan ese espíritu, a base de una cultura metida en el alma de esos hombres que hicieron su gloria literaria y científica y que ahora hacen su bienestar y su renovación política. Y no se diga más que los *literatos*—como suele llamarse a los hombres de estudio—son simplemente hombres de letras. España está dando buena prueba de que Unamuno, Marañón, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, y todos, toda la pléyade de hombres intelectuales es lo único que salvará el decoro, la grandeza, en esta hora difícil para la nacionalidad española.

Yo pienso que debe aprovecharse este centenario para inculcar en los niños un sentimiento de profundo respeto a sí mismos, a tener un anhelo constructivo de sí mismos, como base de una patria cierta y amada.

¡Cuán distinta sería la suerte de muchos pueblos si en la sangre de sus hijos se hubiera infiltrado una mejor idea de la patria a través de ellos mismos!

Que la antorcha del soldado Juan alumbre en el horizonte de la nación costarricense como un signo de esperanza y de autonomía y que alumbre asimismo en el corazón de todos los hombres nuevos para que ellos sean más generosos, más puros, más altos, más dignos!

Rogelio Sotela

(De Crítica, 28 de agosto de 1931.)

## SIMBOLISMO

*(Varios ancianos de esta ciudad, que aún viven y conocieron bien al héroe Juan Santamaría, afirman que su principal ocupación era encalar casas).*

En un rincón de mi ciudad nativa  
hace un siglo nació Santamaría,  
quien libertó a la Patria el mismo día  
que la gloria a sus pies dejó cautiva.

Era muy pobre Juan; su vida activa  
enjalbegando casas traspasaba;  
todo el mundo al Erizo prefería:  
¡daba su brocha brillantez tan viva!

Cuando vino la guerra se marchó  
saturado su pecho por la idea  
de honrar y defender a su bandera...

¡Y al quemar el Mesón jamás pensó  
que la brocha inflamada de su tea  
abrillantaba a Costa Rica entera!

*León Vargas*

Alajuela, 29 de agosto de 1931.

## A JUAN SANTAMARIA

(Para Cleto González Víquez)

Al celebrar tu prístina alborada  
quiero que mi arpa vibradora cante;  
si es ya tu cuerpo gaje de la nada,  
son tus cenizas polvo de diamante.

Está tan viva tu épica jornada,  
tan frescos tus laureles de gigante,  
que del fiero mesón chisporroteante  
aún miramos arder la llamarada.

Vives de Costa Rica en la memoria.,  
Tienes quinientos mil adoradores;  
tu ígnea tea, en el cielo de la historia,

¡será por siempre un haz de resplandores!  
y al cielo, a donde van los redentores,  
entraste por la puerta de la gloria.

¡Cómo vuela hacia ti mi pensamiento!  
Aunque ya restañada está la herida,  
al recordarte, mi aima conmovida  
por tu sublime abnegación la siento.

Fué terrífico y trágico el momento;  
horrorosa la lucha enardecida;  
¡cuán grande, de la Patria, fué la herida,  
inmenso como el mar, su sufrimiento!

Sacudiendo el mechón puesto en la pica,  
mirando altivo tu gloriosa estrella,  
no te importa morir por Costa Rica;

y antes que el pecho el proyectil taladre,  
gritas: ¡oh General: muero por ella  
pero ¡ay! *no olviden a mi pobre madre!*

Luis R. Flores

Heredia, 29 de agosto de 1931.

## JUAN SANTAMARIA

*(Para Alajuela, en su Instituto, fiel representante de la cultura y del civismo patrios).*

Santamaría es tea redentora  
para incendiar fatídicos mesones;  
es épico fulgor que a toda hora  
destella en nuestros fastos y blasones.

Santamaría es ya como una aurora  
que disipa los torvos nubarrones;  
es la trompeta clásica y sonora  
que empuja hacia la gloria las legiones.

Santamaría es grito de combate,  
es el Tambor que lucha y no se abate,  
que hoy congrega a las huestes ya triunfales.

Y es la Patria que libre de cadenas,  
se yergue como Palas en Atenas  
y saluda a sus hijos inmortales.

*J. J. Salas Pérez*

1931

## JUAN SANTAMARIA

Humilde y sencillo Tambor de Alajuela  
que por tu hecho heroico, por tu noble acción,  
en el cielo patrio como un centinela,  
tu espíritu vibra, tu recuerdo vuela  
sobre las rojizas llamas del Mesón.

Juan Santamaria: tuya es la proeza  
que recuerda y ama la posteridad;  
y la Patria vive, vive en su grandeza  
porque un sol ardiente la ilumina y besa,  
que es la misma gloria de tu heroicidad.

Invoca tu nombre Costa Rica entera  
—valiente soldado que supo morir,—  
porque eres el rojo de nuestra bandera,  
porque eres la sangre que allá en la frontera  
transformóse en rosas para el porvenir.

Tuya fué la palma por tu valentía,  
por el hecho heroico de tu noble acción,  
y hoy tienes tu nombre: *Juan Santamaria*,  
escrito con sangre, con sangre bravía,  
en los pliegues limpios de nuestro pendón.

*Gonzalo Dobles*

## JUAN SANTAMARIA

1831—1931

Redoblen los rancos tambores,  
atruenen los fuertes clarines,  
que es uno de los paladines,  
que es uno de los vencedores.

Alajuela lo trajo a la vida,  
de muy alto, quizá de la gloria;  
de allá vino la antorcha encendida  
que alumbró eternamente la Historia.

Ya era bronce, pues era moreno;  
no era esclavo, pues libre nacía;  
de su cuna tomó rebeldía  
que en seguida estalló como el trueno.

Y prendieron sus manos el fuego  
arrasando cadenas extrañas;  
a los cielos subió como un ruego,  
el olor de sus propias entrañas.

Redoblen los rancos tambores,  
atruenen los fuertes clarines,  
que es uno de los paladines,  
que es uno de los vencedores.

*Aníbal Reri*

30 de agosto de 1931.

## A JUAN SANTAMARIA

(en su centenario)

### I

Soldado Juan, la patria está afligida:  
del invasor terrible es la fieraza.  
Tú en el mundo, como única riqueza,  
tienes un corazón, tienes la vida.

Y ves que tu existencia está ofrecida  
al trabajo que alivia la pobreza  
de la madre amorosa, la que reza  
pensando en tí, con alma estremecida.

Pero en tu corazón hay otra llama  
del más sublime amor, el que reclama  
el sacrificio y que morir te ordena.

Al caer por el plomo acribillado,  
pasas, lleno de luz, transfigurado,  
de eterna gloria a la región serena.

### II

Hiciste de la vida el sacrificio  
por ver la patria soberana y fuerte:  
al hundirte en la sima de la muerte,  
la salvaste del negro precipicio.

La mente, como ejemplo del patricio,  
siempre erguido, magnífico ha de verte,  
y los fulgores que tu antorcha vierte  
son un canto hecho lumbre: tu epinicio.

Soldado Juan, mejor entre mejores,  
caíste envuelto en vivos resplandores  
que derramaba tu incendiaria tea.

En ella esté de amor nuestra mirada;  
que siempre en su divina llamarada  
hermoso ejemplo Costa Rica vea.



III

Levántate, soldado, alza la tea  
con que un día ahuyentaste al extranjero;  
ella ilumine nuestro derrotero,  
lección perenne en nuestra mente sea.

Anuncie su fugor la noble idea:  
dar a la patria el corazón entero;  
blandir por ella el redentor acero,  
o por ella morir en la pelea.

Levántate, magnánimo soldado,  
y todo corazón aletargado  
de tu fulgor con la visión despierta.

Y que tu antorcha en alto, deslumbrante,  
sea para las almas un constante,  
un poderoso, un infinito alerta!

*N. Quesada S.*

(De "Crítica", 28 de agosto de 1931).

## JUAN SANTAMARIA

(*Ante su monumento*)

Eternizado al fin, más que en el fuerte  
metal de la escultura, en la memoria,  
se ve en este guerrero que la gloria  
besó sus labios cuando entró en la muerte.

Radiante como el sol cuyo oro vierte  
en su gesto de lucha y de victoria,  
lo envuelve en un cendal la llama ustoria  
de los ungidos que exaltó la suerte...

Así, mientras la rauda golondrina  
le lleva desde el huerto y la colina  
el suave aroma de la tarde clara,

se le ve imperturbable ante su vuelo,  
¡como en espera de inflamar el cielo,  
si el mismo cielo nos amenazara!

*Manuel Segura*

(De *Crítica*, 28 de agosto de 1931).

## JUAN SANTAMARIA

Sobre su pecho no lució medalla  
ni dorado galón sobre la hombrera;  
a cambio de la gloria volandera  
tuvo el valor que se ensimisma y calla.

Del oscuro montón surgió su talla.  
Jamás probó la vida lisonjera  
y no pudo abrazarse a su bandera  
al caer inmolido en la batalla.

Pero libre, por fin, de nuestro lodo  
todo lo tiene ya, pues lo dió todo.  
Patria, cuando recuerdes a los que amas,

ora por tu más fúlgida presea:  
¡aquel que te ofrendó, como una tea,  
su palpitante corazón en llamas!

*Julián Marchena*

(De *Crítica*, 28 de agosto de 1931).

Una lección permanente:

**El Museo Histórico Juan Santamaría**

## LA EXPOSICION HISTORICA DEL INSTITUTO DE ALAJUELA

El Licdo. don Teodoro Picado, que guía intelectualmente la juventud de Alajuela, tiene el mérito de sembrar en el alma de sus educandos y esparcir en el ambiente de la Patria los tributos de nuestra historia, que son base única para defender en las horas de peligro del terruño querido al que damos el nombre de nuestra Patria.

Fuimos nosotros quienes nos quejamos del imperdonable olvido en que se tenía el noble corazón del General don Tomás Guardia, y quiso el Licdo. Picado dar a sus discípulos un ejemplo de patriotismo y fué bajo su dirección que el Instituto colocó en la Catedral de Alajuela el distintivo de una lápida que indicara a las generaciones venideras el sitio en donde reposa aquel corazón que el ilustre ex-Presidente legara a la provincia que tanto había amado.

Los festejos cívicos que ahora motivan la atención pública para rendir culto a la memoria del tambor anónimo que se glorificó en la batalla de Rivas el once de abril de mil ochocientos cincuenta y seis, no solamente han de ser desfiles, cantos y bailes. En el cerebro del señor Director del Instituto hubo una más alta mira, la de presentar a la juventud un jirón de historia de aquellos tiempos en que la voz de Juanito Mora se escuchó en todo el Estado llamando a las huestes de nuestros viejos abuelos a las armas para que defendieran la integridad de nuestro suelo seriamente amenazado por la invasión filibustera en Nicaragua.

Visitamos la ciudad de Alajuela, y por atención que en mucho estimamos, se nos permitió la entrada a los salones en que se han puesto a la vista del público numerosos y valiosos objetos de las campañas de 1856 y 1857 y otros en que se han colocado diferentes objetos históricos y de cerámica indígena, estos últimos pertenecientes al museo del Ilustrísimo señor Obispo Monestel.

Páginas de nuestra vida agitada de antaño están escritas en los viejos pergaminos que allí se exhiben; despachos militares firmados por la misma mano del prócer Mora, armas antiguas de chispa que dispararon por su boca la mortífera munición que destruía a los invasores, espadas que colgaron de la cintura de los jefes y que se blandieron para hacer respetar la voz de la orden, bayonetas que supieron herir sin pecado contra quienes atraídos por la codicia querían hacer de este suelo libre una fac-

toría, y luego un grupo de condecoraciones de plata y oro, cintas tricolor, con la inscripción de agradecimiento de la Patria, premios al valor. Y todo este conjunto, que evoca el patriotismo y que nos pone de relieve que no debemos buscar glorias en tierras extrañas cuando las tenemos dentro de nuestras fronteras, junto con una valiosa colección de fotografías de muchos de los hombres que se destacaron en aquella jornada histórica, la más gloriosa para Centro América y la más santa y heroica para Costa Rica. Aquella colección de fotografías que inspira respeto, efectuada por primera vez en el país es grandiosa, sublime; son hombres-glorias de aquella jornada. Allí el bizarro General Guardia al lado del mansísimo y noble presbítero Cecilio Umaña; allí el valiente General Cañas, y a su lado el viejo veterano que en plena juventud fué a los campos de Santa Rosa, Rivas y San Juan, cuyo retrato ya poblado de blanca barba y encorvado por los años, y que sus familias han cedido como verdadera reliquia de la Patria.

Esta exposición sublime, primera en su género que se hace en la República, honra al Instituto de Alajuela, y a su Director, a quien La Nueva Prensa envía su más calurosa felicitación.

Sea esta tierra, cuna del soldado Juan, la que inicie el Museo Histórico de nuestro pasado, sean aquellos salones en que se abre el corazón de la juventud al patriotismo, en donde se ponga la base de una legión patriótica que enlace con amor y entusiasmo el culto a los nuestros, a las legítimas glorias costarricenses, borrando todas las injusticias que hay para culto a extraños.

Sean los alajuelenses de 1931 quienes eleven la antorcha de la gratitud patria, como fué Santamaría el soldado que valerosamente hizo brotar la llama para convertir en cenizas el mesón en donde acampaban los filibusteros.

(De La Nueva Prensa, de 21 de agosto de 1931).

«NECESITA EL PAIS UN MUSEO HISTORICO  
Y ESTA ES LA OPORTUNIDAD PARA CREARLO»

*Es necesario que usted dicte las providencias urgentes para que no sople sobre ese arsenal de reliquias el turbión de nuestro abandono, dice el Profesor Dobles Segreda al Señor Presidente de la República.*

El Director del Liceo de Costa Rica, Profesor don Luis Dobles Segreda, envió ayer al Jefe del Estado la interesante carta que dice:

*Señor Presidente de la República*

Excelentísimo señor:

Han terminado ya los himnos con que los estudiantes de todo el país elevaron una loa entusiasta al soldado Juan. Pasaron los vistosos desfiles que dieron lustre al centenario magnífico y ya están dichos los nobles discursos en que la nación entera expresó su pensamiento por boca de sus oradores.

Todo eso ha venido a constituir un oleaje que agita las aguas de nuestro patriotismo y nos obliga a permanecer vigilantes, entendiendo que la libertad debe conquistarse, minuto tras minuto, en la eternidad de la vida.

Obra fecunda aquélla, y, como educador que soy, me siento orgulloso de que fuera, en su mejor parte, movida por quienes están guiando la juventud, y, con especialidad, por el señor Director del Instituto de Alajuela cuyo celo patriótico ha conquistado el aplauso de todos.

Ahora, señor Presidente, corresponde a Ud. o a las fuerzas que Ud. puede impulsar, hacer que sobre la obra del espíritu se haga también algo en la materia y resulte el homenaje digno de un pueblo que entiende que, en su cultura y en las prestigiosas cenizas de sus mayores, está bien asentado su porvenir.

Es Ud. un hombre de gran cultura y no necesito expresar la importancia de lo que vengo a decirle, puesto que está en la conciencia ciudadana de todos los costarricenses.

Lo mejor de este Centenario fué la Exposición Histórica que usted inauguró el sábado último.

El esfuerzo realizado para reunir ese arsenal de reliquias es realmente saludable, pero dentro de ocho días volverá a esfumarse, fragmentado en diversos rincones, la mayoría de ellos de individual hacienda.

Es necesario, señor Presidente, que Ud. dicte las providencias urgentes para que no sople sobre ese acopio de recuerdos gloriosos, el turbión de nuestro abandono, que tantos daños nos ha ocasionado.

Es preciso que se haga un esfuerzo, de cualquier magnitud que sea, para mantener la cohesión de ese conjunto de reliquias.

Necesita el país un Museo Histórico para custodiar, proteger y mostrar, al extranjero y al nativo, todo lo que atestigüa cuanto hemos sido en los tiempos pretéritos.

Es el momento oportunísimo para crear ese Museo Histórico.

Estamos en el deber, en la obligación ineludible, de hacerlo.

Muchas de esas preesas son ya del Estado, aunque están dispersas en diferentes lugares.

Muchos documentos hay en la Secretaría de Relaciones Exteriores que ya debieran entrar a un Museo de Historia. Algunas de esas alhajas serían cedidas gratuitamente por sus tenedores: otras, que no llegaron al concurso, podrían concurrir si el movimiento plasmara.

Por muy cruda que sea la crisis que vivimos, por muchas angustias que estemos padeciendo, el momento no debe despreciarse para que el Estado declare de su propiedad, conserve, recoja y exhiba a perpetuidad esos tesoros.

Usted, que tanto y con tan señalado éxito ha trabajado en la creación de nuestra historia, debe sentirse obligado, por modo imperativo, a no permitir que se hunda, en el mar de nuestra indiferencia, lo poco que poseemos como testigo de lo que fuimos.

Me garantiza el Estatuto Máximo el derecho de petición, pero, sobre esa garantía, me exige mi condición de maestro de escuela hacer el pedimento al señor Presidente de la República.

Lo hago y tengo fe profunda, fe ciega en que Ud. que, sobre ser Presidente, es historiador, no dejará escapar esta oportunidad para organizar el Museo Histórico de la República, divorciándolo del Museo de Historia Natural y organizándolo con un hondo sentido patriótico, para ejemplo de quienes vengan tras nuestra huella.

*Luis Dobles Segreda*

Agosto 1931.



## EL MUSEO DE SANTAMARIA

San José, 9 de setiembre de 1931.

*Señores Profesores*  
*Licdo. don Teodoro Picado*  
*y don Luis Dobles Segreda*

S. O.

Muy distinguidos señores:

Para un alajuelense es motivo de viva gratitud el esfuerzo realizado por Uds. para asegurar y completar el Museo Histórico, que, según los datos suministrados cuenta ya con 260 números, cuya labor de centralización ha costado tanto ver coronada por el éxito.

En el mismo momento que vi en el Instituto de Alajuela ordenado ese archivo glorioso, eslabón de nuestra comunidad étnica y fuente del más real nacionalismo, externé mi criterio, mi entusiasmo y mi deseo, para que se mantuviese allí definitivamente ese Museo, ya estimulando los donativos, ya iniciándose y levantándose una contribución voluntaria, para pagar lo que no se donase, y ya, en fin, solicitando hasta la expropiación por causa de necesidad y utilidad públicas, previa indemnización y de acuerdo con las leyes.

He visto complacido que la idea ha tomado fuerza y se defiende empeñosamente. Todos los países civilizados guardan en sus museos la historia de sus hermosas tradiciones, no sólo porque eso contribuye a mantener encendida la llama del patriotismo, sino también porque se realiza un servicio para la intelectualidad del mundo. Los millares de turistas que visitan en Europa esos centros guardadores de su resplandeciente pasado pagan espléndidamente el servicio de ilustración que reciben. Conservándose este museo en Alajuela, no solamente tendremos al lado de la Fuente de la Libertad, una Fuente de Patriotismo, sino que, el turismo que hoy tratamos de estimular tendrá ocasión de "hacer un alto en el camino" en su viaje a los volcanes, para ilustrarse sobre la hermosa hazaña heroica del "tambor humilde" que incendió el Mesón de Guerra. Podría hasta reconstruirse "el panorama", como se ha hecho en el campo de batalla de Waterloo, formándose un "cuadro circular", cerrado, al óleo, pintado por artistas nacionales, que en un sitio aparente del Instituto, tal vez el local destinado al Teatro Municipal, reproduzca detalladamente la escena heroica del incendio libertador. El costo de todo esto

será pagado por el turismo con creces, como se ve que se obtiene en Waterloo, y al mismo tiempo se enriquecerá nuestro caudal histórico. Los hoteles principales recibirán folletos gráficos del Museo, que estimulen el anhelo de su visita, y el ingenio espectacular en la materia completará el éxito del propósito nobilísimo.

La gloriosa historia medieval francesa y del Renacimiento duerme presente ante el mundo en los diez y ocho mil números del Museo de Cluny que en París tiene abierta su entrada desde las 10 a las 16 horas todos los días; la historia toda de la Revolución Francesa, tiene recuerdo constante en los 95 mil volúmenes y 8 mil cuadros exhibidos en el Museo Histórico de la ciudad de París, y a qué hablar del Museo del Louvre y del artístico archivo de Luxemburgo, si hay allí como una antorcha constante de luz y ciencia magníficas? Todos estos sitios son constantemente visitados por las gentes más distinguidas del mundo entero. En ellos reciben cultura, completan estudios y pagan el servicio.

El Museo del Prado, el Museo de Arte Moderno en Madrid, en el mismo San Sebastián, el Museo Vasco, restauran las glorias nacionales y perfilan los heroicos lineamientos de la raza.

La Gran Guerra tiene ya su Museo de la Armada en París (Los Inválidos), y al lado del Cincuentenario, en Bruselas, la Gran Sala del Museo de la Guerra exhibe todos los elementos que el hombre usó en esa tremenda lucha, para unos en favor de la civilización, para otros, en entierro del Viejo Derecho Internacional... La Torre de Londres guarda la historia de la "tortura del medioevo"; en las trincheras se conservan intocados los puestos del combate. Postdam exhibe la época brillante del Gran Federico, en el Castillo de Sanssouci, donde aún flota el espíritu de Voltaire...

He ahí, pues, justificadísimo el empeño ése por el cual ustedes luchan. La civilización ordena a todos los pueblos guardar sus tradiciones. Alajuela, modesta pero heroicamente, tiene una tradición que guardar.

Doscientos sesenta números son ya el comienzo del propósito nacionalista.

Defendamos, pues, este museo, y propongo que lo designemos con el nombre del héroe que lo preside: "Museo de Santa María".

Quiero hacerles público testimonio de gratitud de alajuelense; quiero decirme a las órdenes de ustedes para cooperar en el sentido que les reúne; y dichas para ustedes estas frases sentidas, tengan siempre el aprecio y cariño de su seguro servidor y amigo,

*Alfredo Saborío*

## EL ROMANTICISMO DEL SOLDADO

(EN EL MUSEO HISTORICO DEL INSTITUTO DE ALAJUELA)

### *Del romanticismo en la guerra.*

Hay quienes expresan que el arte de la guerra consiste, no en esgrimir con destreza la espada, sino en sonreír con tiempo a la muerte. Esta frase es ya una fórmula romántica de la batalla, que nos puebla la retina de fantasmagorías: por la mueca triste o alegre de los que mueren, por la expresión de testarudez o de abandono, por la plasticidad de esas sonrisas moribundas.

El soldado que prefiere fumarse un cigarrillo antes de morir, aunque la espada le haya partido en cuatro los labios, o el que prefiere hacer su último banquete, o lanzar maldiciones, o rezar o dormir, no hace más que engañarse a sí mismo con la última mueca romántica de su vida.

Es muy seguro que el soldado que muere instantáneamente no se lleve a la eternidad, dentro del segundo que ha tardado para hacer una fotografía interior de lo que le rodea, la actitud dolorosa de su compañero o la imagen ignota de sus seres queridos; probablemente prefiera llorar o fumar o dormir o rezar o maldecir, para ser un soldado romántico, y por ello, valiente.

El que muere en pleno campo de batalla, oloroso a humo de pólvora y a humo de gloria, siempre tendrá tiempo suficiente para ser romántico a su modo.

El gesto mismo del Erizo no se explica de otra manera sino por aquella que lo hizo romántico en un minuto—en una eternidad—y lo llevó a cabo con amor. Sus últimas palabras, encomendando su madre a la patria, no fueron más que la expresión amorosa de su tea, envuelta en llamas, incendiando, no un mesón poblado de traidores, sino una república harta de humillaciones.

Pero viene, sin embargo, el soldado romántico por excelencia; el que piensa y calcula fríamente los alcances de sus actos y de sus palabras, antes de morir, no en pleno campo de batalla: de espaldas a un muro y frente a un pelotón de hombres dispuestos a matarlo...

### *El romanticismo del 56.*

Así como el romanticismo es una razón de vivir de la poesía, la guerra determina la razón de vivir del romanticismo. No por un acto ineludible de hacer guerras: por un sentimiento colectivo de emprenderlas, cuando llega el minuto.

La del 56—fecha en que las damas tejían para los caballeros multitud de fantásticos ensueños, con sus labios,—determinó, dentro de la ideología de la época, un rumbo romántico: música, amor, dolor. Tríptico acaso el más propenso a iniciar la conquista de la libertad, porque nacía del corazón, y por ello, palpitaba en el pueblo y para el pueblo. De haber existido en la guerra del 56, como en otras, tanques blindados, de seguro que los oficiales los hubieran utilizado, no como arma de combate sino como carroza de paseo; tal era el valor, la despreocupación, el ningún miedo a las bayonetas caladas de los invasores, de todos los batallones del glorioso ejército de nuestra república.

Bastaba un tambor, remedo de música, y un acordeón—gorjeo de pájaros en celo,—para que la soldadesca evocara la casona plena de leyendas, y las campiñas donde la mano de la mujer,—madre, esposa, hermana o hija,—convertía en frutos de amor lo que sólo era doblez y tristeza.

El romanticismo por excelencia... El que perteneció al 56 está muy bien retratado en la figura, un tanto apostólica y un mucho pagana, del General José María Cañas. Recio carácter, talento militar de una amplitud sin mojones, Cañas era el soldado con guante y capa de seda; Mora, el sentido que le daba vida a la guerra; Cañas, el que la alentaba, y Santamaría, el que la finalizó envolviéndola en multitud de lenguas rojas...

Si el romanticismo del soldado en pleno campo de batalla era miel de patriotismo dentro de un fusil humeante, el de Cañas fué sueño de héroe hecho flor.

En el Museo Histórico de Alajuela, organizado ahora para conmemorar el centenario del nacimiento de Santamaría, se ve, junto a una carta que escribiera a su esposa antes de ser fusilado, una flor que el General Cañas le envió con esa carta.

Si cuando un hombre regala una flor a una dama, hay ya motivo suficiente para adentrarse en su vida, qué no habrá en la actitud de un militar que con el filo de su espada corta una flor para enviarla, antes de morir, a su compañera? ¿Qué sentido envolvió en sus pétalos? ¿Qué interpretación del honor del soldado? ¿Qué alegrías y qué dolores?

Si una flor no fuese como una muñeca de porcelana,—muda, leve, enigmática,—podría esperarse el milagro que sólo asombra en los cuentos en que saludan, con palabras risueñas, a los príncipes; pero el General Cañas, de propósito, la escogió para su último mensaje secreto,—el que él y ellas, su compañera y la flor,—se llevaban a la eternidad. Ningún mensajero ni más fiel ni más gallardo pudo seleccionar el General; cuanto le ordenó cumplir, lo hizo sin temores; risueño, y, como su jefe, romántico...

Punta-arenas 11 de Mayo de 1860

Mi Supita

Oy a ser fusilado dentro de dos horas. Ana  
die culpes en tu dolor por semejante suceso; y este  
hazlo en memoria mia.

Reduce tu familia cuanto puedas, para que  
puedas soportar tu pobreza. Probablemente no  
podras conseguir nada de tus bienes; pero Dios  
a ninguno desampara.

Propone al Sr. Santiago Gonzales que te dé  
dos o tres mil pesos, y que quede por su cuenta  
sola, la empresa del camino. Yo no le escribo so-  
bre esto por falta de tiempo.

Aquí poseo únicamente mi reloj y unos  
pocos reales que serán entregados a Manuel,  
quien entiendo irá a esa para con parte. Mis  
hermanos cuidarán de ti. Estoy muy seguro.  
= José María Cañas =



Nada de raro tiene, por esto, encontrarse en el Museo Histórico de Alajuela, cercado de espadas y de fusiles, y de banderas y de trofeos de héroes, quizá el más sencillo de los recuerdos del 56.

En estos momentos las damas que miran esa flor, rehacen aquella época en que el mal de amores era un aliento para el soldado; y los caballeros sienten la nostalgia de la música del acordeón y del tambor, pensando en que a su paso para el frente, tras una reja florecida de campánulas, la plegaria de unos ojos llenos de lágrimas se elevaba hasta lo infinito.

Las damas modernas que miran esa flor, conocen muy bien su secreto; para algo tienen un seno que palpita y un corazón que ama... Si se acercasen a ella un poco más, de seguro que las haría verter lágrimas; es un secreto demasiado dulce el de sus párpados, para que los párpados de las damas no se humedezcan de amor. Si la historia tuviera un jardín le daría sitio preferente a esta flor: por haber sido noble, fiel, gallarda, sincera; por la expresión del más genuino romanticismo del 56; por serlo, precisamente, de la única guerra gloriosa de nuestra República.

Las damas y caballeros le deben a esta flor, ahora, el respeto de haber sido, de cuantas armas se esgrimieron en el 56, la más delicada; porque supo mantener vivo el amor de la compañera de uno de los héroes más significados de aquella campaña.

*R. Rojas Vincenzi*

29 de agosto de 1931.

## ACTA DE UNA MEMORABLE ASAMBLEA VERIFICADA EN EL INSTITUTO DE ALAJUELA

*Ése museo tendrá asiento en el mismo Instituto y estará bajo la dirección ad-honórem del Director del plantel*

A continuación publicamos el acta firmada en la reunión que se verificó a las 16 horas del 8 de los corrientes en el Instituto de Alajuela, con el laudable propósito de fundar en aquella ciudad un Museo Histórico, aprovechando muchas fotografías y objetos donados ya con ese hermoso fin.

Partiendo esa iniciativa del querido y dinámico señor Director del Instituto y de sus dignos compañeros del profesorado de ese importante centro educacional y contando con el apoyo decidido de todo el noble gremio de educadores de la ciudad, no dudamos que obtenga el más lisonjero de los éxitos y que pronto, los costarricenses todos podamos admirar en un lugar fijo, las reliquias de nuestras mejores glorias y mostrar con orgullo al visitante extranjero ese Templo del Patriotismo que se abrirá bajo el cielo de la ciudad heroica, donde se meció la cuna de nuestros más destacados paladines de la libertad.

### ACTA

En Alajuela, a las cuatro de la tarde del ocho de setiembre de mil novecientos treinta y uno. Reunidos en el salón de actos del Instituto, los infrascritos vecinos de la ciudad de Alajuela, para cambiar impresiones en cuanto a la proyectada fundación de un Museo Histórico, expuso el señor Director del referido establecimiento, que con motivo de la exposición histórica organizada para celebrar el centenario de Santamaría, había surgido en la opinión pública el anhelo de que se conservasen reunidos para bien de la historia patria y para edificación cívica y patriótica de las generaciones presentes y futuras, las reliquias, cuadros y retratos exhibidos; que el señor Presidente de la República en la visita que efectuó el sábado cinco del mes en curso, ofreció a las principales autoridades de la ciudad, poner a la disposición del Museo Histórico que se funde en Alajuela, los cuadros propiedad de la nación que figuran expuestos; que numerosos particulares han ofrecido donar los objetos históricos de su propiedad, allí exhibidos, para que constituyan juntamente con los cuadros ofrecidos por el señor Presidente, la base del proyectado museo; que otros particulares han ofrecido aportar nuevos y valiosos objetos his-

tóricos e importantes documentos de diversa índole, para enriquecer el acervo de la institución. Los presentes estuvieron todos conformes en la trascendencia histórica y cívica del establecimiento proyectado y de su importancia, no sólo para la ciudad sino para el país; ya que Alajuela sabrá conservar piadosa y cariñosamente las reliquias de la campaña nacional, habiendo prodigado en ella, como la que más, la sangre de sus hijos; consideraron que era también ésta, una oportunidad propicia, para que Alajuela hiciera pública y solemne demostración de la gratitud con que recuerda al Héroe de Rivas y a otros de sus hijos distinguidos, tales como don José Gregorio Ramírez, don José Angel Soto, don José María y don Florentino Alfaro, don Juan Alfaro Ruiz, don Tomás Herra, don Víctor y don Tomás Guardia, don Concepción Quesada, don León Fernández, don Salvador Lara, don Bernardo Soto, don Ramón y don Mercedes Quesada, y muchos más destacados ciudadanos de impeccedera memoria, y de común acuerdo resolvieron:

*Primero.*—Dirigirse a la Secretaría de Educación Pública solicitando que decrete la fundación del Museo Histórico de Alajuela, con asiento en el Instituto de esta ciudad y bajo la dirección ad-honórem del mismo Director del referido plantel.

*Segundo.*—Aceptar al señor Presidente de la República el ofrecimiento que hizo a esta ciudad, para que en el proyectado museo se conserven los valiosos cuadros de que antes se ha hecho referencia y expresarle que con ello compromete la gratitud de Alajuela en la forma más calurosa.

*Tercero.*—Agradecer a los particulares la donación que han hecho al museo de diversos objetos y reliquias, y expresarles tanto a ellos como a los que en lo futuro quieran contribuir al enriquecimiento del establecimiento que la ciudad de Alajuela, al considerar como una grandísima honra el que se le entreguen para su custodia y conservación venerandas reliquias históricas, ofrece poner en la guarda de ellas la misma devoción cívica que, en tratándose de la libertad y el engrandecimiento de Costa Rica, la ha llevado a los mayores sacrificios.

Firman, autoridades y particulares:

Arístides Agüero; Ezequiel Fonseca; Hernán Herrera; Antonio del Carmen, Obispo de Alajuela; Mario Agüero; Juan Fernández U.; León Vargas; Luis Castaing A.; Alberto Quesada M.; Jacobo Sanabria; Alejandro Fernández h.; Arturo Agüero; C. Calvo Fernández; Alberto Calvo F.; José Aguilar Soto; Licdo. Ramón Aguilar S.; Ricardo Acosta; Obdulio Pérez; Enrique



Riba; Francisco Luis Fernández; Ramón L. Cabezas; Franklin Fernández; Licdo. José Vargas Porras; Adán Soto R.; Licdo. Hernán Chacón; Virgilio Martínez; Leoncio Martínez; J. J. Sibaja; doctor Marcial Rodríguez; Mariano Rodríguez; Jerónimo Chacón; Remigio Saborío; Heriberto Chavarría; Eloy Rodríguez; Carlos Villar; Ulises Soto; Cipriano Ardón; Carlos Ma. Gutiérrez; Ramón Junoy; Tomás Fernández Barth; Raúl Acosta; Humberto Reyes Vargas; F. Chacón Jinesta; Arnulfo Zeledón; Juan Rafael Cabezas D.

Profesores:

Teodoro Picado; Aurelio Salazar; Juvenal Valerio; Rómulo Valerio; Julio Solera O.; Jorge Luis Solera; Carlos Cabezas G.; Euclides Chacón; Jesús Ocaña; Manuel Alberto Coto; Federico G. Solórzano; Rosa Ma. Vargas; María E. Cabezas; Renée Cabezas; Alicia Carrillo; Miguel Romano; Francisco González Sibaja; Alicia Chacón.

Alumnos del V Año:

Claudio Arias; Clarencio Barth; Guillermo Bolaños; María Cristina Conejo; Fernando Cordero; Adán Elizondo; José Fernández; Enrique Ocampo; Guillermo Ortiz; Fernando Paniagua; Máximo Quesada; Miguel Rodríguez; Espiritusanto Salas; Zulema Solano; Fernando Solera; María Soto; Juan Rafael Trejos; Enrique Urbina.

DECRETO DE FUNDACION  
DEL MUSEO HISTORICO «JUAN SANTAMARIA»

Nº 1

RICARDO JIMENEZ  
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

*Considerando:*

Que con motivo de la celebración del Centenario de Juan Santamaría se reunieron en el Instituto de Alajuela valiosísimos cuadros y reliquias históricas relativas a la Campaña Nacional;

Que la guarda y conservación de esos objetos han estado a cargo del referido plantel de enseñanza, el cual con ellos ha creado un importante museo histórico;

Que para mayor garantía de los donantes conviene regularizar y legalizar la situación del citado museo histórico; y deseoso como está por otra parte, el Supremo Gobierno, de rendir homenaje a los acendrados méritos cívicos y patrióticos de la ciudad de Alajuela,

DECRETA:

Artículo 1º—Crear un Museo Histórico en la ciudad de Alajuela, adscrito al Instituto de la misma, que se denominará Museo Juan Santamaría.

Artículo 2º—La dirección del Museo se recargará en el Director del Instituto y las funciones de asistentes en los profesores que tengan a su cargo la cátedra de Historia en aquel establecimiento. Estos recargos serán ad honórem.

Artículo 3º—En el expresado Museo se guardarán y conservarán las reliquias y cuadros históricos suministrados al mismo por las oficinas del Gobierno, con ocasión de la celebración del centenario del nacimiento de Juan Santamaría.

Dado en la Casa Presidencial.—San José, a los trece días del mes de mayo de mil novecientos treinta y dos.

RICARDO JIMENEZ

El Secretario de Estado en el  
Despacho de Educación Pública

TEODORO PICADO

**PROGRAMA**  
DE LOS  
**FESTEJOS DEL 11 DE ABRIL**  
EN LA CIUDAD DE ALAJUELA.—AÑO 1933  
77 Aniv. de la Batalla de Rivas y del sacrificio de Juan Santamaría

**LUNES 10 DE ABRIL**

- 12 m.—Alegres vísperas, frente al Cuartel. Música y bombetas.  
8 p. m.—Retreta en el Parque Central. Banda de Alajuela.

**MARTES 11 DE ABRIL**

- 5 a. m.—Diana.  
8 a. m.—Inauguración del Museo Histórico "Juan Santamaría" y colocación de una placa de bronce en la puerta de entrada del Instituto, de acuerdo con el siguiente programa.

**PROGRAMA**

- 1.—Himno Nacional, cantado por los alumnos del Instituto y por todos los concurrentes.
  - 2.—Descubrimiento de la placa. Guardia formada por los Alumnos de Honor del Instituto.
  - 3.—Discurso del Lic. don Teodoro Picado, fundador del Museo «Juan Santamaría».
  - 4.—Himno a Juan Santamaría, cantado por los alumnos del Instituto.
  - 5.—Desfile.
- 9 a. m.—Llegada de los estudiantes de San José, Heredia y Cartago que vienen en visita especial a Alajuela, a rendir homenaje a Juan Santamaría.

SEGUNDA PARTE

**150 Aniversario de la fundación de Alajuela**

## DOCUMENTO HISTORICO

### ACTA DE FUNDACION DE ALAJUELA — Año 1782

De los Archivos de Sevilla  
(E. 101. C. 1. L. 7).

En el Barrio de la Alajuela, Jurisdicción de la Villa Vieja; a doce días del mes de octubre de mil setecientos ochenta y dos, el Ilustrísimo Señor Don Esteban Lorenzo de Tristán, Obispo de Nicaragua, mi Señor, asistido y acompañado de distintas personas así de la Ciudad de León como de la de Cartago y Villa Vieja que se hallaron presentes a este acto, hâbiéndose juntado todos los vecinos de los cinco Barrios de este término que por medio de su Cura propio don Juan Manuel López del Corral han solicitado y solicitan tener para su espiritual consuelo una Iglesia ayuda de Parroquia en que puedan recibir los Santos Sacramentos, Su Señoría Ilustrísima les hizo presentes los puntos siguientes: Primeramente que, sin el permiso y licencia del Muy Ilustre Señor Presidente de Goathemala y Vice Real Patrono de estas Iglesias, no se podía proceder en manera alguna a la erección de nueva Iglesia y ayuda de Parróquia en este sitio, como ya lo tenían por experiencia en otras ocasiones que lo habían solicitado, y por mala dirección no había tenido efecto: por lo que, deseando Su señoría Ilustrísima aliviarlos, se encargaba de practicarles graciosamente todas las diligencias necesarias y pasarlas a manos del Señor Vize Rl. Patrono para obtener su permiso y licencia. Itten les hizo Su Señoría Ilustrísima presente que, obtenida la dicha licencia, era preciso comprar terreno suficiente para levantar la Iglesia, darle cercos, Lonja y Cementerio para enterramiento de tan crecido vecindario; y no siendo razón perjudicar a ningún vecino particular quitándole de sus tierras propias el pedazo suficiente y necesario para el caso, atendiendo a la desdicha y pobreza de tantos vecinos, Su Señoría Ilustrísima ofreció comprar a su costa una caballería de tierra en el sitio señalado cuyo valor pagaría su Mayordomo y Thesorero luego

que se conviniesen los dueños y otorgasen la correspondiente Escritura de Venta. Itten Su Señoría Ilustrísima les hizo presente que era indispensable que otorgasen obligación de concurrir y ayudar para la decencia y manutención del Coadjutor y Ministro que se pusiere en dicha nueva Iglesia ayuda de Parroquia como que eran los únicos interesados en que la hubiera; por lo que otorgaron en debida forma esta obligación y la pasaron a manos de Su Señoría Ilustrísima. Itten Su Señoría Ilustrísima les hizo presente que, obtenida la licencia y permiso para la referida Iglesia ayuda de Parroquia de el muy Ilustre Señor Presidente Vice Real Patrono, era preciso que los vecinos de los cinco Barrios concurreniesen con su trabajo personal para la prevención y conducción de materiales hasta tanto que quedare a cubierto la nueva Iglesia; y entendidos todos de éste y los demás puntos antecedentes, con mucho gusto y regocijo se ofrecieron a su cumplimiento; y dieron a su Señoría Ilustrísima muchas gracias por el trabajo que se había tomado y por la limosna que les hacía para su consuelo espiritual; con lo que quedaron todos convenidos en la elección del sitio por ser el mejor, más fértil, útil y ventajoso, y en proporcionada distancia para todos los Barrios; por lo que su Señoría Ilustrísima procedió a la bendición del Oratorio Público, que practicó según el Ritual Romano, y después les dijo Misa, y concluida procedió a administrar el Santo Sacramento de la confirmación a todos los pobres vecinos de ambos sexos que por su pobreza y miseria no habían podido pasar a su Parroquia de Villa Vieja para recibirlo. Con lo que se concluyó este acto, a que se hallaron presentes y lo firmaron como testigos el Reverendo Padre Fray Ambrosio Bello, ex-provincial de la Sagrada Religión del Señor San Francisco y Visitador General de esta Provincia, el Reverendo Padre Fr. Thomás López, Misionero apostólico de la reducción de Orosi, don Joséph Francisco de Albarado, Presbítero de Cartago, don Antonio de la Fuente, Alférez Real de dicha Ciudad, que con otras muchas personas concurrió y se halló presente; lo firmó también su Señoría Ilustrísima, de que yo su Secretario de Cámara y Gobierno doy fe.—ESTEBAN LORENZO, Obispo de Nicaragua—Fray Ambrosio Bello—Fray Thomás López—Testigo, Antonio de la Fuente—Ante mí, Francisco de Paula Soto, Secretario.

(Ver "Documentos relativos a la fundación de Alajuela" en *Añoranzas*, publicación del Instituto de Alajuela, 1922, páginas 83 a 209).

## PROGRAMA

DE LOS

ACTOS CÍVICOS ORGANIZADOS POR EL INSTITUTO DE ALAJUELA  
PARA CELEBRAR EL 150 ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE  
LA CIUDAD, 12 DE OCTUBRE DE 1932

LUNES 10 DE OCTUBRE

9 a. m.—ASAMBLEA en la Sala Magna del Instituto:

- 1.—Himno Nacional.
- 2.—Discurso del señor Subsecretario de Educación Pública, Profesor don Teodoro Picado.
- 3.—Orquesta: Vals "Clemencita", por el Profesor don Gonzalo Sánchez Bonilla.
- 4.—Acta del 12 de octubre de 1782, leída por la alumna de II Año, Srta. Virginia Pérez.
- 5.—Solo de violín, don Raúl Cabezas.
- 6.—Gobierno Civil de Alajuela durante los 150 años de existencia que la población tiene. Comentarios del Profesor don Aristides Agüero.
- 7.—Himno del Instituto.

MARTES 11 DE OCTUBRE

9.30 a m.—ASAMBLEA en el Teatro Municipal:

- 1.—Historia de la Iglesia Católica en Alajuela, trabajo de la Profesora Srta. María E. Cabezas, leído por la alumna de V Año, Srta. María Luz Sibaja.
- 2.—Orquesta: Vals "Tus labios rojos", por el Profesor don Gonzalo Sánchez Bonilla.
- 3.—Alajuela y sus instituciones de beneficencia, por el Profesor don Francisco González Sibaja.
- 4.—Orquesta: Mazurka "Celia", por el Maestro Carlos María Gutiérrez.

7 p. m.—ASAMBLEA DE LA RAZA en el Teatro Municipal.

PRIMERA PARTE

- 1.—Himno Nacional.
- 2.—Madre España, por el Profesor don Euclides Chacón.
- 3.—Orquesta.
- 4.—Colón, fragmento del discurso de Antonio Zambrana, recitado por la señorita Angela Esquivel, alumna de II Año.
- 5.—Himno a Colón, del Profesor don Roberto Campabadal, coro por alumnos del Instituto.

---

SEGUNDA PARTE

EN LA CORTE DEL CACIQUE DE NICOYA

Dramatización del Profesor don Jesús Ocaña.

Primera Sección

de la Asociación de Comedia y Drama del Instituto.

REPARTO:

Isabel (española) . . . . .	Srta. María del Rosario Sánchez
Marta (española) . . . . .	" Mireya Soto
Ninfa . . . . .	" Noemi Cordero
Cacique . . . . .	Sr. Fernando Arias
Artenio . . . . .	" Arturo Sánchez
Cindara . . . . .	" Carlos Alberto Sánchez
Dana . . . . .	Srta. Ninfa Rodríguez
Nicoya . . . . .	" Haydée Cabezas
Toyopán . . . . .	Sr. Guido Alvarez
Tori . . . . .	" Alberto Morales
Maya . . . . .	Srta. Ester Saborío
Otros personajes . . . . .	{ Sr. Rafael Angel Umaña
	{ Srta. Nelly Fallas



MIÉRCOLES 12 DE OCTUBRE

El Instituto se asocia a la Municipalidad y a las Escuelas para tributar un homenaje a la memoria del Doctor don Anselmo Lorenzo de Tristán, Obispo de Nicaragua y Costa Rica y uno de los Fundadores de Alajuela (12 de octubre de 1782).

8 a. m.—ACTO CIVICO, frente al Palacio Municipal, de acuerdo con el siguiente programa:

- 1.—Desfile de los alumnos del Instituto alrededor del Parque Central, acompañados por la Banda Militar.
  - 2.—Evoluciones rítmicas frente al Palacio Municipal.
  - 3.—Homenaje de la Municipalidad al Obispo Tristán:
    - a) Himno Nacional, cantado por todos los concurrentes.
    - b) Lectura del Acuerdo Municipal en que se ordena que la calle llamada "de la Estación" se llame de hoy en adelante "Calle del Obispo Tristán". Lee el alumno del Instituto don Rodrigo Sánchez.
    - c) Descubrimiento de la placa con el nombre de la calle.
    - ch) Discurso del Profesor don Aurelio Salazar en representación de la Municipalidad.
    - d) "Madre Alajuela", coro cantado por los alumnos del Instituto. Letra de don Miguel González Soto. Música del Profesor don Gonzalo Sánchez Bonilla.
- 3 p.m.—Match de Basket-ball entre un equipo de San José y otro del Alajuela, en el Gimnasio del Instituto.
- 5 p. m.—Recreo por la Banda Militar en el Parque Central.
- 6.30 p. m.—Match de Basket-ball entre las primeras divisiones del Club Sport "México y del "Alajuela Junior" en el Gimnasio del Instituto.
- 8 p. m.—Retreta por la Banda Militar en el Parque Central.

JUEVES 13 DE OCTUBRE

9.30 a. m.—ASAMBLEA en el Teatro Municipal:

- 1.—Orquesta: Vals "Bajo la luz de la luna", por el Profesor don Carlos Gutiérrez, hijo.
- 2.—Datos para la historia de la evolución cultural de Alajuela, conversación del Profesor don Euclides Chacón.

- 3.—Solo de violín, don Raúl Cabezas.
- 4.—El Instituto de Alajuela, breve reseña histórica, por el alumno de V Año don Esaú García. (Trabajo premiado en el Concurso abierto por el Instituto).
- 5º—Himno del Instituto.

VIERNES 14 DE OCTUBRE

9.30.—ASAMBLEA en el Teatro Municipal.

- 1.—Palabras del Director.
- 2.—“Elogio de Alajuela”, por Joaquín Fernández Montúfar, leído por Miguel Sánchez, alumno de III Año.
- 3.—Orquesta: Vals “Nenita”, por el Profesor don Carlos Gutiérrez, hijo.
- 4.—La Cúpula de la Catedral de Alajuela, comentarios del Profesor don Gonzalo Sánchez Bonilla.
- 5.—Coro “Madre Alajuela”, por alumnos del Instituto.

SÁBADO 15 DE OCTUBRE

9 a. m.—ASAMBLEA en la Sala Magna del Instituto:

- 1.—Orquesta: Marcha “Independencia, Paz y Libertad”, por el Maestro don Carlos María Gutiérrez.
- 2.—Palabras del Director.
- 3.—Orquesta: Selección de “La Bachillera”, por el Profesor don Gonzalo Sánchez Bonilla.
- 4.—Algunos problemas actuales de Alajuela: Cañería, Planta eléctrica, etc., reflexiones del Profesor don Aurelio Salazar.
- 5.—Himno del Instituto.

**Lecciones públicas desarrolladas por los Profesores  
del Instituto para celebrar el 12 de octubre de 1932,  
150 Aniversario de la fundación de Alajuela**

## EL GOBIERNO CIVIL EN ALAJUELA

(Algunos apuntes al respecto)

La Dirección del Instituto de Alajuela, con el loable propósito de conmemorar el 150 aniversario de la fundación de nuestra floreciente ciudad, ha dispuesto la celebración de una serie de reuniones o asambleas, y entre los números que comprende el programa de cada una de ellas figura el desarrollo de un tema referente a alguno de los aspectos del progreso de la población. Ninguna mejor manera, a mi juicio, de rememorar hechos históricos que la adoptada por el Instituto, porque en vez de diversiones y festejos que pasan y no dejan en el ánimo de quienes los presencian ni siquiera un mal recuerdo, se abordan temas que aun tratados de manera imperfecta por falta de documentos o informaciones verbales de las personas de mayor edad de la localidad, su desarrollo significa la recopilación de un número de datos, seguramente importantes para la historia de la ciudad, y que aprovechará la persona que tome a su cargo la tarea de escribirla.

Consecuente con lo expuesto, es mi modo de pensar que los trabajos de los señores profesores, que en estos días han sido dados a conocer, se coleccionen y junto con las crónicas de los demás actos acordados para la celebración dicha, formen los prolegómenos de la historia de esta porción de Costa Rica.

De todos los que hemos tenido y tenemos, en alguna forma, que ver con la historia de nuestro país es sabida la dificultad que presenta la falta de recopilación de las disposiciones legales o de otro género, correspondientes a los años de 1821 a 1824, y seguramente el señor Presidente de la República, condecorado de tal deficiencia, ha querido hacerla desaparecer, para lo que ha dispuesto que se coleccionen tales documentos y se haga una selección de ellos, encomendando tan delicado trabajo al Lic. don Cleto González Víquez, la persona indiscutiblemente más capacitada en el país para llevar a cabo obra de tanta importancia.

Para hacer este bosquejo histórico del establecimiento del gobierno civil en Alajuela me he servido de nuestras colecciones de leyes y luego de los informes de algunas de las personas de más edad de la localidad. La primera de dichas fuentes de información es deficiente, toda vez que del año de 1821 al de 1824 hay falta, o por lo menos desorden, en la documentación referente a ese lapso; y en cuanto a la segunda, basta que medie la

memoria de personas ya de bastante edad, para que no se pueda exigir completa autenticidad en los relatos.

Las primeras personas que tomaron a su cargo la misión de poner orden en el ejercicio de las actividades de los individuos que formaron el núcleo de población de "La Lajuela", fueron, al igual que en las otras poblaciones del país, los jefes de las familias más prestigiadas por el comportamiento de sus integrantes, o por lo menos, por lo numeroso de sus componentes; y luego los sacerdotes que fueron los predecesores de las personas que primeramente ejercieron funciones de autoridad civil en esa clase de actividades.

Establecido el gobierno local en las poblaciones de mayor importancia, desde la época del coloniaje, en la forma de cabildos o ayuntamientos, fueron reemplazados después de la Independencia por las Municipalidades a las que se dió una organización adecuada, la que aparece modificada en el año de 1827 por una disposición legal que determinó las atribuciones de las Municipalidades estatuyendo que entre los Múncipes uno sería Síndico y los demás Alcaldes y a éstos correspondía la ejecución de los acuerdos municipales. En el año de 1829 se legisló en el sentido de que las Municipalidades compuestas de seis miembros tuvieran dos Alcaldes constitucionales con la denominación de primero y segundo, y las compuestas de tres miembros un sólo Alcalde. A dichos Alcaldes correspondía, a más de hacer justicia en la forma prevenida por la ley, la ejecución de los acuerdos municipales, si para ello eran requeridos. También los referidos Alcaldes, cuya renovación se hacía cada año, estaban facultados para asistir a las reuniones municipales e intervenir en las discusiones.

Es a partir del año de 1829 que figura como primera autoridad el Jefe Político, seguramente con atribuciones iguales o parecidas a las que en la actualidad tienen esa clase de autoridades. El número de Jefes Políticos en el país, por disposición que corresponde al año de 1835, era de tres, uno por cada uno de los departamentos Oriental, Occidental y de Guanacaste; luego fué modificada esa división territorial por ley del año de 1841 que estableció cinco departamentos en vez de tres y encomendó el Gobierno de cada uno a un Jefe Político. Posteriormente, en el año de 1843, se suprimieron los Jefes Políticos departamentales y se restableció el puesto de Jefe Político Superior, que había sido creado el año de 1828; esta resolución fué modificada por ley de 1844 que dispuso el restablecimiento de los Jefes Políticos departamentales encomendándole a cada uno, en su jurisdicción, las funciones del Jefe Político General.

La creación del funcionario llamado Gobernador como primera autoridad civil de una porción determinada de territorio, data entre nosotros, del año de 1849 en que se estableció para cada una de las provincias el puesto dicho, y para cada uno de los cantones el de Jefe Político, determinándose, en la misma ley, el número y clase de las funciones de cada una de esas autoridades. Luego, en el año de 1862, fué sustituida esta última ley por la llamada "Ordenanzas Municipales" en la que figuran las atribuciones de los Gobernadores y Jefes Políticos como reproducción de la ley sustituida.

Con motivo de haberse suspendido los efectos de las llamadas "Ordenanzas Municipales" en el año de 1863, se puso nuevamente en vigencia la ley de 1849, de que antes he hecho mención, pero esta última suspensión solamente duró cuatro años pues en 1867 entraron nuevamente en vigencia las Ordenanzas Municipales.

Uno de mis propósitos al hacer este trabajo fué el de poder ofrecer a los lectores la lista completa y en orden cronológico de las personas que en esta provincia han desempeñado el cargo de Gobernador; pero la circunstancia de no figurar en las colecciones de leyes de algunos años los nombramientos de empleados, y la deficiencia de la información verbal que he podido obtener es la causa de toda omisión o trasposición que haya en la siguiente lista:

Señores: don Pío Castro, don Joaquín Méndez, don José María Alfaro, don Florentino Alfaro, don Francisco González Brenes, don Pedro Saborío, don Anselmo González, don Miguel Alfaro, don Adolfo Bonilla, don Hilario Ruiz, don Pedro Acosta, don Salvador Lara, don Víctor Guardia, don Próspero Fernández, don Nazario Ocampo, don Bernardo Soto, don Fadrique Gutiérrez, don Melchor Cañas, don Francisco E. Fernández, don Maurilio Soto, don Francisco Saborío, don Francisco Jinesta Soto, don Francisco Jinesta Aqueche, don Apolinar de Jesús Soto, don Joaquín Saborío, don Ignacio Barquero, don Deodono González, don Zenón Castro, don Rafael Ugalde, don Juan R. Chamorro, don Aquiles Bonilla, don Carlos Saborío, don Lucas Fernández, don Procopio Arana, don Ramón L. Cabezas, don Julio Acosta, don Pompilio Ruiz, don León Cortés, don Alberto Calvo Fernández, don Eusebio Rodríguez, don Marco Tulio Maroto, don Tomás Fernández, don Francisco Soler, don Juan R. Saborío, don José María Pacheco, don Eloy Rodríguez, don Aristides Agüero, don Raúl Acosta, y don Heriberto Chavarría.

Otro de mis deseos fué el de poder reunir el mayor número de anécdotas referentes a las personas cuyos nombres aparecen en la lista anterior; pero a pesar de mis empeños, solamente en una pequeña parte, como verán los que tengan la humorada de leer este trabajo, me ha sido posible cumplir mi propósito.

Cuentan las personas que conocieron a don Florentino Alfaro que era este señor poco aguantador y como quiera que su habitación la tenía en la esquina opuesta a la Noroeste de la manzana que ocupa la hoy Catedral, y que le molestaba el continuo repicar de las campanas, tan en boga en aquellos tiempos, en uno de tantos días en que solía amanecer malhumorado, don Florentino dispuso ordenar al cura que mandara pasar las campanas al lado Sur del frente de la iglesia. Seguramente los términos de la orden verbal o escrita del Gobernador no admitían réplica porque seguidamente se cumplieron sus deseos. Qué haya, o qué no haya de cierto en lo que dejo expuesto no lo puedo yo decir, pero es la verdad que desde entonces los sonoros bronces de nuestro templo están instalados, y seguramente para eterna memoria, en el sitio donde se encuentran hoy, deleitándonos o mortificándonos con sus bullangueros repiques o con sus cadenciosos dobles.

La honradez de don Francisco González Brenes, don Chico, como se le decía, y la rectitud que caracterizaba todos sus procedimientos, fué la causa de que en ocasión en que desempeñaba el cargo de Gobernador de la provincia, por diferencias de criterio con el Poder Ejecutivo, presentara su renuncia y como ésta no le fuera aceptada y persistiera el motivo que la originó, recurrió al más original medio de dimitir, pues atando a la varilla de un cohete grande las borlas representativas de la autoridad de Gobernador prendió fuego al cohete en una de las esquinas de la plaza principal, hoy jardín central, y acompañando al hecho el dicho, profirió la siguiente frase, bien expresiva, por cierto: "A pedir justicia al Cielo".

Alajuela, octubre de 1932.

*Aristides Agüero*

## LA CUPULA DE ALAJUELA

Por GONZALO SÁNCHEZ BONILLA

### DE MIS RECORDACIONES DE ANTAÑO

- I.—El Terremoto del 88
- II.—Naranjos florecidos
- III.—Plaza del General Guardia 

{	a) Mercado Público
	b) Semana Santa
	c) Aviador improvisado
- IV.—La Cúpula

Trabajo leído en el Salón de Actos del Instituto de Alajuela, el viernes 14 de octubre de 1932, con motivo de los Actos Cívicos organizados por este plantel y en celebración del Día de la Raza y el 150 aniversario de la fundación de la Ciudad.

### INTRODUCCION

Todo recuerdo del pasado en la vida de los hombres, produce como un desgarramiento espiritual, ayes silenciosos, suspirantes, como los del dulce y tierno Bécquer, cuando lloraba las golondrinas de su amor, blanquinegras golondrinas, que se fueron a colgar sus nidos bajo los aleros de otras almas para no volver jamás...

Todo tiempo pasado fué mejor, decía también en un sollozo Jorge Manrique, el exquisito bardo de guante blanco, al hacer el desfile de sus ensoñaciones que se hundieron con sus años juveniles y que pasaron raudos como un magnesio de perfume...

No tiene nada de extraño, pues, que mi alma se enternezca y se salpique de amargura, al estampar recuerdos en estas cuartillas, recuerdos gratos de mis primeras impresiones de la Alajuela antigua y poética.

Mi familia se trasladó de Heredia para esta tibia ciudad el año 83, porque por estos contornos había un mejor ambiente para el oficio de mi padre que era zapatero.

Y por una nerviosidad muy propia de las madres, al acercarse el 3 de noviembre de 1884, quiso la santa madre mía partir a Heredia, para hallarse al lado de mi abuela materna, en el preciso instante del alumbramiento que me había de traer al mun-



do en esa fecha. De modo que mi ombligo se quedó en Heredia y después... todo el melodrama de mi vida se desarrolló en el escenario de Alajuela, al regresar mi madre para radicarse aquí definitivamente.

## I

Mis primeros recuerdos de esta ciudad, cuando ya se fijaron indeleblemente en mi memoria los acontecimientos e impresiones, datan del año 88, cuando apenas frisaba en los cuatro inviernos cumplidos.

Tuvo que ser dolorosa y terrorífica mi primera recordación, porque fué la del terremoto de las cuatro de la madrugada del 31 de diciembre de 1888, tan horrorosa sacudida, que formó la actual laguna de Fraijanes. Y como un encantamiento de la Naturaleza, todo un terreno con su habitada casa fueron arrastrados un larguísimo trecho de un millar de varas, haciéndose pedazos en el oleaje terrestre que desarrolló la sacudida en las cercanías de San Isidro. Allí perecieron don Rafael Castro con cuatro de sus hijos, salvándose milagrosamente dos: una niña de cinco años llamada Matilde y Samuel que ya frisaba en los doce.

A mi edad de cuatro años, un mes y veintiocho días, son insignificantes los recuerdos de esa catástrofe sísmica. Sólo tengo una idea cabal de que de un momento a otro, en brazos de mi padre, me sentí en el medio del amplio y sombreado solar de nuestra casa, una casuchona vieja, de pisos de tierra, que compró mi padre, situada en la esquina que forman las calles de Guardia y del Mercado y que se le vendió, no ha muchos años, al sirio don Pedro Israel.

Bien recuerdo que mi padre salió en paños menores y que ya puestos a salvo todos, yo seguía sentado en una de sus piernas.

La parte de nuestra casa que daba a la calle del Mercado, estaba cercada con arbolillos frondosos de jocote que ofrecían muy agradable sombra, y bien recuerdo de esa madrugada atroz, que ví a muchísimas personas durmiendo cabe los arbolitos de la cerca.

Nadie de nosotros volvió al interior de la casa después del terremoto y tuvimos que alimentarnos durante ese día con latas de sardinas, salmón y jamón del diablo, con queso, pan y café. Dormimos en el solar, bajo un árbol de guayaba y sobre suelas de la zapatería.

Por supuesto que para mí, aquella inesperada transformación de incomodidad que se operó en nuestra casa, era motivo de intenso regocijo, pues a una edad tan tierna, no se calculan

todavía las graves consecuencias que puede ocasionar una catástrofe sísmica de semejanza naturaleza.

Pero me cuenta el señor Secretario del Instituto, don Carlos Cabezas, que el primer fuerte temblor de esa fecha se sintió a las ocho de la noche del 30 de diciembre de 1888, temblor oscilatorio y trepidatorio de larga duración que alarmó a todo el vecindario. Luego otro movimiento, también intenso a las once de la noche.

Y era natural que con esos dos avisos de la naturaleza, la gente no se acostara y pasara la noche en los solares, las plazas y las calles. Y me agrega don Carlos, que como a las tres de la madrugada del 31, al día siguiente, se comenzaron a escuchar unos raros ruidos subterráneos, parecidos al que produciría una carreta desbocada sobre una calle de piedras, como las de aquellos tiempos pasados.

Todos los animales del vecindario se alarmaron: los gallos y gallinas carareaban; los carracos, chompipes y gansos, graznaban; los perros aullaban; los gatos maullaban; los cerdos gruñían, y las vacas y terneros bramaban muy tristemente.

Toda esta extraña algarabía puso pavor inmenso en las almas de los probos y sencillos moradores de la Alajuela de aquel entonces, porque con razón pensaron que algo grave ocurriría.

En efecto, al ser las cuatro de la madrugada de ese mismo día, hora en que apareció la luna llena en el Oriente, sobrevino el cataclismo atroz. Las casas y edificios públicos sufrieron mucho, pero afortunadamente no hubo en esta ciudad desgracias personales que lamentar.

Me agrega el señor Cabezas que después del terremoto siguieron los movimientos sísmicos, más o menos fuertes, por espacio de tres meses largos.

## II

¡Cómo se echa de menos nuestra bella ciudad de cuarenta años atrás! Casi todas las casas tenían a su frente de uno hasta tres naranjos. Pero la calle verdaderamente hermosa y poética era la Calle Real o Calle de Guardia, por donde salía la carretera a Puntarenas.

Esa calle—en la que yo vivía—era la más sombreada de naranjos altos y copudos, que formaban así como una espléndida y panorámica alameda.

Las noches de luna en esa calle, cuando los botones de los naranjos se abrían en una suave canción de azahar, en una ex-

plación divina de aroma y de blancura, diríase que le robaban al argentado planeta, a la Mater errante y pensativa de las noches, toda su blancura de virgen desposada, para vaciarla en el alma de los sencillos moradores de esta tierra, con el encanto de un ambiente perfumado de amor y de poesía.

Y era en esas noches—noches que no volverán jamás—cuando los chicuelos de mi edad, sentados en el cordón de las aceras y cae la sombra de luna de los naranjos, escuchábamos boquiabiertos los agradables cuentos de Pulgarcito, del Gigante que daba pasos enormes de siete leguas; las acaloradas discusiones de Tío Conejo y Tío Coyote y las aventuras trágicas de alguna “príncipa”, salvada valiente y milagrosamente por su enamorado “prínces”, como decía en su incorrecto lenguaje el dulce amigo de los niños, el recordado don Ramón Córdoba, tío del hoy Visitador de Escuelas don Alberto. Bien recuerdo que a este mismo Beto Córdoba, uno de nuestros compañeros, por mucho tiempo después le fué difícil volver a decir “princesa”, porque se le pegó la “príncipa” de su tío Ramón.

Era en esas noches también, cuando nos adormecíamos con las dulces armonías que Ernesto Rojas le arrancaba a una dulzaina enorme, de las que costaban hasta un peso cincuenta; cuando los azahares de los naranjos se ruborizaban y se encendían con los requiebros de amor que entonaban en sus guitarras Casimiro Mórux y el güecho José Jiménez.

Guardo indeleblemente en mi memoria, de esas canciones amorosas, ocho compases de un vals con todo y letra.

Cantaba don Casimiro:

—Dónde están?

Y le contestaba asombrado el güecho Jiménez:

—Dónde están!

Y luego entraban los dos a dúo:

—Dónde están tus caricias, mujer!...<sup>(1)</sup>

Probablemente en esa canción se trataba de alguna ingrata, muy esquiva, que le zafaba el bulto a los besos y caricias de su novio.

Durante los veranos no se sentía el calor a mediodía, porque se caminaban largos trechos de la ciudad por las aceras, sin recibir un solo rayo de sol. Tan frondosos y tupidos eran los naranjos!

(1) Esta escena fué reconstruída por los alumnos don Miguel Sánchez y don Claudio Castro, quienes cantaron con guitarra los compases de la canción, representando el primero al güecho Jiménez y el segundo a don Casimiro Mórux. (N. del A.).

LA ALAJUELA DE ANTAÑO



La «Calle Real» de Alajuela. Fotografía tomada en el último tercio del siglo pasado, cuando el tráfico con el puerto de Puntarenas se hacía por medio de carretas.

LA ALAJUELA ACTUAL



La misma calle en 1934. Hoy se llama «Calle del General Guardia», tiene pavimento de concreto, alumbrado eléctrico y todas las comodidades para el moderno tráfico de automóviles.

Y en esos meses, cuando el veraneo llegaba, era un deleite espiritual ver el desfile por las noches, de cincuenta a cien carretas, con familias enteras, que de todas partes del país, se dirigían a nuestro bello puerto del Pacífico; los boyeros, contentos y felices, con mochilas de oro en los bolsillos; las madres con sus hijas, acomodadas blandamente en los colchones de las carretas, y sus hermanos o novios, entonándoles canciones de amor en las guitarras, al acompasado y tardo paso de los bueyes.

Toda esa poesía de la Alajuela antigua desapareció con el Ferrocarril al Pacífico y con la construcción del macadam de la ciudad. Este famoso macadam, todo lleno de barrizales y huecos y que hizo el desgarre de alma más infame, con el destrozo de las alamedas de naranjos florecidos....

Hoy sólo nos queda en la ciudad la belleza acorralada de nuestro Parque Central, la poesía del sensualismo que sólo brinda al joven el flechazo retrechero y dulce de los ojos soñolientos de alguna hermosa alajuelense apasionada; y para nosotros, los que ya vamos llegando a la empinada cumbre del medio siglo, el exquisito encanto del campanileo de risas en los niños tiernos e inocentes....

Será por eso que en nuestra juventud actual ya no se encuentran poetas que canten la belleza natural de la tierra que los vio nacer, ni apasionados escritores que narren—en las suaves armonías de una prosa elegante y fluida—los encantos de esta vida alajuelense, que la llamada civilización transformó en prosaicos trajines de intereses y egotismos!...

### III

Mis recuerdos de la Plaza del Benemérito General don Tomás Guardia, son también de muchos años atrás, cuando todavía no estudiaba la Doctrina Cristiana y la Cartilla de aprender a leer, en la Escuela Privada de la niña Catarina González, compañera virtuosa que fué después de mi primer maestro en la Escuela Pública Oficial, el siempre por mí bien recordado don José María Flores Murillo. Esos recuerdos, de cuando yo frisaba entre los cinco y seis inviernos, me representan esa plaza, nuestro hermoso Parque actual, en un domingo y en el momento de una salida de Misa Mayor.

Esa plaza era el único Mercado con que contaba la ciudad en aquel entonces. Verduras, atados y tamugas de dulce, montones de papas, camotes, sacos de frijoles y de maíz, frutas de todas clases, aparecían a los ojos de los compradores sobre el césped.

Yo tenía costumbre de irme temprano los domingos a la plaza del mercado, porque a veces jalaba el diario a varias señoras que eran mis clientes y me ganaba por el trabajo de llevar al hombro, un saco con papas, maíz y dulce, hasta la casa de sus dueñas, la modestísima suma de cinco centavos, todo un capital para un chicuelo de seis abriles. A veces le caía en gracia mi pobre conversación de niño a alguna de las señoras que solicitaban de mis escasas fuerzas el acarreo del diario, y entonces me alargaban de diez a quince centavos.

Estas ganancias dominicales las entregaba a mi buena madre y ella me recompensaba con un diez o un cinco, que yo gastaba en frutas o melcochas.

Qué distinto el proceder de los gamines de hoy! Todo lo que ganan se esfuma en el humo turbio de un paquetillo de cigarrillos Rex, Morazán o Fox, o en una galería de teatro provinciano, para ver una película de vulgarísimos vaqueros de los ranchos yanquis, en donde todo se resuelve a puñetazos y disparos, y a estúpidas caídas de caballos briosos.

Y esto es en lo que se refiere a los niños del hampa infeliz y miserable, porque a los otros niños les da vergüenza hacer un mandado y cuando por algún motivo se rebuscan de una peseta, no se acuerdan de que tal vez su madre necesita un diez para ponerle un sinapismo de mostaza a su hermanito más pequeño.

\*  
\* \*

Otro recuerdo de esta Plaza del General Guardia me viene a la memoria en una madrugada de un Domingo de Resurrección.

Yo—como todos los chiquillos de mi tiempo—no perdía procesión de Semana Santa. Una vez—tantos eran mis deseos por llevar un cirial en la procesión del Nazareno atado a la columna (en esos tiempos no se estilaban los monaguillos de hoy)—que tuve que arrodillarme desde la una y media de la tarde a la par del cirial. (Éstos ciriales se colocaban fuera de la barandilla del Altar Mayor, en la primera grada de arriba y a uno y otro lado de la nave central).

Agarré fuertemente el cirial con mi mano derecha y allí me estuve arrodillado—sin pensar siquiera en mi estómago vacío, que me aflojó de viaje la fajilla de a diez centavos con que me sujetaba los calzones—hasta las cinco de la tarde que salió la imponente procesión del Cristo atado a la columna. No le pude tomar el gusto a la jalada del cirial, porque a cada momento

tenía que ponerlo abajo para subirme los calzones. Ya la fajilla no tenía más puntos que socarle!

Pero fuí feliz, porque esa procesión era bellísima, con sus graves marchas fúnebres tocadas por el inspirado músico don Federico Carvajal, y su concurrencia enorme.

En esa madrugada del Domingo de Resurrección, antes de salir la procesión del Resucitado y al dirigirme a la iglesia, me encontré con un montón de objetos sobre el césped de la plaza: rótulos de barberías, zapaterías, lavanderías y caballerizas, tarros, barriles, escaleras, sillas y mecedoras. Hasta una carreta sin bueyes estaba pastando en la plaza.

Pregunté a una persona mayor qué significaba aquel montón de cosas y me dijo que eran los objetos que Judas dejaba en su testamento a los vecinos de Alajucla. En efecto, después de la quema del Judas, que en esa mañana fué ahorcado en un árbol de la plaza, cada dueño de aquellas cosas se presentaba a recoger lo suyo. Era una broma que se estilaba en aquellos tiempos. Los trasnochadores se encargaban de arrancar los rótulos colgantes, se colaban a los solares de las casas, casi todos ellos medio cerrados con cercas de piñuela o de jocote, y se llevaban a la plaza cuanto chunche viejo hallaban a su paso. Y después me puse a cavilar: Pero cómo han hecho estos bárbaros para robarse la carreta sin despertar a su dueño! Quizás forraron las ruedas con géneros y mantas, para que no hicieran ruido en las calles empedradas de Alajucla.

Pero estas bromas eran aceptadas por los alajuclenses de aquel entonces, como el complemento final de Semana Santa y además, sabían con certeza que sus cosas desaparecidas, habían dormido esa noche sin cobija y sobre el mullido colchón de zacate de la Plaza del Benemérito Guardia.

Oh tiempos venturosos de Semana Santa que se fueron para no tornar jamás! Tiempos dichosos de superstición y fe, en que nosotros, los gamincillos de seis abriles, no nos bañábamos un Viernes Santo en la "colita" de nuestras pozas favoritas: La Presa, El Real, El Tururún, la poza de don José, la del Padre Chico, La Zopilota, El Brasil y la poza del Mico, porque nuestra madre nos decía que nos transformábamos en barbudos o sardinas!

Tiempos de divino encantamiento, en que esperábamos ansiosos las tres de la tarde de ese mismo Viernes Santo, con un dejo amargo de melancolía colgando de nuestras almas infantiles, para ver oscurecerse el cielo con el último suspiro del dulce Na-



zareno, clavado de pies y manos en el infamante madero de la Cruz!...

\*

\* \*

Por aquellos tiempos de mis siete escasos años, llegó a Alajuela el Circo de Antonio Ulacio, que daba sus funciones en el solar de la casa de don Julián Jiménez, ubicada al frente de la actual propiedad de don Juan Pérez Cruz.

Hablarle de la llegada de un circo a un gamincillo, es como enseñarle el Paraíso por el hueco de una cerradura.

Porque desde ese momento se transforma la conducta del chiquillo en el hogar. Se está listo como una ardilla para hacer cuanto mandado le ordenen sus padres en la casa, con el premeditado fin de que se conduelan de uno, por los rápidos servicios que ejecuta en los menesteres de la familia, y le larguen por la noche la muy codiciada peseta para pintárselas en viva carrera, rumbo a la bulliciosa galería del circo.

Yo me acuerdo que lo que hacía en esas especiales circunstancias era conseguirme un programa de la función en el acto mismo y después de seguir—sonriente y sudoroso—por todas las calles de la ciudad el caballito del payaso.

Luego llegaba muy mansito al corredor en donde trabajaba mi padre, en compañía de todos sus operarios, con el largo papelón en la mano, para que éstos lo leyeran en alta voz.

Desde allí comenzaban mis gestiones para conseguirme la peseta de la noche. Casi siempre la obtenía, porque tuve la buena estrella, por mucho tiempo, de ser el Benjamín de mi casa.

Pues este Circo de Antonio Ulacio, se traía un globo enorme de unas diez varas de alto, hecho de una tela fuerte, que en pasados tiempos puede que fuera blanca, y en los lugares que visitaba el señor Ulacio, hacía gestiones con las Municipalidades para sacarle a los ediles una pequeña suma, a cambio de elevar su globo en parte céntrica, llevando consigo un trapecio en lugar de canastilla, en el cual haría filigramas acrobáticas un hábil y bien vestido maromero.

Recuerdo que un domingo, entre ocho y nueve de la mañana, se anunció la ascensión del globo de Antonio Ulacio.

Al efecto, y hacia la parte Este de la pila de la plaza, se construyó una hornilla de barro, tiesto y ladrillo, como de vara y media de altura, con dos aberturas: la inferior para quemar la leña con petróleo, que serviría para inflar el globo de humo caliente, y la superior, en donde se colocaba la boca del aerós-

tato, para recibir aquel humo negro, que salía como erupción del Poás de la bien atizada hornilla.

Dos muy altos postes de madera se clavaron a ambos lados de la hornilla y a distancia conveniente, que sostenían en alto la parte superior del globo, por medio de un mecate que pasaba a través de una gaza que el globo tenía en esa parte superior. Circundaba la parte media de la esfera del globo, una especie de maya o redcilla de manila fuerte, que sujetaban y extendían los entremetidos, los peloteros de la ciudad, que no faltaban nunca en esta clase de diversiones.

Una vez que el globo estuvo perfectamente inflado y con fuerza suficiente para elevarse al azul del cielo, el maromero le cerró la boca, le colocó el trapecio, se sentó sobre él y dió la señal para que soltaran la malla de la enorme esfera de manta sucia y renegrida.

Pero probablemente algunos de los sostenedores de la redcilla, la afirmaron en el suelo con los pies y la sujetaban con ambas manos, tal era la fuerza de aquella desmedida mole de manta, que cuando el maromero gritó: Suéltlenlo!, todos soltaron, menos el infortunado Juan Córdoba, que inesperadamente se sintió en los aires, enredado en la malla por los pies. Parecía un perico ligero el pobre Juan y entonces fué cuando se escucharon desde lo alto las palabras quejumbrosas del primer aviador costarricense: Me queo! Me queo!...

El globo había partido como una exhalación y el maromero se vino a dar cuenta de que se le había colado un pasajero, ya como a unas cincuenta varas de altura. Decían las gentes de aquel entonces, que el pobre Juan le suplicaba y le lloraba al volatinero que bajara la nave aérea y que le daría todo cuanto tenía en el mundo.

Ya fuera por el doble peso que llevaba el globo o porque el acróbata le abriera la boca para hacerle salir un poco de humo, lo cierto fué que comenzó a descender despaciosamente hasta caer sobre el tejado de la casa de don Florentino Motenenegro, la misma que hoy ocupa su hijo don Luis.

Juan Córdoba se revolcaba en el tejado desenredándose los pies, pero la violenta caída sobre la casa, y el muy natural mareo de Córdoba, quien ya suelto andaba sobre la casa como en el suelo, buscándole una bajada, hicieron tal quebradero de tejas, que ya supondrán ustedes cómo se pondría don Florentino: de sortearlo todo el día de tan desgraciado domingo.

Y en esta Alajuela, singularísima para la invención de contundentes y gráficos apodos, también supondrán ustedes que que-

dó como un imborrable recuerdo de la ascensión del globo, el sobrenombre de *Mequeo* para el infortunado Córdoba, sobrenombre que desgraciadamente heredó un hijo suyo llamado Abelardo, quien casó en Puntarenas y aún vive en ese puerto.

No se borró el apodo don Abelardo ni con el cambio de residencia, pues allá le siguen llamando con el consabido *Mequeo*.

#### IV

Si como tema medular de mi conversación escogí el de “La hermosa Cúpula de nuestra catedral”, la de mayor volumen en Costa Rica, ha sido simplemente porque es algo digno de comentarse, y porque su existencia está en el alma de todo buen alajuelense: es la ciudad entera la que palpita en la gigantesca mole de su cúpula. Por eso nosotros no decimos: la Cúpula de la Catedral, sino que transformamos la ciudad en una enorme Catedral, para llamarla cariñosamente *Cúpula de Alajuela*.

Y así, cuando de algún paraje distante y al salir de un recodo del camino, súbitamente se nos aparece como un inmenso gorro frigio que sobre el valle descansara, exclamamos con el pulmón henchido en la gloria del afecto: Allá está Alajuela!

La Cúpula es como una dulce novia de los alajuelenses; es como una madre venerable de todos nosotros. Porque si el destino nos tumba a remotas y extranjeras playas, es del último cariño que nos despedimos quizás para siempre... Desde las ventanillas de los vagones le damos, en ella, nuestro postrero y suspirante adiós, a la tibia tierra de nuestro amor.

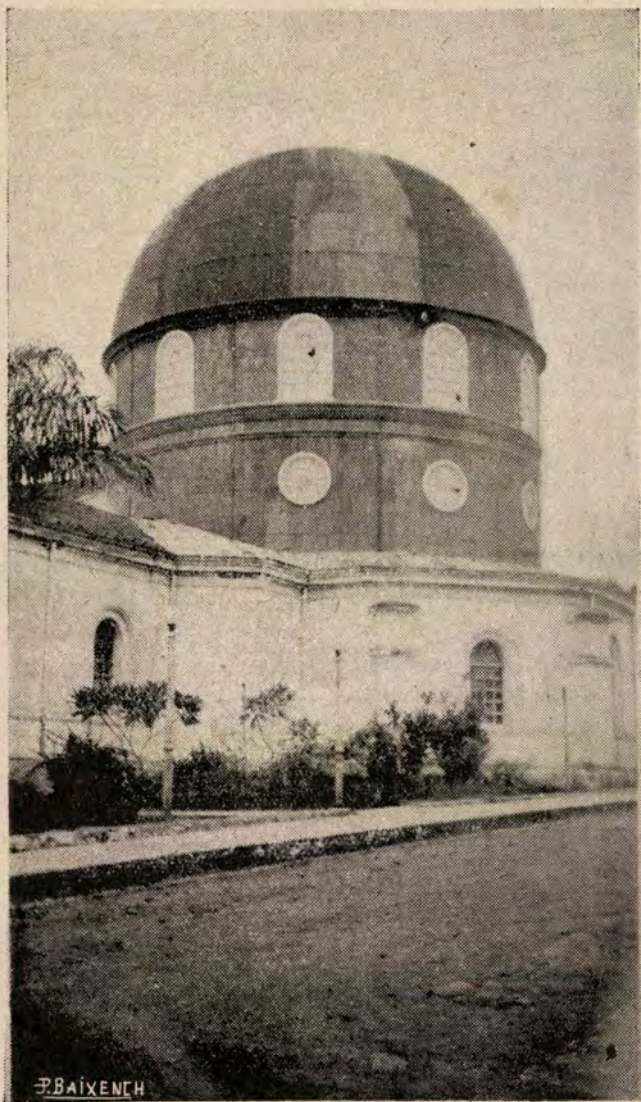
Y si después de largos años de ausencia retornamos—satisfechos o abatidos—a nuestro amado lar, es la Cúpula como la tierna madre o como la dulce novia, que pareciera que en puntillas se agiganta, para saciar anticipadamente el ansia de que va a volver a abrazar al esperado y llorado ausente.

Y como todo lo que nos inspira un hondo afecto, tratamos de escudriñarlo hasta en las maravillas de su interior, me he propuesto dar a conocer a ustedes todos los informes que he obtenido sobre la construcción de nuestra bella Cúpula.

Al cultísimo, simpático y venerable anciano don Rafael Barquero, debo casi todos esos informes, ya que él inició los trabajos de la Cúpula—como maestro de obras—el 25 de febrero de 1878. siendo cura de esta Parroquia el eternamente bien recordado Padre Chico.

Hasta ese 25 de febrero del año 78, la iglesia de esta ciudad era de un solo corte: después de las dos torrecillas de los cam-

CUPULA DE LA CATEDRAL DE ALAJUELA



Centinela rojo de la Ciudad,  
visible de todo el valle central de Costa Rica

panarios, seguía el cuerpo total del santuario, en forma de caballete, hasta la acera de la parte posterior Este.

Pero la Junta Edificadora de ese entonces, de la cual formaban parte don Próspero Fernández, quien era a la sazón Comandante del Cuartel, don José María Sibaja y algunos otros vecinos importantes, acordó levantar la Cúpula, para darle mayor belleza y elegancia a la magnífica y bien construída iglesia.

Por ese entonces había regresado el Presidente Guardia de un paseo por el Viejo Continente y se trajo de París a un hábil arquitecto: Gustavo Casallini, italiano-francés, para que dirigiera la construcción de varios edificios públicos.

Y como don Tomás supiera de los deseos de la Junta Edificadora, envió al señor Casallini a que levantara los planos y dirigiera los trabajos en la construcción del Cuartel y de la Cúpula.

Como Subdirector de los trabajos de la Cúpula figuraba don Policarpo Soto, bastante entendido en esta clase de construcciones.

El maestro de obras—ya lo dije—fué don Rafael Barquero, quien se entendía con las contratas de materiales, con las listas de peones y pago de ellos, con las herramientas que se usaban y trabajó además en varios aspectos, como lo veremos más adelante.

De la parte trasera de la iglesia que se destruyó para construir la Cúpula, se aprovecharon los pilares (hechos de madero negro forrado en cedro), que sirvieron para sentar el cuerpo cilíndrico de la Cúpula. Estos pilares son diez y fueron colocados sobre amplias y profundas basas de mampostería. En la hechura de estas basas trabajó mi reportado don Rafael, ayudado de algunos albañiles.

Colocados los pilares, se procedió a construir el cuerpo cilíndrico de la Cúpula. Este trabajo fué bastante dificultoso, porque es tan alta esta sección, que necesitaron colocar diez y seis gruesas viguetas de cedro o de quizzarrá colpachí, alrededor de la base del cilindro y luego, para darle la altura necesaria, tuvieron que añadir estas viguetas con otras del mismo espesor, hasta llegar a la circunferencia de donde parte la media esfera final.

En este costosísimo trabajo ocurrió un accidente, el único que se registró en la construcción de la cúpula, a uno de los trabajadores: don Anselmo Delgado.

Las viguetas se subían por medio de un tecele o maquinilla que mandó fabricar don Policarpo. Este tecele tenía un cable que pasaba por una polea y se arrollaba en un cilindro de madera. Y con el objeto de que la vigueta que se subía no se balanceara

mucho, pues entonces costaría muchísimo juntar las escopleaduras de ambas piezas, las acercaban lo más posible por medio de unas sogas de cuero flojas. En esa forma resbalaba una sobre la otra, cuando el teclé funcionaba. Pero estas sogas a veces se pegaban en la vigueta fija, no permitiendo el funcionamiento del teclé. Cuando esto ocurría, don Policarpo se apresuraba a despegarlas con una varilla larga.

La maquinilla era ayudada también por otras poleas, de las cuales pendían coyundas ensebadas de las que tiraban los obreros.

Desde un andamio, Anselmo Delgado tiraba fuertemente de su coyunda. Pero en un descuido de don Policarpo se pegó una de las sogas, y al seguir funcionando el teclé, se reventó el cable y entonces bajó bruscamente la vigueta que subía, lanzando al espacio al señor Delgado. Pero éste, fuertemente asido a la coyunda, aunque sus manos resbalaban en ella, dió una media vuelta completa en el aire, hasta caer nuevamente en el andamio.

Me dice don Rafael Barquero que algunas otras historietas de accidentes que se cuentan todavía en la construcción de la Cúpula, son perfectamente falsas.

Terminada la armazón de esta sección cilíndrica, se comenzó a trabajar en la media esfera con que remata la construcción. Esta semiesfera se hizo con diez y seis cerchas o camones, de la misma clase de madera. Estas cerchas son las piezas curvas que forman esa semiesfera.

Y entre cercha y cercha, se colocaron unos puentes o piezas de madera, también de forma curvilínea. Y la distancia de puente a puente fué calculada de acuerdo con el largo de las láminas de zinc, para atornillarlas en la madera de los puentes.

En esta semiesfera se dejó una abertura circular en la parte superior, como de vara y media de diámetro, con el objeto de cerrar la cúpula con una enorme piedra.

Decía el arquitecto Casallini que la cúpula necesitaba en la cúspide un peso de una media tonelada, porque la construcción era muy liviana y presentaba una superficie muy amplia para los embates de tempestades y huracanes.

Con ese fin se consiguieron una enorme piedra, que labraron en forma de sombrero circular. La copa de ese sombrero se colocaría en la abertura de la cumbre, boca abajo, y su borde o ala, que tenía unas cuatro pulgadas de ancho, descansaría sobre la circunferencia de madera.

Semejante peso de diez quintales, fué difícil subirlo hasta las treinta varas de altura que tiene la cúpula.

Se construyeron primeramente unos andamios que salían fuera de la cúspide y allí se colocó una potente polea. Algunos fuéron de opinión que ese sombrero de piedra o tapadera final de la Cúpula, se subiera después de la Misa Mayor de un domingo, porque se podrían aprovechar muchos brazos para la ascensión. Pero otros opinaron en distinta forma, don Rafael Barquero entre éstos.

La noticia de la elevación del sombrero de piedra cundió por la ciudad y ya nos podremos imaginar a los pobres directores y operarios en la construcción de la Cúpula, asediados a preguntas acerca del día y hora exactas en que procederían a subir la piedra! . . .

Pero ellos no deseaban curiosos en ese acto, tanto por el peligro que podían correr esos mirones, como por el estorbo que siempre causan al que está ocupado en algo dificultoso. Así fué que cuando menos se lo imaginaban los vecinos, se trepó la piedra, sin más testigos que los mismos obreros.

Dice don Rafael que no fué muy difícil subir ese enorme peso de diez quintales en piedra. El sombrero quedó colgando unos cuantos días, una vara más arriba de la cumbre de la cúpula, mientras se construía una caseta de cuatro cerchas para colgar la piedra, y bajarla después a la abertura.

Y como algunos hablaban del peligro inminente que quedaba encima de la Cúpula, para los sacerdotes, sacristanes y demás empleados eclesiásticos, don Policarpo de intento dejó por varios días la piedra suspendida en la caseta de cuatro cerchas no más. Y decía: "Para que vea la gente nerviosa, que si no se quiebran cuatro cerchas con el peso de la piedra, menos se quebrarían diez y seis cerchas, con sus respectivos puentes, que forman la armazón total".

Después se bajó el sombrero de piedra, calzando perfectamente en la abertura circular de la cumbre.

Pero muy mala suerte comenzó a correrle al sombrero de piedra del señor Casallini, porque pocos días después de estar colgando de la caseta, se desató un furioso huracán en la ciudad. Don Policarpo se puso nervioso pensando que el huracán podría desprender la piedra. Y no se animaba a mandar a nadie a asegurarla más, con cables y coyundas. Pero don Rafael Barquero, con otros operarios, desafiando la tremebunda tempestad ciclónica, subieron hasta la cumbre y cumplieron bien su cometido sin percance alguno.

Años después, cuando vino de Gobernador de la provincia don Fadrique Gutiérrez, y enterado de la enorme piedra que re-

mataba la cúpula en su cúspide, ordenó quitarla, porque decía que era un verdadero peligro aquella espada de Damocles, para los curas y demás empleados de la iglesia.

Costó más la bajada del sombrero de piedra que la subida, porque hubo que hacerlo en pedazos que cupieran por la abertura en donde estaba colocada. Y en lugar de la piedra, se atornilló de la armazón una lámina circular de zinc.

Me olvidaba decir que son dos armazones paralelas las que tiene la cúpula, mediando entre una y otra una distancia hueca de más o menos media vara.

La armazón exterior se forró con planchas de zinc. Y ocurrió en este trabajo un incidente, que afortunadamente, se solucionó sin molestias para el Padre Chico.

Al muy estimado Cura le recomendaron de San José a un plomero muy hábil llamado Pedro Mora, a quien contrató por la cantidad de tres pesos diarios. Comenzó a forrar la cúpula el operario josefino. Este era un hombre tomador y casi siempre trabajaba a *media ceba*.

El Padre Chico se ponía nervioso cada vez que lo divisaba a gran altura, dos veces encumbrado: encumbrado por la altura en que se hallaba y encumbrado con el ron que llevaba en la cabeza.

Pero una feliz intervención del doctor don Nazario Toledo, quien entonces vivía en la casa de alto de don José Saborío, salvó la situación. Llamó al plomero Mora un día y le echó tafia trapeada porque su trabajo, en semejante peligro, no permitía la tomadera de licor.

Y Mora, quien no se había dado cuenta del peligro, quizás porque bien *cúspide* de ron, veía la ídem de la cúpula como del tamaño de una paila, se aprovechó de la trapeada del doctor Toledo para exigirle al Padre Chico cuatro pesos y medio por su jornal.

El bondadoso Presbítero Pereira no podía pagar un jornal tan alto y también se aprovechó de la imperiosa exigencia de Mora, para quitárselo de encima. En efecto, llamó al Maestro de obras don Rafael Barquero y le contó lo que ocurría. Entonces don Rafael le dijo:

—Yo me comprometo, padre, a ejecutar ese trabajo, con sólo un ayudante. Y una vez que haya atornillado unos cuantos pliegos de zinc, llamará Ud. a un ingeniero para que le dé su parecer sobre mi trabajo.

El padre Chico entonces le encargó al señor Barquero la



forrada de la Cúpula, quien con un aprendiz de carpintería, llamado Alejandro Jiménez, ejecutaron el trabajo, a entera satisfacción del ingeniero don Lesmes Jiménez.

Y el Padre Chico, un tanto apesadumbrado, pero como quien se quita un gran peso de encima, le dijo a Mora que no podía aumentarle el sueldo, y le cortó muy decentemente el rabo, todo por culpa de la intromisión del doctor Toledo.

Después siguió el trabajo más fino y delicado de la construcción de la Cúpula. Me refiero al forro de la armazón interior, que se construyó de carrizo: una especie de caña, parecida a las ramas delgadas del bambú, pero mucho más fuerte, macizo y duradero que éste. El carrizo se clavó de la armazón en una forma tupida, sólo dejando un pequeño espacio como de media pulgada.

Luego vino el repello del carrizo, que lo ejecutó el habilísimo albañil guatemalteco don Lorenzo Alvarez. Este señor arreglaba la argamasa, mezclándola con pelos de res que se recogían en las cortiembres, para que pegara mejor en el carrizo. Pero no podía ponerse este repello azotando la argamasa contra el carrizo, sino colocándola en una llana, instrumento que usan los albañiles, compuesto de una plancha de metal y un asa para agarrarla, y extendiendo la mezcla fuertemente apretada sobre el carrizo, de modo que se incrustara bien en las rendijas. Esta argamasa formaba por la parte posterior, como una especie de engrapado en los carrizos.

Trabajo lento y fino, fué quizás el más valioso en la construcción de la Cúpula.

Vino luego la pintura. Don Agustín Ramos, nicoyano, y Luis Madrigal, de Heredia, pintaron y decoraron el interior de la Cúpula.

Y el zinc de la parte exterior, se pintó con minio (óxido de plomo) que da un color rojo vivo, algo anaranjado, que hace la Cúpula perfectamente visible, aún en los parajes más lejanos del país. Hace varios años la volvieron a pintar, porque estaba muy desteñida, pero por economía el trabajo se hizo con pintura corriente de un rojo muy oscuro que apagó por completo su primitiva brillantez.

Aparte del plano que hizo de la Cúpula el señor Casallini, trazó también el diseño de una torrecita, especie de mirador, que se colocaría sobre la propia cumbre de la media esfera.

Pero se desistió de tan bella idea, quizás por falta de dinero.

Por fuera de la Cúpula y mirando hacia el Oeste, se puede ver una escala de hierro, compuesta de diez y seis estribos o pel-

daños y que sube casi hasta la cumbre. Estos estribos son de una sola pieza y de forma rectangular; pero el lado del rectángulo que pega con el zinc está doblado en su parte media, haciendo de las dos partes que convergen en su centro, una especie de perno que se introduce en la cercha.

Don Rafael Barquero tuvo la feliz idea de unir con varillas de hierro todos estos estribos, para que hagan resistencia juntos, cuando soportan el peso de la persona que necesita subir hasta la corona de la Cúpula. De lo contrario, a estas horas ya se hubieran aflojado y caído todos esos estribos.

Un individuo que subió por esa escala no ha mucho tiempo, me cuenta que aún así, muchos de los estribos se encuentran flojos. Y me agregaba don Rafael, como una recomendación, que en esta misma disertación sobre la Cúpula hiciera hincapié sobre este dañoso desperfecto, a fin de que cuanto antes se afirmen en la cercha los pernos de esos estribos y se tapen con cemento o con cualquier sustancia impermeable todas las rendijas de los agujeros, porque el agua de las lluvias puede muy pronto podrir la cercha en que está colocada la escala.

Yo cumpla gustoso con ese encargo y como alajuelense, aplaudo con entusiasmo esa espontánea manifestación de salvable espíritu público del señor Barquero, y lo presento ante el alumnado del Instituto, como prototipo de nuestros hombres de un pasado, venturoso, que para desgracia nuestra, ya van desapareciendo del escenario de la vida alajuelense.

Muchos años después se colocó el pararrayos de la Cúpula, y al parecer el trabajo se hizo muy de prisa, o con mucho miedo, porque no se tuvo gusto para hacer algo elegante en la colocación de la punta de ese pararrayos, como se hizo en el hermoso kisco de nuestro Parque Central, sino que sujetaron esa punta de una tosca y torcida alfajía, presentando a la vista un repugnante aspecto. Esta pequeña observación de crítica es de mi exclusiva cosecha, para que no se la vayan a achacar a mi simpático reportero señor Barquero (1).

En la sección cilíndrica de la Cúpula y en torno de la parte superior, se construyeron diez ventanas; nueve de forma rectangular, rematando en un semicírculo, y una grande, circular, que mira hacia el Poniente. La parte rectangular de cada ventana tiene diez y seis vidrios y la parte semicircular superior, ocho

---

(1) No sé si esta observación mía tuvo feliz efecto, pero lo cierto es que la alfajía a que aquí se alude, fué quitada uno o dos meses después de la lectura del presente trabajo. (N. del A.)

vidrios en forma de abanico. Y en la gran ventana circular que mira en dirección del parque, sus diez y seis vidrios convergen hacia el centro, como los pétalos de una gigantesca margarita.

Esta ventana es semejante a las otras cinco de más pequeño círculo que se encuentran colocadas debajo de las ventanas rectangulares de la parte trasera de la Cúpula. Los diez y seis vidrios de cada una de estas cinco ventanas, también convergen hacia el centro, formando otras tantas margaritas.

Tanto la construcción del cuerpo total de la iglesia como los trabajos de la Cúpula, se hicieron a base de turnos y contribuciones particulares.

Me dice el señor Barquero que el Coadjutor del Padre Chico, el presbítero español don José Rodríguez Pérez, tenía una gracia singular, en su elocuencia oratoria, para dar las gracias en público a todas aquellas personas caritativas y entusiastas que llevaban su óbolo a los turnos.

En un cuadernito de apuntes de don Rafael Barquero, aparece la fecha del 25 de febrero de 1878, como el día en que se iniciaron los trabajos de la Cúpula. Y dice después el cuaderno, en bellos y firmes caracteres spenserianos: "*Me retiré el 10 de enero de 1879 para ir a La Laguna a coger la milpa*".

"*El 10 de marzo me hice cargo otra vez del trabajo de la Cúpula y el 10 de enero de 1880 se suspendió por falta de fondos, mientras se turnaba*".

En esos dos meses de ausencia del señor Barquero, mientras se ocupaba en la recolección del maíz de su milpa de La Laguna, lo sustituyó don Rafael Sibaja, persona muy entendida también y de honradez acrisolada, como la de casi todos los hombres de aquel entonces.

Otros nombres de operarios de que se acuerda el señor Barquero, fuera de los ya nombrados en el curso de esta narración, que tomaron parte en la construcción de la cúpula, son los siguientes: don Enrique Solera, padre del señor Alcalde Primero de esta ciudad, del mismo nombre; don Nicolás Solera, abuelo de "Pirrín"; Apolo Ramos, tío de don Alberto Córdoba; Rosendo Fonseca, Hipólito Conejo (padre de mi cuñado don Joaquín Conejo, recién fallecido); don José Navarro y muchos otros que se le escapan a la memoria de don Rafael.

La inauguración de la Cúpula se verificó en diciembre del año 1888.

De modo que en su construcción se emplearon diez años lar-

gos con sus respectivos períodos de suspensión por falta del *sacatillo* indispensable. (1).

Si los alumnos del Instituto y los demás particulares que se han tomado la paciencia de escuchar esta larga narración, se sienten satisfechos por haber conocido hasta hoy muchos datos ignorados acerca de la construcción de nuestra hermosa Cúpula, orgullo de la ciudad, deben agradecerse a este viejecito simpático, austero y sencillo en sus costumbres, cautivante conversador que responde al nombre de Rafael Barquero y que con tanto placer en este instante les presento.

Mi labor ha sido simplemente la del reportero que motiva una entrevista con un hombre virtuoso y culto de nuestros tiempos pasados, para trasladar a las cuartillas su muy interesante y deleitosa conversación sobre sucesos de la vida alajuelense, que ya se van perdiendo y olvidando en la vertiginosa carrera de los años.

Y para terminar con estos informes y con las impresiones de los hermosos tiempos de mi infancia, quiero finalmente hablarles de una bella paradoja del nunca bien llorado escritor de la Rusia de los zares: el Conde León Tolstoi.

Pinta ese insigne literato en uno de sus bellos cuentos, un perro muerto en mitad de una calle jerosolimitana.

Pasan curiosos y cada uno de ellos se acerca al perro muerto para lanzarle una expresión de repugnancia.

Pero pasa Jesús, el divino Nazareno. Se detiene. Mira fijamente al perro con su helado hocico entreabierto, y tierna y compasivamente exclama en presencia de aquellas almas toscas y vulgares: *¡Qué blancos y bellos dientes! ¡Si parecen perlas!*

Pues una paradoja parecida pasó con nuestra Cúpula.

Un turista yanqui, traído por primera vez a esta ciudad por un joven de Alajuela, al ver la Cúpula le preguntó a nuestro conterráneo:

---

(1) Y según me informó la distinguida señorita María E. Cabezas, porque el carrizo se agotaba en los lugares de donde se traía y entonces había que esperar hasta un año largo, mientras las cepas volvían a crecer y sazonar. Nuestra naturaleza también contribuía generosamente con su fuerte y flexible carrizo, a la sólida construcción de la cúpula.

Debo consignar aquí otro dato interesante que me fué suministrado por el Lic. don Adán Saborío: Por ese tiempo se construyeron algunas otras cúpulas en iglesias del país, pero todas fueron derribadas por los fuertes vientos del verano. Y la de la Catedral de Alajuela, más voluminosa que todas ellas, planeada por el ingeniero señor Casallini y dirigida y construída por operarios alajuelenses, ha desafiado airoosamente cuatro o cinco terremotos y toda clase de tempestades.

—Aquello es un tanque de petróleo?....

Y nuestro joven paisano se apresuró a decirle:

—No señor, no sea bruto! Es la Cúpula de nuestra hermosa Catedral!

Lo que para el alma vulgar del yanqui era un tanque de petróleo, para el alma exquisita indoespañola de nuestro inspirado poeta don León Vargas Argüello, es una linda y gigantesca cornucopia, toda rebosante de aromosas flores de abundancia, que Dios ha volcado sobre la paz sedante de la ciudad.

Ese bello soneto de don León, cerrará con broche de oro esta cansada y larga plática. Mi hijo Rodrigo recitará esos elegantes versos.

Y muchas gracias para el señor Director, los señores profesores, los jóvenes alumnos del plantel y para los demás particulares que se han dignado escuchar pacientemente, mis pobres impresiones de una edad que ya pasó para nunca más volver.

El bello soneto dice así:

#### A LA CUPULA DE LA CATEDRAL DE ALAJUELA

Te levantas gentil y soberana  
por sobre la ciudad y el valle extenso,  
ruborizada por el beso intenso  
que al nacer te da el sol cada mañana.

Regia flor carmesí de que se ufana  
mi nativa ciudad: a veces pienso  
que eres su noble corazón inmenso,  
o del Poás arrogante, bella hermana....

Pero al ver que Alajuela eternamente  
múltiples dones incesante acopia  
en edén venturoso convertida,

no dudo que la cúpula esplendente  
es una rebosante cornucopia  
que la mano de Dios tiene invertida!

## PAGINAS PARA LA HISTORIA RELIGIOSA DE ALAJUELA

Religión. Virtud que nos mueve a dar a Dios el culto debido, profesando la doctrina religiosa con fe y devoción, cumpliendo con exactitud todos los dogmas que la Iglesia Católica impone a los que hemos sido bautizados y nos hemos criado bajo sus enseñanzas.

Desde épocas inmemoriales se conoce la Religión Cristiana y puedo decir sin incurrir en error, contando con los números de las estadísticas de los demás continentes y el nuestro, que las dos terceras partes de sus habitantes profesan la Religión Católica; entre las potencias que van a la cabeza del mundo los Estados Unidos en estos últimos tiempos están dando pruebas de su profesión de fe católica y día a día se publican pruebas de ello; la última con motivo de la expulsión de México del señor Delegado Apostólico Monseñor Ruiz; en una de sus principales ciudades se le abren las puertas, como lo han comunicado los cables al mundo entero.

La organización religiosa de Costa Rica data del año 1531. En este entonces el Sumo Pontífice le dió facultades al Rey de España para que designara el limite de la América Central, por cuanto quedaba hacia el Sur de Nicaragua un gran territorio desconocido y sin conquistar. En uso de esta facultad Felipe II, según consta en una cédula del 9 de mayo de 1545, encargó al tercer Obispo de Nicaragua Antonio de Valdivieso, se proveyese de prelado la Gobernación de Cartago a cargo de Diego Gutiérrez, para entenderse con asuntos espirituales, servicio de iglesias y culto divino. Este fué el primer paso de ley dado para que Costa Rica fuera adjudicada en lo eclesiástico al Obispado de León de Nicaragua. Después de establecida la iglesia de Cartago en 1563, se hizo la de Heredia en 1701 y de tercera, en 1736, la de San José. Parroquia quiere decir en el sentido general de la palabra territorio que está bajo la jurisdicción de un párroco y éste el sacerdote nombrado de cura de la iglesia de una feligresía.

Como he dicho antes, Costa Rica dependía en lo religioso de León de Nicaragua, residencia del Prelado, y era visitado este lugar de tiempo en tiempo, porque tenían muy buenos elementos al frente de la iglesia. Las visitas de los Prelados se dicen episcopales por que así se llama al conjunto de ceremonias y oficios que ejecutan los Obispos.

En enero del año 1782 llegó a Costa Rica en décima visita episcopal el señor Obispo de Nicaragua y Costa Rica don Es-

teban Lorenzo de Tristán; no se ha podido conocer con exactitud toda la labor realizada en los primeros meses de su visita; pero sí, con el auxilio de libros parroquiales, de cofradías y capellanías, etc., han podido los historiadores reconstruir su itinerario y dar a conocer las principales disposiciones del Prelado; entre ellas la de mayor importancia es el "Expediente relativo a la erección del barrio de La Lajuela, de una iglesia ayuda de parroquia de la Villa Vieja de Heredia". (Esto según documentos para la historia de Costa Rica, escritos por don León Fernández, en el tomo octavo, página 109 y las que siguen).

La labor del señor Tristán ha sido muy encomiada y todos los escritores costarricenses que se han dedicado a la investigación histórica le han dedicado hermosísimas páginas que hacen resaltar con grandes relieves su personalidad religiosa, política y civil. Su alta preparación intelectual lo hacía dedicarle toda su atención a las letras y de aquí que entre sus iniciativas tuviera la creación de una escuela de latinidad en Cartago; esta fué la base en Costa Rica para la fundación del Seminario y Universidad o Colegio.

El entonces cura de Heredia señor presbítero don Juan Manuel López del Corral, muy celoso por el cumplimiento de su misión sacerdotal, hizo saber a Monseñor Tristán, la dificultad de administrar a los vecinos de La Lajuela, Targuás, Río Grande, Ciruelas y Puás; el ilustre Prelado se prestó gustoso a levantar una información y vistas y oídas las declaraciones de los vecinos, dispuso el 11 de octubre de 1782 la erección de un Oratorio, eligiendo la casa de Dionisio Oconitrillo, español ilustre que donó gustoso una habitación para el caso: la preparó convenientemente y Monseñor Tristán obsequió todo lo necesario para la celebración de la primera misa; se hizo acompañar de altas personalidades de León, Cartago y Heredia y al día siguiente, 12 de octubre, se bendijo y celebró la misa.

Este día 12 es en el que la Madre España celebraba y celebra aún la festividad de la Virgen del Pilar de Zaragoza, por lo que al correr los años, según datos de los libros comenzados ocho años después (1790), se puso el poblado bajo la advocación de la Virgen del Pilar, y de aquí la disposición de dedicarle esta fiesta el 12 de octubre de este año (1932), ciento cincuenta años después.

En 1782 La Lajuela era una Capellanía y el conjunto de los cinco barrios se llamaba parroquia y separados de Villa Vieja se llamaron vice-parroquia de Villa Hermosa, nombre que conservó La Lajuela por algunos años. Viendo Monseñor Tristán que los vecinos de estos caseríos eran muy pobres y muy distantes unos

de otros compró de su propia cuenta a Juan Antonio Núñez media caballería y otra media a Isidro Cortés, y la casa a Manuela Ruiz, donó a los vecinos estas tierras para que edificaran sus casas y levantarán la iglesia en el mismo sitio en que está la actual Catedral.

A los ocho años de esta donación, el 12 de octubre de 1790, se procedió a la bendición de la iglesia llamada Ermita. El único sacerdote que secundó a Monseñor Tristán fué el presbítero del Corral quien puso todo su empeño en la construcción de la primera iglesia proporcionando a sus vecinos bienestar religioso y moral, sin exigir honorarios por sus actividades y distribuyendo sus haberes amigablemente, y era motivo de disgusto cuando se le esperaba con una buena mesa. La iglesia era de 15 varas de ancho por 75 varas de largo, construcción de bahareque sólo con clavos de llanta sujetadas las principales piezas; las cañas de las paredes lo mismo que las del techo amarradas con bejuco; de muy poco altura, dividido el cuerpo general en tres partes, a lo ancho, llamadas naves, esta división sostenida por dos filas de horcones sin ningún pulimiento; el piso, en la parte superior, donde estaba el Altar Mayor, era de tablas sin clavar, se sostenían por su anchura, su grueso y su largo y el resto de la iglesia era de suelo. Las maderas fueron tomadas del mismo lote asegurándose que todavía existen algunas en la Catedral. Los árboles de cedro, de guayacán, pochote, etc., tenían dos varas de diámetro, esto comprobado por los octogenarios que vieron las excavaciones para la nueva iglesia. Una curiosidad digna de tomarse en cuenta: que el Altar Mayor estaba hecho sobre un tronco que para el efecto se dejó; pero la versión más acertada es que se hizo por lo difícil que era desarraigarlo. No se conocían las campanas; se llamaba a los fieles a los oficios religiosos por medio de zurrones colocados en el lugar más alto, pegándoles fuertemente con una varilla; no había periódicos; al terminar la misa, los domingos, el sacerdote avisaba en su sermón que a la salida se leería un bando, como si se dijera hoy una circular u orden gubernativa. Los primeros incensarios fueron hechos de frutas de guacal o jicara muy bien pulidos y sostenidos por bejucos. El incienso de aquel entonces era legítimo, venido del Oriente, extraído del árbol llamado Roswelia, a éste se le llama incienso árabe; más tarde se ha conocido el que viene de las Indias y se llama incienso de Indias. En los tiempos modernos y debido a su gran consumo se adulteran con goma arábica el árabe, y el de Indias con la resina del pino llamada galipodio. La adulte-



ración se conoce por el tamaño de los granos; tanto más adule-  
rado más pulverizado y de menor duración.

En esa época por estas tierras no se podía hablar de arte, bizantino, corintio, árabe, gótico, jónico, romano, etc., habría que llamarlo rústico. Tampoco en sus ornamentos se encontraban los grifos y los pelícanos. Grifo, que según los antiguos era signo heráldico y simbólico, un compuesto de león y águila, emblema de la sabiduría y el león de firmeza y de vigilancia. Según el Dante el grifo es figura de Cristo y el águila la naturaleza divina; por consiguiente el compuesto de león y águila es símbolo de la unión de las dos naturalezas en el Salvador del mundo. Esta interpretación del Dante influyó poderosamente para usarlo como decorado en los tejidos y bordados antiguos, de los que se conservan bien pocos en los tesoros de antigüedades de las iglesias romanas. Este emblema cambiado hace siglos fué reemplazado por el pelicano que simboliza a Cristo que da de beber su sangre a sus hijos.

Villa Hermosa no consiguió independizarse de Heredia sino hasta 1810 y entonces se llamó Iglesia de San Juan Nepomuceno de la ciudad de Aajuela. San Juan era con la Virgen del Pilar el patrón del lugar, y cosa rara, el presbítero del Corral obsequió la primera imagen de San Juan y una Virgen de Mercedes cuando según la tradición debía ser la del Pilar.

En 1790 se bautizaron 28 niños: españoles 9, origen desconocido 4, mestizos 11 y mulatos 4.

En 1800 ya la población contaba con 3022 habitantes; de éstos eran españoles 360, mestizos 2545 y mulatos 117.

Apenas transcurridos 15 años de independencia de la iglesia empezaron los vecinos a pensar en la construcción de un templo que no sólo llenara sus aspiraciones pero también sirviera para las generaciones venideras y lo encontraran muy digno de la Casa de Dios, y de aquí surgió la idea del hermoso templo que adorna esta ciudad.

Hay que retroceder para recordar en qué forma y circunstancias se construyó este hermoso templo, que sin duda es uno de los mejores del país. En 1854 se comenzó la nueva iglesia y ya en 1857 estaba muy adelantada; tenía terminadas las paredes de cal, arena y piedra. Los terremotos del 51 dejaron la antigua iglesia muy dañada y ese año se trasladó el servicio de la ya declarada parroquia a La Agonía; hasta 1862 no se pudo celebrar la primera misa en la iglesia nueva por el muy virtuoso sacerdote el presbítero Ramón María González, esto con ocasión de bendecirse la imagen de San Juan Nepomuceno, dañada con el te-

promoto y que se había mandado a Heredia a componer. La iglesia parroquial se bendijo en 1863, ya concluida, a excepción de la cúpula, que se estrenó y bendijo en 1888.

Merece hacer mención muy especial, para conocimiento de las juventudes, de la forma en que los vecinos de esta ya entonces ciudad capital de provincia, secundaron el proyecto de construcción de la iglesia; las señoras para el día de la colocación de la primera piedra ya se habían propuesto hacer acopio del material para comenzar los cimientos; se dice que en la parte Norte se formaba el grupo que parecía una romería, encabezada por doña Nicolasa Saborío de Saborío, todas provistas, unas de zurrones y otras de canastos para traer del río La Lajuela, hoy Maravilla, arena y piedra; y en la parte Sur, encabezadas por doña Segunda de Soto, traían esos materiales de El Arroyo y así sostuvieron este material hasta su terminación y mientras tanto los hombres encabezados por las autoridades y acaudalados vecinos se turnaban las horas para ayudar a hacer las excavaciones para los cimientos. Se cuenta que cada uno se daba por tarea una vara cúbica por tarde y en esta forma vieron bien pronto cristalizado su deseo de comenzar el trabajo, para lo que habían sido traídos los señores guatemaltecos don Manuel y don Ramón Estrada, el primero a dirigir la albañilería y el segundo la carpintería. Las únicas fiestas que se hacían para recaudar fondos eran turnos; y se reunía de obsequios un buen hato de ganado y una piara de cerdos, y las señoras cada una se disponía a preparar de su cuenta una mesa de golosinas para disputarse la que reunía más dinero. Cuán diferente hoy y con qué tristeza se contemplan estas cosas!

Los resultados económicos eran espléndidos; y en la actualidad el modernismo exige, a cambio de unas monedas, diversiones y más diversiones, para grandes y pequeños, y los resultados económicos son sin embargo pobres....

El ladrillo de la parroquia se hizo reuniendo arcillas de los tejares vecinos (hoy alfarerías) y mezclando unas con otras para la mayor resistencia; se improvisaron hornos para quemarlos y en esta forma el que dió mejores resultados se aprovechó haciendo ladrillos de media vara cuadrada. Esto fué ideado por don Pedro Saborío Alfaro. El primitivo ladrillo fué reemplazado por el actual en la muy activa administración cural de Monseñor Volio.

La primera campana traída antes de estrenarse la iglesia actual fué colocada en un hermoso árbol de cedro que había en los jardines del costado Norte, hasta que se trasladó al lugar correspondiente en la torre derecha; fué obsequio de don Lu-

ciano Alfaro Saborío, quien la trajo del extranjero en uno de sus viajes, siendo en esa época muy difícil el transporte al interior porque tenían que venir por tierra desde Sarapiquí, y para lo que no se podía traer a lomo de mula se improvisaba una angaria de barrotes fuertes de madera y en esa forma se transportaba en hombros. Y para la bendición de la iglesia se pudo proveer de otras campanas con fondos de la comunidad alajuelense.

El señor don Ignacio Saborío Arias obsequió el altar con la Virgen de Mercedes que está a la izquierda en seguida del presbiterio. Doña Santos Alfaro y hermana, el que hace bis con la Virgen del Rosario. Don Eusebio Rodríguez, la imagen del Nazareno. Doña Froilana de Soto, la Virgen del Carmen. Doña Josefa de Quesada, el Resucitado. El presbítero Francisco Pereira, la Virgen de Dolores y San Francisco de Paula. Doña Josefa de Cabezas, las imágenes de la Virgen de Soledad y el Dulce Nombre. La señorita Manuela Carrillo, el Corazón de María y un altar de mármol, el que hoy es la base del Altar Mayor. Doña Isabel Lara de Sandoval, los ángeles del Altar Mayor y la urna del Santo Monumento. Doña Melchora Saborío, la antigua escalera del púlpito. El altar de mármol en que está Santa Teresita, el Lic. don Bernardo Soto. El altar y la imagen de San Vicente de Paúl, don Ventura Cordero. Doña Esmeralda de Gamboa, el Corazón de Jesús, etc. Para la bendición de la iglesia la gran composición se hizo con pañuelos, prestados gustosamente por todos los vecinos y el comercio que existía en ese entonces. La ciudad celebró ocho días de fiestas; de las cinco de la mañana a las doce del día eran religiosas, de esa hora en adelante eran festejos cívicos. Todas las noches se celebraron bailes sociales en el salón del palacio, y cuando tocaban diana a las 5 de la mañana todos pasaban a la iglesia para oír la primera misa. El alumbrado del Altar Mayor se hacía con candelas, resguardadas del viento con unos tubos altos y anchos de cristal que se llamaban guarda brisas; de éstas quedan aún dos que están en el Museo Histórico de este colegio.

Dos libros véis aquí: el N<sup>o</sup> 1, comenzado el 12 de octubre de 1790, con su cubierta de cuero poco menos que al natural demuestra sencillez en su exterior y veracidad en sus páginas; allí están los documentos que atestiguan la verdad de nuestro origen; y el N<sup>o</sup> 2, que registra la última nota de bautismo tomada en el día de hoy, 10 de octubre de 1932, muestra los adelantos modernos para el caso. Ambos son el fiel exponente de la base religiosa de nuestros antepasados, escrita de puño y letra

de los directores espirituales que han desfilado por la Iglesia Católica alajuelense desde el año de 1790 al de 1932 (nada menos que de 142 años).

En 1790: el primer sacerdote que actuó después de Monseñor Tristán fué el Presbo. Juan Manuel López del Corral, cura de Villa Vieja y como Tenientes Coadjutores los presbíteros José Joaquín Lizano, Nicolás de Lara, Fray Jacinto Madriz y Fray Ratael de Jesús, estos dos últimos españoles de gran preparación; este período abarca de 1790 a 1806; el presbítero José Ma. Arias en 1807 se hizo cargo de la iglesia, la que administró con mucho acierto, debido a su excesiva bondad y abnegación; consiguió con la colaboración del presbítero Lizano independizarnos eclesiásticamente de Heredia, lo que con bastante trabajo se hizo en 1810 y desde entonces lleva el nombre de Iglesia Párroquial. En esta época tuvimos también al Padre Florencio del Castillo, uno de los sacerdotes más ilustres que pisaron la tierra tica, a quien la historia colma de elogios. El último cura de esta época es el presbítero José Nereo Bonilla. De 1810 a 1831 vinieron sucesivamente los presbíteros Luciano Alfaro, Gabriel Padilla, Félix Romero, José Anto. Oreamuno, Miguel González, Ana Tiburcio Fernández, José Ramón Machado, Simeón Chaverri, Francisco Zumbado, Pablo Rojas, y los Frailes José Domingo Hermosilla y el Reverendo Fray Niceto Costas; a fines de 1831 llegó el presbítero Lorenzo Montenegro que actuó en esta iglesia primero como Teniente Coadjutor del Padre Arias y del presbítero del Campo, a quien sucedió en el curato en 1846, siendo entonces la dirección de la iglesia bastante fatigosa por estar en construcción.

En 1832 prestaron sus servicios los presbíteros Andrés Rivera, Antonio Benavides y Pablo Rojas.

En 1839 terminó su servicio el Padre Arias y vinieron los presbíteros Miguel Zarret y Manuel Chaverri, siendo cura interino el Padre Nereo Bonilla.

De 1840 a 1856 se presentaron los presbíteros José Miguel Morillo, Pedro Muñoz, Ramón de los Angeles Saborido, Pedro Manuel Ugalde, Juan Ignacio Ledesma, Francisco Pío Pacheco, Anastasio González, José Ma. Garrido, Andrés Alfaro, Cipriano Fuentes, Fulgencio Bonilla, José Prieto, José Paúl María de Rosales Baltasar de Jesús González, Carlos Ulloa, Joaquín Flores, Ramón Gutierrez y José de Jesús Orozco. En 1857 hasta 1859 colaboraron como ayudantes el presbítero José Manuel Mongé y Eduardo Pereira, además el presbítero Francisco Vi-

llobos. De 1860 al 67 prestaron sus servicios los presbíteros Esteban Murillo, Rafael Soto, Manuel Arias, Ramón Gutiérrez, Ramón de la Guardia, Fulgencio Bonilla, Francisco Chaverri, Ramon Miguel Jiménez y Belfort Rivas.

En 1868 se presenta por primera vez el presbítero Francisco Pereira, quien más tarde fué el cura, venerado de todos por su actuación franca y desinteresada; llevó a cabo la construcción de la cupua, admirada por todos, desde un perimetro de teguas; desempeñó como cura interino durante 33 años, y en su fallecimiento en el año de 1903 la ciudad, como el país entero, se puede decir, le tributó muy justo homenaje a su memoria, siendo recuerdo impercedero, porque se ha traspasado a la generación presente.

De 1865 a 1903 que falleció el Presbo. Pereira, fueron sus colaboradores los presbíteros Pedro Sandoval, Santiago Garcia, Manuel Araya, José Rodríguez Pérez, Patricio Jiménez, Miguel Pérez, Francisco Gutiérrez, Roque Rodríguez, Jerónimo Fernández y el presbítero Juan de Dios Trejos, quien desempeña el curato por seis meses, durante un viaje a Europa del Padre Chico, como familiarmente se le decía. Además los presbíteros Luis Hidalgo, Ramón Isidro Cabezas, Domingo García, Ricardo Rodríguez, Monseñor Benavides, Rafael Chinchilla, Monseñor Salazar, Alejandro Porras, José Weber, José Pomp, Francisco Goke y Leoncio Piedra. En el trascurso de este tiempo se celebraron algunas fiestas religiosas suntuosísimas, entre ellas la de fin de siglo y dos fiestas de misión, celebradas por los reverendos capuchinos Fray Mariano, Fray Ignacio y Fray Fidel.

En 1903 quedó al frente del curato el presbítero Claudio Ma. Volio, en quien vió la ciudad de Alajuela la continuación del Padre Chico, porque la víspera de su fallecimiento, después de recibir los Santos Sacramentos de manos del Padre Volio, al despedirse del pueblo lo recomendó con muy hermosas y sentidas frases; y más tarde se convenció la ciudad que el recomendado reunía todas las condiciones a que se hizo acreedor contando con la estimación y cariño de todos los vecinos de dentro y fuera de la ciudad. A los 13 años de servicio, por sus altas dotes intelectuales y morales fué electo Obispo de Santa Rosa de Copán en Honduras. Durante su estancia en ésta se levantó mucho el culto y se preocupó por embellecer el templo con una magnífica verja de mármol y un pavimento de mosaico: fueron sus colaboradores los presbíteros José Añibaro, Andrés Fuentes, Francisco Bantle, Manuel Zavaleta, Santiago Zúñiga, Juan Vicente Solís, que fué elevado a la categoría de Camarero de Su Santidad y hoy está

al frente del curato de San Ramón. Las actividades de estos sacerdotes llegan hasta 1916, que recibió el curato el presbítero Ricardo Zúñiga, a quien siempre Alajuela sabrá agradecerle el haber renunciado su canongía para ponerse al frente de esta parroquia, donde desplegó gran celo y actividad. A él se le debe el arreglo del Altar Mayor, lo mismo que el exterior de la iglesia; él hizo el puente de San Juan Nepomuceno y la gruta de la Virgen de Lourdes en los jardines; los confesionarios y la escala nueva del púlpito.

Entre los coadjutores que colaboraron con él se anotan en primera línea el presbítero Rubén Fernández, quien se ganó la buena voluntad y confianza de todos; hoy es el cura de San Isidro de Coronado; y por último el Padre Sánchez, guatemalteco y de grandes méritos. En mayo de 1920 recibió el curato el presbítero Jafet Jiménez, con mucha voluntad y constancia para emprender trabajos y se empeñó en proveer a la iglesia de un buen órgano, que según personas entendidas es de los mejores que hay en el país. El Presbo. Jiménez pasó a desempeñar el curato de Grecia; colaboraron con él en Alajuela, hasta en 1927, los presbíteros Benigno Rodríguez, Juan Coll, Bruno Tick, Clodoveo Hidalgo, Fray Ignacio Gottfrid, Fray Luis Arenas, Fray Justo Palacios, José de la Cruz Moreira, Salomón Valenciano, Fray Eduardo de Biescas, Tomás Griska, Víctor M. Villalobos y Julio Víquez.

En 1928 por permuta que hizo con el Padre Jiménez llegó el presbítero Ramón Junoy. Está de más todo elogio que se tribute a su persona y a su talento, porque es de todos los alajuelenses conocida. Después, con él hemos visto hasta hoy desfilar por nuestra iglesia a los presbíteros Félix Ruiz de Amaniego, Javier García, Pedro Palacios, Perfecto Crespo, Carlos Cabero y Miguel Raimondez, todos ellos de la Comunidad Redentorista, de alta preparación intelectual y de alta vocación misionera, que han visitado nuestros alrededores hasta los lugares más apartados, predicando nuestro credo de fe y repartiendo beneficios espirituales.

En los últimos años se han presentado, hasta 1932, los presbíteros Ildefonso Badilla, Bernardo Castillo, Francisco Castillo y Delfín Quesada.

En 1922, el 14 de agosto, por disposición de Su Santidad Pío XI, se dividió la Diócesis de Costa Rica y nos vino la dicha que se nombrara Alajuela residencia del Prelado. Se nombró para este cargo al ya Obispo de Tegucigalpa en Honduras, Monseñor Antonio del Carmen Monestel; desde este día nuestra igle-

sia parroquial pasó a la categoría de Catedral. Los beneficios de esta nueva Diócesis no los sabemos apreciar; pero algún día la historia religiosa sabrá hacer justicia, ya que somos tan indiferentes en presencia de este adelanto eclesiástico.

Alajuela ha tenido la satisfacción de oír la palabra muy autorizada de altas personalidades europeas de la orden de Jesús, los Reverendos Cáceres y Padre España, allá por los años de la Administración de don Tomás Guardia, quien ayudó mucho a la religión. También más tarde, en la primera presidencia y segunda de don Ricardo Jiménez hemos recibido a los costarricenses presbíteros Quirós Palma y Roldán, también hijos de la venerable Orden de Jesús.

Este desfile de altas personalidades, muy bien preparados unos, y otros guiados por un espíritu de bondad y caridad; la mayor parte de ellos han pasado su vida primero y su memoria después dados al olvido, por la falta de datos históricos y biográficos.

Yo me permito excitar a la juventud presente para que trate de investigar hasta donde sea posible a fin de que en lo futuro y quizá en no muy lejano día se haga en toda forma la Historia Religiosa de Alajuela.

Lo expuesto puede dar una idea bastante aproximada de esa vida espiritual entre nosotros. Si nuestros antepasados que fueron tan fervorosos volviesen hoy, encontrarían en mejoras materiales bastante adelanto; pero en lo religioso y moral bastante retroceso, debido a las exigencias modernas. Cabe decir con tristeza: al lado del mejor trigo echa raíces la peor cizaña.

MARÍA E. CABEZAS

## INSTITUCIONES DE BENEFICENCIA EN ALAJUELA

El mundo que habitamos es un campo de prueba, en donde el sufrimiento nos rodea por todas partes.

Dichosamente para nosotros, Dios puso en nuestros corazones una llama divina, que como una reminiscencia de los cielos, mantiene encendida la esperanza, haciendo menos doloroso nuestro paso por este lugar de lágrimas. Esa llama divina es el *Amor*, que con su poder milagroso regula el admirable equilibrio del Universo, productor de esa indefinible armonía que tantas veces oyó Pitágoras, cuando elevaba su espíritu sutil hasta las regiones misteriosas del infinito.

Desde que el hombre es hombre, el sentimiento del amor reside en su corazón. Pero durante siglos de siglos, fué ese un tesoro escondido en las entrañas de la humanidad. Durante toda la antigüedad, el sentimiento del amor no se comprendió sino con fines utilitarios y egoístas. Voces aisladas, distanciadas por los siglos, dejáronse oír predicando el amor al prójimo; por incomprensión, esas voces fueron raras, lejanas y débiles.

Pero un día apareció sobre las arenas de la Palestina, cruzando desiertos con sus pies descalzos y no llevando sobre sí más que la túnica que lo cubría, un hombre misterioso que tenía el divino poder de decir las más grandes y elevadas cosas con palabras sencillas y comprensibles. Hablaba por parábolas y la muchedumbre entusiasmada lo seguía deseosa de oírlo y admirarlo eternamente. Cuando hablaba, sus oyentes sentían la sensación de mirar sus palabras convertidas en bandadas de palomas que volaban a lo alto. Cuando abría sus brazos, de las palmas de sus manos veían brotar haces de fulgurante luz, y su corazón, su amoroso corazón era fuente milagrosa a la cual acudían a saciar su sed los sedientos de consuelo y de esperanza. Ese hombre era *Jesús*. Un día Jesús eligió por templo una montaña y allí sobre una colinilla habló a la muchedumbre que lo rodeaba, y les dijo: "Oísteis que fué dicho: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo; mas yo os digo: *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y rogad por los que os persiquen y calunnian*". Jesús había elevado su espíritu hasta los cielos con el fin de alcanzar de allá fuego celeste para encender el corazón de los hombres. Ante los ojos de la humanidad resplandeció una aurora nueva, y desde entonces, brotaron al encanto mágico de esas palabras, las *Instituciones de Benefi-*



*cencia*, que hoy son alivio y consuelo grandes para la parte de la humanidad que gime en la miseria y en el dolor.

Jóvenes, las instituciones de beneficencia que existen hoy en esta ciudad, y de las cuales vengo a ocuparme ahora, no son más que la adopción de ese amor, sin límites ni fronteras, sin diferencias ni restricciones, igual para amigos y enemigos, que enseñó Jesús. De ese amor que hace revivir en la historia, nimbados de luz, a un Vicente de Paúl, humilde pastor francés, a un San Juan de Dios, fundador de los hospitales, a un San Antonio de Padua, generoso italiano que despreció su regio palacio, donando su capital a los pobres; a un Enrique Dunant, fundador de la Cruz Roja, que concibió la idea de un ejército de enfermeros voluntarios que regidos por el lema de *Neutralidad* y *Caridad*, llevara a los campos de batalla, esperanza a los heridos, y consuelo a los moribundos.

De esas instituciones tenemos en la ciudad de Alajuela la Junta de Caridad, encargada del hospital y del cementerio; la Gota de Leche, que protege especialmente a los infantes; la Cocina Escolar, que ayuda a los escolares indigentes; la Sociedad de San Vicente de Paúl, cuya misión principal es proteger a los pobres de solemnidad; la Sociedad de San Antonio de Padua, que tiene a su cuidado los reos y los niños de primera comunión; la Cruz Roja, cuya labor principal ha consistido en atender casos de emergencia, como accidentes, epidemias, etc. y la construcción de casas baratas para pobres.

## HOSPITAL DE ALAJUELA

El hospital es uno de los orgullos legítimos de la ciudad. Es la institución de beneficencia más antigua de Alajuela. Puede decirse, sin temor a duda, que desde los fundadores hasta las personas que actualmente lo sirven, forman una legión que merece el respeto y reconocimiento de los alajuelenses, por el cariño y el esfuerzo puestos al servicio de la institución, a la cual dedicaron o dedican muchos de sus mejores entusiasmos, aun sacrificando algunas veces sus propios intereses. Esa devoción de los alajuelenses por su hospital, es la razón del progreso y eficiencia que ha alcanzado, y que lo coloca, entre los demás hospitales, como uno de los mejores y mejor servidos del país.

Se fundó en esta ciudad el año 1883, por el entonces Gobernador de la provincia don Melchor Cañas, en compañía de doña Atanasia Arrieta de Ruiz, doña Eulogia Ruiz de Castro,

doña Sérvula de Quijano, señoritas Trinidad Romero, Eva y Sofía Ruiz, Elodia Rojas, Rafaelita Ruiz y los caballeros Dr. don Roberto Cortés, don Ramón L. Cabezas, Dr. don Mariano Padilla, don Hilario Ruiz, don Joaquín Sibaja Martínez, don Ignacio Vicente Saborío, don Francisco Jinesta Aqueche, don José Ma. Sandoval y don Rafael Barquero.

La primera reunión promovida para la fundación fué celebrada en una casa vieja ocupada con una escuela de niñas y situada en el lugar en donde hoy está construído el "Teatro Municipal".

La inauguración del hospital se hizo el día 24 de octubre del año 1883 en una casa de propiedad de don Ramón González, ubicada en el cuarto de manzana en donde está hoy el local de "La Gota de Leche", frente a la casa de habitación de las hermanas Ruiz Arrieta, y fué bautizado entonces con el nombre de "Hospital de San Rafael". Este nombre fué sustituído más tarde con el de "Hospital de Alajuela", según consta en el acuerdo de la Secretaría de Beneficencia N° 52 de 20 de febrero de 1918, en el cual se establecen otros estatutos reformando los anteriores de 22 de octubre de 1890, y entre otras reformas, está la que suprime el derecho del voto a las mujeres.

Durante la Administración Presidencial de don Rafael Iglesias, se pensó en darle al hospital un edificio y un lugar más adecuados. Y el año 1895, don Rafael Iglesias personalmente y en compañía del Dr. don Roberto Cortés y de don Ramón L. Cabezas, escogieron la manzana de terreno en donde está construído el edificio actual, comprada a don Jesús Ma. Vargas por la suma de tres mil colones. Años más tarde se obtuvo el resto del potrero que colinda con el edificio y que hacen un total como de tres manzanas.

Cuenta actualmente el hospital con varios pabellones:

El pabellón principal con las siguientes salas:

- 1 sala aséptica para operaciones sucias.
- 1 sala de laboratorio.
- 1 sala de botiquín.
- 1 sala de la dirección.
- 1 sala dormitorio para el farmacéutico.
- 2 salas dormitorio para pensionistas.

Un pabellón en donde está la Sala de Cirugía.

Dos pabellones para hombres:

Uno de cirugía.

Otro de medicinas.

Cuatro pabellones para mujeres:

Uno de cirugía.

Otro de medicinas.

Otro de maternidad para pensionistas.

Otro de maternidad para pobres.

Un pabellón para la Clínica Infantil.

Un pabellón para autopsias y sala de muertos.

Un pabellón para cocina, comedor y pilas de lavar.

Un pabellón en construcción, para enfermos.

Y, además, una casita, hacia el centro del edificio, destinada a habitación de la Directora, así como amplios corredores en el interior del edificio.

Actualmente atiende el Hospital de Alajuela sesenta y tres enfermos, treinta y dos hombres y treinta y una mujeres, sin contar el Salón de Maternidad en donde atiende a seis madres y seis niños, y la Clínica Infantil que atiende actualmente catorce niños (8 niñas y 6 varones). Pensionistas no hay; lo que da un total de personas asistidas en la actualidad por el hospital de ochenta y tres.

Es conveniente y es justo presentar a los jóvenes, los nombres de las personas que han realizado obra digna y beneficiosa a la localidad, y entre ellos figuran en primera línea, como benefactores del hospital, el Dr. Roberto Cortés, don Ramón L. Cabezas, don Melchor Cañas, Pbro. don Cipriano Fuentes y Mr. John M. Keith.

Entre ellos se destaca el Dr. don Roberto Cortés, por su admirable labor, su entusiasmo, su dinamismo, su desinterés y su clara inteligencia, puestos al servicio del hospital ya como fundador, ya como Presidente de la Junta Directiva durante varios años, y sobre todo, como médico eminente, cuyos servicios profesionales fueron prestados en forma gratuita durante doce años consecutivos.

Asimismo, don Ramón L. Cabezas, quien cooperó siempre con el doctor Cortés, laboró largo tiempo en favor del hospital desde su fundación hasta el año 1924, es decir, cuarenta años de servicio en forma activa, con un celo y una devoción dignos de encomio.

Menciono estos cinco nombres de benefactores del hospital de Alajuela, porque están ya oficialmente consagrados por la Institución, al bautizar con ellos cinco de sus más importantes pabellones.

Sin embargo, hay muchos nombres de personas que han trabajado posteriormente con igual desinterés, abnegación y esfuerzo, y que son dignos también de figurar como benefactores. Entre ellos, hay uno ya desaparecido, el ilustre profesor don Elías Salazar, quien dedicó muchos de sus mejores y más puros entusiasmos al hospital, con un empeño y una abnegación merecedores del reconocimiento público.

### SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL

La Sociedad de San Vicente de Paúl de Alajuela, fué fundada en esta ciudad el 12 de junio del año 1888 por las matronas doña Cristina Guardia de Fernández, esposa del ex-Presidente de la República, don Próspero Fernández; por Miss Ada Le Capellain de Fernández, esposa de nuestro gran Reformador de la Enseñanza, don Mauro Fernández, en asocio de doña Esmeralda Lara de Gamboa, doña Atanasia Arrieta de Ruiz, doña Belisa Calderón de Frutos, doña Sergia de Agüero, doña María de Jaramillo, doña Teodosia García de Sibaja, doña Sofía Ruiz de Cagigal, doña Teresita Martín de Fonseca, doña Mariquita Solórzano de Castro, y señoritas Salvadora Cabezas, Rafaelita Ruiz, Josefina y Belarmina Gamboa, Pacífica y Rosenda Ocampo y Balvanera Castro.

La primera reunión fué celebrada en casa de don Manuel Soto Lara, hoy casa de don Cipriano Ardón, frente al costado Sur de la Catedral, y continuaron luego celebrando sesión en casa de don Bernardo Soto, esquina opuesta a "La Escuela Blanca", ocupada hoy con Kindergarden por las monjas salesianas.

La Sociedad se mantuvo en un principio por medio de cuotas mensuales que se colectaban en la población; con donativos de particulares y con el producto de veladas y fiestas de beneficencia que organizaban las Directivas de la Sociedad, y que la ciudad acogía con bastante entusiasmo.

La misión principal de la Sociedad de San Vicente de Paúl, es la de practicar la caridad a domicilio, protegiendo a los pobres de solemnidad o vergonzantes, especialmente viudas, huérfanos y ancianos.

Doña Cristina Guardia de Fernández obsequiaba las violetas de su jardín para ser vendidas a beneficio de la Sociedad, y hubo años de obtenerse un producto hasta de cien colones.

Desde un principio, esta Sociedad ha tenido entre sus simpatizadores, a personas generosas que le han hecho donativos por sumas considerables. Don Bernardo Soto obsequió, por mucho tiempo, con el valor de un novillo en cada una de las partidas de ganado que semanalmente traía del Guanacaste. Don Ventura Cordero donó un lote de terreno, de un cuarto de manzana, situado en la calle de Guardia, frente a la "Imprenta Sibaja", que fué vendido por la Sociedad para la compra de la imagen y el altar de San Vicente de Paúl.

Hoy se sostiene la Sociedad precisamente con los donativos que a continuación se especifican, que montan a la suma de doce mil trescientos colones, suma consolidada en el Municipio de este cantón. Este capital se tiene gracias a la benefactora señorita Pilar Quesada, quien donó diez mil colones; a don Rolf Soto, quien donó dos mil colones de los cuales sólo un mil engrosaron el capital anterior, pues los otros mil fueron distribuidos en menesteres de los mismos pobres de la Sociedad, de acuerdo con el albacea don Maurilio Soto Alfaro; a doña Cristina Guardia de Fernández, quien donó quinientos colones; a don Ascensión Esquivel, quien donó quinientos colones, y el resto, una persona anónima, que nunca ha querido dar su nombre. Con los intereses de este capital, algunas contribuciones limitadas de particulares y una subvención municipal, se protegen actualmente sesenta pobres de solemnidad, suma insuficiente para auxiliar a tanto pobre como tiene la ciudad, especialmente en esta hora de crisis mundial.

Recientemente, el Dr. don Joaquín Berrocal obsequió a la Sociedad con quinientos colones, que fueron distribuidos entre los pobres en forma de frazadas y prendas de vestir.

En orden cronológico y hasta esta fecha, se han sucedido las siguientes Directivas:

Presidentas: doña Cristina de Fernández, doña Sergia de Agüero, señorita Rafaelita Ruiz, doña Cecilia Cantón de Soto, señorita Tranquilina Vargas y doña Dolores Cabezas de Saborío (12 años).

Secretarias: Señoritas Balvanera Castro, Cristina Casorla, Lola Mora, María E. Cabezas (23 años), Leita Rodríguez y Alicia Carrillo.

Tesoreras: Señoritas Catarina Ortiz, Salvadora Cabezas, Elena Saborío, María Saborío, Teresa Soto e Isolina Herrera.

Sindico con personería legal; don Ramón L. Cabezas (lleva 29 años de servir el cargo).

Con verdadero placer, y haciendo justicia al mérito, menciono de modo especial los empeños, el desinterés y la excelente labor realizada por la señorita Tranquilina Vargas en favor de la Sociedad de San Vicente de Paúl de esta ciudad. No encuentro frases con qué hacer un elogio como ella lo merece, y creo de justicia declararla Benefactora de dicha Institución.

Con motivo de la creación de la nueva Diócesis de Alajuela, se formó el Consejo Central Diocesano de San Vicente de Paúl, que controla todas las sociedades de San Vicente de la Diócesis. Este Consejo fué fundado el día veintiuno de diciembre de mil novecientos veinticuatro, según consta en el acta respectiva, y que literalmente dice:

“A las dos de la tarde del veintiuno de diciembre de mil novecientos veinticuatro, reunidos en el Palacio Episcopal las siguientes personas: Ilustrísimo Señor Obispo de esta Diócesis, doña Dolores de Saborío, doña Felicia de Jiménez, Srtas. Tranquilina Vargas, Etelvina Sibaja, Emilia Saborío y Chabela Sibaja García, con el objeto de nombrar e instalar el Consejo Central Diocesano de la Sociedad de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paúl de Alajuela, cuya creación es consecuencia necesaria de la división de la Diócesis de Costa Rica, Consejo que llevará la supervigilancia y dirección suprema de todas las Sociedades de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paúl de la Diócesis de Alajuela, separadas en adelante del Consejo Central de San José.

## I

El Ilustrísimo Señor Obispo de Alajuela, designó las personas que integran el citado Consejo, así:

Presidenta, señorita Tranquilina Vargas.

Vicepresidenta, señorita Etelvina Sibaja.

Secretaria, señorita Adelia Sibaja.

Prosecretaria, señorita Chabela Sibaja García.

Tesorera, doña Felicia de Jiménez.

Pro-Tesorera, señorita Emilia Saborío Cabezas.

## LA GOTA DE LECHE

La Gota de Leche es otra institución altruista y humanitaria, creada con el fin de alimentar a los niños pobres, instruir a las madres en su misión y levantar el nivel moral de ambos.

Fué fundada en Alajuela, a iniciativa de distinguidas señoras de San José. Don Salomón Castro y su digna compañera doña Amelia Luján de Castro, con admirable entusiasmo, promovieron las primeras reuniones privadas para la fundación de la Gota de Leche, y el día 20 de setiembre de 1914 se efectuó la sesión pública de inauguración en el salón de sesiones del Centro Obrero, propiedad de doña María Solórzano v. de Castro, hoy solar de la casa de habitación del Lic. don Hernán Chacón.

Figuran como fundadoras: doña María Fernández de Tinoco, doña Amparo de Zeledón; señorita Flora Field, en asocio de distinguidas señoras, señoritas y caballeros de la ciudad.

En el acto de inauguración, el profesor don Juan Rafael Meoño pronunció un discurso de apertura, y en frases delicadas expuso el objeto de la reunión, haciendo un llamamiento a la generosidad de la sociedad de Alajuela para que colaborara en esta obra de caridad.

Electa la primera Directiva, resultó integrada en la forma siguiente:

Presidenta, doña Jesusita García de Acosta.

Vice-Presidenta, señorita María E. Cabezas.

Secretarias, señoritas Mercedes Chacón y Marina Acosta.

Tesorero, don Ramón L. Cabezas.

Presidente honorario, Profesor don Salomón Castro.

Médico del establecimiento, doctor don Manuel Cabezas.

El violinista don Longino Soto, animado del muy noble propósito de ayudar a la fundación de la Gota de Leche de Alajuela, organizó una velada en San José, prestando él mismo su contingente artístico, y el producto de dicha velada fué entregado al Tesorero por el mismo señor Soto, en compañía de doña Amparo de Zeledón y doña María de Tinoco.

Doña Jesusita de Acosta, trabajó como nadie para sostener la Institución en los tiempos más difíciles, y debido a los esfuerzos de tan distinguida matrona, la institución se fué fortaleciendo.

La sustituyó como Presidenta, doña Isabel Soto de Agüero, digna sucesora de doña Jesusita, quien laboró con tal cariño y entusiasmo, que gracias a sus activas gestiones cuenta hoy la Gota de Leche con casa propia y con mayores comodidades.

Actualmente está al frente de esa institución, la señorita Adelia Sibaja, en sustitución de doña Isabel de Agüero, quien por motivo de duelo, solicitó su retiro. La señorita Sibaja trabaja con verdadera actividad, atendiendo a las madres y a los niños

con la misma solicitud y cariño como lo hacía doña Isabel de Agüero.

La Gota de Leche tiene a su servicio una autoridad médica que da instrucciones a las madres, atiende a los infantes y cuyas prescripciones deben ser atendidas de un modo absoluto. Este servicio médico lo ha estado atendiendo desde su fundación, y en una forma absolutamente gratuita, el doctor don Manuel Cabezas. La buena voluntad, el desinterés y el exacto cumplimiento del deber como médico de la Institución, es digno de todo aplauso.

La Institución siempre se ha sostenido con una suma obsequiada por el Gobierno, otra que le da la Municipalidad, y con limitadas contribuciones de particulares.

Actualmente tiene las siguientes entradas:

	Mensuales
Subvención del Gobierno . . . . .	₡ 325 00
Subvención Municipal . . . . .	25 00
Contribuciones de particulares . . . . .	10 00

Y además, la contribución de las madres favorecidas, que pagan veinticinco céntimos por semana, y el impuesto sobre la harina, que oscila entre cincuenta y ochenta colones mensuales, según la importación de dicho artículo.

La Gota de Leche atiende ahora treinta y seis (36) niños, cada uno de los cuales recibe de cuatro a ocho botellitas de leche esterilizada, según la edad del niño.

## COCINA ESCOLAR

Tócame ahora hablarles de los escolares pobres. Hay muchos niños que llegan a las escuelas por la mañana sin haber desayunado, sin haber tomado siquiera una taza de café, y que luego van a la casa a encontrar un almuerzo miserable, el cual no les permite reponer la energía gastada. Ese cuadro doloroso lo hemos constatado todos los que hemos trabajado en la escuela primaria.

El año 1914, a iniciativa de la bondadosa Directora de la Escuela Mixta de Párvulos, doña Anáís de Calvo, y de su Personal, se fundó en esta ciudad la Cocina Escolar, con el objeto de dar almuerzo a los escolares muy pobres.

En esa fecha, la institución se mantuvo con una subvención de la Junta Escolar de esta ciudad de ₡ 15.00, y con algunas contribuciones de particulares generosos.



El año 1916, el Municipio subvencionó a la Cocina Escolar con la suma de ₡ 30.00, subvención que se ha estado dando hasta el presente. Con esa ayuda se logró dar almuerzo a 25 niños.

El primer Presidente de la Institución fué el Profesor don Elías Salazar; luego se nombró a don Rogelio Ruiz, después a doña Emelina de Solórzano, y por último, en el año 1920, se nombró a la señorita Lola González, quien ha estado y está fuu- giendo desde entonces.

En el año 1921, la señorita González consiguió una subven- ción con el Gobierno de ₡ 50.00, lo que le permitió aumentar a 80 el número de niños favorecidos con el almuerzo.

Posteriormente, en el año 1925, dicha señorita logró, gra- cias a sus activas gestiones, que el Gobierno aumentara la sub- vención en ₡ 100.00. Como consecuencia de este aumento, el nú- mero de niños beneficiados aumentó hasta 120.

En ese mismo año, la Junta de Educación suspendió la sub- vención de ₡ 15.00; después el Gobierno, en el año 1929, supri- mió también la subvención de cien colones y la Institución ha venido a menos, con grave peligro de ser cerrada de un momento a otro.

Sin embargo, debido a la subvención municipal y a la con- tribución de algunas persona comprensivas y generosas de la ciudad, la Cocina Escolar se ha sostenido, desde luego con las limitaciones y dificultades consiguientes.

La Directiva actual está integrada así:

Presidenta, señorita Lola González.

Vice-Presidenta, señorita Oliva Altamirano.

Tesorera, señorita Elisa Soto.

Secretaria, señorita Matilde Barrantes.

Vocales: doña Lilia de Soto y señorita Fidelina Porras.

La Cocina Escolar carece de local propio. Se instaló pri- mero en la Escuela de Párvulos, hoy casa del Obispo, esquina opuesta al Parque Central. Después pasó al "Hospital Viejo". Luego a la "Escuela Verde", y por último a la casa de don José Figueredo, hoy propiedad de don José Barrantes.

## CRUZ ROJA DE ALAJUELA

Esta Institución de Beneficencia es la más nueva de las que tiene la ciudad. Fué fundada oficialmente en Alajuela, el 18 de octubre de 1922, con la siguiente Directiva:

Presidente, don José Joaquín Sibaja García.

Vice-Presidente, Dr. don Manuel Cabezas Barquero.

Secretario, don Carlos Calvo Fernández.

Tesorero, don José Figuer del Valle.

Fiscal, don Carlos Arroyo.

Vocales: don Eusebio Rodríguez Quesada, don Luis Dobles Segreda, don Luis Castaing Alfaro y don Pompilio Ruiz Arrieta.

La labor realizada por el Comité de la Cruz Roja de Alajuela es la siguiente: construcción de 16 casas baratas para pobres, vendidas a un módico precio y sin intereses. Trabajo de vacuna en tiempos de la epidemia de viruela recién pasada. En esta emergencia, este comité colaboró muy eficazmente, vacunando no solamente las gentes de la ciudad, sino también en lugares apartados de la provincia, con sueros obsequiados por la Cruz Roja Americana. En estas tareas trabajó empeñosamente el señor Warren H. Mory.

El Congreso, recientemente, donó al Comité de la Cruz Roja de Alajuela el lote denominado "Hospital Viejo", y este comité mantiene la esperanza de poder construir dentro de poco tiempo la Clínica Infantil de esta ciudad.

Hay, además, un Comité Auxiliar de Damas de Alajuela, cuya Directiva es la siguiente:

Presidenta, doña Nelly de Martínez.

Vicepresidenta, doña Virginia Salazar de Quesada.

Secretaria, señorita Alice Martínez.

Tesorera, señorita Fidelina Porras.

*Francisco González Sibaja*

Alajuela 12 de octubre de 1932.

Nota: Actualmente (1934) funcionan en la ciudad de Alajuela, además de las instituciones citadas, otras dos: el Comedor de don Bosco, de las Hermanas Salesianas, y el Refectorio Infantil, dependencia del Patronato Nacional de la Infancia. Protegen a más de doscientos niños.

## RECONSTRUCCION DE LAS PALABRAS DICHAS POR AURELIO SALAZAR ACERCA DE PROBLEMAS ALAJUELENSES

Por honrosa designación del señor Director del Instituto, tócame cerrar este ciclo de conferencias referentes a las manifestaciones de la vida ciudadana de Alajuela durante su primer siglo y medio de existencia.

Sin pretensión de hacer una verdadera conferencia acerca de varios de los problemas que ha resuelto y que ha de resolver nuestra Municipalidad, sino más bien con la intención de avivar en vosotros, jóvenes alumnos del Instituto, el interés que todo buen ciudadano debe sentir por el lugar donde ha nacido, voy a conversaros hoy de algunos de nuestros asuntos públicos. Sin tiempo para hacer acopio de datos, de fechas ni de cifras, sólo voy a tratar de esbozar ideas que puedan servirnos, cuando os toque resolver tales asuntos o cuando opinéis acerca de los mismos. para tener por lo menos un conocimiento de conjunto sobre ellos. No esperéis frases bellas como las de ayer. Ayer os habló el Profesor Sánchez Bonilla de la época en la cual los jóvenes enamorados, al pie de los naranjos florecidos de la Calle Real o del balcón de la dama de sus pensamientos, entonaban, con acompañamiento de guitarras, al arrullo de la brisa vespertina o al claro rayo de la luna, canciones improvisadas; este Crisóstomo del Instituto os habló en nombre del espíritu de nuestra tierra; hoy os hablará la materia; ayer fué el nunca bien ponderado Manchego Hidalgo, quien pasó por esta sala; hoy es Sancho Panza.

*Nuestra cañería.*—Tenemos agua pura y abundante en toda la ciudad; pura, sin necesidad de filtros caros, ni de plantas de cloro; abundante hasta la saciedad. Conozco ciudades en donde, con una población de decenas de veces mayor que la nuestra, se vende en la actualidad, por las calles, el agua potable. Quien quiera tomarla abundantemente ha de pagar una considerable suma de dinero. Aquí la desperdiciamos sin consideración; hay casas en las cuales las llaves de la cañería están chorreando continuamente y el agua purísima se pierde por los desagües y va a parar a las inmundas acequias, sin que nadie haga el menor gesto para que ese atentado termine. Fué necesario que la

Municipalidad interviniera para que varias personas dejaran de regar huertas que tenían en las afueras de la ciudad con nuestra preciosa agua de las fuentes de San Isidro.

La tasa que los vecinos pagan en Alajuela por el servicio de agua es insignificante, si se la compara con las ventajas que de él derivan; por cada paja de agua se paga menos de cinco céntimos al día.

Hace muchos años también en nuestra ciudad se vendía agua, de La Maravilla, por las calles, y persona hubo que inició la formación de un respetable capital con ese pingüe negocio.

Era don Tomás Guardia Presidente de la República cuando se puso la cañería de los tanques viejos; en ellos hay grabada una fecha: 1880. El agua se tomó del río Ciruelas y es de no muy buena calidad; lo que sí es de excelente calidad es la tubería que fué pedida a Glasgow, aún hoy están completamente sanos los tubos que distribuyen el agua por toda la ciudad y que son de aquella fecha. Un señor fontanero me decía que cuando se va a hacer una nueva conexión, al perforarlos, las brocas de los mejores aceros se quieren quebrar. Esos tubos son de hierro fundido.

Durante la primera administración de don Cleto se pensó en mejorar la calidad del agua y se hicieron los estudios necesarios para traerla de donde hoy se toma: de las fuentes de San Isidro. Esta nueva cañería costó una fuerte suma de dinero y el agua es magnífica. La tubería que la conduce a los tanques de distribución de Canoas, es de mala calidad. La casa que la fabricó cumplió como buena con su compromiso, pues los tubos han prestado servicio durante un lapso mucho mayor del que la casa garantizó; son tubos de acero en forma espiral, y se encuentran en tan mal estado, que continuamente se están rompiendo. Con sólo darles una patada se hacen polvo; pareciera que se mantienen todavía en servicio, por milagro. Con un temblor de tierra un poco fuerte, es casi seguro que toda la tubería dicha se destruiría totalmente y nos quedaríamos sin agua pura por espacio de mucho tiempo. La Municipalidad debe afrontar este problema con energía, tanto por el aspecto higiénico, como por el económico. En la actualidad hay nombrada aquí una Junta de Cañería, integrada por personas honorables, activas e inteligentes, de la cual debemos esperar mucho bueno y tenemos que disponerlos a ayudarles para que resuelvan lo mejor posible este problema de nuestra cañería, que es, sin lugar a duda, de suma trascendencia para nosotros. Llevad a vuestras casas estas inquietu-

des para que los mayores aporten también su contingente, aunque sólo sea de opinión, para resolverlo.

Don Manuel Jirado, excelente fontanero que sirvió ese puesto municipal durante mucho tiempo, me decía un día de éstos que no debiéramos abandonar los tanques viejos, que casi por completo lo están actualmente, pues en caso de un desastre completo de la tubería de San Isidro, el agua del Ciruelas puede suplir a la que tenemos ahora, por lo menos para los usos domésticos de limpieza, y aún para beberla, siempre que sea sometida a un procedimiento físico o químico que destruya las bacterias de que está contaminada.

No he de terminar estas breves consideraciones acerca del problema de nuestra cañería sin decirnos que son muy contados los países que, proporcionalmente al número de habitantes, y a su capacidad económica, tienen tantas cañerías como nosotros. Aquí se las encuentra hasta en barrios pobrísimo, que casi no valen lo que ellas; pero es que ha habido principalmente dos gobernantes que se han preocupado intensamente por establecerlas en todo el país: don Cleto González Viquez y don Ricardo Jiménez. Naciones grandes, entre ellas Potencias de Primer Orden, carecen de esta profusión de agua, no poseen este don, cuya importancia primordial sólo se puede apreciar cuando por cualquier causa se descomponen la cañería.

*Cloacas.*—El bien recordado Dr. don Roberto Cortés, médico eminente a quien Alajuela mucho debe, opinaba que ninguna ciudad hay como ésta para establecer su sistema de cloacas, por su desnivel.

Todos nosotros conocemos perfectamente el sistema empírico de acequias que cruzan casi todas las manzanas que forman nuestra ciudad, recogiendo al paso las aguas sucias del servicio doméstico e infinidad de inmundicias. Sería relativamente fácil y barato canalizar esas acequias y establecer en ellas las cloacas. Alajuela sería un lugar muy sano quitándole esas zanjias infectas, criaderos de zancudos, a donde va a dar cuanta cosa vieja y sucia sale del interior de nuestras casas.

Otras ciudades del país han construido sus cloacas con mayores dificultades de las que tendríamos nosotros para hacerlas; pero no parece que este vital problema higiénico preocupe grandemente a los llamados a resolverlo.

Nuestro actual Secretario de Fomento, el Lic. don León Cortés, de ello estoy casi seguro, nos ayudaría ampliamente para

resolver este asunto y la preocupación ciudadana de su señor padre, ya no lo sería de sus nietos; pero estamos en la obligación de plantearle el problema y de pedirle que nos ayude a resolverlo; nadie se mueve, nadie habla, nadie pide. Esta pereza mental nos tiene momificados. Y permanecemos en un estado de abandono incomprensible, sin esforzarnos por colocarnos al nivel de las ciudades limpias.

*Alumbrado.*—Un viejo, viejo amigo mío, me contó que el farolero de Alajuela se llamaba Toribio Jara. Y este don Toribio, cuando algún muchacho le faltaba al respeto, se soltaba los pantalones, y con el mecate con que se los amarraba, doblado, les daba un tunda y luego les decía: “Vaya dígame a su *tata* que le pegué por malcriado”. Esto posiblemente pasaba allá por los dorados tiempos en que los naranjos de Gonzalo Sánchez estaban chiquitos. Lo cierto es que aquí había faroles de canfín y que el farolero los encendía todas las noches. Yo no recuerdo esto; pero lo que sí recuerdo perfectamente es que había en nuestra ciudad, cuando yo me criaba, la mejor luz de arco que he visto en mi vida: alumbraba casi como si fuera de día. La fuerza eléctrica era traída de la planta de Río Segundo, de Mendiola. Esa luz, por motivos que ignoro, fué quitada y se estableció en el río Itiquís nuestra pequeña planta municipal, que desde que se instaló hasta nuestros días, ha sido un perfecto elefante blanco para la Municipalidad: nunca ha servido para lo que fué creada. Tan mala era la luz que Alajuela tuvo por espacio de varios lustros, que uno de nuestros satíricos dijo que las luces públicas semejaban cincos de achote colgando de los postes. Hubo necesidad de contratar con don Felipe J. Alvarado, entonces dueño de la planta de Río Segundo, el suministro de corriente eléctrica para ayudar a medio alumbrar nuestras calles y nuestras casas. Naturalmente, la Municipalidad tenía que pagar una fuerte suma por el servicio que el señor Alvarado suministraba. Así las cosas, y siendo Presidente de nuestra Municipalidad el Lic. don León Cortés, se pensó en dotarnos de buena luz y de corriente bastante para la calefacción y la fuerza motriz que se demandaran. Muchas y muy intrincadas cosas pasaron alrededor de este negociado. Al fin se contrató con una casa alemana la construcción de la hermosa planta del Cacao, que tenemos hoy. Costó un poco más de un millón de colones.

La tarifa por la cual se cobra el servicio de corriente eléctrica no puede ser más baja; sin embargo, el público querría

una todavía más barata. En verdad, como empresa productiva, comercialmente hablando, la planta del Cacao es un desastre para la Municipalidad. Este año dejará una pérdida aproximada de diez mil colones. No es el fin de lucro lo que la Corporación Municipal ha de contemplar en estos asuntos; pero debemos los alajuelenses procurar pagar nuestra propia planta. No debemos negar nuestra colaboración para que entre a las arcas municipales, en concepto de servicio de corriente eléctrica, por lo menos una suma igual a la que les sale en amortización e intereses del empréstito que hubo que hacer para pagar la planta, los gastos por sueldos de los empleados y por las reparaciones que necesariamente hay que hacer en los aparatos y en las líneas transmisoras.

Debo hacer constar aquí que el pasado Gobierno del señor González Víquez pagó varios centenares de miles de colones de la deuda que la Municipalidad se echó encima por la construcción de la planta del Cacao.

*Mercado.*—En la manzana del mercado, hace muchos, muchos años, había varias casas. En la esquina que ocupa la tienda actual de don Juan Zamora, por ejemplo, estuvo el Cuartel viejo, y también el Instituto.

Una vez hubo un huracán; se llevó por los aires un viejo galerón de zinc que tapaba el mercado de esta ciudad; parecía el galerón, con los postes que lo sustentaban moviéndose como patas de gallina, cosa viva. No le pasó nada a nadie. El galerón fué a parar allá por el matadero municipal, y hubo que ordenar la construcción del mercado que en la actualidad tenemos. Se ha hecho algo: se han construído algunas piezas. Es el mercado una de las dependencias municipales que mejor renta producen. Sin embargo está mal organizado y se ha quedado muy atrás de los mercados modernos. Es un mercado siglo XIX. Su higiene, especialmente, deja mucho que desear. Hay la idea de bouar la parte ocupada por las carnicerías y construir locales para ese objeto, que reúnan los adelantos modernos de la higiene y se ajusten a las prescripciones del Reglamento de Carnicerías vigente.

*Plaza de ganado.*—El mercado de ganado se halla regularmente establecido en nuestra ciudad. Como negocio es malo, si se atiende al costo de construcción, a su administración y a las reparaciones que constantemente hay que hacerle; pero para la

comunidad sí tiene importancia su mantenimiento, pues cada lunes hay buena afluencia de comerciantes que a esta plaza vienen a hacer sus transacciones y entonces hay movimiento, hay vida. Este es un capítulo interesante, y los que en el futuro manejen los asuntos públicos de Alajuela deben pensar en intensificar el comercio de ganado de nuestra plaza, ya que la ganadería es una industria de gran porvenir para las regiones del Norte de nuestra provincia.

*Finanzas.*—Mal anda de finanzas nuestra Municipalidad. Su deuda flotante es muy grande. Las rentas han disminuído en proporción alarmante con la crisis que sufrimos. No esperéis que los nuevos munícipes que pronto se han de elegir puedan emprender en obras de gran aliento. La actual Municipalidad, a la que me honro en pertenecer, en una labor paciente, silenciosa, de la más sana intención, labor opaca, de esas que no se ven, ha tenido que soportar días de angustia económica. Hemos procurado disminuir la deuda flotante y esperamos dejar completamente saneado el crédito de la Corporación y arregladas todas las cuentas, para entregarlas muy claras a nuestros sucesores, siguiendo el sano adagio popular de “las cuentas claras y el chocolate espeso”. Nuestra labor puede haber sido juzgada con dureza por algunos, sea por apasionamiento político o por cualesquiera otros motivos que no es el caso analizar aquí; pero sostengo que si bien nuestra labor no ha sido lucida sí ha sido paciente trabajo de hormiguita, que en previsión de peores tiempos, nos sometimos a régimen de orden y economía: pudimos mantener todos los servicios, municipales sin echar mano al socorrido medio de rebajar sueldos de empleados y sin recurrir al crédito; rebajamos la deuda en más de cincuenta mil colones. Es cierto que no hemos hecho obras en la ciudad; sí las hemos hecho en algunas de los otros distritos y allí están.

Muchos otros temas se podrían tratar en esta plática; pero voy sintiendo que os he fastidiado lo bastante con esta larga exposición de asuntos. Mi deber era hacerlo, pues tal fué la orden que con su gentileza habitual me dió mi Director; he procurado cumplirla bien.

Si lo que os he dicho despierta en uno siquiera de vosotros algún interés por los asuntos locales, bien empleado ha sido vuestro tiempo. Si no ha sido así, lo siento mucho.



## APUNTES PARA LA HISTORIA DEL DESENVOLVIMIENTO DE LA CULTURA EN ALAJUELA

### *A.—Noticia sobre el periodismo alajuelense*

El periodismo en provincias nunca ha sido constante. Las publicaciones que se han hecho tienen carácter esporádico, circunstancial. Obedecen más bien a situaciones precisas, de oportunidad; necesidades que una vez satisfechas, o perdida su actualidad, quitan motivo y, por consiguiente, obligan su conclusión. Además, no existe en provincias el movimiento, la actividad, la urgencia que responda a una publicación estable. Todo se concentra y resuelve en la capital, y las noticias e intereses del país tienen su foco irradiador en San José.

Por otra parte, nuestra patria es bien pequeña: el Lic. don Cleto González Víquez ha dicho que la historia de Costa Rica se puede escribir en una boleta de cigarrillo, y con eso anduvo corto, porque no sólo su historia, sino el territorio nacional bien cabría en una boleta de cigarrillo. De modo que el periodismo es casi nulo en saliendo de la ciudad capitalina. Por eso nuestros periódicos viven apenas su infancia y, en ocasiones, no alcanzan ni el primer aniversario. Sin embargo, algo deja la historia de la ciudad en su haber. Veámoslo:

La nota más antigua que he podido recoger data del año 1834, fecha 26 de abril, cuando se publica "Noticioso Universal", que dirige don Joaquín Bernardo Calvo, y cuyo número 95 me ha sido mostrado. Del número 70 al 115 fueron publicados en Alajuela, y es una gloria para nuestra ciudad haber contribuido así al primer periódico publicado en Costa Rica, hace ya un siglo. (Ver "Repertorio Americano", tomo XXVI, N.º 1).

En 1868, don Ricardo Casorla publica *El Porvenir*. En 1877 aparece *El Cencerro*, del cáustico don León Fernández. Periódico de política local, combativo como su director. En 1880 se publica *El Tambor*, dirigido por don Jesús Marcelino Pacheco. El 91 don Luis Castaing A., da a la publicidad su *11 de Abril*, informativo, a ratos politiquero.

Siete años después, en el 98, cuando la ciudad sufrió largo y desesperante sitio a causa de la epidemia de fiebre amarilla, que obligó a los alajuelenses a vivir casi encerrados en sus casas, varias personas, entre ellas don Aristides Agüero, don Luis Castaing y don Juan Cumplido, caricaturista y pintor, imprimieron

en polígrafo una hoja que intitulaban *La Fiebre Amarilla*, en la cual ridiculizaban las figuras principales de la localidad y hacían broma de todo. De paso conviene advertir que ese señor Cumplido fué quien pintó la boca del escenario del desaparecido Teatro Municipal.

En 1889, al alborear el siglo actual, ve la publicidad un efímero periódico escrito por escolares, con la colaboración de algunos viejos. Se llamaba *La Justicia* y entre sus principales redactores estaban don Adán Saborío y don Antonio Padilla. Apenas vivió dos meses, es decir, murió al nacer.

Nos visita *El Poás* en 1904, dirigido por don Tranquilino Chacón y don Gonzalo Sánchez Bonilla. Se eclipsa pronto.

En 1909, con motivo de la campaña política previa a la primera exaltación presidencial del Lic. don Ricardo Jiménez Oreamuno, sale a luz *La Hoja Popular*, que dirige don Tranquilino Chacón. Es una publicación de oportunidad, al servicio de los intereses provincianos del Partido Jimenista de entonces. Con las elecciones y el triunfo dejó, como era natural, de publicarse.

Una revista para niños aparece en 1912. La única que se ha publicado en Alajuela. La dirigieron don Gonzalo Sánchez Bonilla y don Francisco Solórzano, y se llamaba *Jardín de los Niños*.

En ese mismo año, dirigido por el mismo Sánchez Bonilla, se publica *El Heraldo de Alajuela*.

Dos años antes, en 1910, se sirve a los alajuelenses con un nuevo periódico, *El Correo del Poás*, que redactan don Raúl Acosta y don Carlos Calvo Fernández. Dícenme que de las publicaciones de Alajuela es de las que más vida han alcanzado.

En 1914 don Raúl Agüero lanza su hoja *La Opinión*.

En 1920 vuelve otra vez don Gonzalo Sánchez Bonilla a su querer y nos obsequia con *La Razón*. Aguanta unos pocos días y luego se esfuma.

Un año después el profesor español don José Figuer del Valle saca *El Eco de Alajuela*.

En 1928 nace *La Provincia*, gracias al esfuerzo de don Warren H. Mory, don Ricardo Reyes Vargas y don Antonio Padilla.

Ultimamente y con ocasión de la política para diputados de 1934, don Ezequiel Fonseca Martín distribuye su hoja *El Tambor Alajuelense*.

Y hasta aquí los datos que he podido recoger sobre periodismo alajuelense.

Sé que mucho queda en lagunas y que investigaciones más detenidas, con menor angustia de tiempo, llenarán las deficien-

cias del presente trabajo. Cumple, pues, a los estudiosos de la ciudad empeñarse en ello y así completar la labor que ahora queda iniciada.

*B.—La evolución de la enseñanza primaria*

Los presentes apuntes son esbozo apenas de un trabajo mayor que debiera llevar a término alguien mejor capacitado que yo.

Y el momento es oportuno, urgente, pues pronto no habrá personas con quienes consultar; los ancianos de hoy son los únicos testimonios fehacientes de que puede disponer la historia de Alajuela para este capítulo de su educación pública. Sabemos que sobre el particular casi nada se conserva escrito y que solamente pueden informar la tradición y la memoria populares; pero éstas, cuán raras y contradictorias!

Sin embargo, recogiendo aquí un ovillo, allá otro y acullá otros puédesese reconstruir el telar: del concurso de todos los hilos saldrá la tela, bien que con algunos remiendos, pero al fin completa. Pero es labor de estudio paciente, de cariñosa perseverancia y, sobre todo, de tiempo. Muchas fechas faltan, muchos nombres quedarán en el olvido. Y es natural: he consultado a los ancianos de la ciudad y su memoria, como sus cuerpos, tiembla y se debilita. Estas notas son, pues, el fruto de una rápida excursión por la escuela de ayer: con su deficiencia, su estrechez, su ingenua pedagogía, pero que acusa, a pesar de todo, un noble deseo de servir cumpliéndose con largueza el hermoso ideal de dar, siempre dar, aunque ello no valga para el premio.

Pobre el edificio, pobre el aula y el mueble, escasa la asistencia, inadecuados el método y el texto, lenta y rutinaria la enseñanza, es cierto, en la vieja escuela de nuestras abuelas; pero en medio de todo se descubre una gran paciencia, un desprendimiento personal y un generoso espíritu de sacrificio y de lucha en los maestros que sirvieron las primeras escuelas de Alajuela.

Se aprendía de un modo automático; por un lado, la oración, que es pan del corazón; y de otro, la disciplina, que es sal del carácter. Era una enseñanza sencilla y mínima, en apariencia, pero qué profunda en esencia: el sentimiento y la voluntad preparados para la lucha! Nada de complejos reglamentos, de severos principios, de extensos programas; todo simple, al alcance de la más inmediata realidad; todo se reducía al cultivo de la voluntad para el vivir.

¿Y la pedagogía, la psicología, todo el expediente, en fin, de la moderna ciencia de educar?—preguntarán los doctos. Nada de eso: así como su existencia, sencilla y sin mayores inquietudes, era la escuela de los viejos. ¿Problemas de disciplina? Bastaba con la lógica persuasiva de un oportuno tirón de orejas y, en caso extremo, la autoridad infalible de la palmeta. De este modo se aprendía, sin vanos circunloquios, que la vida es dura, que la vida cuesta y da dolores más que monedas.

Eran tiempos de pobreza y de recio vivir. Escuelas había donde sus alumnos debían cargar su propio banquillo; campana? un pedazo de hierro oxidado; reloj?, alguno de procedencia guatemalteca, o el camino diario del sol; horario?, para qué? si en ocasiones la lección duraba toda la mañana, mitad recitando el catecismo y mitad dando coscorrones la maestra. Algunas escuelas menos humildes exigían matrícula mensual que no pasaba de \$ 0.50 de los buenos pesos de entonces, de aquellos pesos que bastaban para surtir con uno solo el “diario” de toda la familia y aún sobraba para la viejita mendigante, la vela del santo y la alcancía de la iglesia. Es la época del catecismo de Ripalda, de la maestra Rudescinda, de la “niña Pilar”....

A principios del siglo XIX, que es hasta donde alcanzan mis investigaciones, el estado de la educación pública en Alajuela era muy raquítico, el movimiento escolar casi nulo, pues la acción del Gobierno colonial puede asegurarse que siempre brilló por su ausencia, y la escasa iniciativa particular era tan limitada que su influencia no pasaba de sus parroquiales alrededores. Consistía, en general, en instalaciones domésticas ayunas de comodidad, exentas de mérito pedagógico, reduciéndose su labor al aprendizaje del catecismo y algunas nociones de primeras letras y operaciones fundamentales. Y años atrás, cuando la pobreza era situación común de las familias, se remuneraba al maestro con “manos” de cacao: una por lección. Esas “manos” se componían de cinco granos cada una. De manera que el maestro bien podía satisfacerse con una espumosa taza de chocolate, pero no le era permitido saborear una de café, de este café que saboreamos en la tierra del “mejor café del mundo”. A él le corresponde el galardón de haber sembrado las primeras semillas y obtenido de aquel medio aún virgen, las primeras espigas.

En 1805 podían contarse en la naciente población de Alajuela sólo cinco personas que supieran leer y escribir, y de ellas, confiesa la tradición, tres escribían tan mal que era difícil entender sus escritos; seguramente no habían pasado de los “palotes”.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALAJUELA

Ya en 1806 algunos vecinos trataban de contribuir para el sostenimiento de un maestro, es decir, una escuela, que viene a ser, en cierto modo, un modesto intento de escuela pública. ¿Se llevó a cabo tan laudable propósito? No lo he podido saber; la noticia me ha sido dada sin detalles. Pero se comprende que ya en el albor de la centuria pasada, el vecindario alajuelense deja huella de su preocupación por la enseñanza.

Sin poder atestiguar el tiempo exacto, parece ser que la primera maestra que, como tal se recuerda, lo fué una señora llamada Ana Rosa Lombardo. No se citan colaboradores, pero es seguro que los tuviera y que su memoria, como sus cuerpos, hace muchos años haya buscado el asilo de la tumba.

No es sino en los días inmediatamente posteriores a la independencia cuando se inicia en Alajuela la construcción de la primera escuela formalmente pública. En setiembre de 1821 los bronces del colonial Cabildo de Guatemala echaron a vuelo un himno de libertad que llegó hasta nosotros como inesperada ofrenda de los Hados. Un año escaso después la Junta Gubernativa de Costa Rica—ambulante a la sazón—considerando que la “instrucción pública es la base y principal fundamento de la felicidad humana y prosperidad común” decide convocar para una reunión de vecinos y tratar de la construcción de una casa para enseñanza, y “espera de su liberalidad, beneficencia y patriotismo subvenir a tan piadoso objeto en que a un tiempo es honrada la religión y la humanidad”, según reza un documento firmado el 28 de setiembre de 1822 en Alajuela, sede ese entonces de la Junta Superior Gubernativa de Costa Rica.

Al día siguiente, reunidos y “entendidos todos estos honrados habitantes de la utilidad y ventajas que resultan del establecimiento de escuelas”, acuerdan apoyar la noble iniciativa. Todos dan su óbolo muy gustosos: unos en antiguas onzas de oro reluciente, que fueron sacadas de sus bolsas cintureras o de secretas arquillas domésticas, y otros, pobres trabajadores que no poseían más que sus manos laboriosas, dieron tablas y tejas de sus casas, labrados horcones de un roble lustroso y duro como granito.

El 30 don Rosario Carrillo y su señora esposa doña María Fernández, distinguidos vecinos no muy holgados de fortuna pero “transportados de gozo por tan feliz proyecto”, ceden gratuitamente el terreno necesario para la ubicación de la ansiada escuela. Sordos a la tentación del lucro, los esposos Carrillo atienden sólo a la voz de un alto deber de humanidad. Así al ca-

lor de la "Casa de San Miguel" se inicia en Alajuela la historia de su educación pública. (1).

Mis notas saltan hasta 1848, cuando doña Teodora Alfaro, madre de don Luis Castaing Alfaro, mantiene una escuela privada en el local que hoy ocupa el Instituto. Hay un paréntesis de doce años. En 1860, doña Juana Mercedes González v. de Gutiérrez, abuela de doña Dominga Pacheco de Chacón, estuvo al frente de una escuela particular en la casa de don Jerónimo Chacón. Seis años después don Dolores Ardón funda una escuela privada en casa ahora de su hijo don Manuel.

En 1868 mis apuntes señalan las escuelas privadas de don Ezequiel Arce y don Jesús Ramos, sita en la casa del Cabildo, hoy Palacio Municipal, y la de don Ricardo Casorla, donde está la casa de corredor de don Ramón Zamora, 100 varas al Este de la casa de don Casiano Porras.

Ya en 1870 se citan las escuelas privadas de la niña Paula Alfaro, hija de don Juan Alfaro Ruiz, en casa de habitación de don Cipriano Ardón; la de don Pedro Agüero, padre de la familia Agüero González, sita en propiedad de don León Cortés, frente al costado Sur de la Catedral; y la de doña Sergia Mandri, abuela de los señores Agüero citados, en donde hoy vive don Alberto Calvo.

Un año después don Hildebrando Martí, maestro cubano, dirige una escuela pública donde ahora está el Teatro Municipal. La niña Luisa Alvarez, en 1872, abre escuela privada que dura poco tiempo, en la casa de doña Oliva Chacón de Rodríguez. Al llegar el 1873, don Pepe Obaldía, de nacionalidad panameña, se halla al frente de una escuela mixta en el local del Teatro dicho, y doña Paulina Argüello dirige a su vez una escuela, también pública, sita en propiedad hoy de don Cipriano Ardón, diagonal al jardín central de la ciudad.

A pesar de su carácter público estos planteles duraron poco tiempo.

Al año siguiente la niña Paula Alfaro, siempre dentro del trajín escolar, regenta escuela pública en el local del Teatro Municipal; y en este mismo año, don Juan Alguer y Fresch, dirige un establecimiento similar que ocupó la casa que hoy es propiedad de la familia Quesada Alvarado.

Doña Sergia Mandri dedicó buena parte de su vida a la enseñanza, tanto como la niña Paula Alfaro. Ya en 1875 doña Ser-

---

(1) Ver "Añoranzas", publicación del Instituto de Alajuela, 1922.

gia dirige escuela privada en la actual residencia de don Ramón Cabezas.

Por este tiempo doña Pilar Paniagua de Solera abre su escuela particular que al retirarse doña Pilar, continúa dirigiendo su hija doña María de Jesús Solera de Jinesta. Esta escuela duró próximamente hasta 1885 y ocupó la casa que es hoy de don Mario Agüero.

Cítanse en el año 1875 una escuela pública que dirige don José Antonio Castro, instalada en unas piezas del Hospital Viejo, frente a doña Eva Ruiz v. de Rodríguez, y un colegio particular, con internado, atendido por don Francisco Saborío, padre de doña Marta Saborío de Fonseca, sito en casa de habitación de don Alejandro Fernández.

En 1876, don Liborio León, ciudadano colombiano, tiene a su cargo un colegio de segunda enseñanza, deficiente, muy pobre, fundado a iniciativa particular en la casa que pertenece hoy al ingeniero don Ramón Muñoz Salas y que dura dos años escasos.

Durante 1877, según mis informes, existen cuatro escuelas: una privada que cuida la señorita Elena Golfín y que ocupó casa medianera, cincuenta varas al Sur de don Casiano Porras, propiedad que fué de don José Angel Chaves, hoy de doña Victoria Soto; otra a cargo de don Bernardo Uribe, sita en casa que pertenece a doña Rafaela Quesada, frente a la familia Porras; doña Carolina Fábrega de de la Guardia, esposa de don Santiago, tiene a su cuidado una escuela, de carácter privado, que estaba situada en las piezas que antes habitaba don José María Sandoval, propiedad ahora de su hijo político don Juan María González; y por último una cuarta escuela, también privada, a cargo de don Juan Bautista Romero Ruiz, en casa que fué de don Antonio Mayorga y ahora de la señorita Elena Montenegro, frente al Teatro Municipal.

Hay un lapso de un año al parecer sin movimiento escolar; en 1879 me informan, aunque sin precisar el sitio, existió una escuela privada de don Antonio Mier y don Antonio Espinal; como también un colegio municipal que dirigió este último en casa donde hoy está la tienda de don Juan Zamora; dicho colegio debe ser considerado como el precursor del actual *Instituto de Alajuela* pues fué la primera casa de segunda enseñanza con ca-

rácter no particular que existió en la ciudad. Se llamaba "*Instituto Municipal de Varones*". (1).

En 1880, doña Manuela Arias tiene escuela privada en la casa donde hoy vive don Ismael Alfaro, frente a la pulpería de don Espíritu Madrigal. De alguien recibo la noticia de que en este mismo año don León Fernández fundó una biblioteca que si bien no revistió carácter público, prestó servicios de tal. Para formarla, don León, dícneme, aportó sus propios libros y algunos que obtuvo de amigos. Duró, como es natural, poco tiempo.

En el siguiente año mis notas se refieren a un Colegio de Sión, instalado en el local contiguo al almacén de don Luis F. Montoya, perteneciéndole, además, las propiedades donde están la casa de habitación de don Enrique Riba y el establecimiento de don Cipriano Ardón. Fueron alumnas de ese plantel, entre otras, las siguientes personas: señoritas Salvadora Cabezas, Adelia Sibaja, Julia y Elena Saborío, Josefina Gamboa, Eloísa Soto v. de Oduber, Belarmina de Gutiérrez.

Don Jesús Marcelino Pacheco, en 1883, estuvo el frente de un colegio de segunda enseñanza que alcanza escasa vida. Fueron profesores del mismo don Eusebio Rodríguez y don Secundino Orozco. Ocupó el mismo local del Instituto. Por este tiempo doña Cristina Casorla Soto dirigió escuela privada sita en casa que fué del presbítero don Francisco Pereira, propiedad hoy de don Víctor Sanabria, media cuadra al Norte de Catedral.

En 1885 se citan una escuela particular de religión de doña Teresita Martín v. de Fonseca, y otra, de primeras letras, a cargo de doña Mariana Gagini, en las viejas piezas de don José María Sandoval.

Entrado el año 1886, don Carlos Cabezas, Secretario del Instituto, funda una escuela privada, diagonal a la botica de los señores Cabezas, donde recibieron lecciones, entre otros, don José María y don Crisanto Pacheco, don Ernesto y don Adán Saborío, don Ramón Lombardo, don Antonio Arroyo, don Julio, don Enrique y don Silverio Solera, don Alberto Montenegro, don Ismael Villegas.

Este año, con el nombre de "Escuela Superior de Niñas" y en el mismo local que la anterior, se funda la que hoy se conoce como *Escuela Superior de Niñas N° 1*, ahora en el edificio de la

---

(1) Ver "*La Instrucción Pública en Costa Rica*", por Ricardo y Carlos Jinesta, 1921 y "*La Evolución de la Instrucción Pública en Costa Rica*", por Luis Felipe González, 1934.



Escuela Verde. Su primera Directora lo fué doña Mariana Gagini, hermana de don Carlos, y casada con un hermano de doña Elisa Vargas v. de Reyes. Con la señora Gagini colaboran su hermana política doña Elisa, doña Caridad Salazar v. de Robles y señoritas Ester Silva y Adelia Sibaja. En 1894 sustituye a doña Mariana la señora doña Adoración Salazar v. de Salazar, a quien, en 1896, sucede la dama colombiana Sara de Sifuentes; el 98, doña Elisa de Foustier asume la dirección del plantel, para entregarlo nuevamente a doña Adoración, quien continúa consecutivamente hasta 1916, año en que se retira de la enseñanza. Le sustituye, en 1917, la señorita Emilia Ruiz; a su salida, en 1928 ocupa la dirección de la escuela la señorita Margarita Bolaños, hoy señora de Hernández. Desde 1929 está al frente del plantel el profesor don Manuel Ardón J.

En 1887 se funda, con carácter de nacional, el Instituto de Alajuela. Con el Instituto nace la Biblioteca Pública. Primeramente constituyó una dependencia del mismo; más tarde, se la separa y destina al servicio general de la ciudad. Su importancia no es necesario que lo indique: ello está en la conciencia de quienes sepan alcanzar el enorme beneficio que aporta a la población.

En 1888 existe escuela privada de la señorita Rosa Cantón, en casa de don Leonardo Montenegro, a la cual concurre como alumno el Lic. don León Cortés.

También en este mismo año se funda la *Escuela Mixta de Párvulos* conocida hoy como *Escuela Superior de Niñas N° 2*, en la casa de don Luis Montenegro, siendo su primera directora la señorita Ester Silva, quien presta valiosos servicios durante varios años. A su retiro le sucede por corto tiempo la señorita Mercedes Solera, a quien doña Juanita v. de Solórzano sustituye; poco después ocupa la dirección doña Anáís Quesada de Calvo por un largo período. A su salida viene a servir ese puesto doña Angélica Rojas de Aguilar. Actualmente está al frente de esa institución la educacionista señorita Angela Jiménez. La escuela cambió su primer nombre por el que ahora tiene cuando servía su dirección doña Anáís, y ha ocupado, primeramente el local donde inició labores, luego se trasladó a casa que fué Palacio Episcopal, más tarde a la parte baja del Instituto, y por último, al local de la Escuela Blanca. Han prestado sus servicios como maestras en esta escuela: señoras Oliva S. v. de Conejo, Libertad Saborío de Ocampo, Angélica S. de Ruiz, y señoritas Emilia Ruiz, Lucila Agüero, Hortensia Ardón (hoy

Hermana del Corazón de Jesús en Guatemala), Clemencia López, Fidelina Porras y Anita Fonseca.

Del año 90 tengo informes de cinco escuelas privadas: de doña Froilana Saborio, en casa de la familia Cruz, media manzana al Norte de Catedral; de doña Catarina González de Flores, frente a don Güelfo Molinari; de doña Marcelina Orozco de Caicedo, en casa de habitación de don Francisco Moya; de la señorita Paulita Morales, en propiedad de doña Eva Ruiz v. de Rodríguez, residencia actual de doña Julia Gamboa v. de Ardón; y una especial de religión de doña Catarina Méndez, en donde estuvo el Hospicio de Huérfanos, diagonal a la casa de don Raú! Acosta.

Corridos dos años de la última década del pasado siglo, en 1892, mencionase una escuela privada de doña Regina Molina, que ocupó la casa que pertenece hoy a don Ramón Zamora. En 1894 presta servicio una escuela particular de doña Anatolia Zamora v. de Obregón, hermana política de don Miguel Obregón, contiguo a la residencia de don Ismael Chaverri.

La señora Cristina Salazar v. de Sánchez tuvo escuela privada en 1895, en donde vive actualmente don Heliodoro Villalobos.

Hasta aquí mis noticias sobre el estado de la educación pública de Alajuela en la pasada centuria. Desde 1805 hasta el final del siglo, corren noventa y cinco años justos, es decir, casi un siglo. Durante ese período la ciudad de Alajuela ha vivido y evolucionando intensamente. Son muchos, pues, los factores que han contribuido a fijar su actual fisonomía; de modo que la investigación histórica cuenta con múltiples testimonios sobre los cuales construir su propia historia; y sin embargo, parece que el tiempo marcará con olvido lo referente a su evolución escolar, pues, como se manifestó al principio, poco o nada queda que recuerde la vieja escuela: sólo la tradición y la memoria populares pueden decir algo. Y este algo cuán escaso y dudoso!

En 1909 se funda la Escuela de Tejidos, gracias al esfuerzo de don Antonio Rodríguez, principalmente. Al iniciar sus tareas una Junta Directiva, compuesta de doña Adoración v. de Salazar, don Antonio Rodríguez, don Juan Dávila, don Antonio Arroyo, don Eusebio Rodríguez y don José Joaquín Sibaja, regenta el establecimiento. Los primeros carretes fueron enviados desde El Salvador por don Julio Acosta, así como también otros implementos importantes del taller. El personal estaba integrado así: don Víctor Valle, salvadoreño, en el ramo de tejidos; don José

Soto, en cordelería; y don Sinforoso Mora, indígena, en el departamento de pitas; también prestó servicios don Higinio Cost, dibujante, español, quien luego ocupó la dirección general de la escuela.

La primitiva Junta fué sustituida posteriormente por un director, y han ocupado esa posición, además del mencionado señor Cost, don Faustino Solera, don Francisco Chacón, don José María Pacheco y otras distinguidas personas de la localidad.

Durante la dirección del señor Pacheco se establece en regla la escuela de sombreros de pita.

En algunas épocas ha servido, interinamente, la dirección la señorita Mirtala Arroyo, quien desde la fundación del establecimiento funge como Inspectora.

En 1912 inaugura sus cursos el Colegio Betlemita bajo la dirección de la Madre Angelina. Ocupa primero la casa diagonal a Catedral, propiedad de don Alberto García, y más adelante la de doña Rafaela Quesada. Concurren a este colegio, entre otras, las siguientes distinguidas personas: señorita María Cristina Cabezas hoy señora de Chacón, señorita Ana Clark, hoy señora de Keith, y señoritas Lilia Cornejo y Consuelo Rosich.

La escuela "República de Guatemala" es de viejo nacimiento, pues en ella han servido su dirección recordados maestros como don Chico Ulloa Mata, don Jesús Marcelino Pacheco, doctor don Federico Pizarro, don Ismael Chaverri, don Porfirio Brenes, don Jaime Granados, don Manuel Ardón J., don Francisco Solórzano, don Rogelio Ruiz, don Juan Fernández U., don Francisco González S., don Rafael Sánchez, don Arturo Agüero y su actual director don Carlos Lizano. Ocupó primeramente el edificio de la Escuela Verde, y en 1929 se trasladó al nuevo local frente a la Plaza de Iglesias.

En el año 1921 se organiza la "Escuela Superior de Varones N° 2". Su jefe, don León Vargas, me dice al respecto: "Es la de más reciente creación, y carece, por ahora, de local. Alterna en sus labores en el edificio popularmente denominado Escuela Blanca con la Superior de Niñas N° 2. La casa propia está apenas en construcción, frente a la Plaza Acosta. En agosto de 1921 fué puesta en manos de su actual director, quien ha servido en ella consecutivamente hasta la fecha. Cuando la recibió constaba apenas de primeros y segundos grados. Hacía poco más o menos un año que la Escuela Elemental Mixta que dirigía doña Anáís de Calvo había sido dividida en dos secciones: la de Niñas que quedó siempre bajo su dirección, y la de Varones que pasó

a manos de doña Emelina de Solórzano. Por traslado de esta señora a San José, fué llamado a ese puesto el actual Director. De los segundos grados de 1921, se formaron los terceros del año siguiente y así sucesivamente hasta llegar al sexto grado”.

Debe citarse entre los últimos tiempos, en 1923, la Escuela Metodista fundada bajo los auspicios de la Iglesia Metodista y destinada a la enseñanza de la infancia. A pesar de su carácter religioso, los programas y las asignaturas eran muy liberales, pues esa escuela no era para propagar sus doctrinas sino para servir a los niños. Actualmente ha cerrado sus aulas. En 1932 un kindergarten de las hermanas salesianas y la escuela de enfermería que este año cumple con su tercer curso académico con muy buen éxito.

*Euclides Chacón Méndez*

**Reseña histórica del Instituto de Alajuela**

trabajo premiado en el concurso abierto  
entre los alumnos del Instituto  
para celebrar el 12 de octubre de 1932

INSTITUTO DE ALAJUELA



Edificio construido en 1888, Administración del General don Bernardo Soto

buena o mala resolución depende, no solamente el estado cultural de un pueblo, sino también su situación en el mundo. Pero no es el objeto de estos preliminares el hacer una reseña histórica de la dirección que ha tomado la Educación desde sus comienzos, sino apreciarla ya formada, ya introducida en nuestro país y hacer la reseña histórica de uno de los centros nacionales en que se ha impartido Educación: el Instituto de Alajuela.

Decía un eminente hombre de estado que el Instituto de Alajuela era motivo para nosotros de gran orgullo porque representaba la parte pensante de la provincia. En efecto, así es; nos sentimos orgullosos de poseer una institución como ésta en donde se modelan los hombres de mañana. Orgullo porque esta institución es el más alto exponente de la cultura y la educación en la provincia y al que acuden, como a una fuente sedante y maravillosa, todos aquellos que desean tener una cultura más amplia, un conjunto de conocimientos más vastos, y una más elevada interpretación de la vida....

Orgullo, no sólo porque representa el pensamiento de la provincia, sino también por el puesto elevado que ocupa entre los demás Colegios de Segunda Enseñanza del país.

Continuando la frase anterior diré, que así como hay en el país edificios en donde se tratan los problemas bajos de la vida corriente, que presentan la parte material de las actividades humanas, así hay otros, y para honra los más numerosos, que presentan la parte pensante, el idealismo, la cultura, en fin... las aspiraciones más elevadas de nuestra existencia. A estas últimas pertenece nuestra institución.

El desarrollo paulatino que ha seguido nuestro Instituto en sus actividades educacionales, unido al entusiasmo, cariño y abnegación con que ha sido atendido por sus directores, profesores y alumnos, es a lo que se debe hoy día que ocupe uno de los primeros puestos en la cultura nacional.

No hay duda que el camino de ascenso que ha seguido este plantel, así como las innumerables vicisitudes porque ha pasado, (cierre temporal, cesación de la subvención, traspaso de la Municipalidad al Gobierno, etc.) es lo que ha hecho que tenga hoy al escribir su historia, algunos vacíos.

Por un trabajo realizado por el profesor Euclides Chacón Méndez nos hemos dado cuenta de las actividades de las escuelas desde el tiempo de la Independencia hasta nuestros días en la provincia de Alajuela. Hemos podido ver la evolución paulatina

## RESEÑA HISTORICA DEL INSTITUTO DE ALAJUELA

Por ESAÚ GARCÍA SOTO

### INTRODUCCION

Uno de los más trascendentales problemas que afronta el mundo civilizado, uno de los problemas del que se dió perfecta cuenta el mundo medioeval y que tuvo su aparente resolución con el movimiento brillantísimo que se llama el Renacimiento, unos de los problemas del que dieron cuenta exacta los pueblos antiguos, y entre éstos, la antigua Grecia, es sin duda alguna el de la Educación.

Ha sido la Educación, como podemos ver, un problema del que se han dado cuenta todos los pueblos de la humanidad en todas las edades, y al que han dedicado una gran parte de sus actividades para buscar la realización, de una manera satisfactoria, de los planes que exige en su evolución paulatina. Hoy, cuando creemos que este problema ha sido resuelto en parte satisfactoriamente, no podemos darnos cuenta de que apenas si hemos avanzado muy pocos pasos. En efecto; no es la Educación un problema individual, sino por el contrario, un problema de la colectividad: el ambiente lo impone, y por consecuencia, es al ambiente, al que hay que modificar para cambiar el rumbo de la Educación.

Lo que sucede, es que en nuestros tiempos se confunde el significado de la palabra "instrucción" con el de la palabra "educación", simplemente porque creemos que la segunda es una consecuencia lógica de la primera. Un hombre instruído no es siempre un hombre educado. No es en un individuo en donde **aguilatamos** la educación de un pueblo, pues este individuo puede ser una excepción, sino que es en la colectividad misma en donde **apreciamos** su educación. Que el individuo es parte integrante de la colectividad, se me dirá; es cierto, pero esto no indica que él sea el reflejo de ella.

Como vemos, no es la Educación problema de nuestros tiempos solamente, sino que ha sido de todos los pueblos desde las más remotas edades, por lo que grandes hombres se han preocupado por su resolución.

He querido hacer esta apreciación, para demostrar la importancia sin precedentes que ha tenido este problema, de cuya



que han tenido estos pequeños centros que son la base de una cultura superior que luego se obtiene y se perfecciona en los planteles de Segunda Enseñanza. El trabajo que hoy iniciamos haciendo la historia del Instituto, no es más que el complemento del trabajo ya citado.

Tomamos la historia del Instituto no desde sus comienzos, puesto que éste fué fundado en 1887, sino desde las primeras actividades hechas por algunos individuos para impartir en la provincia una cultura superior a la escolar. Estas primeras actividades en pro de la educación superior se realizaron en el año de 1869. Desde esta época es que iniciamos nuestro relato, haciendo una ligera apreciación de estos primeros años de la cultura de la provincia. He dividido el estudio en seis épocas o períodos, perfectamente determinados, separados unos de otros por incidentes que ha habido en la vida del Colegio: son los siguientes:

I Época: relativa a las primeras actividades en pro de la Educación llevadas a cabo por el Benemérito de la Patria don Jesús Jiménez. Comprende desde los años de 1869 hasta 1879.

II Época: relativa a los primeros colegios municipales, sus Directores, Profesores y edificios que ocuparon. De 1879 a 1881.

III Época: fundación oficial del Instituto de Alajuela, sus Directores, Profesores, primeras actividades, edificios que ocupó, etc. De 1887 a 1896.

IV Época: actividades del Instituto bajo la dependencia del Municipio. Comprende esta época los años de 1897 y 1898.

V Época: reapertura del Instituto, primero como dependencia municipal y subvencionado por el Gobierno, y luego como dependencia directa de la Secretaría de Instrucción Pública; creación de la sección de señoritas; importantes innovaciones. De 1904 a 1918.

VI Época: últimas actividades del Instituto de Alajuela, de 1918 a 1932.

Creo que ningún otro Colegio de Segunda Enseñanza del país haya tenido mayor número de Directores que el nuestro. Ha influido en ello la antipatía personal, rivalidades de carácter localista, cambios de Gobierno, etc.; cosa que no debía suceder, pues el trabajo realizado por un Director en un determinado período es destruído en parte por el Director que le sucede en su puesto.

He de dar las más sinceras gracias a los señores Director actual del Instituto don Salvador Umaña Castro, al Secretario

del mismo don Carlos Cabezas, a don Julio C. Solera, y a don Miguel Obregón L. por los valiosos datos que me han facilitado para la realización de la tarea que me he impuesto.

*1ª Época—1869-1879*

Las dificultades que había para comunicarse de una provincia a otra; la situación económica en que había quedado el país a raíz de la Campaña Nacional, época en que casi puede decirse que no había gran preocupación por la cultura superior en Costa Rica; todo esto, hizo que una vez obtenida la paz de la República, esta provincia se transformara en una localidad llena de aspiraciones e ideales, y que un deseo imperativo se apoderara de todos sus habitantes: el deseo de cultura... Este deseo vehemente tuvo su realización en 1869, época en que estaba en el poder el Benemérito de la Patria don Jesús Jiménez.

Este ilustre hombre de Estado comprendió la necesidad de las provincias y dió tal empuje a la Educación Pública, que a él puede considerársele como el precursor, el Mecenas, el Patriarca de nuestra Educación. Sus leyes representan un conjunto de disposiciones, las más sabias, progresistas y hermosas que puede un gobernante dar.

Sus disposiciones para que se fundaran en el país las escuelas primarias, son valiosísimas; pero supera en valor, la disposición dada referente a la Educación Secundaria, y que dice:

“La instrucción secundaria se dará en los colegios establecidos o que se establezcan en adelante. Estos colegios estarán bajo la inmediata vigilancia y dependencia de las Municipalidades. Serán costeados con fondos municipales y deben sujetarse, para su régimen y policía interior, a los reglamentos que dicte el Poder Ejecutivo.

Dado en la Casa Presidencial, a veintiocho de setiembre de mil ochocientos sesenta y nueve”. (Copia fiel).

De acuerdo con esta disposición se fundaron en el país escuelas y colegios de primera y segunda enseñanza, respectivamente. El Colegio de San Luis Gonzaga fué fundado en virtud de una de esas disposiciones.

La Constituyente del año 1869 declaró que la enseñanza para ambos sexos sería obligatoria, gratuita y costeadada por la nación. (Artículo VI de la Constitución Política del 15 de abril de 1869).

El 17 de diciembre del mismo año, dió el Presidente don Jesús Jiménez la Ley referente a la Organización Secundaria.

Esta preocupación por la Instrucción Pública,—dice don Anastasio Alfaro—, ha contribuido en gran parte al desarrollo de nuestra democracia, y tuvo su origen en la obra nobilísima de don Jesús Jiménez.

Alajuela tuvo sus beneficios al darse estas disposiciones en pro de la cultura general: llegaron aquí varias instituciones culturales, tales como el Colegio de Monjas de Sión, situado frente al costado Sur del Mercado actual; también hubo una especie de colegio de enseñanza superior dirigido por un señor de origen colombiano, llamado don Liborio León. Dicho colegio estaba situado a doscientas cincuenta varas al Este de la esquina Nordeste del Parque Central y aunque no tuvo larga vida, como tampoco la tuvieron otros establecidos antes de 1869 (1), su labor es digna de tomarse en cuenta.

Todas estas primeras manifestaciones de la cultura en Alajuela tenían por fuerza que solidificarse cada día más, que afirmarse más, y es entonces cuando se establecen los primeros colegios de enseñanza superior de una manera más estable, época que comprende el segundo capítulo.

## II Época—1879-1881

Alajuela no podía quedarse a medias en su educación popular. Los deseos de que se establecieran de una manera definitiva y duradera sus colegios hicieron que en el año 1879 algunos vecinos de la ciudad solicitaran a la Corporación Municipal la creación de un colegio.

La petición fué oída, y Alajuela tuvo su primer colegio de Enseñanza Superior, bajo la Administración del General don Tomás Guardia.

A fines del mes de enero de 1879, se abrió la matrícula, ingresando al colegio cerca de cuarenta alumnos.

---

(1) Dice don Luis Felipe González en su estudio "La Evolución de la Instrucción Pública en Costa Rica", lo siguiente: "Subvencionado por la Municipalidad de Alajuela se abrió en aquella localidad en 1866 un colegio de carácter privado, dirigido por don León Fernández y don Ricardo Casorla. Comprendía las materias de ...", etcétera.

Ricardo y Carlos Jinesta, en su libro "La Instrucción Pública de Costa Rica", 1931, página 101, dan el siguiente dato: "Habla el Gobernador de Alajuela don Salvador Lara en informe del 17 de abril de 1868, de un colegio de niños que había en ese entonces, subvencionado por el municipio y dirigido por los señores León Fernández y Ricardo Casorla".

El día primero de febrero del citado año, se iniciaron las lecciones en el edificio situado en la esquina Nordeste del Mercado actual, casa llamada "el cuartel viejo", debido a los servicios que había prestado anteriormente, edificio de un cuarto de manzana, de adobes, con ventanas enrejadas y varios departamentos en servicio. Fué aquí, pues, donde se iniciaron las labores del que años más tarde se llamaría el Instituto de Alajuela.

Era Director del Colegio un emigrado cubano, don Antonio Espinal; hombre de vasta cultura que había obtenido algún renombre cuando estuvo de Inspector de Escuelas de Liberia.

Su preparación en Ciencias, Letras y Pedagogía era más que suficiente para aquel colegio que apenas comenzaba a dar sus primeros pasos.

Fundó el señor Espinal las llamadas "Academias", que no eran más que concursos para obtener el título de maestro. Su labor en ese sentido es digna de elogio.

El curso que se hacía en este colegio equivaldría a un primer año actual.

Era don Antonio Profesor de Matemáticas, Historia y Geografía. Otro de los Profesores era un sacerdote llamado el Padre José Rodríguez, quien daba lecciones de Latín, Castellano e Historia Sagrada. Era Subdirector el recordado don León Fernández.

Los útiles que había en el colegio eran los siguientes: unos cajones montados sobre una tarima, lo que constituía "el escritorio" del Profesor; banquillos en donde se sentaban los alumnos; una pizarra grande; unos mapas marca "Colton"; unas esferas llamadas por don León Fernández "esferas de portal", tal eran de grandes. . . . Más simple no podía ser el "Haber" del colegio.

Las lecciones se iniciaron basadas en el método seguido por el Instituto Nacional de San José, a la sazón dirigido por don Valeriano Fernández Ferraz. En el mes de setiembre de 1879 renunció su cargo como Director el señor Espinal, sustituyéndolo el sub-Director don León Fernández, quien no había querido recibir sus honorarios como Profesor, ni ahora como Director. El Padre don José Rodríguez también había renunciado y vino a sustituirlo don Avelino Sibaja. La subvención que pagaba la Municipalidad era de cien pesos en aquel entonces.

Así termina el año de 1879, con mucha alegría de parte de los padres de familia de la ciudad, pues ya estaban en camino de obtener para sus hijos una cultura superior.

Al iniciarse el año de 1880, y mediante contrato hecho

por la Municipalidad, el Gobierno y don Enrique Villavicencio, éste se comprometía a seguir en la Dirección del colegio.

Era el señor Villavicencio de origen portorriqueño y comenzó sus labores en febrero de 1880. El contrato exigía que se diera al citado señor la cantidad de cuatrocientos pesos para el sostenimiento del colegio y se le dieron amplios poderes para el nombramiento de sus profesores.

La matrícula era de tres pesos para los pudientes, y gratis para aquellos cuya situación económica no les permitía pagarlos. (Por trimestre).

Se creó entonces el segundo año o "segunda sección", como se la llamaba.

El Secretario del colegio era don Miguel Obregón.

Daba lecciones de Matemáticas, Historia y Geografía don Enrique Villavicencio al 1.º año. De Francés don León Fernández. Castellano al primer año, don Pedro Orozco, y Latín a todo el colegio. De Historia y Geografía al segundo año, don Juan R. Chamorro. Los exámenes se hacían a mediados de año.

Después del mes de julio, renunciaron los Profesores Chamorro y Orozco, y es nombrado para sustituirlos don Manuel Veiga López, quien era de origen español. Termina así el año 1880, iniciándose sin dificultad el año siguiente.

Los esfuerzos realizados por los señores don Marcelino Pacheco, don León Fernández, don Marcial Rojas y don Miguel Obregón, fueron vanos para sostener el colegio abierto. En el mes de julio, la Municipalidad dejó de subvencionar al colegio, y éste fué cerrado.

Se recuerdan como alumnos de este colegio a don Pompilio Ruiz, don Anastasio Alfaro, don Carlos Cabezas, don Alejandro Fernández Pérez, y otros más...

### *III Época—1887-1896*

Alajuela había quedado a oscuras con la supresión del colegio. Estaba en su Edad Media de la Educación. Se hacía sentir cada día más la necesidad de reabrir el colegio, de un Renacimiento cultural, cosa que se obtiene con el advenimiento al poder del ilustre Benemérito de la Patria don Bernardo Soto y su Ministro de Instrucción Pública don Mauro Fernández.

El Renacimiento se inicia en el año de 1887 a raíz de las numerosas e importantes disposiciones dadas en pro de la educación costarricense. Por disposición dada en el Diario Oficial

en el año de 1887, se autorizaba la creación de un Instituto en la ciudad de Alajuela.

Hago así un paréntesis para decir, que si es cierto que don Mauro Fernández dió un gran empuje a la Educación en Costa Rica, también es cierto que a no haber sido por los valiosísimos esfuerzos de don Miguel Obregón, el Instituto de Alajuela no se hubiera fundado en ese tiempo.

Sus esfuerzos realizados en pro de la creación del Instituto y construcción del edificio que actualmente ocupa, fueron innumerables. El nuevo centro correría por cuenta total del Gobierno de Costa Rica.

El día 12 de febrero del año 1887 se inauguró el Instituto de Alajuela en la casa propiedad de don Pedro Alfaro, y en donde años antes había estado el Colegio de Monjas de Sión. (150 varas Sur de la esquina Suroeste del Parque Central).

La revista "El Maestro" del 15 de febrero del citado año N<sup>o</sup> 11, año II, en su crónica referente a la inauguración de este plantel, dice:

"El día doce de los corrientes tuvo lugar la inauguración de este establecimiento. Se abrió el acto con un discurso del señor Ministro de Instrucción Pública, quien desarrolló, con esa facilidad que le es característica, las elevadas ideas que el Gobierno sustenta en materia de Educación. El Director del Instituto, señor Obregón, leyó el discurso correspondiente, y luego uno de los redactores de esta revista, a nombre y por encargo del General don A. de Jesús Soto, saludó, con la emoción de los recuerdos, la memoria de los hombres que habían hecho la primera luz en aquella provincia y concluyó haciendo fervientes votos por el adelantamiento del nuevo plantel. A continuación, el Gobernador dió las gracias al Supremo Gobierno por la fundación de aquel colegio, y en donde se fijaban tantos deseos generosos y tantas aspiraciones nobles...

Deseamos al Personal de Enseñanza del Instituto de Alajuela un feliz éxito en las labores que hoy emprende". (Copia fiel).

Comenzó para la provincia una nueva vida, una nueva actividad, un nuevo deseo de cultura.

El edificio que debía ocupar comenzó a construirse.

Muchas veces había necesidad de trabajar de noche, y ahí estaba don Miguel Obregón inspeccionando los trabajos. No fueron pocas las veces en que se le vió salir del nuevo edificio casi a media noche, pues se había quedado revisando el trabajo

para que no hubiera nada fuera del correspondiente lugar. Por fin se terminó de construir el edificio en 1888, y el Instituto se pasó al nuevo local en el mismo año.

Fué Director del Instituto de Alajuela durante los años de 1887, 1888 y 1889 don Miguel Obregón. El sub-Director era don Federico Salazar. Como Profesor de Ciencias Naturales, don Juan de Dios Céspedes. Como Profesor de Matemáticas, don Carlos María Salazar. Como Profesor de Ciencias Físicas, don Manuel Monturiol. Como Profesor de Castellano, don Pepe Salazar. Como Secretario, don Rafael Obregón. Se recuerda también a don Manuel Monge Cervantes.

A los esfuerzos de don Miguel se debió el que trajeran al colegio un magnífico Laboratorio de Física y Química, Laboratorio que en el año de 1896 fué trasladado en parte al Liceo de Costa Rica.

Un tren completo de aparatos de Gimnasia se trajo también por su valiosa intervención.

Termina don Miguel su período y viene a sustituirlo un señor de origen suizo, Monsieur Paul E. Piguet, en el año de 1890. En el mes de agosto de 1891 deja la Dirección Mr. Piguet, y lo sustituye don Julián Parreño. Permanece en la Dirección don Julián por espacio de un mes, y en setiembre del mismo año toma la Dirección don Francisco Ulloa Mata, quien permanece en ella hasta el año de 1893, siendo nombrado para sustituirlo don Carlos Gagini. Este Director introdujo algunas modificaciones en bien del Instituto. Permanece en la Dirección hasta finalizar el año de 1896, época en que estuvo a punto de ser cerrado, pues el Gobierno de don Rafael Iglesias dejó de pasar la respectiva subvención.

#### *IV Época—1897-1898*

Un colegio no puede ser clausurado por cualquier motivo. De ahí que al iniciarse el año de 1897, y estando el Gobierno dispuesto a no subvencionarlo, una gran cantidad de vecinos se dirigieran a la Corporación Municipal para que hiciera gestiones en bien de sus matenimiento. Mediante su valiosa intervención, pudieron iniciarse las lecciones en el mes de abril del 97.

El Director del Instituto era entonces uno de los prohombres de Alajuela: don Elías Salazar.

Quiero aquí poner en pocas palabras, de relieve, la figura atrayente de don Elías. Hombre probo, de una vastísima cultura,

un verdadero Mentor de Juventudes, espíritu enamorado de las más altas idealidades humanas, de una palabra sabia y fluída, que causaba infinita fruición a todos aquellos que tuvieron la dicha de conocerle y tratarle.

La labor realizada por este hombre en pro de la cultura alajuelense fué de mucho mérito; pues imprimió a los estudios un carácter de mayor seriedad y método.

Desgraciadamente a fines del año de 1898 tuvo don Elías que dejar la Dirección, viniéndole a suceder don Alejandro Angulo Guridi, si mal no recuerdo, de origen chileno.

Es cerrado el Instituto en este año, para no volver a abrirse sino en 1904, después de muchos esfuerzos.

Es ocupado el local por las escuelas primarias, y lo tienen por espacio de veinte años.

#### V Época—1904-1918

Es en verdad muy duro el que a una ciudad se le tenga sin la única fuente de cultura que posee, y que le cierren su colegio, en donde están basadas tantas idealidades y aspiraciones jóvenes... Sin embargo, el Instituto fué cerrado.

Era una vergüenza para los alajuelenses el que las demás provincias tuviesen sus colegios y nosotros no. Vino entonces un malestar general que se manifestó por cartas y telegramas cruzados entre la Casa Presidencial y algunos vecinos de la localidad. En el último año de la Administración de don Ascensión Esquivel, uno de nuestros valores alajuelenses se dirigió a la Corporación Municipal para que tomara cartas en el asunto y viera cómo se solucionaba el problema. Se dirigió a dicha Corporación y al Presidente de la República y obtuvo la autorización para establecer un primer año. El valor a que me referí hace un momento es don Alberto Calvo Fernández, quien con don Luis Soto Quesada, don Casimiro Mórux, don Pepe Figueredo, el Dr. don Vicente Lachner Sandoval y don Julio Solera Rojas, miembros estos últimos de la Corporación Municipal, hicieron esfuerzos para que el Instituto fuera reabierto.

Por fin se abrió y se iniciaron las lecciones en la casa que queda frente al Parque Juan Santamaría (frente a la esquina Noroeste de dicho parque), propiedad de don Ramón Aguilar L.

El número de alumnos a que alcanzó la matrícula fué de 44.



PROFESORADO DEL INSTITUTO DE ALAJUELA EN 1897



Izquierda a derecha: *Primera fila:* don Mariano Padilla y don Timoteo Fernández.—*Segunda fila:* don Luis Revuelta, don Elías Salazar (Director) don Federico G. Solórzano.—*Tercera fila:* don Manuel Aguilar, don Enrique Fostier y don Eduardo Cuevas.

Fué nombrado como Director el Dr. don Vicente Lachner Sandoval, quien permanece en la Dirección hasta el año 1906, época en que nombran como Director a don Federico G. Solórzano.

En 1906 el Instituto es trasladado a la parte opuesta a la esquina Nordeste del Parque Central.

Por decreto N° 4 del 1° de junio de 1906 se establece el Consejo Superior del Instituto de Alajuela, que era como nuestra actual Junta del Instituto.

Hubo en este tiempo proposiciones para cerrar el colegio, a lo que se opuso terminantemente el Consejo Superior.

Inició el Instituto sus labores en abril de 1907 con un nuevo Director: con un hombre que ha dedicado toda su vida, todos sus esfuerzos, todas sus energías, a la nobilísima tarea de Mentor de Juventudes: don Juan Dávila.

La subvención que el Gobierno pasaba al Instituto (pues era el Gobierno quien daba la cantidad de dinero a la Municipalidad y ésta al Instituto) era de mil doscientos colones.

La Junta Superior en sesión de 28 de diciembre de 1907, rechazó la proposición que se le hiciera para la creación de un Cuarto Año.

Se inicia el año de 1908, y se va notando cada día más la tendencia a ensanchar la cultura en el colegio.

En 1909 vienen a establecerse el Cuarto y Quinto Año.

Hasta aquí, solamente los varones tenían derecho de recibir lecciones en el colegio. ¿Y las señoritas?

Se sentía la necesidad de que las señoritas recibieran también la misma educación. En este año de 1909 se establece la Sección de Señoritas con gran satisfacción por parte de los padres de familia.

El presupuesto ascendió a mil seiscientos colones para la Sección de Varones, y de ciento cincuenta colones para la Sección de Señoritas.

En sesión municipal de primero de marzo de 1909, dice el artículo 7°.

“Dependiendo la Dirección y Administración del Colegio del Consejo Superior nombrado al efecto, se resuelve pasar a conocimiento o informe de dicho Consejo el escrito con que varios padres de familia solicitan se establezca en el colegio un Primer Año de estudios para las niñas que integraban la Escuela Complementaria y que ha sido suprimida por el Gobierno, agregando las clases de Costura y Cocina, y se ruega al Con-

sejo devolver el escrito en referencia a la mayor brevedad posible a fin de resolver este importante asunto, etc.". (Copia fiel).

En la sesión del 3 de mayo del mismo año se dispone aumentar el presupuesto en ciento diez colones y autorizar al Gobernador para pagar la suma de cuarenta colones al Licenciado don Juan M. Rodríguez, por la casa que se toma para establecer la Sección de Señoritas anexa al colegio. El Instituto se abrió en la segunda quincena de marzo, teniendo como Director al citado señor Dávila.

Llega así el año de 1910. Año de alegrías, pues eran titulados los primeros Bachilleres del Instituto de Alajuela. Fueron cuatro: pero cuatro que lo han sabido honrar y lo recuerdan siempre con cariño.

El acta N° 1 correspondiente al alumno don Ramón Padi-lla Soto.

El acta N° 2 correspondiente al alumno don Aurelio Salazar Salazar.

El acta N° 3 correspondiente al alumno don Elicer Sibaja Lobo.

El acta N° 4 correspondiente al alumno don Marco Aurelio Soto Palma.

En sesión del 3 de enero del mismo año, la Junta discutió el asunto referente al internado, que había sido establecido en tiempo de don Carlos Gagni, pero se arguyó en contra que no había local suficiente.

El presupuesto con que se inicia el año 1911, es de dos mil trescientos setenta y ocho colones, cincuenta céntimos.

En la sesión del 16 de marzo de este año (1911) se discute el asunto relativo a la creación de una sección normal, proposición que es rechazada. En este año termina el contrato celebrado entre don Juan Dávila y el Gobierno referente a la Dirección del Instituto y es trasladado al Liceo de Costa Rica.

Sucede en la Dirección, al señor Dávila, don Félix Noriega en el año de 1912, que se inicia con un presupuesto de dos mil cuatrocientos veinte colones y diez y seis centavos.

En este año se establece una sección comercial con 25 alumnos: 10 alumnos regulares y 15 oyentes.

Las luchas políticas tienen desgraciadamente su eco en las actividades educacionales, cosa que repito, no debería existir. Durante el mes de marzo de 1913, la disciplina del colegio dejó mucho que desear.

Continúa en la Dirección don Félix Noriega, hasta el año de 1918, época en que lo sucede don Salomón Castro.

## PROFESORADO DEL INSTITUTO DE ALAJUELA EN 1934



Izquierda a derecha. don Euclides Chacón Méndez, don Rodrigo Sánchez Fernández, don Francisco González Sibaja, don Jesús Ocaña, don Juan Félix Martínez, doña Claudia de Sánchez Bonilla, don Carlos Cabezas González (Secretario), don Jorge Luis Solera, don Salvador Umaña (Director), don Aristides Agüero, señorita Renée Cabezas, señorita María E. Cabezas, señorita Alicia Carrillo, don Arturo Agüero, don Rómulo Valerio, don Aurelio Salazar, don Carlos Gutiérrez Gamba y don Julio Solera Oreamuno.—Faltan en la foto las señoritas Leticia Bejarano, Alicia Chacón (Bibliotecaria) y Rosa M. Vargas, la señora Daisy Ocampo de Rodríguez y los señores don Alberto H. Garnier, don Elías Ocampo y don Juvenal Valerio.

*VI Época—1918-1932*

Las actividades que desde 1918 hasta nuestros días ha desplegado el Instituto, son bien conocidas de todos. Me limitaré a hacer una ligera apreciación de ellas.

En el mes de abril de 1918 sustituyó a don Félix Noriega don Salomón Castro. Termina este año don Luis Silva y continúa en la Dirección hasta el 15 de setiembre de 1919, época en que es nombrado don Luis Dobles Segreda. Las innovaciones hechas desde entonces hasta nuestros días son valiosas y de gran significación para el Instituto.

Fué bajo la dirección del Sr. Dobles Segreda cuando se lanzó la idea de uniformar a los alumnos, cosa que se llevó a cabo en el último año de su período y que dura hasta el presente. Permaneció en la Dirección don Luis Dobles hasta el trece de mayo de 1924, viniéndolo a suceder don José Fabio Garnier hasta el 28 de febrero de 1927, sucediéndolo en la Dirección don Manuel Ardón Jiménez.

El 4 de agosto de 1929, renuncia don Manuel Ardón J. y es nombrado en su lugar don Julio C. Solera, quien permanece en la Dirección hasta el 28 de febrero de 1930.

Es nombrado como Director don Teodoro Picado M., nuestro actual Secretario de Educación Pública, quien permaneció en la Dirección hasta principios de mayo de 1932, época en que le sucede nuestro actual Director don Salvador Umaña Castro.

Doy por terminada esta brevísima relación que he iniciado, de la vida del Instituto de Alajuela, vida azarosa, llena de peripecias y vicisitudes innumerables, que me he esforzado en relatar de la manera más clara e inteligible que he podido.

Supla las deficiencias de la narración la buena voluntad con que me he empeñado en revolver algunos archivos viejos, transcribir algunas conversaciones que he sostenido con algunas personas que todavía viven, de aquellos tiempos que como dicen, jamás volverán....

Lista de secciones y número de profesores desde el año  
de 1919 hasta el año de 1932

Años	Número de Secciones	Número de Profesores
1919 .....	7 .....	26
1920 .....	9 .....	21
1921 .....	8 .....	18
1922 .....	8 .....	15
1923 .....	8 .....	15
1924 .....	7 .....	15
1925 .....	8 .....	13
1926 .....	8 .....	15
1927 .....	9 .....	17
1928 .....	10 .....	14
1929 .....	11 .....	19
1930 .....	10 .....	18
1931 .....	11 .....	18
1932 .....	11 .....	18

Cuadro comparativo entre los Directores del Instituto  
de Alajuela y los Presidentes de Costa Rica.—1887-1932

PRESIDENTE	AÑO	DIRECTOR
Bernardo Soto.....	1887 ....	Miguel Obregón
” ” .....	1888 ....	” ”
Ascensión Esquivel .....	1888 ....	” ”
Bernardo Soto .....	1889 ....	” ”
Dr. Carlos Durán .....	1889 ....	” ”
José Joaquín Rodríguez.	1890 ....	Mr. Paul E. Piguet
” ” .....	1891 ....	” ”
” ” .....	1891 ....	Julián Parreño
” ” .....	1891 ....	Francisco Ulloa Mata
” ” .....	1892 ....	” ” ”
” ” .....	1893 ....	” ” ”
Rafael Iglesias .....	1894 ....	Carlos Gagini
” ” .....	1895 ....	” ”
” ” .....	1896 ....	” ”

PRESIDENTE	AÑO	DIRECTOR
Rafael Iglesias .....	1897 ....	Elías Salazar
” ” .....	1898 ....	” ”
” ” .....	1898 ....	Alej. Angulo Guridi
” ” .....	1899 ....	} Cerrado
” ” .....	1900 ....	
” ” .....	1901 ....	
Ascensión Esquivel .....	1902 ....	
” ” .....	1903 ....	
” ” .....	1904 ....	Vicente Lachner Sandoval
” ” .....	1905 ....	” ”
Cleto González Víquez ..	1906 ....	Federico G. Solórzano
” ” .....	1907 ....	” ”
” ” .....	1908 ....	Juan Dávila ”
” ” .....	1909 ....	” ”
Ricardo Jiménez .....	1910 ....	” ”
” ” .....	1911 ....	” ”
” ” .....	1912 ....	Félix F. Noriega
” ” .....	1913 ....	” ”
Alfredo González .....	1914 ....	” ”
” ” .....	1915 ....	” ”
” ” .....	1916 ....	” ”
Federico Tinoco .....	1917 ....	” ”
” ” .....	1918 ....	Salomón Castro
” ” .....	1918 ....	Luis A. Silva (abril)
” ” .....	1919 ....	” ”
Francisco Aguilar Barquero	1919 ....	Luis Dobles Segreda
Julio Acosta .....	1920 ....	” ” ”
” ” .....	1921 ....	” ” ”
” ” .....	1922 ....	” ” ”
” ” .....	1923 ....	” ” ”
Ricardo Jiménez .....	1924 ....	José Fabio Garnier
” ” .....	1925 ....	” ” ”
” ” .....	1926 ....	” ” ”
” ” .....	1927 ....	Manuel Ardón
Cleto González Víquez ..	1928 ....	” ”
” ” .....	1929 ....	” ”
” ” .....	1929 ....	Julio Céfiro Solera
” ” .....	1930 ....	Teodoro Picado
” ” .....	1931 ....	” ”
Ricardo Jiménez .....	1932 ....	” ”
” ” .....	1932 ....	Salvador Umaña

## DATOS ESTADISTICOS

Matrícula desde 1904 hasta 1932

AÑOS	Varones	Señoritas	Total
1904 .....	44	...	44
1905 .....	46	...	46
1906 .....	44	...	44
1907 .....	56	...	56
1908 .....	59	...	59
1909 .....	60	59	119
1910 .....	79	53	132
1911 .....	67	73	140
1912 .....	77	56	133
1913 .....	92	51	143
1914 .....	85	79	164
1915 .....	88	43	131
1916 .....	77	38	115
1917 .....	82	52	134
1918 .....	83	57	140
1919 .....	75	51	126
1920 .....	82	85	167
1921 .....	116	98	214
1922 .....	103	97	200
1923 .....	98	90	188
1924 .....	71	67	138
1925 .....	89	87	176
1926 .....	116	85	201
1927 .....	127	98	225
1928 .....	146	118	264
1929 .....	140	133	273
1930 .....	153	110	263
1931 .....	140	116	256
1932 .....	147	105	252



## INSTITUTO DE ALAJUELA

Títulos expedidos de 1910 a 1934

25 graduaciones

Años	Director	Bachillers. Humans. y Ciencs. y Lets.	Peritos Mer- canti- les	CERTIFICADOS		Observaciones
				Idoneidad Cort.-Cost.	Concl. est. Complem.	
1910..	Juan Dávila ...	4	..	..	..	
1911..	" "	6	..	..	17	
1912..	Félix Noriega .	4	..	..	12	
1913..	" "	..	..	..	..	No hubo.
1914..	" "	5	4	..	11	
1915..	" "	3	..	..	3	
1916..	" "	8	..	..	..	
1917..	" "	6	..	..	..	
1918..	Luis A. Silva ..	5	..	..	..	
1919..	Luis Dobles S..	11	..	..	..	
1920..	" "	11	..	..	..	
1921..	" "	11	15	..	..	
1922..	" "	23	6	..	..	
1923..	" "	20	..	..	..	
1924..	José F. Garnier.	18	..	..	..	
1925..	" "	10	..	..	..	
1926..	" "	12	..	..	..	
1927..	Manuel Ardón.	26	..	..	..	
1928..	" "	23	..	..	..	Bach. Agst., VI
1928..	" "	14	..	..	..	Bach. Dic., V
1929..	Julio C. Solera.	20	..	..	..	
1930..	Teodoro Picado.	25	..	..	..	
1931..	" "	19	..	..	..	
1932..	Salv. Umaña ..	17	..	20	..	
1933..	" "	32	..	..	..	
1934..	" "	16	..	..	..	
25 Graduaciones . . . . .		349	25	20	43	

DOS TRABAJOS RELATIVOS  
A LAS PRIMERAS EPOCAS DEL INSTITUTO  
EL INSTITUTO DE ALAJUELA

(De Repertorio Americano, Tomo XXIV,  
Nº 10, de 19 de marzo de 1932)

Se desentierra el muerto para enterrar al vivo decía un profesor ilustre en la Escuela de Derecho; sin embargo, debo confesar que no aspiro al título de sepulturero, y si de vez en cuando exhumo antigüedades es con el objeto de que no se pierdan al correr de los años. Muchas de estas investigaciones tienen un valor relativo, con frecuencia interesan solamente a un grupo limitado de amistades; mas para la historia de la cultura nacional es necesario consignar ciertos datos que después sería difícil obtener.

A pesar de la dificultad para recordar siquiera el número de nuestros compañeros de colegio, después de medio siglo, cuando muchos han muerto y nadie conserva los libros de matrícula, hemos logrado recoger más de cuarenta nombres, quizá con algunos errores y seguramente con muchas omisiones. Algunos de aquellos estudiantes han llegado a Secretarios de Estado, Magistrados y Ministros Diplomáticos, o Comisionados Especiales en Exposiciones Internacionales, otros siguieron la carrera del Magisterio, el Notariado; alguno desempeña actualmente la Secretaría del Instituto, otros han sido profesores en el mismo establecimiento, etc., de manera que aquella simiente produjo sus frutos en servicio del país, sin contar con los beneficios parciales que se reflejan en la cultura general de la provincia de Alajuela.

Por las aulas del viejo Instituto Municipal pasaron: David Ardón, Gerardo Benavides, Jenaro Bonilla, Carlos Cabezas, Manuel y Rafael Calvo, Manuel y Tito Carrillo, Federico Carvajal, Manuel Casares, Ardilión, Célimo, Julio y Leonte Castro, Alberto, Leopoldo y Alejandro Fernández, Ricardo Fernández Guardia, Luis Loría, Mariano Matamoros, José María Flores, Carlos Montero, Rafael Obregón, Francisco y José Ocampo, Secundino Orozco, Maximiliano Pacheco, Alberto, Gumersindo y Roderico Rodríguez, Juan Paniagua, Ismael Rojas, Pompilio Ruiz, Ceslao Saborío, Clodomiro y Juan Sibaja, Federico Solórzano, Cipriano, Gerardo, Jenaro, Leopoldo, Carlos y Alberto

Los alumnos del Instituto Municipal de Alajuela  
no usaban uniforme en 1880



Don Alberto Soto Alfaro y don Anastasio Alfaro  
González en el tiempo en que eran alumnos  
del Instituto Municipal de Varones.

Soto, Ildefonso Ulate, Buenaventura y Gerardo Villegas, Carlos Zamora, etc.

Nuestra educación primaria había tenido un carácter colombiano bien marcado; habíamos asistido primero a la Escuela Maternal de doña Carolina y la señorita María de la Guardia, su hija; después aprendimos la puntuación y pausas bajo ritmo musical: "La vaca come hierba, heno y pasto (uno, dos, tres, cuatro)". Así enseñaba la señora madre de don Bernardo Uribe; ella tenía una escuela de párvulos, y su hijo era Director en la Escuela Superior de Varones. Más tarde escuchamos, como alumnos, al mismo don Bernardo, a don Faustino Caicedo, don Antonio Mier, don José María Barionuevo y don Clímaco de la Roche, todos colombianos. Las Fábulas de Samaniego eran nuestro libro de lectura, corriendo el peligro de no aprender a leer, porque la cadencia del romance encomendaba a la memoria la mayor parte de aquellas lecturas. Sin embargo, aquella educación que parecía literaria, aparejaba las Matemáticas, la Geografía e Historia, sin descuidar los ejercicios físicos, baños de natación, etc., de manera que los alumnos del Instituto tenían bases amplias para entrar en los estudios superiores con el Licenciado don León Fernández, que fué seguramente uno de los hombres de cultura más amplia que ha tenido Costa Rica y quizá la América Central.

Alajuela ha sido la tierra de todos: allí hemos visto un Gobernador cubano, el Director del Instituto portorriqueño, más adelante argentino; profesores españoles, Comandantes de Cuartel ecuatorianos, médicos del pueblo guatemaltecos, Hermanas de Sión francesas, como Directoras del primer Colegio de Monjas y Escuela Pública de Mujeres, Curas de nacionalidades diversas, sin que jamás se haya levantado una protesta lugareña.

El primer templo masónico que vimos estaba en la casa que fué de un sacerdote católico, como si aquella tierra privilegiada fuera un centro de tolerancia cosmopolita. Sin embargo, tales manifestaciones que parecieran de un pueblo sin patria y sin hogar, ha producido un Gregorio José Ramírez, un Juan Santamaría, un Juan Alfaro Ruiz, tipos acabados del nacionalismo más puro y desinteresado que registran las páginas de nuestra historia.

Al terminar el segundo año del Instituto, en noviembre de 1880, decía el Licenciado don León Fernández: "Nada puede ser más grato para todos aquellos que se interesan por el progreso moral e intelectual de Alajuela, que este momento solemne en

que profesores y educandos ofrecen al público el fruto de sus labores durante el presente año”.

“A pesar del número y variedad de las materias, y no obstante que los exámenes privados no han podido ser más rigurosos y, puedo decirlo, hasta inusitados, así por su duración como porque en varias asignaturas los examinadores no se han limitado al texto adoptado en las clases, la mayor parte de los jóvenes han obtenido la nota de sobresalientes”.

Al referirse a los trastornos e intrigas que parecían iniciarse para el año siguiente, agregó: “No temáis, jóvenes, por vuestro porvenir; vuestra carrera no será interrumpida, aunque fuera preciso continuar dando gratis las clases, a lo cual estamos dispuestos tanto el Director como el cuerpo de profesores, antes que permitir la interrupción de vuestras tareas. Bien sabéis que no sería ésta, para mí, la primera vez que tengo el gusto de poner a vuestra disposición y gratis mis pocos conocimientos”.

Ese era el León de Bronce de Alajuela, el que nunca se dejó majar la cola; pero el más generoso de los hombres. No solamente daba lecciones gratis en aquel Instituto inolvidable, sino también en su casa, en víspera de exámenes, desatendiendo su clientela de abogado y sus negocios comerciales. Más aún, cuando se cerró aquel plantel de Educación Secundaria, a mediados del tercer año, por disposición económica gubernativa, el Licenciado Fernández hospedó en su casa de San José algunos estudiantes para que termináramos en el Instituto Nacional nuestras labores, hasta llegar al Bachillerato, diez y ocho meses más tarde, porque los cursos estaban compendados entonces en cuatro años lectivos.

El Instituto inauguró sus tareas de matrícula en enero de 1879 y al medio día del primero de febrero comenzaron las clases bajo la dirección de don Antonio Espinal, emigrado político cubano, que vino a Costa Rica con el doctor Zambrana, don Pedro Acosta y otros varios, a los cuales se procuró colocar de manera que su destierro les fuera llevadero hasta donde nuestros pequeños recursos económicos lo permitían. El doctor Zambrana se radicó en San José, don Pedro Acosta ocupó la Gobernación de Alajuela y su hijo servía como militar en servicio activo, en el Cuartel de Alajuela.

En su principio las clases estaban reducidas a Aritmética razonada, Geografía e Historia Antigua, Castellano, Caligrafía, Latín, Religión e Historia Sagrada, Inglés, Francés y Teneduría de Libros para el Primer Año. Como profesores había el mis-

mo Director Espinal, el presbítero español doctor José Rodríguez, Licenciado Andrés Avelino Sibaja, don Juan José Martínez, don Faustino Caicedo, y después don Benjamín Piza, como profesor de Inglés y Francés. El Director ganaba 150 pesos oro y los Profesores 90 ó 60 según las horas que tuvieran de servicio.

Se había destinado para local del Instituto el Cuartel Viejo, situado en la esquina Nordeste del Mercado actual; era un edificio de gruesas paredes de adobes, pero amplio, de un cuarto de manzana, y con salas espaciosas para aulas, Dirección, Secretaría y Salón de Actos Públicos, sin que se echara de menos un cuarto oscuro para recluir a los alumnos acusados de alguna falta, y que por cierto conocí muy a pesar mío, por no denunciar a los autores de un escándalo que molestó con justicia al señor Director don León Fernández, al finalizar el primer año de labores, pues en setiembre renunció don Antonio Espinal, y el Licenciado Fernández se hizo cargo del Instituto en octubre para terminar el año lectivo, con la única condición de que sus servicios fueran gratis, como Director y Profesor de algunas asignaturas, en que entraban el Latín, Francés e Historia; así terminamos el año de 1879, con resultados excelentes, a pesar del retiro del señor Espinal, cuando faltaban apenas tres meses para rendir los exámenes finales.

En 1880 tomó el colegio, por contrato, don Enrique Villavicencio mediante una subvención de 400 pesos mensuales, que pagaban por mitades el Gobierno y la Municipalidad de Alajuela. La matrícula era de tres pesos por trimestre, pero los niños pobres no estaban obligados a pagar y recibían además los útiles y libros que necesitaban.

En el segundo año recibíamos: Etimología, Retórica y Poética, Historia de la Literatura española, Latín, Algebra, Geometría plana, Dibujo lineal, Historia Romana y de la Edad Media, Inglés y Francés. El fuerte del señor Villavicencio eran las Matemáticas. Así, con la ayuda gratuita del Licenciado Fernández, se sostuvo el Instituto con pocos profesores auxiliares, de los mismos que habían servido el año anterior, o con ligeras variantes, en que entraron jóvenes como Miguel Obregón, Marcia! Rojas, Marcelino Pacheco, etc., quienes se conformaban con una dotación reducida para sostener el Instituto, pues allí se educaban sus propios hermanos.

Al iniciarse los trabajos del tercer año, en 1881, el número de alumnos había crecido considerablemente y como la sub-

vencción no crecía de la misma manera, algunos alumnos, como Cipriano Soto, se ofrecieron para dar lecciones en el primer año; así pudo sostenerse la vida del plantel hasta mediados del curso, en que el Gobierno le quitó la pequeña subvención de que había disfrutado para atender al pago de profesores.

Durante ese tercer año recibíamos: Trigonometría rectilínea, Astronomía, Cosmografía, Historia especial de Costa Rica y Centro América, Historia Moderna y Contemporánea, Química, Historia Natural y Agricultura. La subvención, que era de 450 pesos, se suspendió y como había profesores, entre ellos el señor Villavicencio y don Manuel Veiga López, que vivían exclusivamente de su sueldo, se apagó la lámpara de Educación Secundaria, sin que la buena voluntad de los jóvenes Obregón, Rojas, Pacheco y otros pudiera reanudar eficazmente sus labores, a pesar de los esfuerzos inauditos que hicieron en ese sentido. Don León Fernández trasladó su domicilio a San José, y Alajuela, se quedó prácticamente a oscuras por algunos años.

En La Gaceta Oficial de 14 de marzo de 1880 informa el señor Gobernador de Alajuela lo siguiente: "Como lo habíamos pensado, el señor don Enrique Villavicencio, que en enero tomó a su cargo el Instituto Municipal de esta ciudad, por contrato celebrado con la Honorable Corporación, lo ha organizado convenientemente con cinco competentes profesores, y estableció una escuela preparatoria".

"El número de alumnos que hoy tiene excede de cuarenta y los resultados vienen siendo satisfactorios, y hacen cifrar en ellos un buen porvenir para la juventud".

En el periódico josefino "El Imparcial" de aquella época, se publicaron algunos artículos referentes en parte al Instituto de Alajuela; pero tales escritos tienen el carácter de polémica, cuyos actores duermen desde hace muchos años el sueño tranquilo de la vida eterna, que todos debemos respetar.

Queda para los jóvenes actuales la tarea de completar estos datos, en lo que se refiere a las etapas posteriores del Instituto de Alajuela, considerando estos apuntes tan sólo como la primera piedra colocada con la mejor buena voluntad por quien conserva los recuerdos más gratos de aquella institución inolvidable.

*Anastasio Alfaro*

Marzo 1932.

## UNA CARTA DEL PROFESOR DON MIGUEL OBREGON

San José, 10 de octubre de 1932.

Estimado señor García:

Siento mucho no haber podido dar a Ud. oportunamente los datos que le ofrecí. He tenido dos hijos gravemente enfermos y luego he enfermado yo mismo. Al hacerlo ahora con el temor de que le lleguen tarde, seré forzosamente breve; le escribo desde la cama.

Ha habido en Alajuela dos colegios de segunda enseñanza que yo haya conocido: el Instituto Municipal de Varones, fundado y sostenido por la Municipalidad Cantonal, que funcionó en los años 1879, 1880 y parte del 1881; y el Instituto actual, fundado por el Gobierno de don Bernardo Soto en enero de 1887 e inaugurado el 22 de febrero de ese año en el local de lo que fué Colegio de Sión, el más hermoso y amplio de los edificios escolares que ha tenido Alajuela, pero de construcción endeble, que quedó, si no del todo inutilizado, por lo menos amenazado de caerse un día de tantos, a consecuencia de los terremotos de diciembre de 1888. Por fortuna, en previsión de eso, se construyó el edificio actual, que comprendía también lo que ahora llaman Teatro Municipal. Ya en 1889 el Instituto ocupó este nuevo edificio.

El Instituto Municipal de Varones, que encontró su más fuerte sostén en don Joaquín Sibaja Martínez, a la sazón Presidente Municipal, fué inaugurado en enero o febrero de 1879; el discurso de inauguración pronunciado por el Director don Antonio Espinal, se publicó en La Gaceta, único diario que por entonces se editaba en Costa Rica. Los otros Directores después del señor Espinal lo fueron, sucesivamente, don León Fernández, nuestro conocido historiador nacional, de modo accidental; don Enrique Villavicencio, español que sabía un poco de Matemáticas elementales. Invertidos los fondos de la Municipalidad en la continuación o finalización de la cañería, según disposición del Gobierno, el colegio no pudo sostenerse sino con miseria y dificultades. Villavicencio dejó la dirección a mediados de 1881, y la tomaron con el desprendimiento propio de la juventud, don J. Marcelino Pacheco, graduado Bachiller en el Colegio de San Luis, que dirigían los jesuitas en Cartago, y don Secundino Oroz-



co ex-alumno del Instituto Nacional de San José. A pesar de lo cual el Instituto terminó sus papeles al finalizar este año. Entre los antiguos alumnos de ese Instituto recuerdo a Pompilio Ruiz, Luis Castaing Alfaro, Anastasio Alfaro, Federico Solórzano, Manuel y Tito Carrillo, Carlos Soto, etc.

Comprendida la necesidad de un colegio, que el atraso general y pobreza de la población reclamaban imperiosamente, don Bernardo Soto, entonces Presidente, dispuso fundarlo en enero de 1887, a pesar del baño frío con que por algunos días apagó sus entusiasmos don Carlos Gagini, Director entonces de la Escuela Superior de Varones, al afirmarle rotundamente que no había alumnos preparados para un primer año. Un día de tantos don Bernardo cayó en la escuela como llovido del cielo y encontró que sólo la frecuentaban 61 alumnos, de los cuales 11 formaban la sección más adelantada a cargo del propio señor Gagini; a los maestros de las otras secciones los encontró don Bernardo, al uno, dormido; al otro, leyendo una novela. Eso ocurrió a fines de 1886, y don Bernardo regresó descorazonado y dispuesto a esperar al año siguiente para fundar el colegio. Si eso hubiera ocurrido, el colegio se habría quedado en proyecto, porque el Ministro don Mauro Fernández no quería en toda la República sino un solo colegio, el Liceo de Costa Rica, fundado, o mejor dicho, en vísperas entonces de ser fundado. Pero el padre y los hermanos de don Bernardo, y este servidor suyo, que servía la Secretaría de la Presidencia, se encargaron de encender nuevamente los entusiasmos de don Bernardo y después de dos meses se acordó al fin la fundación del Instituto.

Yo hube de pasar a dirigirlo a pesar de mi juventud e inexperiencia, pero don Bernardo se obstinó en ello, alegando que nadie se había interesado tanto como yo en la creación del Instituto, y que por lo tanto en ninguno otro tenía confianza de que saliese adelante, ni ninguno estaba en mis condiciones para defenderlo aún del propio Ministro, si fuese necesario. De nada sirvió que le ofreciese tres o cuatro magníficos candidatos. Así las cosas, cedí en beneficio de mi provincia, sacrificando mi porvenir y perdiendo los dos tercios de lo que aquí ganaba en la Secretaría y otros cargos que desempeñaba. No encontré nada, pero todo se hizo o formó en tres años que allí estuve; buenos alumnos; edificio nuevo regiamente equipado, como no ha vuelto a estarlo después; la mejor biblioteca del país; el mejor gabinete de ciencias físicas, y la incubación del fuego sagrado de la cultura.

Me sucedieron, que yo recuerde, un señor Piguet, traído especialmente para aniquilar al colegio; pero también de esta vez me tocó estar en buenas condiciones de salvarlo; era un experto en cocina, bueno para director de cocineras, según la expresión de don Daniel González, quien fué entonces profesor de Matemáticas. Los primeros alumnos del Instituto, es decir, los que formaron el Primer Año en 1887, fueron don José Joaquín Sibaja, don Ramón Lombardo, don Adán y Ernesto Saborío, don José Saborío, etc. La escuela fué agregada al Instituto para preparar muchachos, y ya al año siguiente hubo un buen número cursando la segunda enseñanza: Aristides Agüero, Luis Montenegro y otros que fuera largo citarles. Los libros del Instituto servirán para hacer la lista completa.

Olvidé por un momento que estaba indicándole otros Directores: un señor cubano Julián, no sé de qué; Carlos Gagini, Vicente Lachner, Félix Noriega.

Estos son, mi estimado joven, los datos que así a vuela pluma puedo darle. En alguna conversación posterior los completaría.

Sírvase perdonar mi tardanza y tenerme por su servidor y amigo,

*M. Obregón L.*

P. E.—Antes del Instituto Municipal, calculo que será entre el 66 y 68, parece que hubo un colegio fundado y sostenido por don Ricardo Casorla y don León Fernández, y del cual fueron alumnos: don Bernardo Soto, Clemente Méndez, Francisco Saborío, Manuel Soto Lara. El 2º y 3º fueron luego a completar su educación a Guatemala, sostenidos por el señor Casorla, y Soto Lara por su cuenta.

Hay que recordar asimismo el Colegio de Sión, que inició sus tareas a mediados de 1878, y que mientras estuvo en Alajuela dió a la ciudad gran animación los domingos en que iban de otras provincias a visitar a sus hijas los padres de las alumnas, o sus familiares. Desgraciadamente después de 3 ó 4 años triunfaron las influencias por traérselo a San José. Era el único colegio de mujeres que existía en el país, pues el de Señoritas fué creado en 1888, es decir, 10 años después.

TERCERA PARTE

Datos para la biografía  
de algunos ilustres alajuelenses

## DON AQUILES ACOSTA GARCIA

Aquiles Acosta García nació el 14 de octubre de 1870. Fué el primogénito de los nueve hijos, todos varones, que vieron la luz en el hogar que fundaron don Juan Vicente Acosta y doña Jesús García de Acosta.

Hizo sus estudios de primeras letras en la ciudad de San Ramón, y cursó la segunda enseñanza en el Instituto Universitario de San José, dirigido por don Juan Fernández Ferraz, y en el Liceo de Costa Rica. Se distinguió siempre en las diferentes clases, mereciendo en ocasiones referencias honoríficas. Fué después enviado por sus padres a un colegio de San Francisco de California, en el que al cabo de tres años coronó sus estudios de teneduría de libros, ciencia que lo preparó para las tareas administrativas y para la mejor comprensión de los problemas financieros y económicos del mundo.

Contrajo matrimonio en esta ciudad con la señorita Mercedes Soto Rodríguez, del que nacieron siete hijos, y se consagró por entero a las faenas agrícolas, que lo apasionaban, sin descuidar la lectura diaria de libros y revistas extranjeras, que llenaba sus horas de descanso. Procuraba estar al día en cuanto al progreso realizado en los grandes países, así como en todo lo que se relacionaba con el desarrollo de la política extranjera; pero nada había que lo atrajera tanto como el estudio de los autores griegos y latinos, bien fueran trágicos, poetas o filósofos, y ellos constituían su más cara y decidida afición. Quizás estas preferencias de su espíritu modelaron su carácter en las conocidas normas de rectitud, lealtad y nobleza, que todos pudieron apreciar en él como ciudadano y como amigo y que lo hicieron objeto de afectos muy arraigados y sentidos.

Desde el día 27 de enero de 1917 se enfrentó a los hermanos Tinoco, formando parte de la falange de exaltados patriotas que miraban aquel golpe de Estado como una abominación; y en 1919, cuando los restauradores invadieron el país por la frontera norte, él, así como sus hermanos Ulises, Luis, Ricardo y Horacio, y otros muchos costarricenses, fueron encerrados en la Penitenciaría de San José, donde permanecieron más de cuatro meses, tocándole al General don Juan Bautista Quirós devolverles su libertad al hacerse cargo del poder.

El 8 de mayo de 1920 fué llamado por su hermano, el Presidente Acosta, al desempeño de la Cartera de Seguridad Públi-

ca, y dos años después le fueron encomendadas también las de Gobernación y Policía. Gozó de la más absoluta confianza del mandatario, al extremo de que a veces se le llamó el "Ministro omnipotente"; pero nunca en las alturas cambió su carácter: fué siempre atento, servicial y benévolo, y estaba siempre listo a ayudar a todos pecuniariamente, de tal modo que a su muerte no pudo dejar bienes de fortuna a su familia.

Nos han contado una anécdota que pone en evidencia la reserva de energías que daban vida a su temperamento, así como su nativo pundonor: Durante el conflicto armado con nuestra hermana República de Panamá, un día, agotado por las actividades extraordinarias de aquella época, que lo agobiaban de día como de noche, llegó donde su hermano el Presidente a decirle que ya no podía más y que prefería renunciar sus cargos. "¿Cómo, exclamó el Presidente; te encuentras al cabo de tus fuerzas, cuando hace poco los mariscales Jofre, Foch y Hindenburg, con mucha más edad que tú, han permanecido dirigiendo durante más de cuatro años la más complicada aventura de la historia, sin desmayar nunca, sin retroceder nunca, y con la que ni estando un loco podría compararse jamás esta broma bélica en que nos hemos metido?" Don Aquiles reaccionó inmediatamente al oír aquellos mágicos nombres que evocaba su hermano, y se fué a continuar sus tareas con renovados bríos y más firme voluntad, sin que jamás volviera a pasar por su mente la idea de descansar.

Compartió con su hermano don Julio todas las dificultades y sinsabores de la **alta posición en que ambos se hallaban**, en una de las épocas más interesantes de nuestra historia por los hechos acaecidos y por las diversas circunstancias que la rodearon, y siempre marcharon los dos de acuerdo, en medio de la más fraternal sinceridad, lo que les daba una gran fuerza moral ante la opinión del país.

Don Aquiles falleció el 19 de julio de 1927, lacerado su organismo por las garras implacables de la diabetes. La enorme concurrencia que acompañó sus restos al cementerio de esta ciudad, atestiguó con elocuencia la estimación de que gozaba en todas las clases sociales, y el dolor que llenó el corazón de sus conciudadanos y amigos, convencidos todos de que desaparecía del escenario activo un corazón, una inteligencia y un carácter.

*León Vargas*

Alajuela, junio de 1931.

## DON JOSE MARIA ALFARO

El 20 de marzo de 1799 fué bautizado en la viceparroquia La Lajuela, o Villahermosa, un niño que nació en esa misma fecha y en cuyo destino estaba escrito que habría de ser el sexto Jefe del futuro Estado libre de Costa Rica.

Los padres de este niño, inscrito en el libro parroquial con el nombre de José María y la calidad de español, fueron don Antonio Alfaro y Arias y doña María Damiana Zamora y Flores, oriundos de Barba. Ambos pertenecían a distinguidas familias de este muy antiguo pueblo y de Villavieja de Heredia, descendientes de las que en el curso del siglo XVIII emigraron de la ciudad de Cartago, para poblar y cultivar las fértiles tierras de la meseta central, situadas en la vertiente del Pacífico. Don Antonio y doña María Damiana eran personas acomodadas, que gozaban de general y merecido aprecio. Vivían en una de las mejores casas de Villahermosa, en la esquina nordeste de la plaza, que andando el tiempo fué reconstruída por el tercero de sus hijos, don José María. Antes de éste vinieron al mundo doña Josefa y doña Bárbara Josefa, y, después, doña María Filiberta y don José Florentino, llamado también a figurar en nuestra historia patria.

Es lícito presumir que en el hogar cristiano y virtuoso en que tuvo la suerte de nacer, sólo pudo recibir don José María Alfaro ejemplos de honradez, religiosidad, modestia y amor al trabajo, virtudes de que nunca se departió en su vida privada y pública. Su educación hubo de ser rudimentaria, pues otra mejor no permitían las circunstancias de la época. Sin embargo, más tarde amplió sus conocimientos, sobre todo en materia de leyes.

Escritos de su puño y letra que se conservan, demuestran que redactaba con claridad y precisión. Activo y laborioso se dedicó desde muy joven a la agricultura y a la compra y venta de tierras con provecho. A la edad de veintinueve años fué emancipado por su padre y tan sólo tenía veintiséis cuando Alajuela lo eligió Diputado suplente a la primera asamblea legislativa del Estado, en mayo de 1825. En este mismo año fundó su hogar, casándose el 19 de mayo con doña María Josefa, hija de don Matías Sandoval, y doña Josefa Jiménez. Don Matías era uno de los vecinos más importantes de Alajuela, que bajo el régimen español había sido Teniente Gobernador de Villahermosa en 1803, Comandante de armas de la misma y miembro de la segunda Junta Superior Gubernativa de Costa Rica en 1823.

Alfaro no tardó en llegar a ser uno de los hombres más estimados y de mayor influjo en Alajuela. Electo Alcalde Segundo de la ciudad en 1828 y Diputado propietario al año siguiente, conquistó en el ejercicio de este cargo un prestigio que fué motivo del nombramiento para Magistrado suplente de la Corte Superior de Justicia con que le honraron las Juntas Electorales en 1833; pero él se apresuró a hacer dimisión de esta magistratura, fundándose en su incompetencia para servirla como era debido. En su renuncia presentada a la Asamblea dice que se le había nombrado "por equivocadas las Juntas Electorales, o poco celosas en el cumplimiento de sus deberes". Esta frase pinta al hombre de cuerpo entero y da la medida del respeto que nuestros abuelos tenían por su Patria y por sí mismos.

En 1834 fué nombrado Capitán de la tercera compañía del batallón N<sup>o</sup> 1 de milicias, y Heredia lo eligió este mismo año Diputado propietario, lo que fué motivo de un ataque que le hizo La Tertulia, en el cual, se le acusaba de ser partidario de la Ley de la Ambulancia; y razón tenía nuestro segundo papel periódico, porque Alfaro, con otros seis Diputados, presentó efectivamente el proyecto de esa ley lamentable, que llevaba en sus entrañas el germen de la guerra intestina. Ocho años después reconoció pública y honradamente su error, como adelante se verá.

No consta que tomase parte activa en la guerra civil de 1835; pero es lo más probable que así fuera, por haberlo hecho su hermano don Florentino, del cual fué siempre solidario en los momentos de peligro, y también por la circunstancia de que en 1836 se encontraba residiendo en Nicaragua, a donde debió de refugiarse, como tantos otros, después de la derrota de la Liga. Su nombre no figura en la lista de proscripción, pero Carrillo sólo incluyó en ella a los caudillos principales de la revuelta. Debe de haber regresado a su hogar en 1837, bajo el Gobierno de don Manuel Aguilar, como lo hicieron todos los proscriptos y emigrados a consecuencia de aquellos deplorables sucesos; y no obstante que Alfaro fué uno de los opositores a la dictadura de Carrillo, éste le nombró Magistrado de la Cámara de Justicia en mayo de 1841, nombramiento que prueba el buen concepto que de su probidad y rectitud tenía el austero déspota, que no admitía excusas en materia de servicio público. Siempre activo y emprendedor se había asociado en 1839 con don José María Bolaños, para explotar en Itiquís, cerca de Alajuela, un aserradero que fué uno de los primeros establecidos en Costa Rica.

Alfaro miró con júbilo, como la mayoría de los costarricenses, la caída de Carrillo y el advenimiento del General don Fran-

cisco Morazán. Este le nombró miembro de la Junta encargada de rever las leyes y disposiciones dictadas por Carrillo, que estaba compuesta de doce ciudadanos eminentes de San José, Cartago, Heredia y Alajuela, tres de cada una de estas ciudades. Reunida la Asamblea Constituyente, fué electo por ella Magistrado de la Corte Superior de Justicia el 18 de agosto del mismo año. Tan distinguidos honores demuestran que en esa época don José María Alfaro figuraba ya entre los hombres públicos más notables del Estado.

Costa Rica no tardó en arrepentirse de haberse echado en brazos de Morazán. Exasperado el pueblo por sus violencias, sus exacciones, los desmanes de una soldadesca desenfrenada y la perspectiva de una guerra a que se oponía el sentimiento nacional, lanzó el grito de insurrección en San José, el 11 de setiembre de 1842, contra el hombre a quien cinco meses antes había aclamado como a su libertador. Ese mismo día se encontraban en Alajuela unos 450 soldados, la mayor parte alajuelenses, y el entusiasmo de esta tropa y del vecindario por acudir en auxilio de sus compatriotas, arrastró al Comandante de la plaza don Florentino Alfaro a marchar sobre la capital. Don José María ciñó también la espada y los dos hermanos llegaron a San José el 12, poniéndose a las órdenes de don Antonio Pinto, jefe de la insurrección. Después de muy reñidos combates, en que los Alfaros se distinguieron por su valentía, se obtuvo la victoria.

El Comandante General don Antonio Pinto asumió el poder, por fuerza de las circunstancias, mientras se resolvía la muy difícil situación creada por el derrocamiento y muerte de Morazán. El vice-jefe del Estado era don Juan Mora Fernández, pero no obstante el gran prestigio de que en el país gozaba este prócer, se quería borrar hasta la última huella del Gobierno caído; y como por otra parte **empezaban a agitarse de nuevo las pasiones** y los intereses localistas que habían determinado la guerra civil de 1835, era de temer que estallase otro conflicto entre las ciudades rivales.

Para solucionar tan peligrosa situación se pensó primero en crear una Junta de Gobierno integrada por representantes de las diversas tendencias, lo que habría sido funesto. Afortunadamente prevaleció la idea del nombramiento de un Jefe provisorio, investido de omnímodas facultades para restablecer el orden y luego el régimen constitucional; y en virtud de las actas populares del 23 y 24 de setiembre fué designado don José María Alfaro para ejercer el cargo, tomando posesión el 27. El haber sido siempre adversario político de Carrillo era una garantía



para los que abrigaban el temor de una restauración de este Mandatario, y en su calidad de alajuelense inspiraba confianza a los que se oponían a las pretensiones avasalladoras de la capital. Además, de todos los hombres públicos bastante prestigiados para asumir el mando supremo en aquellas circunstancias, el único que había expuesto su vida en las calles de San José era el Magistrado Alfaro. Por las razones enunciadas, así como por sus buenas prendas personales, se le confirió la dictadura que con tanto tacto, moderación y prudencia ejerció hasta el 1º de junio de 1843, fecha en que fué instalada la Asamblea Constituyente convocada por él. Tuvo que luchar al principio con muy serias dificultades, nacidas del estado caótico en que había quedado el país después del profundo trastorno producido por el Gobierno de Morazán y de la muerte de éste, en la que don José María Alfaro no tuvo ni arte ni parte. Una de las mayores con que tropezó fué la agitación creada por los amigos y admiradores de Carrillo; porque al revés de lo que asegura el historiador Montúfar, subsistía en Costa Rica un partido, sobre todo en San José, que anhelaba la vuelta del autor de la Ley de Bases y Garantías, lo que obligó a Alfaro a tomar algunas medidas de represión. Y a la vez que los manejos de los carrillistas causaban gran inquietud en Alajuela, los josefinos estaban alarmados por los rumores que corrían de una proyectada traslación de la capital a esta ciudad.

Para calmar los ánimos Alfaro lanzó el 17 de noviembre de 1842 un manifiesto en que recordaba a los costarricenses todos los males que les había causado "el fatal espíritu de localismo", cegándolos hasta el punto de desencadenar una guerra fratricida, error que les había costado la pérdida de su libertad. Noble confesión de parte de quien firmó el primero el proyecto de Ley de la Ambulancia.

Al asumir la Jefatura del Estado, Alfaro tuvo el acierto de confiar el Ministerio General a un ciudadano tan íntegro y competente como don Francisco María Oreamuno, pero cuya averción por el ejercicio de cargos públicos era invencible. De suerte que pronto se retiró sustituyéndole el doctor don José María Castro, joven de mucho talento, instruido y de grandes ambiciones, a cuyas iniciativas se debe mucho de lo bueno que hizo el Gobierno liberal y progresista de Alfaro; pero no hay justicia en la creencia generalizada de que éste fué un mero instrumento en manos de su Ministro General; porque a dejarse gobernar como un niño no se presta un hombre de carácter, de muy buen sentido práctico y valiente como lo era el Jefe del Estado. Y así co-

mo no es dudoso que las leyes relativas a la “augusta libertad de imprenta”, y a la fundación de la Universidad de Santo Tomás fueron obra del doctor Castro, debemos atribuir a don José María Alfaro, agricultor y empresario, la Sociedad Económica Itineraria y la carretera al puerto de Puntarenas. En todo caso nadie podrá negarle el mérito de haber acogido e impulsado tan excelentes iniciativas.

La Asamblea Constituyente decretó el 7 de junio de 1843 que Alfaro debía seguir gobernando hasta que se promulgase la nueva Constitución y se eligiesen las supremas autoridades. El 8 nombró Vice-Jefe provisorio a don Francisco María Oreamuno, considerado ya como el sucesor de Alfaro, el cual tenía por él la mayor estimación. Por decreto de 13 de setiembre la Asamblea aprobó todos los actos del Gobierno de Alfaro, declarando a la vez que su conducta se había basado “en el primordial objeto de la sociedad, que es el sostén del orden público, el de la independencia, libertad e integridad del Estado y el de las garantías individuales; que en circunstancias verdaderamente **extraordinarias** y complicadas, supo dirigir los destinos de los costarricenses, hasta darles paz, seguridad y orden, sin hacerles verter una sola gota de sangre, ni una sola lágrima. Y por unanimidad de votos decretó la Asamblea que era “digno de la consideración pública el mérito que ha contraído el referido Jefe durante la administración que se menciona, y se le dan las gracias a nombre del Estado por sus patrióticos servicios a la causa del mismo en la época indicada”.

Este decreto traducía fielmente el sentir del país, que bajo el paternal Gobierno de Alfaro había recobrado la paz y la libertad, entrando en una era de progreso. En abril de 1844 se emitió la nueva Constitución, don Francisco María Oreamuno fué electo Jefe del Estado y el 29 de noviembre Alfaro le entregó el poder. Ese mismo día la Cámara de Representantes quiso confirmar lo hecho por la Asamblea Constituyente en setiembre del año anterior y declaró “que el ex-Jefe provisorio, señor José María Alfaro, llamado por los votos del pueblo a la silla del Ejecutivo, hizo el sacrificio de aceptar dicho destino, por librar a Costa Rica de los males que le amenazaban a consecuencia de la desastrosa guerra que estalló en setiembre de 1842; que al efecto salvó al Estado y le ha conservado pacífico y floreciente, sin abusar del poder absoluto de que estaba revestido, ni derramar sangre ni lágrimas hasta este día en que el texto sagrado de la ley le pone en otras manos”. Fundada en estos motivos, la Cámara decretó que reconocía los importantes servicios prestados al país por don

José María Alfaro, servicios que le hacían "acreedor a la gratitud nacional".

Con la satisfacción que procura el deber cumplido y colmado de honores, devolvió el prócer al pueblo, reinando la paz y la prosperidad, el poder que éste había puesto en sus manos en medio de la guerra civil y de la ruina. Merced a su patriotismo, moderación, cordura y entereza, Costa Rica se había salvado una vez más de la anarquía, que era el azote de Centro América. Su modestia y afabilidad le habían hecho muy popular. Un inglés que le acompañó en un viaje a caballo de Alajuela a San José el año 1844, refiere que se paraba a conversar con todos los campesinos que encontraba en el camino y a estrecharles la mano.

El abandono que de la Jefatura del Estado hizo don Francisco María Oreamuno, debía tener muy malas consecuencias. Suprimido en la nueva Constitución el cargo de Vice-Jefe, recayó legalmente el poder en el Presidente del Senado, don Rafael Moya, y luego por sorteo, en el Senador don José Rafael de Gallegos, patriota lleno de virtudes cívicas, pero que carecía de dotes de mando. Por otra parte la Carta Fundamental estaba plagada de defectos que entorpecían el buen funcionamiento del Gobierno. Estas circunstancias eran explotadas por los descontentos, que nunca faltan, y sobre todo por el "aspirantismo", como entonces se decía. Empezaron a correr rumores de revolución, ciertos o falsos, y el 7 de junio de 1846 fué depuesto Gallegos por un pronunciamiento militar, que proclamó a don José María Alfaro, Jefe Provisorio del Estado, haciéndole responsable de "los males que se causen por su morosidad o resistencia", según reza el acta levantada al efecto, uno de los documentos más curiosos de esta clase que se hayan escrito nunca.

Este pronunciamiento fué apoyado por muchos de los notables de San José, Cartago, Alajuela y Heredia, como consta en las respectivas actas. La de San José declara, entre otras cosas, "que la persona llamada... para regir el Estado en tan críticas circunstancias, es la más a propósito por su conocida honradez y caracterizada con las mejores virtudes cívicas". Este homenaje tributado a don José María Alfaro lo firman personas tan bien reputadas como don Pedro Zeledón, don Felipe Molina, don Rafael Ramírez, don Miguel Moña, don Eusebio Rodríguez, don Narciso Esquivel, el doctor don José María Montealegre, don Mariano Montealegre, don Juan Bautista Bonilla y don Nazario Toledo.

Alfaro asumió por segunda vez y con beneplácito general la Jefatura del Estado; pero esto fué de su parte un error, porque

al hacerlo se prestó a sancionar un acto vergonzoso y a ser el instrumento de una intriga política de mala ley. El doctor don José María Castro, amigo y pariente del Comandante General don José Manuel Quirós, fué acusado de haber sido el verdadero y secreto autor del pronunciamiento del 7 de junio de 1846; y juzgando por el tenor del acta que firmaron los militares, esta acusación parece bien fundada. Con arreglo a uno de sus artículos y antes de proceder a la elección de los Diputados a la Asamblea Constituyente, debía hacerse la de un Vice-Jefe y Ministro General, cuyas calidades personales, fijadas por el acta, concordaban con las del doctor Castro, quien resultó efectivamente electo. Se puede objetar en defensa de éste, que si disponía de los militares, en su mano estaba hacerse nombrar en vez de Alfaro, evitando así los riesgos que para sus miras ulteriores podía tener este compás de espera; pero es lo cierto que tal posibilidad no existía a menos de correr los riesgos de un conflicto. Desde la época de Morazán los elementos de guerra del Estado estaban en su mayor parte en San José y Alajuela; de modo que las dos plazas fuertes se controlaban la una a la otra. Así, pues, para realizar un acto como el del 7 de junio sin un posible derramamiento de sangre, era necesaria una inteligencia entre los jefes militares de las dos ciudades; y como en la de Alajuela fué siempre muy impopular el doctor Castro, se acudió a la maniobra muy hábil de la proclamación de Alfaro, cuyo hermano, el General don Florentino, era el Comandante de la plaza.

Es lástima que nuestros hombres públicos, sobre todo los de la época en que no existía la prensa o ésta se limitaba a relatar y comentar los acontecimientos de modo tan sobrio como reticente y vago, no hayan dejado memorias que hoy nos diesen la clave de muchas cosas para nosotros muy oscuras y a veces incomprendibles. El único que se cuidó de escribir las suyas fué don José León Fernández; pero estas memorias se perdieron en manos de un personaje que las pidió prestadas a su viuda para leerlas. Ignoramos, por ejemplo, el origen de la desavenencia entre Alfaro y Castro que motivó la renuncia presentada por el último del cargo de Vice-Jefe y que la Asamblea no quiso aceptar; pero hubo reconciliación, entrando Castro a desempeñar uno de los Ministerios creados por Alfaro. Emitida la Carta Fundamental, fueron electas las supremas autoridades, y, como estaba previsto, se nombró al doctor Castro, Presidente, nuevo título sugerido por él, y a don José María Alfaro, Vicepresidente. Tomaron posesión el 8 de mayo de 1847.

Todo parece indicar que desde el principio hubo entre ellos

tirantez de relaciones, estado de cosas muy peligroso, no sólo por ser Alfaro Vicepresidente, sino también porque podía contar en cualquier evento con el apoyo de Alajuela, la segunda plaza fuerte del Estado y **muy desafecta** a Castro, circunstancias que justificaban la desconfianza de éste; y como a su vez Alfaro veía claramente que en el interés del Presidente estaba eliminarlo o anularlo a él, bien se comprende que durmiese con un ojo abierto. Así las cosas, causó en la capital honda sensación un breve manifiesto de Castro, publicado en hoja volante por la tarde del 10 de setiembre de 1847, en que aseguraba haberle sido delatada una conspiración que debía estallar en Alajuela contra su Gobierno y con este motivo puso sobre las armas dos mil hombres de San José, Cartago y Heredia. La primera noticia de estos sucesos no se recibió en Alajuela hasta las diez de la noche y más tarde llegaron informes, que resultaron inexactos, de que tropas del Gobierno venían marchando sobre la ciudad. Esta se inquietó, como era muy explicable, y en la mañana del 11 se puso también en armas por disposición del General Alfaro, el cual escribió carta sobre carta a don José Manuel Quirós, Comandante General, rogándole que le informase de lo que sucedía en San José y reiterándole su entera fidelidad al Gobierno. También se cruzaron cartas entre el Presidente y el Vicepresidente, que tan sólo revelan una recíproca y profunda desconfianza. Por último, llamado por Castro, el General Alfaro se presentó el 12 en San José, y, después de las explicaciones que se dieron de una y otra parte, se convino en que el armamento del cuartel de Alajuela sería trasladado a la capital, ofreciendo Castro amnistiar a todos los que pudiesen resultar comprometidos en el **plan revolucionario**.

¿Existió en realidad la conspiración de que hablaba el Presidente Castro en su manifiesto? Sería muy aventurado afirmarlo, no existiendo pruebas documentales al respecto. Si se levantó algún proceso con tal motivo, éste no ha podido ser encontrado en nuestros Archivos Nacionales, a pesar de minuciosas búsquedas; y como en nuestra vida pública se ha echado tantas veces mano de conspiraciones imaginarias para quitar del camino a los hombres que estorban, la prudencia aconseja suspender el fallo histórico hasta tanto una feliz casualidad permita el hallazgo de pruebas fehacientes. Es lo cierto que el General Alfaro remitió a San José todas las armas y los pertrechos de guerra que estaban en Alajuela; que su hermano José María, por las acusaciones lanzadas contra él, hizo dimisión del cargo de Vicepresidente, que le fué aceptada por el Congreso el primero de octubre de

1847, retirándose también don Florentino de la Comandancia de la plaza.

El asunto parecía haber terminado así, a entera satisfacción de Castro, cuando estalló inesperadamente en Alajuela, una rebelión por la mañana del 5 de octubre, promovida por algunos oficiales que pretendían oponerse a la salida del coronel don Francisco E. Aqueche, a quien se había dado un empleo civil en la Aduana de Puntarenas. Los rebeldes levantaron en la Casa Municipal un acta por la que desconocían la Constitución y las Supremas autoridades. Varios de los vecinos principales fueron traídos con escoltas para que las firmasen, entre otros don José María y don Florentino Alfaro, que rehusaron hacerlo, empeñándose al contrario en restablecer el orden sin conseguirlo. Aqueche se puso a la cabeza de los milicianos que acudieron con los fusiles que les había dejado Castro, y unos 200 hombres ocuparon la ciudad de Heredia, cuyo apoyo esperaban obtener los rebeldes proclamando a don Rafael Moya, Jefe provisorio. Ante el avance de las fuerzas del Gobierno se replegó Aqueche a Poás contra la voluntad de sus tropas, y, por último, éstas se disolvieron.

A consecuencia de esta rebelión y por decreto de 15 de octubre de 1847, don José María y don Florentino Alfaro fueron confinados a Terraba, el primero por el término de seis años, y el segundo por uno. Este decreto dice "que del proceso instruido para averiguar el origen y progreso de la conjuración que estalló en la ciudad de Alajuela el 5 del presente mes, aparece como autor principal del trastorno el señor José María Alfaro".

Ahora bien, con base en este proceso, que por fortuna se conserva y no pasó de ser un simple sumario levantado por la autoridad militar, ningún Juez que merezca el nombre de tal se atrevería a decir lo que afirma el decreto del Presidente Castro; y otro sumario, instruido por el Ministro don Joaquín Bernardo Calvo, en el cual figura la declaración de persona tan honorable como don Rafael Barroeta, testigo presencial de los sucesos de Alajuela, vindica a los hermanos Alfaro. El mismo decreto confiesa que don Florentino "no aparece cómplice por hechos positivos en la revolución". Por otra parte no se explica que hombres juiciosos y experimentados como los Alfaro, que no se lanzaron a la revuelta cuando disponían de todos los elementos de guerra del cuartel de Alajuela, lo hiciesen atendido únicamente a los fusiles viejos de los milicianos. De los documentos relativos a la sublevación del 5 de octubre de 1847, resulta, como lo escribió el mismo don José María Alfaro, que aquello no fué otra cosa que un cuerpo sin pies ni cabeza, en el que lo mismo manda-

ba el superior como el soldado”, lo que no hubiera sucedido si él y su hermano hubiesen sido los jefes de la revuelta. En aquel tiempo se dijo, y durante muchos años después se repetía, especialmente en Alajuela, que entre el doctor Castro y Aqueche hubo un entendimiento secreto; pero como esta clase de convenios no suelen dejar huellas escritas, debemos resignarnos a no saber nunca la verdad.

Confinar a Térraba en 1847 a un hombre de salud tan precaria como lo era don José María Alfaro, casi equivalía a una sentencia de muerte, y la pena impuesta era un escarnio añadido a la crueldad del castigo. Aun en el caso de ser realmente culpable, un prócer que había prestado a su patria servicios eminentes debió ser tratado con las consideraciones que merecía, puesto que era por ley “acreedor a la gratitud nacional”. En vano reclamó Alfaro que se le oyese, que se le juzgase conforme a la Constitución y a las leyes. En Puntarenas formuló una protesta ante la autoridad judicial, y desde el puerto de La Uvita, “en el desierto”, de paso para Térraba, envió otra al Congreso, el 8 de noviembre de 1847, en la que declara ante Dios y los hombres no ser “ni en lo público ni en lo privado el autor de aquella asonada”. De este largo y explícito documento conservan los descendientes del prócer el borrador de puño y letra del mismo (1).

El doctor Castro impuso a la provincia de Alajuela una contribución forzosa para indemnizar al Erario los gastos causados por la revuelta, y, con este fin, nombró una Comisión encargada de fijar las respectivas cuotas. La que se señaló a don José María Alfaro fué más que duplicada por el Presidente, a pesar de las dificultades pecuniarias en que se encontraba la familia del “gobernante que no había hecho derramar a los costarricenses ni una gota de sangre ni una lágrima”.

Alfaro, como él mismo lo escribió al Congreso, no quiso fugarse para que no se pudiera dudar de su inocencia, y, en compañía de su hermano, privados hasta de los más elementales recursos de la civilización, se dedicaron, “como buenos costarricenses”, a estudiar la remota región de Térraba y Boruca, la manera de desarrollar sus riquezas naturales y la de mejorar la condición de los indios, “sepultados en el olvido y en la desgracia”. Así consta en un informe muy interesante dirigido al Gobernador de Cartago el 19 de enero de 1848 por los dos hermanos. La petición que por aquel tiempo hicieron para que se les permitiese

---

(1) Véase esta venerable reliquia en el Museo Histórico “Juan Santamaría”, Alajuela.

salir del territorio del Estado llegó felizmente a San José en ausencia de Castro, y el Vicepresidente don Juan Rafael Mora que estaba en ejercicio del Poder Ejecutivo, los facultó el 14 de marzo para fijar su residencia en Chiriquí o en cualquier otro punto del territorio neogranadino.

La sangrienta revolución que estalló en Alajuela poco después, en la noche del 28 de marzo de 1848, vino a demostrar que don José María Alfaro no era la única causa de estas rebeldías, como lo aseguraban las gentes del Gobierno. Indultado al fin el 15 de enero de 1849, no volvió el prócer a Costa Rica hasta mediados de este año y el 20 de octubre él y su hermano fueron restablecidos en el pleno goce de sus derechos políticos.

Ante la amenaza de un pronunciamiento militar, el doctor Castro tuvo que retirarse del poder. Se lo quitó la misma fuerza de que se había servido para obtenerlo.

Asqueado de la política, don José María Alfaro no volvió a intervenir en ella, dedicándose a sus asuntos particulares y a la educación de sus hijos. El 19 de abril de 1852, bajo la primera administración de don Juan Rafael Mora, fué elegido por el Congreso Magistrado propietario de la Corte Suprema de Justicia. Aceptó el cargo, sirviéndolo hasta su muerte. Vivió siempre en Alajuela, rodeado del respeto y del afecto de todo el vecindario, en la casa en que había nacido y debía morir, y cuya reconstrucción emprendió en 1854. Las cartas que en sus últimos años escribía a su hijo don José Joaquín, estudiante en Guatemala, revelan la rectitud, el espíritu religioso, la entereza y hombría de bien que formaban el fondo de su carácter. Sanó consejos, noticias del hogar y de la ciudad natal, a esto se reduce esta correspondencia íntima. Casi nada se puede espigar en ella en materia de asuntos públicos. Se adivina que al prócer, decepcionado y ulcerado, ya no le interesan las intrigas florentinas de aquellos tiempos. Tan sólo como excepción se encuentra un juicio sobre el Presidente Mora, fechado el 6 de diciembre de 1854. Dice que éste era "popular, sagaz, comedido, honrado, enérgico, empresario, ejecutivo y de talento". Pero estalla la guerra contra los filibusteros norteamericanos y entonces vibra en las cartas un ardiente patriotismo. Aludiendo a las batallas de Santa Rosa y de Rivas, el valeroso combatiente de las jornadas de setiembre de 1842 observa con orgullo: "Los costarricenses atacando a la bayoneta se pueden comparar con los mejores soldados del mundo". Con dolor, pero sin una palabra de desaliento, refiere que de 300 hombres de la ciudad de Alajuela que en marzo de 1856 salieron para Nicaragua, sólo habían salvado



la vida 40 y tantos. Habla de la herida grave recibida en El Sardinial por su hermano don Florentino, a quien fué a socorrer tan pronto como recibió la noticia, a pesar—esto no lo dice él—de su edad, de sus achaques y del espantoso camino de Sarapiquí. En la última carta dirigida a su hijo, relata los estragos que estaba haciendo la epidemia del cólera traída de Nicaragua por el ejército, y, para el caso de que la plaga llegase a Guatemala, le da minuciosos consejos: lo primero era confiar en Dios y no tener miedo.

Don José María Alfaro murió del cólera en Alajuela, a medio día del 12 de junio de 1856, a la edad de cincuenta y siete años.

*Ricardo Fernández Guardia*

1856 de 1856

## EL GENERAL DON FLORENTINO ALFARO

Don José Florentino Alfaro fué el quinto y último hijo de don Antonio Alfaro y de doña María Damiana Zamora. Nació el 15 de marzo de 1805 en Villahermosa, población a la que el Congreso constituyente dió el título de ciudad el 11 de noviembre de 1824 con el nombre de Alajuela. Abrazó desde muy joven la carrera militar. El año 1833 era subteniente y en 1834, ascendido a teniente, fué destinado a la tercera compañía del batallón N° 1 mandada por su hermano el capitán don José María Alfaro. Hizo sus primeras armas en la guerra de la Liga, distinguiéndose por su arrojo y capacidad, particularmente en el combate librado en el Virilla el 19 de octubre de 1835. Con las tropas de Alajuela que mandaba, salvó en esta reñida acción la artillería herediana a punto de caer en manos de los josefinos.

El triunfo de Carrillo le obligó a retirarse del servicio de las armas; pero a mediados de 1836, al saberse la noticia de que el Mayor Manuel Quijano había invadido el Departamento de Guanacaste con montoneros nicaragüenses, ofreció su espada al Gobierno, como lo hicieron muchos de los que habían servido bajo la bandera de la Liga. Fué incorporado a las fuerzas del Coronel don Vicente Villaseñor y éste le dió el mando de la caballería que operaba en la frontera de Nicaragua.

Por los buenos servicios que prestó en esta campaña fué ascendido a Capitán y nombrado Comandante de la plaza de Alajuela. En 1841 Carrillo le comisionó para que en unión de don Buenaventura Espinach y el Teniente Coronel retirado don José Angel Soto buscara un camino más recto al puerto de Puntarenas, evitando el paso por el Monte del Aguacate. A principios de abril de 1842, cuando la invasión de Morazán, marchó con el ejército de Villaseñor a su encuentro y fué uno de los que firmaron el famoso tratado de El Jocote. El único oficial costarricense que rehusó hacerlo fué don Rafael Barroeta. "No hemos venido a tratar sino a pelear", dijo, y rompió su espada.

Alfaro continuó sirviendo la Comandancia de Alajuela, y por haberse negado a apoyar la revuelta que en favor de Carrillo estalló en la ciudad de Heredia, por la noche del 29 de mayo de 1842, acaudillada por Mercedes Jiménez, Morazán le ascendió a Mayor graduado de Teniente Coronel. Este episodio, que ningún historiador menciona, revela que desde el principio hubo conatos de rebeldía contra el Gobierno de Morazán y motivó una

proclama del Presidente Carrera de Guatemala, en la que incitaba a los costarricenses a seguir el ejemplo de los de Heredia.

Al estallar la revuelta contra Morazán, el General de División don Trinidad Cabañas era Comandante del Departamento de Alajuela y el Teniente Coronel Alfaro de la plaza; pero Cabañas se encontraba en San José. El historiador Montúfar escribe: "Los agitadores de que ya se ha hablado, creyeron que Alfaro era el hombre destinado por la Providencia para cambiar la faz de Costa Rica y con muchas precauciones se le aproximaron para inducirle a la insurrección. Alfaro presentó dificultades al principio; hizo ver que el paso era peligroso y que podía dañar su reputación. Los enemigos de Morazán le hicieron ver que todo el Estado lo seguiría... Este lenguaje decidió a Alfaro y el 11 de setiembre se atrevió a dar en Alajuela el grito de insurrección. Alfaro marchó a conmover la ciudad de San José, cuyos barrios estaban bien preparados y lo secundaron. Los josefinos se sublevaron; pero les faltaba un jefe. Los agitadores sacaron a don Antonio Pinto de su casa para lanzarlo a la revolución".

Montúfar incurre aquí en un error. No fué en Alajuela, sino en San José, donde se dió el primer grito de insurrección contra Morazán, el 11 de setiembre de 1842, y Alfaro no llegó a la capital hasta el 12 y ya en plena lucha. Lo que realmente ocurrió fué esto: por la tarde del 10 empezó en San José la efervescencia popular, continuando durante la noche. La revuelta estaba en todos los ánimos y para que estallase tan sólo se necesitaba un caudillo. Se pensó en el General don Antonio Pinto, retirado hacía algunos años del servicio de las armas, pero en cuyo valor y energía todos confiaban. Pinto accedió a los deseos del pueblo y habiendo reunido en su casa a los oficiales de San José, Heredia y Alajuela, que se encontraban en la capital, prescindiendo de los de Cartago por su adhesión a Morazán, les hizo prestar, con la mano puesta en la cruz de sus espadas, el solemne juramento de luchar por Costa Rica hasta vencer o morir, de matar al que traicionase la causa y de establecer un gobierno constitucional, jurándolo él también. Hecho esto se lanzaron todos a la pelea, a las siete y media de la mañana del 11 de setiembre.

Veamos ahora lo que pasó en Alajuela ese mismo día. Estaba en la ciudad el batallón de milicias del departamento, compuesto de unos 350 hombres, más 100 soldados de Cartago, que debían agregarse al ejército destinado a marchar contra Nicaragua. Había también 130 quintales de pólvora que iban de paso para Puntarenas. Reinaba en la plaza absoluta tranquilidad cuando se recibió la noticia de haberse insurreccionado la capital.

La situación cambió instantáneamente. Hubo un entusiasmo delirante por acudir en auxilio de los hermanos de la capital y el Comandante Alfaro se vió obligado a ceder a la presión popular, marchando sobre San José con sus tropas y los voluntarios de la ciudad, a los que se unieron de paso los de Heredia. Al llegar a la capital en la mañana del 12, Alfaro empeñó el primer combate con una fuerza de Morazán que ocupaba la antigua iglesia de La Merced, situada en la esquina sudoeste de la que hoy es Plaza de la Artillería, contigua al Palacio Nacional.

Sin el oportuno y eficaz auxilio de Alfaro es lo más probable que Morazán hubiese logrado sofocar la insurrección, porque los josefinos carecían de armas y municiones. La lucha fué muy encarnizada y duró 79 horas continuas. Obtenido el triunfo, Pinto dió al Teniente Coronel Alfaro el encargo de impedir todo desmán de los victoriosos contra los vencidos y las propiedades de los morazanistas, encargo que cumplió con el celo que le inspiraba su noble corazón. En seguida le fué conferido el mando de las tropas enviadas para repeler el ataque que se temía de parte del General Saget, que estaba en Puntarenas al mando de la escuadra y de las fuerzas de Morazán, que se preparaban para invadir el Estado de Nicaragua. Alfaro estuvo en Esparta al frente de la división llamada de Vanguardia, hasta la partida de Saget. Ascendido a General de Brigada el 7 de enero de 1843, volvió al desempeño de la Comandancia de Alajuela.

Continuaba en este cargo cuando tomó parte en el pronunciamiento del 7 de junio de 1846 que depuso a don José Rafael de Gallegos de la Jefatura del Estado y proclamó Jefe provisorio a don José María Alfaro y hasta se prestó a firmar el acta de primero, en calidad de Comandante General interino, por no haberlo hecho el propietario del cargo don José Manuel Quirós; pero la mención especial que de éste se hace en el acta no lo compromete menos. Semejante claudicación de parte de don Florentino Alfaro, que fué siempre modelo de caballeros, tan sólo se explica por un sentimiento de amor y solidaridad fraternales, ya que personalmente no sacó ningún provecho, ni siquiera un ascenso en su carrera, como solía suceder en tales ocasiones.

Se podría decir, sin embargo, que también hizo defección a Morazán; pero el caso era muy distinto, porque se trataba entonces del interés de la Patria. En 1842 Alfaro se encontró ante el dilema de ametrallar a sus hermanos que luchaban por una justa causa, o de ayudarles a defender sus hogares y su libertad y en tal circunstancia un patriota de corazón no podía dudar de cuál era su deber. En el pronunciamiento del 7 de junio de 1846

tan sólo estaban en juego ambiciones políticas y conveniencias personales. Y por muy vituperables que sean los militares que durante una triste época de nuestra historia quitaban y ponían a **su antojo Jefes de Estado**, más lo son los civiles que de ellos se servían para satisfacer sus intereses y aspiraciones, cuando no sus odios y rencores. ¿Qué es lo que no corrompen ciertos políticos?

Siguió el General Alfaro en la Comandancia de Alajuela hasta el mes de setiembre de 1847 en que por la ruptura de su hermano don José María con el Presidente Castro se separó del cargo, después de haber remitido a la capital todos los elementos de guerra que estaban en la plaza, como había ofrecido hacerlo; porque el doctor Castro desconfiaba de los Alfaros, acusándoles de haber fraguado una conspiración contra su Gobierno, de la cual no ha sido posible descubrir ninguna prueba fehaciente.

Poco después, el 5 de octubre de 1847, estalló en Alajuela una revuelta contra Castro, capitaneada por el Coronel Aqueche, pero que el Gobierno atribuyó a intrigas de don José María Alfaro, y a consecuencia de ella don Florentino fué confinado por un año a Térraba, no obstante que el mismo decreto en que se le impuso esta pena declara que no aparece su complicidad en la revuelta. Se dió como razón o pretexto para castigarlo no haber cumplido fielmente su promesa de remitir a San José las armas y los pertrechos de la plaza de Alajuela, sin que para esto hubiese más fundamento que el de haber sacado los rebeldes una pequeña cantidad de pólvora de casa de un particular.

Descontada la pena arbitrariamente impuesta y después de la renuncia del doctor Castro, el Presidente Mora nombró a don Florentino Alfaro Gobernador de la provincia de Alajuela, a fines de 1849, cargo que estuvo sirviendo hasta el mes de marzo de 1856, en que con motivo de la declaración de guerra contra Walker solicitó volver al servicio de las armas. Le dieron el mando de la fuerza que debía operar en Sarapiquí, para donde salió en marzo, y, dejando en El Muelle la mayor parte, abrió por la montaña un camino con 80 hombres hasta El Sardinal. En este punto fué atacado de improviso el 10 de abril por uno de los mejores oficiales de Walker, el Capitán John M. Balwin, que subió por el río Sarapiquí con cinco lanchas desde La Trinidad. Alfaro le obligó a retirarse, pero fué herido en el combate. Una bala de rifle le rompió el brazo derecho arriba del codo. Su ayudante don Evaristo Fernández lo llevó hasta El Muelle, donde había quedado el cirujano, y de allí en una hamaca a La Virgen, una de las etapas del horrible camino de Sarapiquí a donde por fortuna, llegó a socorrerlo su hermano don José María con el célebre mé-

dico alemán Dr. A. Von Frantzius, a tiempo de evitar la amputación del brazo que el cirujano había declarado indispensable. Con todo, este miembro le quedó siempre muy defectuoso. Restablecidos, por causa de la guerra, el cuartel y el servicio militar de Alajuela, que desde la revolución de marzo de 1848 había suprimido el doctor Castro, el General Alfaro, convaliente aún de su herida, fué nombrado Comandante de la plaza y se le dió la comisión de reclutar 100 hombres en la provincia para continuar la guerra. A fines de 1857 le fué recargada la Gobernación y en 1858 recibió la cruz de honor creada por ley de 28 de setiembre del mismo año.

Después de la caída de Mora el Gobierno de Montealegre lo mantuvo en su puesto de Comandante de Alajuela, hasta agosto de 1861, en que fué trasladado a la Gobernación de la provincia, reemplazándolo en la Comandancia el Coronel don Tomás Guardia. En 1863, por causa de enfermedad, renunció el cargo de Gobernador y al año siguiente, obligado por su pobreza, solicitó del Congreso una pensión. No obstante que los informes vertidos por las Comisiones de las dos Cámaras, fueron muy honrosos para el General Alfaro, el Senado rechazó en tercer debate el proyecto de ley que le concedía la pensión, aprobado ya por la Cámara de Representante. Dos años después, el 15 de noviembre de 1866, el Presidente don Jesús Jiménez le otorgó la muy modesta pensión de inválido correspondiente a su grado de Brigadier.

Con el advenimiento al poder de su íntimo amigo, el General don Tomás Guardia, cambió favorablemente la estrecha situación pecuniaria en que se encontraba el anciano General Alfaro, que tan buenos servicios había prestado. En diciembre de 1870 fué dado de alta como General en disponibilidad y en 1872 volvió por última vez a la Gobernación de Alajuela, sirviéndola hasta el 31 de enero de 1873. En este mismo año desempeñó también interinamente la Comandancia de Plaza.

Resulta, pues, que durante veinticinco años sirvió don Florentino Alfaro, con alternativas, unas veces la Comandancia de la plaza de Alajuela, otras la Gobernación de la provincia, y más de una los dos cargos a la vez.

Y esto porque los diversos mandatarios de esa época habían llegado al convencimiento de que la mejor garantía de paz y tranquilidad en la turbulenta Alajuela de aquellos tiempos, era poner el gobierno local y especialmente el militar en manos del hombre que gozaba de la confianza, del cariño y respeto de toda la provincia, por su honradez, su rectitud y su bondad. Hasta el más hu-

milde sabía que teniendo la razón, don Florentino se la daría aunque fuese contra el personaje más poderoso o el mejor de sus amigos. De suerte que sus fallos se acataban sin protesta ni discusión.

Llegó a ser un patriarca venerado en Alajuela. Por su inagotable caridad era el padre de los menesterosos. Ninguno le tendió la mano que algo no recibiese. Todo el que necesitaba de un consejo, de un socorro o de un consuelo acudía a su hospitalaria casa que era la de todos. Sus últimos años se deslizaron serenos y apacibles en la ciudad que le vió nacer, todavía bajo la bandera española, y que fué el gran amor de su vida. El viejecito venerable, de noble y plácido semblante, pasaba las horas muertas sentado en un escaño antiguo en el amplio corredor de su casa solariega, situada en una esquina de la plaza, absorto sin duda en los recuerdos de su larga vida, que fué de un hombre de bien. Había sido testigo de todos los grandes sucesos ocurridos en su Patria durante más de medio siglo, desde la jura de la Independencia hasta la inauguración de los trabajos del Ferrocarril interoceánico en Alajuela, el 18 de agosto de 1871. Había conocido a todos los Jefes del Estado, desde don Juan Mora Fernández hasta el General don Tomás Guardia, su antiguo subalterno y su émulo en el cariño por Alajuela.

Su muerte, acaecida el 13 de diciembre de 1873, fué llorada por los alajuelenses como la del mejor de los padres. Toda la ciudad se enlutó para acompañarle a su último morada. El artículo con que fué despedido por La Gaceta Oficial, empezaba así: "La provincia de Alajuela está de duelo. Uno de sus más esclarecidos hijos, el General don Florentino Alfaro, ha bajado a la tumba acompañado del sentimiento de sus numerosos amigos y de sus conciudadanos en general". Y en el mismo número de este periódico, un alajuelense que quiso guardar el anónimo, expresaba el profundo dolor de la ciudad por pérdida tan irreparable y enaltecía en sentidas frases las virtudes del prócer, a quien Alajuela debía "mucho de su progreso, mucho de la tranquilidad que ha disfrutado".

Ninguno de los hijos ilustres de Alajuela ha mostrado por ella tan acendrado cariño ni tanto empeño y desinterés en servir-la como el General don Florentino Alfaro. Por esto, así como por sus virtudes cívicas y privadas, es acreedor a que la ciudad natal perpetúe su memoria en alguna forma, no sólo por gratitud sino también para ejemplo de las nuevas generaciones, con demasiada frecuencia olvidadizas.

*R. Fernández Guardia*

## BIOGRAFIA DEL PROFESOR DON ANTONIO ARROYO

Nació Antonio Arroyo Alfaro en la ciudad de Alajuela, el 20 de abril de 1873. Fueron sus padres don Alejo Arroyo Segura y doña Nemesia Alfaro Loria. Al día siguiente de nacido recibió, de manos del presbítero don Francisco Pereira, en la hoy Catedral y entonces simple iglesia, las aguas bautismales: sus padrinos de pila fueron don Canuto Guerra y su señora esposa, doña María Castro.

Estudió primeras letras en esta ciudad y después de brillante carrera estudiantil en el Liceo de Costa Rica, se graduó de Bachiller y Maestro Normal, en diciembre de 1893. Ejerció el magisterio durante tres años.

En 1897, con motivo del concurso abierto para otorgar las becas de Chile, presentó certificaciones de don Carlos Gagini, don Juan Umaña, don Robustiano Rodríguez y don Otto G. A. Sittman, que comprobaron plenamente su buena conducta y su aplicación. Se le hizo justicia y la beca que solicitó le fué concedida.

Partió para Chile en compañía de don Roberto Brenes Me-sén, don Salomón Castro, don Elías Leiva, don Juan Dávila y don J. Fidel Tristán. La amistad íntima de tan selectos compañeros tuvo siempre en él, profundas resonancias. Estudió tres años (1897, 1898 y 1899), en el Instituto Pedagógico de Santiago; se graduó de Profesor de Ciencias Físicas y Naturales de la Universidad de Chile en 1900 y en marzo de ese mismo año vino a desempeñar la cátedra de Ciencias Naturales en el Liceo de Costa Rica, bajo la dirección del eminente educacionista chileno don Zacarías Salinas y en colaboración con los compañeros que con él compartieron en Chile penas y alegrías.

En 1906 vino al Instituto de Alajuela y aquí, como Profesor de Ciencias Físicas y Naturales y en ocasiones como disciplinista, trabajó durante 8 años. Sus discípulos recordaremos siempre con cariño la figura del Profesor Arroyo: pequeño, moreno, delgado, de ojos abultados, pelo negro, barba siempre rasurada y bigote poco poblado. Cuando nos daba sus sabias lecciones, era su voz suave e insinuante como una caricia maternal; cuando nos aconsejaba, era el maestro, era el padre; pero cuando recibíamos de él una reprimenda, su voz adquiría inflexiones imponentes, era entonces dura, seca, cortante, breve, como una daga



de acero toledano que llegaba a lo más hondo del espíritu y lo conmovía profundamente. Sin gritos y sin gestos violentos, en sus clases sabía mantener viva la atención de sus oyentes, dentro de la más perfecta disciplina: allí era cuerpo y era espíritu al servicio de la juventud de su patria.

Pero no solamente el Profesorado ocupó la atención de este ciudadano eminente.

Artista por herencia, cultivó la música y colaboró en las fiestas de los músicos de la ciudad, especialmente en aquéllas solemnes, dedicadas a Santa Cecilia: allí su violín era alma, al servicio del arte.

La Junta de Caridad de Alajuela tuvo siempre en Toñito, como cariñosamente le llamamos sus amigos, un ferviente colaborador: su ideal de servicio tuvo en esas actividades, amplio campo de acción.

Perteneció a la Directiva de la Escuela de Tejidos de esta ciudad: su esfuerzo por el adelanto material de sus conciudadanos fué patente.

Enfermo de gravedad, tuvo al fin que abandonar la lucha. Se refirió de sus labores, todas elevadas y fecundas, sin un gesto de dolor externo, pero llevando en el alma el dolor inmenso de no poder servir más, de no poder continuar modelando caracteres, iluminando conciencias, despertando los espíritus juveniles a la luz radiante de la ciencia. El, inteligente e ilustrado, conoció su fin cercano: vencido y afónico, sólo encontró en la compañía de sus amigos algo de consuelo.

El Congreso Constitucional de la República, haciendo honor al mérito, le concedió una pensión. Solamente mes y medio disfrutó de ella. La vida de Antonio Arroyo Alfaro se apagó el 11 de setiembre de 1914, a los 41 años, 4 meses y 21 días de arder; fué una lámpara votiva, que iluminó el altar en donde se rinde culto a la ciencia, al arte y a la vida misma. La sociedad de Alajuela, conmovida intensamente, acompañó su cadáver a nuestro cementerio: allí reposan sus cenizas. La lápida que cubre su fosa dice:

“El Instituto de Alajuela  
y la ciudad  
en memoria del Profesor Arroyo”.

*Aurelio Salazar*

## DON ROSARIO CARRILLO

(APUNTES BIOGRAFICOS)

Difícil tarea ésta de biografiar a don José del Rosario Carrillo.

Difícil, porque los detalles íntimos no fueron por nadie escritos y hoy, con más de un siglo de distancia, tórnanse borrosos y difusos, a punto de que no acierta uno a saber dónde está el matiz verdadero y el tono exacto.

Sus más cercanos parientes son biznietos, que apenas recuerdan uno que otro rasgo, de menuda importancia, y la tradición de la ciudad tiénelo olvidado casi por entero.

Por otra parte, vidas sencillas, sin poses teatrales ni vocingleras exhibiciones, como la que solían llevar estos patriarcas; vidas privadas cuyas huellas no quedaron sobre papel impreso o sobre papel sellado, hácense realmente difíciles de historiar.

Ensayo, sin embargo, este retrato, reuniendo de aquí y de allá pinceladas sueltas que tal vez dejen delineada, en sus rasgos más salientes, esta figura procerca.

\*

\*\*

Era don José del Rosario Carrillo un hombre fornido y bien tajado; de talla alta y gruesa, más que el común de las gentes. Tenía morena la color, velludos los brazos y altanero el continente, como un viejo lobo marino. Negros y lacios los cabellos, que peinaba de raya en medio, y que solía untar con grasas y cosméticos, dándoles un brillo que fué siempre famoso y muy señalado.

Tenía unos ojos grandes y oscuros, donde no había asomos de malignidad ni picardía; antes bien, ventaneaba en ellos una bondadosa, aunque severa, complacencia de hombre sano. Pero, cuando bajo el arco estrujado de sus cejas matosas recogíanse, escondiéndose para mirar con más fijeza, la bondad volvíase ira y los ojos llameaban, encendidos por el dominio de su carácter, recio y cerril, que era temido por todos.

Andaba a grandes trancos, como si llevase prisa, y taconeaba garbosamente, como si pretendiese ir en songa de desafíos.

Nunca soltaba de la diestra un cuchillo grande, enfundado en lujosa vaina, taraceada de arandelas y taujias, con el cual ramoneaba donde quiera, como por obra de manía.

Pero no era a pie como este varón solía estar en su sitio, era sobre la silla de sus potros.

Criaba buena bestias, que montaba con donosa chalanería, y picaba en lujosos caracoleos delante de las gentes, para que todos repitiesen sus prestigios de montador, de los que se sentía ufano y bien pagado.

Cuentan que desde su caballo chapeaba, al paso, las cercas ajenas y matoneaba por todos lados, al través de los caminos que le llevaban a sus predios.

Eran éstos los dominios del Carbonal y de la Ceiba, donde tenía fincas de caña y agricultura y pastos abundantes. Era la agricultura su ocupación predilecta y de ella tenía gran conocimiento y práctica.

Las fases de la luna no eran para él, como no han sido nunca para nuestros campesinos, cosa de poca monta, sino que, por el contrario, cobraban trascendencia.

Jamás podaba, sembraba o recogía en la creciente. Pero el interés está en que no conocía la menguante o la creciente como la conocemos hoy, por la copla popular:

“Luna en creciente  
cuernos a Oriente.  
Luna en menguante  
cuernos delante”.

Leía la en las pupilas de los gatos, que se dilatan mucho en la creciente y menguan con la menguante.

El tenía, en esta suerte de conocimientos, una fe de carbonero que nadie lograba desquiciar. En el fondo todas estas creencias populares no son otra cosa que suma de experiencias sedimentadas que la ciencia oficial, como no las conoce, o no puede explicarlas, tiene por cosa de superstición.

Por algo no las pone de lado el pueblo y viene fortificándolas y comprobándolas con el andar de los años.

\*

\* \*

Era también don Rosario hombre previsor en todo extremo, y, como tal, llevaba atado a la montura todo repuesto de arneses: cinchas, rejos, hebillas, gruperas y otras piezas, por si era necesario remediar averías en el camino.

Un detalle que no debe olvidarse, mirando este gentilísimo caballero de principios del siglo pasado, es su afición a los perros.

Tenía selecta cría canina, de muchas razas y tamaños, y daba el oro y el moro por obtener nuevos ejemplares.

Conocía detalladamente la historia y ascendencia de cada uno de los suyos y detenía los ajenos para fisgonear detalles que eran para él de suma importancia.

En el campo, o en la ciudad, iba seguido de su lujosa jauría, y las gentes gustaban poco de acercársele, por temor a los dientes de aquella guardia terrible.

Y aquí cabe un detalle que da la nota de salada picardía tan característica en toda la vida de Alajuela: ciudad burlona y mortificadora.

Don Rosario era munícipe y llegaba a las sesiones acompañado de sus perros, cosa que tenía en zozobra a los otros varones del Ayuntamiento, que no sabían dónde esconder las pantorrillas para tenerlas seguras.

En una ausencia de don Rosario comentaron el negocio, y uno de los concejales pidió al Concejo que se le reconviniere acerca de la fea costumbre de venir tan acompañado. Pero don Rosario, que era hombre de veras emperrado y caprichoso, echó a mala parte la reconvención y se hizo el sueco.

En la junta siguiente presentóse como de costumbre.

Con toda humildad habló entonces el encargado de poner el cascabel.

—Don Rosario, se enteró usted de nuestro deseo?

Don Rosario habló recio.

—Tan me enteré que lo he acatado.

—¿Y todo éste animalero?

—No son perros.

—¿Cómo que no son perros?

—Si lo duda, puede usted inspeccionarlos. Son perras!!

\* \*

\* \*

Y es que don Rosario tenía sangre aragonesa en las venas y era terco como una pared. De los que llaman plantaos.

Amigo de ir río arriba, por espíritu de contradicción o por placer, pero él debía sacar la cabeza por donde la metía. Y esos malditos perros servíanle también para otras perrerías de mayor calibre.

Quien mejor pudo dar cuenta de ello fué ñor José María Solano un llaneño que le tenía cierta ojeriza y que era, como él, socarrón v matalas callando.

Un domingo, en la Misa Mayor, que era de campanillas, y más larga que una cuaresma, el bueno de don Rosario empezó a dar cabezadas y a ver turbio y cerrar los ojos, tentado por el demonio del sueño.

Solano, que estaba traserito, le dió un soberbio tirón de orejas y se quedó haciendo el andorrano, con los brazos cruzados, como si estuviese embebido en los Kyries.

Don Rosario volteó a mirar para todos lados y no dijo ni tus ni mus.

A poco rato se levantó y salió por la puerta mayor, como con intenciones de irse a buscar la hamaca; pero ya tenía dentro la brasita quemante.

Al salir la misa, cuando la gente estaba derramándose en la plaza, don Rosario, con una sogá en la mano, esperaba inquieto,

De pronto, blandió la sogá entre la multitud y enlazó con ella a José María Solano.

Lo ató rápidamente a un árbol de la plaza y azuzó la jauría, que le mordió los jarretes, hasta que las gentes compadecidas rompieron a cuchilladas la manila.

\*

\* \*

Tenía don Rosario una fe ciega en todos los principios y misterios de la doctrina cristiana y una excelente relación con toda persona que llevase traje talar o fuese rata de sacristía.

En el testamento que redactó con doña María su consorte, dice como premisa inicial:

“Primeramente encomendamos nuestras almas a Dios Nuestro Señor que las creó y ridimió con el precio infinito de su sangre y nuestros cuerpos mandamos a la tierra de que fueron formados”.

No puede darse más cristiana y pía manera de escribir la carta con que nos despedimos de este valle de lágrimas.

Pero hay más, otra frase que acusa cuánta era su fe, qué recia y qué generosa era. Dicta al escribano estas palabras, para que sean copiadas en el documento: “hayándome yo, el primero, enfermo de accidente natural que Dios, Nuestro Señor, a sido serbido darme”.

;Piedad lindísima que hasta la enfermedad juzgaba regalo y servicio de Dios!

\*

\* \*

Pero, eso no obstante, no era humilde, como Dios manda, sino orgulloso y pagadillo de su persona. Dábase tono con sus peones y gentes de servicio a quienes trataba con cariño, pero con exigencias y gestos de gran señor.

Pasaba el día entero en sus fincas, pues era hombre incansable y laborioso, y, cuando volvía, no se sentaba a la mesa sin darse un baño.

En aquellos tiempos dorados, en que aún tenía sentido el refrán popular de "más vale tierra en cuerpo que cuerpo en tierra", este gesto de don Rosario Carrillo, que parecía excéntrico, le daba cierta superioridad de que él se sentía orgulloso.

Donde quiera que la ocasión se presentaba, hacia lenguas de su virtud, alegrando que él era hombre de sangre noble y no soportaba tierra sobre el cuerpo dos días seguidos.

Pero donde ponía don Rosario sus mayores timbres era en su mujer, doña María Fernández.

Esta doña María Fernández había sido siempre señora de copete por su origen, y, más que por eso, por el buen palmito que gastaba.

Es fama que mientras ella paseó las calles de La Alajuela, no hubo otra mujer que pudiera ponerse a la par en punto a hermosura y lozanía.

Era alta, rubia, de ojos azules; espigada y garbosa que daba gusto y envidia. Y para que se vea más claro cómo fué siempre subyugadora de corazones, háganse cuenta los que me están leyendo que don Rosario Carrillo fué su cuarto marido.

*In facie ecclesiae* casó primero con don Vicente Saborido, y, muerto éste, contrajo segundas nupcias con don Manuel Carranza. A su muerte, volvió al altar del brazo de don Miguel Chacón, y, cuando lo enterró, casó con don Rosario, el cuarto venturoso mancebo que disfrutó de sus bellezas.

Para casar cuatro veces, en aquellos tiempos, debía seguramente tener mucho rango y galanura la que fué doña María Fernández.

Así lo entendía don Rosario, y por eso se la ponía sobre la cabeza en punto a orgullo.

Y aquí va la certificación de que no lo digo por mover la pluma, sino porque consta en autos judiciales.

En abril de 1819, cuando ya no era muy moza doña María, alguna comadre de malas pulgas, resquemada de envidias, vino a la lengua con ella y llamóla orgullosa y matamaridos y mil barbaridades más.

Don Rosario lo perdonó todo, pero lo que no permitió, y por lo que presentó demanda judicial, fué por haberla también llamado "cantonera".

Entonces ese vocablo valía lo que hoy vale nuestro "concha".

Don Rosario reclamó esa ofensa como principal. Todo lo otro podía no valer nada, pero, llamar aldeana y plebeya a mujer de tanto fuste, no podía permitirlo don Rosario Carrillo.

Puso el grito en el cielo y amenazó con pedir audiencia a Cartago, si el señor Alcalde no imponía castigo a la culpada.

\*

\* \*

Por lo que venimos biografiando a don José del Rosario Carrillo es porque fué hombre desprendido en todo extremo y amante del bienestar público como pocos.

Cuando se fundó esa casa de San Miguel, cuyo primer centenario celebramos en 1922, fué don Rosario Carrillo quien dió el terreno donde había de construirse. Es la media manzana que ahora ocupan el Cuartel de Armas y la Cárcel Pública.

Nadie tuvo entonces la idea de pedirlo como regalo a don Rosario, y no porque tuviesen miedo a un desaire, pues era famosa su liberalidad; pero no querían sobrepasarse, ya que hacía poco había donado el terreno donde estaba el cementerio de la villa, que es el mismo que hoy tiene la ciudad.

Temerosos, pues, de ser pesados y gorriones, nombraron peritos para que tasasen el precio y trataran de comprar el fundo.

Un buen día llegóse el ayuntamiento, el clero y los vecinos al solar de don Rosario, donde lo hallaron con su esposa, sembrando unas eras de hortaliza.

Manifestaron lo que deseaban, y él, extrañado de tanto acompañamiento, inquirió el objeto a que querían destinar su fundo.

Entonces don Rosario dijo con energía y casi amoscado:

—¿Y por qué quieren pagarlo? ¿Pues no es pal servicio de todos?

Si han de hacer oratorio, me van a prohibir que vaya yo a rezar? Si han de hacer escuela, no quieren que vayan mis hijos a aprender en ella?

Déjense de tontéras con eso de comprar. A la Villa no le vendo, le doy lo que necesite. Aquí está el terreno, yo no les pido más que dos cosas: Primera, que sea siempre pa estos fines y no se destine a otros ni a propiedad particular. Segunda, que me dejen la teja de esta tapia pa cerrar un galeroncillo en casa.

Y terminada aquella plática, y pasadas las muestras de agradecimiento, don Rosario no hizo más mérito del asunto, ni volvió a ocuparse en él.

Sólo al testar, para que quedase mayor constancia de la donación, y no fuese por causa alguna estorbada, dijo en el testamento:

“Hasi mismo declaramos haver dado para limosna un solar para hermita de San Miguel y casas de enseñanza.

Igualmente cinco solares pa el panteón q. actual sirve en esta ciudad”.

Y conste que lo que don Rosario tenía no era gran fortuna, según lo declara la misma acta en que se refiere la donación y según se desprende de la carta testamentaria.

Y conste también que casi todo lo que tenía, poco o mucho, habíalo amasado con el sudor de la frente, sin que heredase, ni recibiese de legado, cuantiosos bienes.

Según consta en el documento testamentario, él aportó al matrimonio solamente dos mil cuarenta y nueve pesos y tres cuartillos, de herencia paterna y donación de su hermano el Padre José Nicolás Carrillo. Herencia que había ya ascendido a eso por el diligente trabajo y sano empleo que don Rosario venía dándole.

Ella tampoco había aportado gruesas sumas de dinero recibidas de sus primeros consortes.

Quando casó con don Rosario, su dote era de novecientos ochenta y siete pesos, siete reales, en líquido.

Digo en líquido porque, aunque aportó dos mil doscientos tres pesos y seis reales había que deducir mil doscientos quince pesos y siete reales, que correspondían a herencia de sus hijos, de anteriores nupcias, que ella puso luego en propias manos.

Otra prueba de que no nadaba en plata, ni era de los que la sacaban a asolear en cueros, es que, al morir, ordena pagar una cantidad de picos menudos que le quedaban pendientes y da las gracias por otros préstamos que le habían hecho, parientes y amigos, en apuros anteriores.

\* \*

Pero no hay caso, el que nació para ser generoso y hacer el bien, siempre tiene de donde dar y no se acaba el trigo de su molino.

Este varón es un caro prestigio de los buenos tiempos preteritos, que fueron la infancia de nuestro pueblo.



Sin tener grandes bienes de fortuna, se desprende de sus tierras para cederlas a los servicios públicos.

Sin aspar vientos, ni meter ruidos, pronuncia un alto sermón cívico, fecundo y generoso, cuando su mano, curtida con la tierra que siembra, se agita para pregonar que no aceptará paga por lo suyo cuando del bien común se trata.

Por eso, este ciudadano que pudo, como otros tantos, convertirse en polvo anónimo y podrirse en el olvido, es ahora y debe ser siempre exaltado ante los hombres como un claro timbre de Alajuela.

Porque el corazón de la ciudad sabe ser agradecido con quienes la sirvieron.

Mírense en este espejo aquellos ciudadanos que, teniendo inmensas fortunas, no dejan caer un centavo en beneficio de la comunidad; fíjense en este varón, sencillo y generoso, que llega a tener monumento inmortal en la capilla de todos porque fué desprendido y fué magnánimo.

*Luis Dobles Segreda*

## DON LEON FERNANDEZ

(Trabajo premiado en un Concurso abierto  
entre los alumnos del Instituto de Alajuela)

Nació en la ciudad de Alajuela el 17 de febrero de 1840. Fueron sus padres don José León Fernández, hombre público y escritor notable, y doña Sebastiana de Bonilla, oriunda de una familia costarricense establecida en Rivas de Nicaragua.

Hizo sus estudios de primeras letras en Alajuela y los de Filosofía en la Universidad de Santo Tomás, en San José, graduándose de Bachiller en 1857. Empezó en la misma Universidad sus estudios de leyes, trasladándose a Guatemala para continuarlos en 1861, y el 29 de mayo de 1863 recibió su título de abogado.

Habiéndose casado en 1865 con la señorita Isabel Guardia, sirvió algún tiempo el Juzgado de Alajuela hasta 1868. En este mismo año se hizo cargo de los intereses de don Crisanto Medina en el pleito que este señor sostenía contra la poderosa casa de Tinoco, el pleito más ruidoso que se hubo presentado ante los tribunales de Costa Rica, en aquella época, y en el cual desplegó un talento, una energía y un valor que le valieron la más brillante reputación. En 1869 salió para Nicaragua desterrado por el Presidente don Jesús Jiménez y a su regreso tomó parte muy activa en la revolución del 27 de abril de 1870, encabezada por su cuñado el Coronel don Tomás Guardia. Electo Diputado por Alajuela a la Asamblea Constituyente de 1870, se distinguió siempre en los debates por su rectitud y energía. En 1872 desempeñó una misión diplomática ante el Gobierno del Perú y en el mismo año fué nombrado Ministro de la República en Londres. Regresó a Costa Rica a fines de 1873, y en 1874 fué desterrado por el General Guardia, con cuyos métodos de gobierno estaba en completo desacuerdo. A partir de esta fecha sufrió numerosos destierros y prisiones en su incansable lucha contra la dictadura, hasta 1881 en que entró a formar parte del Gobierno de don Salvador Lara en calidad de Ministro de Hacienda, cargo en cuyo desempeño tuvo oportunidad de mostrar sus grandes facultades de estadista, poniendo orden en las finanzas del país y realizando muchas economías. En 1882 fué nombrado abogado consultor del Gobierno y en 1883 Ministro en Inglaterra, Francia y España, con la misión especial de defender los derechos de Costa Rica en la cuestión de límites con Colombia, logrando que

el Rey de España aceptase el cargo de árbitro, a pesar de la oposición del Gobierno de los Estados Unidos. Habiendo regresado a Costa Rica en uso de licencia, murió el 9 de enero de 1887, a consecuencia de heridas que le fueron dadas a traición el 3 del mismo mes en la estación del ferrocarril en San José.

Desde niño se distinguió mucho por su gran inteligencia, su aplicación al estudio y carácter batallador. Poseía una vastísima ilustración literaria y científica. Adquirió gran fama como polemista, escritor satírico y de costumbres. Entre sus mejores artículos de este género merecen citarse especialmente *La Chirraca* y *El Tinterillo* publicados en 1868 en *El Cencerro*, periódico que editaba en Alajuela. La enseñanza de la juventud fué siempre una de sus mayores preocupaciones. Siendo estudiante en la Universidad de Santo Tomás, se le hizo el honor de confiarle una cátedra cuando apenas tenía veinte años. Fundó en Alajuela un colegio con don Ricardo Casorla a su regreso de Guatemala, y en 1880 sirvió gratuitamente la dirección del Instituto de Alajuela, para evitar que se cerrase este establecimiento de segunda enseñanza, por haberle retirado la Municipalidad la subvención que antes le había concedido.

El estudio de la historia patria fué siempre su mayor afición, y convencido de que esta historia estaba aún por escribir, emprendió desde 1876 la inmensa labor de reunir todos los documentos referentes a ella. Aprovechando sus destierros registró los archivos de Guatemala y de Nicaragua, y después todos los que entonces existían dispersos en Costa Rica, copiando de su propia mano todo lo que ofrecía interés. A él se debe la fundación de nuestros Archivos Nacionales, medida que propuso siendo Ministro de Hacienda, y en persona y sin remuneración dió principio a su arreglo. Sus trabajos en los archivos y bibliotecas de España en los años de 1884 a 1886 fueron inmensos. En ellos descubrió centenares de documentos de la mayor importancia, muchos de los cuales están publicados en los diez tomos de su "Colección de documentos para la historia de Costa Rica". A su muerte dejó inédita una "Historia de Costa Rica durante la dominación española", que fué publicada en 1889.

La personalidad del Licdo. don León Fernández se distingue sobre todo por una cualidad rara entre nosotros: la firmeza de carácter. Era un hombre de una pieza, que no sabía plegarse ante ninguna exigencia ni ninguna conveniencia. Marchaba a sus fines en línea recta, sin reparar en los obstáculos y con menosprecio absoluto de la opinión ajena. Con sus adversarios era implacable, así fuesen grandes o pequeños. No es extraño por lo

tanto que un hombre de carácter tan combativo como el suyo se crease enemigos irreconciliables y tuviese muchos lances personales, entre los cuales el más conocido es su desafío con el doctor Figueroa en 1883. Sin embargo, con sus amigos era en extremo cariñoso y consecuente, y en el seno de la familia de una bondad y de una mansedumbre sin límites. Otra de las características del Licdo. Fernández era su infatigable laboriosidad. Personas que vivieron en su intimidad cuentan que después de escribir durante doce y catorce horas, descansaba de sus trabajos históricos, resolviendo intrincados problemas de altas matemáticas. Era jovial y su conversación muy ingeniosa solía ser picante y mordaz, salpicada de ironías. Muy sencillo y modesto, se complacía en la frecuentación de las gentes humildes, guardando sus asperezas para los grandes y presumidos.

*Urania Barth Vargas*

(Tomado del Suplemento a la revista La Escuela, N° 3, publicada por la Escuela Superior de Varones N° 1, de Alajuela, en 18 de julio de 1925).

## DISCURSO

dicho por el Licdo. don Adán Saborío en el acto de colocación de una lápida en el monumento a don León Fernández

Alajuela, 18 de julio de 1925

Hay ciertos hombres a los cuales sería preciso hacerles su gloria, su panegírico o su biografía a costa de frases más o menos bien entretejidas ó de acciones inventadas para proveerlos a esa costa de un puesto en la historia y dejarles una aureola entre sus conciudadanos; pero la figura de León Fernández no necesita de palabras para su pedestal, se destaca por sí sola en la historia de Costa Rica. Los cimientos de su fama son sus grandes hechos: uno de ellos quizá el principal, es la Historia Colonial de Costa Rica, el único libro en su género que existe de ella, trabajo laborioso y tenaz hecho por ese hombre activo e inteligente.

Las otras piedras de su pedestal son las grandes reformas que se iniciaron bajo la progresista aunque corta administración de don Próspero Fernández, de quien fué el alma de su gobierno.

Durante la administración de don Próspero Fernández se incubó todo el sistema de leyes modernas actuales y también se hicieron los fundamentos del país evolucionado tal cual lo encontramos hoy, obra que tuvo su desarrollo inmediatamente después, bajo el activo gobierno de don Bernardo Soto.

En esa obra colaboró la juventud ilustre de la Costa Rica de entonces; pero los maestros de ese momento fueron don León Fernández, el doctor Zambrana, nuestro inolvidable profesor don Eusebio Figueroa, don Julián Volio y algunos otros.

Lástima fué que por motivos políticos se pusieran en pugna los dos grandes estadistas de entonces, con los cuales se enorgullecía la nación y cada una de las provincias de Alajuela y Cartago: don León Fernández y el doctor Figueroa, que tan triste desenlace tuvo para ambos y para el país; porque ellos fueron los que en aquella actualidad trabajaron con más empeño por el bienestar y el progreso de Costa Rica.

El libro histórico de don León Fernández es magnífico. El se fué a Sevilla primero que nadie a desenterrar de la oscuridad los fundamentos de nuestra historia y a ponernos a la vista la vi-

da y hechos de nuestros abuelos los españoles, los conquistadores y el resultado de la colonización y conquista de nuestros otros abuelos, los pobres indígenas desposeídos; porque nosotros somos el resultado de la fusión de esas dos razas.

Es un libro profundo, bien documentado, al cual la fatalidad no dió tiempo de terminar; pero así tronchada y todo, esa arca es la única fuente que existe de nuestros orígenes. Si mañana un chino, un esquimal, un inglés o cualquier otro individuo de la tierra quiere saber algo de nuestra antigua historia, tiene que manosear el libro de don León Fernández.

Don León Fernández, abogado ilustre, fué mucho tiempo Ministro Plenipotenciario de Costa Rica en Europa y Ministro de Estado en varias ocasiones.

En lo local, trabajó con la esforzada colaboración de don Ricardo Casorla y del doctor Uribe, ambos varones de origen colombiano y los tres fueron los educadores de la juventud alajuelense y los verdaderos fundadores intelectuales de este pueblo.

Don León fundó, en aquellos tiempos, el primer instituto de segunda enseñanza de Alajuela; con el auxilio de don Enrique Villavicencio, otro notable educador español, don León lo dirigió y dió clases en él gratuitamente.

Don Ricardo Casorla era al mismo tiempo maestro de la juventud y a todos ellos los recuerdan los viejos de hoy, jóvenes de entonces, con mucho cariño.

El señor Fernández, hombre de carácter y esforzado, fué enemigo de la administración de don Tomás Guardia; porque aquel Gobierno no era legal y era arbitrario; y sufrió prisiones y destierros en esa época.

Individuo de gran intelecto, era escritor irónico y ameno, redactor de varios periódicos locales, entre ellos *El Cencerro*.

Para la provincia de Alajuela, que ha tenido pocos hombres de su talla, y para vosotros, juventud de las escuelas que presenciáis en estos momentos su apoteosis, la obra de don León es un bello ejemplo que imitar.

El monumento que allí dejamos para consagrar su memoria a la posteridad, es una fuente de inspiración para los patriotas de la nación; y particularmente para los habitantes de esta provincia, la cual necesita de nuevos esfuerzos para reponerse de su actual postración, ya que con energías parecidas a la del maestro que ahora veneramos, podría ponerse otra vez de relieve.

Con hombres como don León se hacen naciones y se hace la historia.

(La Tribuna, de 19 de julio de 1925).

## GENERAL DON TOMAS HERRA SANCHEZ

«El deber empieza con la vida  
y acaba con la muerte»

Al pie de los cerros del Barba hay una extensa planicie denominada Concepción de Alajucla, a orillas de la cual discurren majestuosas las aguas del río Ciruelas, que van a confundirse luego con las impetuosas del Virilla. Cerca del primero de estos ríos, y ocultó en la soledad de una hermosa selva, se levantaba un tosco rancho de paja y barro desafiando los peligros del retiro. Fué en esa humilde vivienda donde vió la luz mundana quien en el transcurso de los años fuera el General don Tomás Herra Sánchez. Este hermoso acontecimiento tuvo lugar el día de San Silvestre, o sea el 31 de diciembre de 1822. Sus padres, don Rafael Herra y doña Nicolasa Sánchez, deseosos de que su hijo recibiera cuanto antes las aguas bautismales, pusieron al niño días más tarde en manos del señor José Cortés, quien en calidad de padrino lo presentó a la curia de la ciudad, en donde el presbítero doctor Miguel González efectuó la ceremonia. Así consta en el libro 4 de bautizos, al folio 33, partida N<sup>o</sup> 21. De ese honorable hogar hubo dos hijas más, llamadas María y Eufracia quienes, como don Tomás, eran trasunto fiel de la virtud de sus padres.

La vida de este varón fué más de trabajo que de placer; la pobreza extrema de sus progenitores requería hasta el contingente de sus pequeños esfuerzos, pero no obstante eso, tuvo buenos amigos con quienes jugaba cuando el tiempo se lo permitía, y pudo recibir una mediana instrucción escolar. Como hijo amoroso, lo fué en la extensión de la palabra. Luego, como esposo y como padre, tuvo ocasión de demostrar sus sentimientos de afecto y de cariño.

Es innegable que el señor Herra vino al mundo sugestionado por el genio de Marte, pues a muy temprana edad abrazó la carrera militar, y fué ésta, puede decirse, su más agradable afición. Siendo aún muy joven, participó en los sangrientos combates que contra Morazán llevaron a cabo los josefinos con la ayuda de alajuelenses y heredanos al mando del General don Florentino Alfaro desde el día 11 de setiembre de 1842. Tal participación lo elevó a Sargento Primero veterano.

Estando en el servicio activo de las armas, contrajo matrimonio con doña Magdalena Vega Ruiz el 20 de agosto de 1845, para pasar por la pena de perder, once años después, a esta ejemplar esposa y compañera, a quien el destino privó de la dicha de vanagloriarse, en parte, de los triunfos que su esposo conquistara en los grandiosos combates de La Virgen, Rivas, San Juan y La Trinidad.

Por espacio de diez años sirvió don Tomás como correo, haciendo el servicio entre Alajuela y Sarapiquí cada quince días. Este mismo servicio que implicaba heroicidad por los mil obstáculos que era preciso vencer, lo efectuaban con el mismo intervalo don Juan Méndez y don Nicolás Solera, ambos vecinos de Alajuela.

Sarapiquí es una de las regiones más bellas de Costa Rica, en donde se admira un hermoso conjunto de la naturaleza. Allí las cordilleras presentan caprichosas ondulaciones; los ríos desbordan sus frescas aguas sobre la fecundidad de las tierras y los susurrantes vientecillos llevan al pasajero el exquisito perfume de la flora delicada. El león de poderosa garra, el pájaro de matizado plumaje, la sierpe de venenoso fluido, todo, todo en un bello hacinamiento, vive al abrigo de las hospitalarias montañas.

Iba a cumplir don Tomás Herra treinta y cuatro años de edad, cuando el horizonte de nuestra Patria apareció empañado por nubarrones precursores de iracunda tempestad. Se trataba de la invasión filibustera. El pueblo costarricense preparó armas contra esa horda de facinerosos que amenazaban de muerte a la soberanía nacional, convencido de que el triunfo estaría de su parte.

¡ Por fin llegó el momento !

Dice Lutero que cuando él considera la guerra como medio necesario de proteger la mujer, el hijo, el hogar, los bienes y el honor; cuando su fin es producir y consolidar la paz, no puede menos de ver en ella una cosa muy excelente.

La primera sangre derramada por nuestros hermanos tuvo lugar el 20 de marzo de 1856 en la hacienda Santa Rosa, y cubiertos allí de gloria, fueron a completarla en tierra nicaragüense el 11 de abril de ese mismo año. El señor Herra Sánchez había obtenido el grado de Capitán a principios de 1856, y con ese grado marchó orgulloso, camino de la frontera, a las órdenes del Teniente Coronel don Juan Alfaro Ruiz. Ya cerca de Nicaragua, le fué encomendada al mencionado Alfaro Ruiz la captura del puerto de La Virgen, y hacia allá se encaminó la madrugada del 7 de abril con una columna de trescientos hombres, quienes ocu-



paron el puerto después de haber sostenido un serio combate con los ocupantes de las casas de la Compañía de Tránsito. Como represalia, y siendo esta Compañía un poderoso auxiliar de Walker, los costarricenses dispusieron incendiar sus casas y el muelle. Es de suponer que el Capitán Herra también estuviera en Rivas el memorable 11 de abril, ya que las fuerzas de Juan Alfaro Ruiz llegaron precipitadamente a ese lugar en la tarde del mismo día, batiendo severamente al enemigo, quien se vió urgido a abandonar la ciudad en la madrugada siguiente.

La llegada de Alfaro Ruiz con su columna, no pudo ser más oportuna.

¿A qué traer a cuento los pormenores de las épicas hazañas realizadas en Rivas por nuestros valientes soldados? Una y mil veces ha sido descrito tan hermoso e inmortal acontecimiento por plumas de verdadero prestigio.

¿Qué aconteció después? Que otro enemigo—superior en fuerzas invisibles— hizo retroceder, ya disminuído por las balas enemigas, al abnegado ejército costarricense. Ese enemigo era el cólera, que, con su séquito de calamidades, sembró el pánico y enlutó a la población de Costa Rica, pues fué incontable el número de víctimas que ocasionó, y entre ellas hubo que sumar a la desdichada Estefanía, hija de don Tomás, cuya muerte constituyó para él otro rudo golpe de infortunio.

Fresca todavía esta nueva herida en su corazón, fué llamado por segunda vez a cumplir el más bello símbolo del heroísmo humano: el deber para con la Patria. Se hacía necesario otro sacrificio por el buen nombre de Costa Rica y por la paz que, como dice Víctor Hugo, es la virtud de la civilización. Había que redimir del todo el territorio ocupado por los filibusteros, y aún quedaba la arteria principal que los abastecía de hombres y municiones. Preciso era, de consiguiente, enviar tropas al río San Juan, y así se hizo el 3 de diciembre del citado año de 1856. Entre los militares que componían esta expedición se hallaba el Capitán Herra, a quien tocó en suerte acompañar al Sargento Mayor Máximo Blanco que venía con tropas de San José. De manera, pues, que por un capricho de fortuna, don Tomás tuvo el honor de ser partícipe de las gloriosas hazañas que culminaron con la toma de los fuertes de La Trinidad, Castillo Viejo, San Carlos y la captura de las embarcaciones enemigas que surcaban las quietas aguas del río San Juan. Más tarde, cuando los yanquis volviendo por los fueros de su prestigio, se organizaban nuevamente en San Juan del Norte para recuperar los fuertes y em-

barcaciones perdidas, el Mayor Blanco recibió orden de dirigirse a La Trinidad a reforzar la guarnición que allí tenía el Teniente Coronel Barillier. Blanco se dolió de encontrar a los defensores del fuerte en el más lamentable estado de salud, pues el hambre y las fatigas habían destruido el organismo de aquellos infelices. Vivían a la sombra protectora de corpulentos árboles los unos, teniendo por techo la inmensidad azul del cielo los otros, pero todos bajo el azote inclemente de las aguas y del frío. Es inexplicable en verdad, el estoicismo de esos bravos soldados. “Cuadro triste y desgarrador, dice el presbítero Brenes, era el que presentaban nuestras fuerzas en aquella ocasión de eternos recuerdos. ¡Ah! Cuántos sufridos y valientes soldados enfermos yacían tendidos en el lodo y al aire libre, sin una mano amiga que estrechar ni un médico que los asistiera! La conclusión de un espacioso rancho que fué encargado al pundonoroso y valiente como pocos, Capitán don Tomás Herra, vino a mejorar un tanto la triste situación de nuestras fuerzas”.

El 6 de febrero como a la una de la tarde todo era tranquilidad en los campamentos. Apenas una que otra voz se escuchaba implorando el sedoso encanto de la brisa, cuando el eco de un lejano cañonazo rompió el silencio que imperaba en la montaña, e instantes después el ruido infernal de un cañoneo recorría el espacio con poderoso acento. La artillería enemiga lanzaba sus fuegos contra La Trinidad, pero tres horas después era rechazada con vigoroso empuje por los ocupantes del fuerte. Nuevamente, y enfurecidos quizás por el fracaso anterior, el 8 desataron un fuego graneado contra la misma posición usando artillería e infantería combinadas. Nuestros bravos soldados, haciendo gala de un coraje de titanes, no cejaron ante este otro encarnizado ataque, y a las pocas horas de lucha, contemplaban con aire de verdadero triunfo el fugitivo paso de los bucaneros.

En el “diario” del General Blanco, correspondiente al día 9 de febrero, aparece la siguiente anotación: “Mal tiempo como de costumbre. A las nueve de la mañana mandé al Capitán Herra, oficial de mi confianza, en un bote, para que atravesando el río, se aproximara lo posible al enemigo y pudiera observar sus movimientos. A su regreso me informó que los filibusteros se fortificaban y que tenían una “chata” con artillería”.

Por último, el 13 del mismo mes, se llevó a cabo el combate más serio contra La Trinidad, en el que Blanco tuvo que ceder por habersele agotado casi todo el “parque”. Gracias a su pericia y valentía, logró rescatar a su gente y conducirla por Sarapiquí, abriéndose paso difícilmente por aquellas selvas vírgenes de en-

marañado césped y de belleza incomparable. Los bravos de La Trinidad habían quemado el último cartucho, y con una pena muy amarga prendida en su corazón, se retiraban una noche lóbrega—como la conciencia del bucanero—escuchando de cerca el ruido de los jaguares y a los lejos, la sonora armonía de las cascadas.

El presbítero Brenes, al referirse a esta acción dice: “que los fuegos principiaron en la madrugada y duraron hasta el anocher, hora en que se verificó la retirada de nuestras tropas; y durante ese día memorable sólo se racionó a nuestra gente una vez, tocando a cada uno un “puño” de arroz crudo y un pedazo de dulce. En esta jornada se distinguió sobre todos el Sargento Juan Romero, vecino de El Zapote, de quien el Capitán Herra, dirigiéndose a Blanco, así se expresó: “Valientes como Romero podrán existir; pero superiores jamás”.

Hemos hecho referencia de estos pasajes extendiéndonos quizás demasiado, pero queremos demostrar que el Capitán Herra perteneció a esa falange de invictos defensores de la Patria, que el de menos derramó su sangre como este denodado Capitán, cuyo recuerdo perdurará por siempre en los anales de la historia patria. ¡Loor a su memoria!

---

Vuelto de la guerra, después de haber conquistado imperecedero lauro como los bravos de Lepanto, quiso compartir con sus hijas y una nueva esposa, la tranquilidad y el descanso a que tenía derecho. En efecto, un tiempo después celebraba nupcias con doña Sinforosa Rodríguez Zamora, de quien no tuvo hijos.

Poco más de un año había transcurrido en relativa tranquilidad política después de la caída de Mora, cuando el 16 de setiembre de 1860 desembarcaba éste en Puntarenas con procedencia de El Salvador, acompañado de su hermano don José Joaquín, del General Cañas, de don Manuel Argüello Mora y otros más. Llegaba al país el ilustre ex-Presidente con el propósito de restablecer su Gobierno en mala hora desconocido. Como era natural, el Presidente Montealegre se apresuró a matar aquella revuelta en embrión, como efectivamente lo hizo siete días después, mediante el combate de La Angostura que duró dos largas horas. A este respecto escribe uno de los amigos leales de Mora: “La lucha fué corta pero terriblemente sangrienta y llena de heroicos y sublimes episodios. Hermano contra hermano, de ambos lados

se batían como leones, que al fin y al cabo los dos combatientes eran los vencedores de Rivas y Santa Rosa”.

Cuando todo esto acontecía, don Juanito Mora era sorprendido en la casa donde se hospedaba. Una nutrida descarga hacía blanco en su valiente guardia compuesta de veinte muchachos de los que perecieron casi todos. Otro de los admirables compañeros de Mora, un cuñado suyo, don Manuel Aguilar, murió cruelmente acribillado a balazos en momentos en que dormía.

Según expresa el veterano Herra en un memorial dirigido al Congreso, él luchó en esta contienda de parte del Gobierno y al mando de su antiguo jefe Máximo Blanco. Don José Porras González, honorable anciano, amigo y conterráneo del señor Herra, nos manifestó que don Tomás, haciéndole cierta vez referencia de los sucesos de La Angostura, le dijo entre otras cosas: “Rugía el cañón, tableteaba la metralla, vomitaban plomo los fusiles; gritos ensordecedores y ayes lastimeros se escuchaban por doquier, cuando de mi mano en alto cayó la espada al suelo sin explicarme el fenómeno. En esos instantes pasó por mi mente el reflejo de la duda: cobardía? Nó! No puede ser—me dije— Y sintiendo que en mi rostro se agolpaba el coraje, me incliné a empuñar nuevamente la espada, sin poderlo conseguir con la diestra, pues sin sentirlo, un “bote” de metralla me había cortado tres dedos de esa mano. Recogida con la izquierda, me encaminé hacia el campamento, y a los pocos pasos me dí cuenta de que uno de los jefes, Próspero Fernández, también había sido herido y se revolcaba en el suelo”.

Como consecuencia del triunfo de las fuerzas gobiernistas, días después eran ejecutados Mora y Cañas, los jefes más conspicuos de esta revolución, y quienes fueron también los héroes de nuestra guerra nacional.

Cabe aquí un paréntesis para entrar en una consideración: la posteridad, justamente indignada, ha condenado el hecho cobarde e inaudito del fusilamiento de los inmortales Mora y Cañas; porque bien está que los gobiernos se defiendan: pero cuando al enemigo se le vence y éste se entrega incondicional a su vencedor, no hay causa que justifique el privarle de la vida, máxime cuando en el caso concreto, se trataba de existencias por mil títulos apreciables y acreedoras al respeto y a la consideración de sus conciudadanos. Personas muy allegadas a don Tomás Herra, nos cuentan que él sufrió gran pesar cuando se enteró de la muerte de estos dos salvadores del decoro nacional, y comentando el hecho, manifestó que se había cometido una ignominia.

Por Orden General de 1º de diciembre del mismo año 60, le fué entregada al señor Herra una espada de honor en testimonio de aprecio y de su valor incomparable.

Como dijimos anteriormente, el Capitán Herra perdió tres dedos en la refriega de La Angostura, habiendo quedado **casi** impedido de la mano. En atención a ello, se le concedió una pensión de treinta pesos que luego le fué aumentada como lo veremos más adelante.

El 23 de noviembre de 1869 se efectuó la boda de su hija mayor, Francisca, con don Manuel Selva Guadamuz, de origen nicaragüense. Son descendientes de este hogar, Romelia, Carolina, Ofelia, Albertina, Anita, Emérita y Deifilia.

Después de la acción de La Angostura, el señor Herra se había retirado del servicio activo de las armas; pero cuando la mañana del 27 de abril de 1870, fué tomado el Cuartel de Artillería, por el Coronel don Tomás Guardia, él lo secundó decididamente con algunos otros compañeros, apoderándose ese mismo día del cuartel de Heredia donde encontró, de parte del Segundo Comandante señor Tiburcio Ruiz, alguna resistencia que pronto fué vencida. Este hecho le valió al señor Herra, un ascenso a Teniente Coronel. Como el cuartel de Alajuela aún se mantenía adicto a don Jesús Jiménez, Guardia resolvió que tropas de Heredia se dirigieran a Alajuela con el fin de intimar su rendición, pero estas gentes no pasaron de Río Segundo, por haber anunciado don Manuel Sandoval, Comandante de Alajuela, que se rendía ante el hecho consumado.

Por decreto de 6 de diciembre de 1873 le fué conferido al señor Herra Sánchez el grado de Coronel efectivo.

Siendo Comandante de la Plaza de Heredia, se le recargó la Gobernación de esa ciudad, el 18 de julio de 1884.

Otro decreto, el N° 32 de 19 de abril de 1885, dice en su texto:—Bernardo Soto, General en Jefe del Ejército y Presidente de la República de Costa Rica, en atención a los méritos del señor Coronel don Tomás Herra y a los servicios que con lealtad y patriotismo ha prestado a la Nación, en uso de las facultades de que se halla investido, Decreta: Artículo único.—Confíere al expresado Coronel Herra, el grado de General de Brigada de las milicias de la República.—Dado etc.

El mismo año se dictó el decreto N° 16 de fecha 9 de noviembre que reza: La Comisión Permanente del Congreso Constitucional de la República de Costa Rica.—En consideración a que el General don Tomás Herra, por los dilatados servicios que ha prestado al país, por su estado de invalidez y por la honradez

y lealtad con que ha procedido siempre en la carrera de las armas, es acreedor a mejor recompensa; en uso de la atribución que le confiere la fracción cuarta, artículo 94, de la Constitución, Decreto: Artículo único.—Elévese a sesenta pesos mensuales la pensión asignada al referido señor Herra. Dado, etc.

---

Para hacer mención de un hecho que revela una vez más la fidelidad y el honor de nuestro biografiado, vamos a hacer en lo conducente, un resumen de los hechos acaecidos el año 89.

Se disputaban en ese entonces, como candidatos, la Presidencia de la República, los licenciados don Ascensión Esquivel y don José Joaquín Rodríguez. Verificadas las elecciones, triunfó el partido Constitucional o sea el Rodriguista contra el Liberal, que era el de las simpatías del Gobierno de don Bernardo Soto. No satisfechos los esquivelistas con su derrota inexplicable, intentaron una revuelta contra el Gobierno constituido, y la tarde de 7 de noviembre, parte de la policía de San José se lanzó en rebelión a las calles proclamando al Licdo. Esquivel. A pesar de esto, los cuarteles militares, que se hallaban en manos de esquivelistas, no hicieron causa común con los exaltados. El suceso provocado por la policía en las calles de San José, tuvo resonancia en algunas de las provincias, y fueron muchas las gentes que de Cartago, Heredia, y de la misma capital se ofrecieron sitiar a esta ciudad la noche del 7, para hacer respetar el triunfo del partido Constitucional. Alajuela en cambio, fiel partidaria de don Ascensión, lo sostenía y se ofrecía marchar en su defensa. Don Bernardo, ante aquella situación difícil, quiso soltar la brasa la misma noche del memorable siete, y cumpliendo los preceptos de la Constitución, llamó, para que lo subrogara, al doctor don Carlos Durán, tercer Designado y miembro del partido Constitucional. El nuevo Presidente restableció el orden y la paz en el país. Duró seis meses en el poder, y con energía encomiable, contuvo los excesos del partido triunfante y amparó resueltamente a los vencidos.

En la madrugada del 8, es decir, al siguiente día de haber tomado posesión el doctor Durán de la Primera Magistratura, se hallaba en la Casa Presidencial el culto caballero don Ricardo Fernández Guardia, a quien el señor Durán confió la honrosa misión de ir a Alajuela a explicar la situación creada y ofrecer plenas garantías a los esquivelistas, recomendándoles la tranquilidad y el orden. El distinguido emisario encontró los ánimos muy exaltados por el nombramiento del General don Apo-

linar de Jesús Soto para Comandante de la Plaza, y así se lo manifestó a su regreso al señor Presidente de la República.

—¿A quién se podría nombrar para sustituirlo?, le preguntó entonces el señor Presidente.

—Al General don Tomás Herra—le respondió don Ricardo; pero le advierto que es esquivelista, como casi todos en Alajuela.

—En las circunstancias actuales, y dada la exaltación de los ánimos en aquella ciudad, no me parece prudente hacerlo,—observó el doctor Durán. Además, no conozco al General Herra.

—Yo sí lo conozco—dijo el General don Víctor Guardia que estaba presente. Si el General Herra le acepta a Ud. la Comandancia, Carlos, yo le respondo de su lealtad con mi cabeza.

—Está bien, lo nombraré,—respondió el doctor Durán, y así lo hizo en efecto al día siguiente. (Referencia del ilustre historiador Fernández Guardia).

Seis meses y ocho días después de haber sido nombrado Comandante de Alajuela, y por razones de orden político, el General Herra hizo renuncia de su grado de Brigadier ante el Congreso de la República. He aquí la exposición que textualmente dice: “Congreso Constitucional.—Tomás Herra, mayor, de sesenta y ocho años de edad e inválido en acción de guerra legal, ante Vos con todo respeto vengo a exponer: Por Orden General de 19 de abril de mil ochocientos ochenta y cinco, fuí promovido del de General al grado de Brigadier de las milicias de la República. Esa orden vino de un poder dictatorial como es notorio, y yo debo, merecido o nó, declinar la honra que se me quiso hacer; porque en tiempos normales y teniendo su origen en la Representación Nacional, aquella promoción me llenaría de legítimo orgullo como soldado de la Patria. En las condiciones en que hube de recibirla, ni me satisface, ni hay razón que justifique en mi ánimo su perfecta legalidad. Es por ese motivo, pues, que declinando como he dicho ante el Congreso aquella distinción, hoy vengo respetuoso a presentarle la renuncia del grado de Brigadier a que me he referido. Que para mis merecimientos si los tuviere, conservo el de Coronel que me diera un Congreso anterior.

*Tomás Herra*

Alajuela, mayo 17 de 1890.

Pasada la anterior renuncia a Comisión, ésta informó: “El General don Tomás Herra presentó a la Cámara renuncia del grado de Brigadier que le fué conferido el 19 de abril de 1885, fundado en que esa orden que lo elevaba a tal grado, vino de un

poder dictatorial; y pasado el memorial respectivo a la Comisión de Guerra para que dictamine, ésta es del parecer que habiéndose conferido tal grado por un Poder legítimo que dió más tarde cuenta de sus actos al Poder Legislativo que los aprobó, no puede aceptarse la renuncia del señor General Herra, sin contrariar disposiciones anteriores.

Es éste el parecer de la Comisión de Guerra, salvo lo que mejor disponga la Cámara.

Sala de Comisiones, San José, mayo 26 de 1890.

Congreso Constitucional.

*Pedro García*

*Ismael Alvarado*

*Andrés Sáenz*

Congreso Constitucional:

La Comisión de Legislación encargada de dictaminar acerca de la renuncia del grado de Brigadier de las milicias de la República presentada por don Tomás Herra, por haber desechado la Cámara el dictamen de la Comisión respectiva, pasa a verificarlo en los términos siguientes. Funda el dimitente su renuncia en que el grado de Brigadier le fué conferido por un Poder dictatorial, en Orden General del 19 de abril de 1885. Pero de los atestados adjuntos que contienen certificación auténtica de lo que se ha hecho con relación al asunto de que se trata, aparece que no fué una simple Orden General sino un decreto formal emitido por el Poder Ejecutivo en ejercicio de facultades omnímodas de que estaba investido. Aunque esas facultades al tenor del artículo 2º del acuerdo del Congreso de 8 de marzo de 1885 fueron para dictar todas las disposiciones y tomar todas las medidas que el mantenimiento de la integridad del territorio costarricense y la soberanía de la nación exigiera; aunque el 19 de abril citado se declaró terminado el estado de guerra con Guatemala, y ya era innecesario dictar disposiciones y tomar medidas que aquel estado anormal demandara; y por último, aunque la promoción del señor Herra poca o ninguna relación tuviera con aquella terminada emergencia, es lo cierto que el Poder Ejecutivo sometió aquel decreto a la aprobación del Congreso en sus sesiones ordinarias de 1886, y en la Memoria de Guerra respectiva, está comprendido aquel documento, marcado con el Nº 6 entre los "anexos" comprobantes de aquel informe.

Por decreto número 28 de 28 de junio de 1886 el Congreso aprobó los actos del Poder Ejecutivo comprendidos en aquella



Memoria correspondiente al año económico que expiró el 30 de abril de 1886, entre los cuales figuraba el nombramiento o promoción de don Tomás Herra; de suerte que todo vicio, duda o defecto de que adoleciera tal grado de Brigadier, quedó subsanado y revalidado con la aprobación del Congreso. Por consiguiente el señor Herra debió estar tranquilo y satisfecho con su promoción y jamás debió dudar de su legalidad.

No es pues ese acto, la causal de la renuncia que presentara, y por ahora, la Comisión no la estima aceptable, Etc. etc.

Saia de Comisiones.—Palacio Nacional, San José, 2 de junio de 1890.

*J. A. Castro*

*J. Vargas M.*

*Félix A. Montero*

Basado el Congreso en las anteriores exposiciones, acordó: No admitir la renuncia que dicho señor Herra ha hecho del grado de Brigadier de las milicias de la República.

Así terminó este incidente.

---

Don Tomás desempeñó temporalmente la Jefatura Política de San Ramón y también fué Agente Principal de Policía del cantón central de Alajuela, no con poca repugnancia de ello, pues al renunciar manifestó “que la indecencia más grande era servir la Agencia de Policía por las obscenidades que había que oír”.

Después de incesantes actividades, de inminentes peligros y grandes sufrimientos que arrojó el General Herra, optó por retirarse a la vida privada, hecho un copo de nieve su cabeza y abatingado el espíritu por los embates del dolor. Le cupo la suerte de pasar los últimos días de su vida rodeado del cariño de sus hijos don Manuel Selva, doña Francisca y de sus numerosas nietas.

En 1885 frisaba el General en los sesenta y tres años de edad. Su estatura era mediana; recto de cuerpo y de procederes; despejada la frente en donde se adivinaban hermosos pensamientos; ojos de mirada altiva y penetrante como la del cóndor; abundantes los bigotes y la barba; su voz de ordinario lenta y baja, era sonora y enérgica en el fragor de los combates.

Don Tomás fué hombre de grandes virtudes cívicas y no se sabe qué admirar más en él: “si la energía de su carácter, si el fervor de su patriotismo o lo intachable de su conducta”. Tuvo un alto concepto del deber y al igual que en Wellington, esta otra virtud constituyó el principio normal de su vida. Cultivó bue-

nas relaciones y supo captarse la estima de sus amigos. Como doctrina, practicó el espiritismo de un modo profundo, y aún en la hora de la muerte, dió pruebas de su arraigo doctrinario y su afecto al pueblo que le vió nacer. Estando ya al morir, dispuso que sobre una ancha cinta morada, fuera impresa la siguiente leyenda: "Adiós pueblo querido, ni en la erraticidad te olvido". Cumpliendo sus deseos, la cinta que contenía tal inscripción, fué colocada alrededor de su caja mortuoria. En la intimidad del hogar, fué siempre un placer para él pasar las horas tendido en una hamaca leyendo con atención el contenido de periódicos y revistas. Modesto en el vestir, usaba un chaquet de botones dorados que en otra época lo tuviera como pieza de elegante lujo.

Con los años, las enfermedades habían principiado a minar lentamente su organismo, y en los últimos tiempos, las dolencias progresaban y se hacían cada vez más insufribles.

Por fin, un día cayó en estado de gravedad sin que la ciencia médica pudiera salvarlo de la muerte, y la tarde del 22 de febrero de 1905, terminó la existencia del venerable anciano.

En Orden de Plaza N° 3 de ese mismo día, se dispuso tributar a su memoria los honores militares correspondientes a su grado.

Tal fué la trayectoria de una vida ejemplar que se deslizó modestamente bajo el sereno cielo de nuestra Patria y que nosotros hemos descrito, quizás de un modo deficiente, pero animados del mejor deseo de darla a conocer por los méritos que encierra.

Alajuela, 11 de abril de 1932.

*F. Picado Soto*

## PRESBITERO DON FRANCISCO DE PAULA PEREIRA

El presbítero don Francisco de Paula Pereira, por sus virtudes uno de los clérigos más distinguidos de Costa Rica, en el pasado y en el presente, nació en la ciudad de Cartago, el 2 de abril de 1836, habiendo sido hijo del hogar ejemplarísimo de don Rafael Pereira y doña Rita Matamoros.

Hizo el futuro sacerdote sus estudios primarios en la vieja ciudad.

Era un muchacho precoz. Fué el suyo uno de los raros casos en que la vocación brota espontáneamente y con gran fuerza, apenas alcanzados los umbrales de la adolescencia. Había nacido para ser clérigo: con tal fuerza lo atraía la carrera eclesiástica, que, no obstante su carácter suave y la sumisión al hogar, abandonó la casa paterna, teniendo de doce a trece años, por la oposición de sus padres a que estudiara sacerdocio.

Se vino a San José, a casa del presbítero don Carlos María Ulloa, entonces rector del Colegio Seminario. Durante algún tiempo le sirvió en la casa, desempeñando *mandados* y otros quehaceres humildes, a cambio de las clases que le daba el padre en las noches. La fatiga del día y el estudio nocturno le producían sueño. Pero entonces el notable muchacho mantenía los pies en una vasija de agua fría, mientras estudiaba.

Después de algún tiempo el padre Ulloa logró convencer a los papás del joven Pereira de que éste debía seguir la carrera eclesiástica, lo cual obtuvo ingresó al Colegio Seminario.

Tiempo más tarde aparece en la Universidad de Santo Tomás, haciendo un curso de Filosofía. Ignoramos el año en que realizó tal estudio, y sabemos solamente que lo hizo bajo la dirección del Profesor don Francisco J. Oreamuno. Según cree el presbítero don Víctor Sanabria, obtuvo el título de bachiller en Filosofía.

El día 27 de octubre de 1864 el joven Pereira vistió hábitos y recibió las primeras órdenes. Cuatro años más tarde, el 20 de marzo de 1868, fué ordenado sacerdote en la iglesia de Alajuela, por el Ilustre señor Obispo don Anselmo Llorente y la Fuente, de grata memoria para los costarricenses.

El 16 de mayo, día de San Juan Nepomuceno, cantó su primera misa en la Parroquia de la misma ciudad. En noviembre del mismo año, fué nombrado coadjutor del presbítero don Francisco Pío Pacheco, entonces cura párroco de Alajuela. Se

gún consta de puño y letra del mismo padre Pereira, desempeñó este cargo durante ocho años. A la muerte del presbítero Pacheco tocóle en suerte sustituirlo, en los cargos de cura párroco de Alajuela y vicario foráneo de la provincia.

Tal nombramiento fué dado el 22 de junio de 1877, siendo ya entonces ídolo del pueblo alajuelense, por sus raras virtudes y "su especial don de gentes".

Si la obra moral que este gran sacerdote realizó en Alajuela no hubiese sido grande, aún así su nombre, ligado a la obra material, viviría en la memoria de la ciudad.

Cuando venimos de regreso de un viaje al volcán Poás; cuando caminamos en medio de la magia del silencio y los colores vesperales, o bajo el sol abrasador, fatigado el cuerpo y repleto el espíritu de grandeza y de infinito; cuando entonces, desde un recodo del camino vemos en el límite de la verde inmensidad del follaje, erguida y altanera, la cúpula de la Catedral, salta el alma de alborozo extraño, porque en ella vemos como un sér amado que viene a toparnos, con un abrazo de amor.

Vista desde muchos kilómetros de distancia, tal es el valor poético de la cúpula de la Catedral de Alajuela, que construyó mediante esfuerzo gigante el padre Pereira.

Esa construcción es en la República la única en sus dimensiones, siendo además grande y perdurable su valor artístico, por los preciosos bordados pictóricos que encierra, insuperados hasta hoy en el país.

La majestuosa cúpula tiene veinte varas de diámetro por treinta y tres de altura sobre el nivel de la calle.

Calcúlese, pues, cuánto empeño, cuánta paciencia y cuánto trabajo costó al venerado sacerdote reunir el dinero para tal obra.

Y luego, cuánto afán para vigilar trabajos tan delicados y de tanta duración, pues ha de consignarse que consumieron diez años de labor, de 1878 a 1888.

La armazón de la cúpula es de madera. En el interior tiene un forro de una caña delgada y fina, y sobre éste va el repello de argamasa, mezclada con pelo de res. En el exterior, sobre la madera está el forro de zinc. El jefe de los carpinteros fué don José Ma. Sibaja y el jefe de los trabajadores don Rafael Sibaja Madrigal.

Es hora ya de rasgar el velo de anonimía que ha cubierto hasta hoy a un gran artista: el maestro Agustín Ramos, autor de las maravillosas filigranas pictóricas de la cúpula, que las generacio-

nes posteriores a la suya han admirado ignorando el nombre de aquél a quien se deben.

No es en la cómoda tranquilidad de un gabinete de estudio; no es colocando el cuerpo y la cabeza en completo gusto; no es trabajando escasamente un mes, como se pinta una cúpula.

Es en los altos andamios, permaneciendo de pie todas las horas del día; es en una posición única, echada atrás la cabeza inmovilizada; es trabajando con empeño inagotable durante largos meses, en la invariable posición agotadora, es así como se pinta una cúpula.

Cuando Miguel Angel concluyó de pintar la cúpula de la Capila Sixtina "salió de este trabajo de Hércules, glorioso y aniquilado", y además, con muchos achaques que lo hicieron sufrir amargamente.

Pintar una cúpula es un trabajo magno. Pintarla con arte es un trabajo glorioso.

Así, la obra de Agustín Ramos es grandiosa, acabada, soberbia.

Este artista era cartaginés, y llevó a cabo la ejecución de su obra ayudado por los aprendices don Alberto Montenegro y don Luis Ramos, pariente suyo el último.

A fuerza de festividades y turnos obtuvo el padre Pereira la gran suma que costó la magna construcción. El solo realizó tan fatigosas labores, con tenacidad sin límites, pues en los treinta y cinco años que trabajó en Alajuela no tuvo jamás un coadjutor.

Para las festividades de la inauguración de la cúpula trajo el señor Pereira de Cartago la gran orquesta de don José Campabadal, que, a pesar de ser grande en número y fama, fué aumentada para el caso con músicos de Alajuela. Tres días de animado jolgorio no bastaron para agotar el regocijo de un pueblo, orgulloso de su obra inmensa.

A esfuerzo del padre Chico—como le llamaban y aún llaman cariñosamente—debe también la ciudad católica el vía-crucis, magnífica obra de arte, que es también motivo de orgullo del mundo católico alajuelense.

\* \* \*

En el año 1886 emprendió el señor Obispo Bernardo Augusto Thiel un viaje a Guatuso, con el fin de conquistar y catequizar a los indios de esa lejana región. Partieron con el ilustre obispo nuestro biografiado el presbítero Pereira, el historiador

don León Fernández, don José Ma. Figueroa, don Concepción Quesada, don Ramón Quesada, don Ernesto Pinto, don Jenaro Pinto, don Maximino y don Mercedes Quesada. Al advertir gente blanca los indios huyeron, y fué por ello que sólo a dos pudieron capturar. Uno se lo quitaron a una familia nicaragüense que navegaba en el río Frío. El otro fué cogido por los perros de don Mercedes Quesada, habiendo sido *Tasquero* el que logró cazar al indio, individuo de diez y ocho a veinte años.

Se dividió la expedición. Los señores Pinto emprendieron el regreso a Costa Rica, trayendo los indios y los cincuenta hombres que formaban la tropa. El señor Obispo con las demás gentes siguió hacia Nicaragua.

Al llegar a Granada fueron apresados por las autoridades, que sin duda los creyeron malhechores. Dos días permanecieron en la cárcel, al cabo de los cuales y sabido que se trataba del Obispo Thiel y tan distinguidos acompañantes, la prisión se trocó en agasajos y homenajes. Refería el señor Pereira que el día que se embarcaron los trajeron al vapor en ovación y acompañados con una banda militar.

El señor Thiel tuvo a los indios en San José durante un año, viviendo a su entero gusto y haciendo cuanto les placía. Les proporcionó todo el gusto que pudo. Fué así como, convencidos de que en el interior se les trataba con bondad, cuando al cabo del año emprendió con ellos otro viaje a Guatuso, lo condujeron directamente a los palenques.

Desde entonces y con bastante frecuencia comenzaron a venir grupos de indios a Alajuela, que tomaban hospedaje en casa del padre Pereira. El abnegado sacerdote los recibía lleno de placer, como si aquella delegación de los incivilizados le trajera una bendición del Eterno. Era con sumo gusto del alma que se apresuraba a cubrir sus desnudeces y que los trataba con admirable solicitud.

A veces ocho o doce, llegaron a venir hasta veinte. Era de ver la curiosidad que despertaban en aquella Alajuela del siglo XIX. Numerosísimos curiosos, de toda edad y sexo, acudían para ver a los indios. Sin empacho ninguno todo lo pedían, y principalmente las aves de corral. Las gallinas eran aquí su comida favorita; quemadas en las llamas sin quitarles el plumaje eran rajadas en cruz para extraerles las entrañas: el resto se lo comían.

Ellos cultivaban en sus tierras cacao, caña de azúcar, yuca, pejívaye y plátano. En todos los viajes traían cantidades de su magnífico cacao, que cambiaban por ropa o por armas de fuego,

a las cuales tenían una desmedida afición. Algunas veces fueron al Cuartel Principal a pedir rifles para cazar y con tales armas en las manos demostraban un contento sin límites.

El padre Chico, como he dicho, siempre les daba ropa; pero una vez salidos de la ciudad la cambiaban por cuchillos y otros objetos.

Comprendido está que profesaban hondo cariño y gran veneración al ilustre sacerdote. Mientras él vivió vinieron siempre a la ciudad. Pero una vez muerto, alguna vez vinieron, y como no fueron muy bien recibidos por el sucesor del señor Pereira, fuéronse y no volvieron jamás.

Resultado: que los pocos que viven están hoy en aflictivo estado de barbarie.

\* \* \*

Gravemente enfermo el presbítero Eduardo, hermano del padre Chico, se impuso un viaje a Europa para que se operase. Embarcaron para Francia y la operación se practicó en París, con éxito magnífico.

Pasados cinco meses regresaron. Tal suceso fué en el año 1890.

Durante esta ausencia reemplazó al padre Pereira el presbítero don Juan de Dios Trejos.

Bajo el azul esplendoroso de la ciudad heroica jamás ha vivido un hombre más amado de su pueblo que aquel sacerdote apóstol. Su abnegación y sus virtudes conquistaron en el corazón de su pueblo veneración y cariño de raigambre indestructible. Veintiocho años hace de muerto y aún hoy más de una persona llora al hablar de él. Su nombre se oye con frecuencia, invocado como proverbial modelo de virtud. Dejó tras de sí una huella profunda de recuerdo, que es triste y doliente. La huella que sólo dejan los genios; pero es que el padre Chico era genio del bien y de la caridad.

Está entre los insustituibles. El vacío que dejó en el alma de su grey no ha sido llenado aún. Quizá no lo será nunca...

¿Por qué recuerdos y lágrimas? ¿Por qué un amor idólatra?

¡Ah!, contesta un amigo suyo—¡Cuántas personas comían por la mano pródiga del padre Chico! ¡Cuántas desnudeces cubrió! ¡Cuántas lágrimas enjugó! ¡Cuántos consejos dió!

Realmente; si sólo hubiese sido dadivoso en grado superlativo habría gozado del hondo cariño de sus feligreses, porque esa virtud singular tiene poder seductor, en razón de ser planta que se da difícilmente en el alma humana. Mas es voz unánime de

quienes lo conocieron que había en su persona un raro conjunto de virtudes, y si es que cada virtud cautiva a determinadas personas, ya tenemos la clave para explicarnos lo que no comprenden aún hoy sus contemporáneos: el culto extraordinario que se le rindió en vida y que ahora se le rinde a su memoria.

“El padre Chico todo lo daba”, dicen las gentes. Y así era en efecto. No podía ver la miseria ni la necesidad. Era padre de los pobres, incansable y lleno de cariño; daba por virtud: daba con el corazón. Vivió dando. Dió siempre, mas no recibió nunca... Dió lo que necesitaba el menestero, fuese dinero, comida o ropa. Dió para aliviar la pena del momento: supo dar. Por eso lo amaron. Por eso amamos su memoria.

Porque para ser caritativo hay que saber dar: si a un hambriento se le da una vela y otra y otra, él siempre tendrá hambre.

Acostumbró comprar algunas veces una carreta de dulce para darlo a los pobres, pieza a pieza. Era común que del campo le trajesen maíz o frijoles; el destino de estos granos era el destino común de todo lo que era suyo: los daba a los pobres. Si no le habían traído compraba una cantidad de esos comestibles, porque tenía urgente necesidad de ellos, la necesidad de dar.

Algunas veces, cuando se lo permitía el bolsillo, sin duda, disponía diez o más pesos, cambiados en dieces, para repartirlos entre los mendigos, los desamparados, los harapientos.

En cierta ocasión compró una magnífica frazada de lana. Una noche lluviosa y fría se presentó en su casa una pobre mujer, harapos y mal oliente, con un niño en brazos. La desventurada refirió al apóstol cuánto padecía por los fríos de esas noches en compañía del inocente, sin culpa de su destino. No tenía ni una manta para cubrirse ambos.

El sacerdote la despidió dándole la cobija recién comprada.

Los suyos le dijeron que otras ropas se pudieron dar a la mendiga, y no la frazada nueva.

—Ya compraremos otra, respondió.

Como los grandes caritativos, como los grandes compadecidos de la miseria y del dolor, fué humilde. Su humildad fué la de los corazones que sienten el ajeno martirio. La humildad clásica: la humildad de Jesús.

Era especial su dón de gentes. Su carácter era invariable en todos los casos. Franco, llano, generoso. Con todos siempre afable y dulce, pues no se alteraba nunca la eterna mansedumbre de su genio. Siendo su mejor placer la caridad, vivió dando y fué por ello que no conoció jamás el cansancio de la vida.



Para los enfermos del alma tuvo siempre el **consejo oportuno** y eficaz. El médico fué infatigable y diagnosticó bien: porque conocía profundamente la psicología de la sociedad en que vivía. Fué así un gran conductor de espíritus.

Tenía autoridad entre sus feligreses: la máxima autoridad que le daba su virtud.

Era extraordinario el cariño que le tenían las gentes campesinas. Era más que cariño: era devoción, veneración. Cabe referir lo siguiente, que supe gracias a la gentileza del señor ex-Gobernador de la provincia y amigo suyo don Ramón L. Cabezas; cierta vez el eximio sacerdote se retrató y obsequió con copias a sus amigos más allegados. La noticia de la preciosa dádiva se extendió en la ciudad y en los campos con prodigiosa rapidez. Y era de ver entonces los apuros del padre; todos le pedían un retrato. Abrumado al fin, ordenó que le hiciesen varios cientos, los cuales resultaron cantidad poca.

Alguna vez ví en el campo—refiere don Ramón—a personas sencillas y devotas rogando, llenas de fe, delante del retrato del padre.

Gozando de claro talento, de raras virtudes y de un arraigo insólito en el corazón de la ciudad, la obra moral del presbítero Pereira fué grande, fecunda y trascendental.

Discípulo de la fe y maestro de la caridad, era bastante liberal y hasta tolerante. Enemigo del fanatismo, lo combatió con denuedo hasta casi exterminarlo. Porque el fanatismo que había entonces era ignorante, supersticioso, insensato: era hijo de la época; hijo de la evolución cultural de la nación.

Aquel fanatismo que atribuía a los sacerdotes potestades divinas, creyéndolos enviados de Dios a la Tierra; aquella fe ciega de los que besaban la mano del cura, en un gesto idólatra; aquel fanatismo inflexible y recalcitrante que obligaba a ponerse de hinojos al oír que estaban alzando la custodia, ya estuviere la persona en la plaza, en el mercado, o en la calle; aquel velo de ciega fe, que tomaba pábulo en la superstición y en la ignorancia; aquel lamentable **estado de un pueblo que habría de ser ejemplar** más tarde en la República, todo cuanto de nocivo y de inconveniente para el progreso **tenía en el alma el pueblo alajuelense** supo cercenarlo el eximio sacerdote, con una amplia visión del porvenir y una clara comprensión de la verdadera fe.

Hemos de comprender cuán difícil y delicada era su tarea de combatir al fanatismo, pero él supo ejecutarla con tino magistral.

Y si bien sería aventurado señalarlo como factor principal en la génesis de la liberalidad y moderación religiosa peculiares de la ciudad, quizá puede decirse que le correspondió labor decisiva en la gestación de la idiosincrasia religiosa del pueblo erizo.

Percibió con certeza el color de la religión de este pueblo y quiso asentarla sobre bases sólidas, destruyendo toda yerba nociva.

Tras ese ideal luchó denodadamente. Y venció en la hermosísima lid.

Consecuente y abnegado, entregó su vida por entero a su grey. Sirvió siempre y sin interés: sirvió por la fe.

Tenía horario de bautizos; pero cuando se presentaba alguna acongojada madre a deshora, obligada por las circunstancias, él servía con todo amor, sin una gota de queja. Y muchas veces ¡qué hermoso decir esto hoy!—bautizó de gratis...

¡Razón infinita tiene este pueblo de llorar aún el varón insigne!

\* \* \*

A la muerte del Ilustrísimo y Reverendísimo Obispo Thiel la Curia Metropolitana trajo a discusión el nombre de los sacerdotes don Claudio Ma. Volio, don Carlos Ma. Ulloa, don Juan Gaspar Stork y don Francisco Pereira, para escoger entre ellos al sucesor de Thiel. Ciertas influencias dieron el triunfo al señor Stork.

El padre Chico no era un orador eminente, pero sí predicaba.

Distinguióse por su pulcritud en el vestir, y usó toda su vida sombrero de pita.

De alta estatura, de suave color moreno mate, nariz recta y bien formada; ojos agudos, negros, en los que se leía con claridad la bondad de su alma.

En sus últimos años el padecer de los riñones minó su salud.

Corría el año 1903. Hacía algún tiempo que el padre Pereira estaba en el lecho. El 19 de junio al tañer las campanas a las dos de la tarde dijo al padre Volio (Claudio Ma.), que estaba a su vera:

—Este toque ya no lo oiré mañana.

Así fué. Otro día, 20 de junio, murió a las nueve de la mañana.

Catástrofe terrible.

Las niñas de las escuelas salieron llorando desconsoladamente. La ciudad entera estuvo desolada, como azotada por un terremoto. El dolor estremeció todas las clases sociales.

Me dice un amigo del apóstol:

—Sin que haya ponderación en esto, puedo decirle que ese día no hubo un ojo seco en la ciudad.

No siempre lloran así los pueblos a sus grandes benefactores.

Levantóse una suscripción pública para comprar una lápida y para sufragar los gastos de los funerales. El Gobierno de la República contribuyó con mil colones.

La honras fúnebres fueron extraordinariamente regias. El entonces Presidente Licdo. don Ascensión Esquivel envió a su Secretario de Gobernación, el doctor don Juan Flores, para que lo representase, y a él correspondió presidir el funeral.

Con la anticipación debida el señor Gobernador de la provincia, don Ramón L. Cabezas, había obtenido de las autoridades eclesiásticas el permiso para inhumar los restos del apóstol en la Catedral de la ciudad. Y así se hizo.

Sobre la tumba hay una lápida hermosísima.

Alajuela tiene dos características: su pobreza, y su antipatía por elevar monumentos a sus hijos gloriosos, ya sean de simple gratitud o de bronce inmortal. Es por esta causa que no existe una estatua, siquiera sea humilde, para perpetuar el recuerdo del eximio sacerdote, que si bien no nació en Alajuela, tuvo en ella la madre de su gloria y el campo de su acción.

Sin embargo, hay derecho a mantener la esperanza de que algún día pague debidamente la ciudad esta deuda de gratitud, siquiera sea en bien de las generaciones venideras (1).

*Guillermo Ortiz Sequeira*

---

(1) Largo tiempo después de haber sido escrito este ensayo un grupo de caballeros de Alajuela promovió un movimiento en pro del monumento del padre Pereira.

## DON ANTONIO RODRIGUEZ

El acucioso Director de nuestro querido Instituto es hombre de magníficas ocurrencias: la de ahora consiste en recoger en un libro, a propósito del centenario del Soldado Juan, los rasgos biográficos de alajuelenses que hubieren laborado por el adelanto de la población o dejado a la juventud alguna útil enseñanza. Será, sin duda, el número que haga perdurar con más viveza el recuerdo de la celebración centenaria. Lo sensible es que el amigo Picado—al fin humano—no acierte siempre. Una de sus equivocaciones: la de haber venido a mí para que biografie a alguno de mis conterráneosidos. A no ser porque debemos testimoniar a don Teodoro lo mucho que estimamos el haberse identificado con la vida alajueleña y el laborar por su constante mejora, quedaría eximido de pedir, a él y a sus colaboradores, perdón porque estas palabras mías vengan a disonar en el concierto de las que ameritan el libro: las escribo sólo como débil aplauso a la feliz iniciativa y justo recuerdo de un hombre que fué modesto, bueno y devoto del trabajo. Poco podré decir de este señor, porque carezco de muchos datos acerca de su vida y me falta el tiempo necesario para obtenerlos. Me concretaré a lo que de él me consta en relación con el medio en que vivió. Salido de la escuela moldeada en el pobre saber y más ruin concepto de la educación imperantes aún entre nosotros en los primeros tiempos de la segunda mitad del siglo pasado, cuando se enseñaba a leer torpe y mecánicamente en la Cartilla y en el Catón Cristiano, auxiliando con el látigo y la palmeta la incomprensión del infeliz escolar, nuestro hombre llegó, sin embargo, a leer con perfecta inteligencia de lo leído, no sólo en nuestra lengua, sino también en la inglesa y la francesa. Su lectura favorita fueron las revistas científicas e industriales, y especialmente de dentistería, y en ensayos y experimentos de esa naturaleza empleó parte de su tiempo y del producto de su trabajo. Fué habilísimo de manos y mecánico por afición y aptitud. Adquirió una profesión y descolló en ella aun por sobre los titulados en universidades extranjeras. Vivió siempre con la aspiración de perfeccionamiento y puso al servicio de este ideal toda su voluntad con

aplicación a su persona y a la comunidad en que actuaba. Procuró la educación de sus hijos, les enseñó su propia profesión e infundió en ellos el anhelo de mejoramiento de que estaba poseído. Vivió, trabajó y murió en su modesta casa, contigua a la que ocupara el General Herra y a pocos pasos de la que habitó el talentoso y malogrado padre de uno de los jóvenes alajuelenses de mejor intelecto y más amplia cultura, don Otilio Ulate. Nuestro hombre, que con su vivir sencillo, su afición al estudio, su incansable laboriosidad, la excelencia de sus trabajos profesionales, su perfecta honradez y sus empeños de civismo, legó saludables enseñanzas a jóvenes y viejos, llegando a merecer hondo aprecio y afectuoso respeto y a ser uno de los elementos más sanos de nuestra sociedad y más propulsores de su adelanto, se llamó Antonio Rodríguez.

No estará de más el recordar cómo don Antonio—el primero entre los alajuelenses—llegó a ser uno de los más afamados dentistas del país.

Allá por los años de 1874 y 1875, el Doctor don Luis Cruz, padre del don Luis actual a quien todos conocemos por su fervoroso amor a la agricultura y sus empeños por enaltecerla y hacerla amar, estableció en Alajuela su oficina dental, de excelente reputación. Ocupó con ella la sección occidental de piso bajo de la casa—una de nuestras casas históricas—de propiedad entonces de don Francisco González, más tarde de don Tomás Guardia (en ella murió este ex-Presidente) y ahora de la Municipalidad cantonal, la misma casa en donde por tanto tiempo ha desarrollado sus actividades la escuela de tejidos y sombreros. El Doctor Cruz daba en las tardes lecciones de inglés. Con él aprendió don Antonio los primeros elementos de esa lengua. Pero la atención de éste fué solicitada con mayor fuerza por la dentistería, de la que se hizo diligente aprendiz. Todo el día lo pasaba observando con suma atención los trabajos de su maestro y aprendiendo a ejecutarlos él mismo: con esa perseverancia y dedicación y su rara habilidad manual, en poco tiempo llegó a ser el mejor fabricante de dientes y dentaduras. Cuando el señor Cruz trasladó su residencia a la capital, don Antonio, por consejo de él y con indecibles sacrificios, porque de nadie solicitó ni obtuvo auxilio, hizo viaje a los Estados Unidos. Su destreza en la fabricación de dientes le proporcionó medios de mantenerse allá y de acabar el aprendizaje de la dentistería. Regresó tra-

yendo los utensilios indispensables para montar su oficina dental, que luego fué mejorando con los rendimientos de la misma. Nadie ignora en Alajuela que no hubo otro dentista de mano más liviana, ni más concienzudo en la aplicación de anestésicos. Sus hijos, con filial devoción, han procurado conservar el prestigio y numerosa clientela de aquel gabinete.

Tal, este don Antonio Rodríguez, tan enemigo de vanidades. De otros alajuelenses, seguramente que no de todos, merecedores, como él, de grata recordación, se ocupan aquí distinguidos escritores; hemos de procurar que algún día los nombres y hechos de todos consten en los libros que la escuela explique y comente para fructuosa enseñanza de las juventudes. Mujeres ha habido también acreedoras a igual homenaje. Yo he querido traer a la memoria al más modesto, quizá, del grupo, por concordar mejor la sencillez de su vida con la pobreza de mis frases.

*M. Obregón L.*

## PROFESOR DON ELIAS SALAZAR SEGURA

Parece haber inspirado su personal filosofía en estas palabras de Atkinson: "No huyáis de vuestro deber, cumplidle por entero. Hacedle primero para con vosotros mismos, y luego para con los demás. No olvidéis que todos los hombres son hermanos y cada uno de ellos ha de estar unido a los demás. Dad la mano al más débil, vuestro apoyo al enfermo, vuestro consuelo al desesperado, vuestra ternura al afligido, vuestra piedad al decaído".

En efecto, fué su vida firme anhelo de perfección. En este afán fortificó su alma cada día, alcanzando nobles refulgencias. Al fortalecerse para el bien, llenó de ternuras su corazón. Ambos le alentaron en una vida de lucha, de esfuerzo continuo, de acometimiento nunca desmayado. Para varones de esta clase—que no forman legión—fueron dictadas las frases de Roosevelt: "Admiramos al hombre que encarna el esfuerzo victorioso; el hombre que no hace nunca daño al prójimo, que está pronto a ayudar a un amigo, pero tiene las cualidades viriles necesarias para arrastrarle a la severa lucha de la vida".

Nació el señor Salazar en el caserío Colima, del cantón de Tibás, el 6 de enero de 1866 y murió el 22 de agosto de 1922. Hijo del campo pudo haber vivido su vida en el sosegado rincón paternal, al calor del hogar campesino, ajeno al trajín burgués. Así sus días hubiesen sido serenos y plácidos, sin grandes preocupaciones; días libres frente al campo abierto, hermoso y saludable, plenos de olvido y de sencillez. Pero había nacido con ánima batalladora, cargada de anhelos de ascensión y su destino le marcó otro derrotero, difícil, cierto, pero luminoso: el magisterio.

"Fueron sus padres personas distinguidas por su honradez, quienes figuraron en su pueblo a manera de patriarcas, como los del Antiguo Testamento, que tanto evolucionaban hacia su Dios; pero no eran acaudalados como aquellos personajes bíblicos; su pobreza les impedía darle a su hijo una carrera científica y literaria, según parecían reclamarlo las dotes especiales que desde niño revelaba".

Pero ello no importó para la evolución y desarrollo de sus

facultades. Poseía en alto grado esa fuerza inmensa, poderosa, que hace grandes a todos los corazones y libres a los espíritus: la voluntad. Deseó subir y subió por propio esfuerzo, sin arredrarse por los espinos del sendero.

Frecuentó la escuela de su pueblo, humilde templo que hubo de ejercer sobre su ánimo infantil fuerte sugestión, mostrarle el verdadero camino del triunfo. En la sencilla aula campesina el niño fué forjándose en severas disciplinas, animadas de placenteras horas de estudio. Poco a poco el tierno cerebro nutrióse, robusteciendo su afán de redimir su condición de trabajador del surco por la del cultivador de las ciencias.

Sin embargo, la suerte tornóle al campo, aunque incidentalmente. Otra vez la faena campestre, días de sol y de fatiga, frente a los viejos y fieles servidores los bueyes, pacientes y valerosos, uncidos a la carreta en la conquista del jornal, o tirando del arado para hacer florecer una espiga. Volvieron los viajes lentos bajo el azote de la lluvia o el implacable sol, por caminos difíciles, hasta Río Frío, de donde partía entonces el ferrocarril al Atlántico. "Con el chuzo al brazo y chapoteando barro, al frente de sus bueyes, veíasele constantemente leyendo todo papel impreso con que tropezaba".

Años después ingresa al Instituto Americano de Cartago, pasando luego al Instituto Nacional, dirigido a la sazón por los señores Fernández Ferraz. Dáse a conocer aquí como otro tiempo en la escuela humilde, y de su labor como estudiante se hacen lenguas sus preceptores: siempre el primero del grupo, siempre el mejor y más laborioso de los alumnos; no ha muerto su voluntad, por el contrario, ha rejuvenecido al fervor de los altos estudios.

Del pupitre pasa a la cátedra. Todo un profesor cuando apenas lleva salvada la adolescencia. Trabaja incesantemente. Frente a sus discípulos se siente dichoso. La vida escolar tiene para el señor Salazar horas de construcción moral e intelectual.

Desempeñaba por entonces la cátedra de Historia en el Instituto don Francisco Picado, muy acreditado por su vasta ilustración científica y pedagógica, quien en cierta ocasión hubo de retirarse provisionalmente de sus labores, siendo sustituido por el señor Salazar en acatamiento a las reiteradas insinuaciones de amigos y superiores. Y es fama que el novel profesor no desairó a quienes confiaron en él, puesto que



“desempeñó su cometido a igual altura, sin atenuar el interés con que su antecesor revestía dichas lecciones”.

El señor Salazar no quiso aceptar un céntimo del sueldo que le correspondía, al cual renunció en favor de su compañero y amigo enfermo. Noble ejemplo de fraternidad y de desinterés que confirma la excelsitud de su alma delicada y limpia, cuyo ritmo siempre estuvo acorde con la más dulce bondad!

Pasa luego a ocupar la cátedra de Moral en el Liceo de Costa Rica, donde sus lecciones revistieron el mismo encanto, la misma fuerza persuasiva y sabia que sus anteriores de Historia en el Instituto Nacional. Hasta el banco escolar no le persigue más que un generoso deseo de dar, darlo todo a sus discípulos, con su ciencia, su amor y su esfuerzo. Construye constantemente en la conciencia de cada uno, haciendo revivir dormidas inquietudes que florecen como botones en el gestar de la reflexión; a su lado no prosperan sino los más puros sentimientos y flaquean los egoísmos y las mezquindades, flores marchitas de su alma de educador!

Había en la voz del señor Salazar un raro sortilegio que atraía la atención y la mantenía suya largas horas. “De sus más sencillas palabras irradiaba una luminosidad que obraba sobre los que le rodeaban. Su voz, sus gestos, su ademán, su mirada expresaban un poco del fuego que ardía en su interior”. La primera, sobre todo, “manifestaba a todos todas las emociones que quería manifestar: dulce, penetrante, si anhelaba apaciguar y reconfortar; ferviente, entusiasta, si deseaba despertar y animar; grave, profunda, solemne, si pretendía impresionar; tonante, conmitoria, si se proponía ordenar”, es decir, los atributos de un predicador. Cuando más adelante los trajines políticos y cívicos le llevaron a la tribuna, el señor Salazar más que un orador ocasional, fué un apóstol de elocuente dicción, que hacía de sus ideas, estrellas, de sus doctrinas, fuego vivo de inspiraciones.

Poseyó como el que más el hábito del estudio. Había en él la fiebre del saber, de acaparar cuanto fuese menester para su mente siempre sedienta e insaciable como ardiente *hamada* del desierto. Muy instruído en Ciencias Físicas y Naturales, llevó a cabo curiosas experiencias, si bien sencillas y no originales; denunciaba, sin embargo, un espíritu inconforme e investigador, que no aceptaba nada por simple información

sino con previa comprobación personal. He aquí otra de sus modalidades psíquicas que le distinguieron e hicieron de él un sabio sincero y convencido.

Cultivó las Matemáticas con singular dedicación y muchas veces se dolió de que la suerte no le hubiese llevado a la cátedra de dicha asignatura. Dejó escrito un texto de Aritmética para las escuelas, fruto de su propia experiencia pedagógica y que aún se conserva inédito. Fiel a lo tradicional como hombre de enseñanza, jamás pudo arreglar su publicación por falta de fondos. Por ahí anda la obra en espera de una mano comprensiva y pudiente que la saque para las cajas. En la oscuridad ha permanecido hasta hoy como pálido rosal de invernadero.

Su actividad era constante. Pocos le vieron holgar, al menos que fuese en las horas de reposo necesario, de calma en la tibia caricia de los familiares halagos. Escribió numerosos estudios sobre diferentes tópicos científicos, algunos de interés inmediato nacional tal como su monografía sobre el café, que hubo de ganarle merecida distinción en el concurso promovido por la Escuela Normal de Costa Rica.

Los mejores años de su vida los dedicó al Instituto de Alajuela. Aún parece ambular por sus aulas la personalidad noble y querida del profesor Salazar. Tuvo para ese plantel una invariable predilección, que no se aminoró nunca, ni cuando la mezquindad egoísta de la política le separó de sus aulas, aunque por corto tiempo. Del plácido recogimiento del gabinete científico pasó al ruidoso timbal de la tribuna popular. Por los pueblos y por los caminos iba con la fe y la pasión encendidas, excitando a las gentes para los comicios y ensalzando, con singular vehemencia, las cualidades de su candidato. Luchaba sin interés personal, puesto que al hacerlo entendía únicamente cumplir con su deber de ciudadano, libre en el ejercicio de sus derechos cívicos. Pasada la contienda política, dormidas, por consiguiente, las pasiones, el señor Salazar regresaba a sus labores educacionales, tranquilo y sin amargura. Su ánimo de leal ciudadano rebosaba de energía y de serena felicidad. Nada de resquemor y de envidia si llegaba el fracaso; nada de altanero orgullo ni ostentoso alborozo si la victoria alcanzaba a su partido. Su persona volvía a cobrar el sosegado aspecto del sabio. Había cumplido con su deber y eso bastaba.

En lo religioso fué ecléctico de buena cepa; valeroso pero

no intransigente. Su ideología mística no le arrastró a ningún fanatismo. Reflexionaba en los problemas del Más Allá con la serenidad de los justos y de los buenos. A nadie pretendía someter a sus ideas, pero cuando encontraba corazones propicios, sobre éstos regaba la semilla luminosa de su pensamiento. Así entendía cumplir con la sagrada tarea de remover las conciencias hacia una lógica y fecunda idealización psíquica y moral, conforme con el espíritu puro de una religión universal, humana y divina a la vez.

Su eclecticismo religioso no le apartaba, sin embargo, del evangelio de Jesús; por el contrario, conservó incommovibles sus principios aún hasta el instante de su muerte. Cuéntase, a propósito, que estando cercano su fin, en el umbral casi de la Eternidad, acercóse a su lecho de enfermo “un discreto sacerdote católico, revestido de toda buena fe, y le preguntó: Desea algo, don Elías? Salud para usted—contestó el moribundo, añadiendo luego: Siempre he sido tolerante en esta sociedad y he procurado observar con mi familia la mayor moralidad”. Gesto sublime de claridad mental al borde mismo de la muerte! Conmover acento de una voz que ya se perdía en el infinito, palpar de un corazón valiente y hermoso próximo al supremo enfriamiento!

“Puede decirse que el profesor Salazar educó a más de una generación que lo recordará agradecida. Ese es su mejor monumento porque se levanta en el corazón más que sobre el pedestal de granito tallado en mármol. Bien lo merece, ya que su acción tan benéfica no tuvo límites. Vivió la vida procomunal. Sus hermanos fueron todos sus connacionales, especialmente los niños, los indigentes y los desvalidos en general, los cuales fueron objeto de su predilección”.

Así fué la vida del profesor don Elías Salazar. Al desencarnar su espíritu e internarse en el Divino Silencio, puede decirse que la llama de su existencia no se apagó para los mortales, porque en el santuario íntimo de cada uno su recuerdo perdurará como una devoción a cumplir, como un ejemplo a imitar, como un sendero a seguir. Y las almas que perduran en la memoria de un sagrado e imperecedero amor, no acaban nunca, por el contrario, son como una lámpara votiva que se mantiene encendida a través de todas las existencias y en el ritmo de todos los corazones!

*Euclides Chacón Méndez.*

Alajuela X-VI-1931.

INDICE

## INDICE

	Página
Nota del Director del Instituto . . . . .	7

### PRIMERA PARTE

#### **Centenario del nacimiento de Juan Santamaría**

Fe de bautismo de Juan Santamaría . . . . .	11
Información ad perpetuum para comprobar cuál fué el lugar en que se hallaba la casa en que nació Juan Santamaría . .	13
Programa general de los festejos cívicos en conmemoración del Centenario . . . . .	18
El Homenaje al Héroe, crónica de la revista "El Maestro" .	21
El Grandioso Homenaje a la Memoria de Juan Santamaría, crónica del diario "La Tribuna" . . . . .	24

#### **Dos discursos y una dramatización durante los festejos centenarios:**

Nuestro Juan Santamaría, por Alejandro Alvarado Quirós	41
El Héroe, por Elías Leiva . . . . .	49
El Erizo, dramatización, por Jesús Ocaña . . . . .	53

#### **Publicaciones de la Prensa Nacional con ocasión del Centenario:**

##### Prosas:

La celebración del nacimiento de Juan Santamaría nos hizo vivir algunas horas del pasado glorioso de Costa Rica. Comentarios del señor Presidente don Cleto González Víquez .	77
Intermezzo (En Alajuela), por Leonidas Pacheco . . . . .	78
Don Ricardo a los Alajuelenses . . . . .	80
Juan Santamaría, por Ricardo Jiménez . . . . .	81
Ante el Soldado Juan, por Carlos María Jiménez . . . . .	81
Juan Santamaría, por Julio Acosta . . . . .	83
Juan, el hombre, por Rómulo Tovar . . . . .	83

	Página
Sentido histórico del Héroe Costarricense, por Moisés Vincenzi	85
La madre que nos recomendó Santamaría, por Víctor Manuel Elizondo . . . . .	86
La tea del Soldado Juan, por Nelson Chacón Pacheco . . . . .	88
Fuente de Libertad, por Alfredo Saborío . . . . .	89
Fuente de Libertad, por Lucas Raúl Chacón . . . . .	90
Apuntes para la historia íntima del Héroe, por Francisco Picado Soto . . . . .	92
Algo sobre la vida de Santamaría y de su madre doña Manuela, por Guillermo Ortiz Sequeira . . . . .	94
Algo más sobre Juan Santamaría, por Ricardo Fernández Guardia . . . . .	101
Efemérides de Juan Santamaría, por Guillermo Tristán Fernández . . . . .	103
1831—Veintinueve de agosto—1931, Editorial del diario "La Tribuna" . . . . .	107
En el Centenario del nacimiento de Juan Santamaría, por Aurelio Salazar . . . . .	108
Infundamos en el alma juvenil el patriotismo, por Rogelio Sotela	111

Versos:

Simbolismo, por León Vargas . . . . .	113
A Juan Santamaría, por Luis R. Flores . . . . .	114
Juan Santamaría, por José Joaquín Salas Pérez . . . . .	115
Juan Santamaría, por Gonzalo Dobles . . . . .	116
Juan Santamaría, por Aníbal Reni . . . . .	117
A Juan Santamaría, en su Centenario, por Napoleón Quesada	118
Juan Santamaría, por Manuel Segura . . . . .	120
Juan Santamaría, por Julián Marchena . . . . .	121

**Una lección permanente:**

**El Museo Histórico "Juan Santamaría":**

La Exposición Histórica del Instituto de Alajuela, del diario "La Nueva Prensa" . . . . .	125
Necesita el país un Museo Histórico y es ésta la oportunidad de crearlo, carta de don Luis Dobles Segreda al señor Presidente de la República . . . . .	127
El Museo de Santamaría. Carta de don Alfredo Saborío . . . . .	129
El Romanticismo del Soldado. (En el Museo Histórico del Instituto de Alajuela), por Ricardo Rojas Vincenzi . . . . .	131

	Página
Acta de una memorable asamblea verificada en el Instituto de Alajuela . . . . .	134
Decreto de Fundación del Museo Histórico "Juan Santamaría" . . . . .	137
Programa de la inauguración oficial del Museo Histórico "Juan Santamaría" . . . . .	138

SEGUNDA PARTE

**150 Aniversario de la fundación de Alajuela**

Documento Histórico. Acta de Fundación de Alajuela. Año de 1782 . . . . .	141
Programa de los actos cívicos organizados por el Instituto para celebrar el 150 aniversario de la Fundación de la ciudad . . . . .	149

**Lecciones públicas desarrolladas por los profesores del Instituto para celebrar el 12 de octubre de 1932:**

El Gobierno Civil en Alajuela, por Aristides Agüero . . . . .	149
La Cúpula de Alajuela. De mis recordaciones de antaño, por Gonzalo Sánchez Bonilla . . . . .	153
Páginas para la historia religiosa de Alajuela, por María E. Cabezas . . . . .	172
Instituciones de beneficencia en Alajuela, por Francisco González Sibaja . . . . .	182
Reconstrucción de las palabras dichas por Aurelio Salazar acerca de problemas alajuelenses . . . . .	193
Apuntes para la historia del desenvolvimiento de la cultura en Alajuela, por Euclides Chacón Méndez . . . . .	199

**Reseña histórica del Instituto de Alajuela:**

Reseña histórica del Instituto de Alajuela, por Esaú García Soto . . . . .	213
Dos trabajos relativos a las primeras épocas del Instituto. El Instituto de Alajuela, por Anastasio Alfaro . . . . .	230
Una carta de don Miguel Obregón . . . . .	235

TERCERA PARTE

**Datos para la biografía de algunos ilustres alajuelenses**

	Página
Don-Aquiles Acosta, por León Vargas . . . . .	241
Don José María Alfaro, por Ricardo Fernández Guardia . .	243
El General don Florentino Alfaro, por Ricardo Fernández Guardia . . . . .	255
Biografía del Profesor don Antonio Arroyo, por Aurelio Salazar . . . . .	261
Don Rosario Carillo, por Luis Dobles Segreda . . . . .	263
Don León Fernández, por Urania Barth . . . . .	271
Discurso de don Adán Saborío al colocar una placa en la estatua de don León Fernández . . . . .	274
General don Tomás Herra Sánchez, por Francisco Picado Soto . . . . .	276
Presbítero don Francisco de Paula Pereira, por Guillermo Ortiz Sequeira . . . . .	288
Don Antonio Rodríguez, por Miguel Obregón . . . . .	297
Profesor don Elías Salazar, por Euclides Chacón Méndez . .	300



## Instituto de Alajuela

(Fechas memorables)

- 1879.—Fundación del INSTITUTO MUNICIPAL DE VARONES, bajo la dirección de don Antonio Espinal.
- 1887.—Fundación del INSTITUTO DE ALAJUELA, sostenido por el Gobierno, bajo la dirección de don Miguel Obregón Lizano.
- 1888.—Construcción del edificio.—Gobierno del General don Bernardo Soto.
- 1904.—Reapertura del Instituto, Dirección de don Vicente Lachner Sandoval
- 1909.—Creación de la sección de señoritas, bajo la dirección de don Juan Dávila.
- 1910.—Primera graduación de Bachilleres en Humanidades.—Dirección de don Juan Dávila.
- 1921.—Celebración del Centenario de la Independencia Nacional, bajo la dirección de don Luis Dobles Segreda.  
Exposición Agrícola de Alajuela. Edición del libro "HEMOS ESCRITO".
- 1922.—Celebración del Centenario de la fundación de la Casa de San Miguel, primera escuela abierta en Alajuela.  
Edición del libro "AÑORANZAS". Dirección de don Luis Dobles Segreda.
- 1924.—Celebración del Centenario de la erección de Alajuela en ciudad. Se colocó la lápida de mármol que aparece en la portada del edificio. Inauguración de la piscina y del gimnasio. Dirección de don José Fabio Garnier.
- 1928.—Reconstrucción del edificio hasta dejarlo en su estado actual. Dirección de don Manuel Ardón.
- 1931.—Celebración del Centenario del Nacimiento de Juan Santamaría. Dirección de don Teodoro Picado.
- 1932.—Fundación del Museo Histórico "JUAN SANTAMARIA". Dirección de don Teodoro Picado. Celebración del 150 Aniversario de la fundación de Alajuela. Dirección de don Salvador Umaña.
- 1934.—Bodas de Plata del Bachillerato en Alajuela, 1910-1934. Dirección de don Salvador Umaña.

## **Publicaciones del Instituto de Alajuela**

- 1.—*Referencias que hace su Director*, el Profesor don Luis Dobles Segreda, 1920.—Corresponden a los cursos de 1919 y 1920.
- 2.—*Hemos escrito*. Selecciones de escritores alajuelenses, que recogen y publican como homenaje a la Patria en el día de su centenario, don León Cortés, don Raúl Acosta y don Luis Dobles Segreda, 1921.
- 3.—*Añoranzas*. 29 de setiembre, 1822-1922.—Copiladores: don Luis Castaing Alfaro, don Aristides Agüero, don Luis Dobles Segreda, 1922.
- 4.—*El Instituto de Alajuela en 1923*.—Informe del Director a la Secretaría de Educación Pública. Luis Dobles Segreda, 1924.
- 5.—*Primer Catálogo del Museo Histórico "JUAN SANTAMARIA"*, por su Director don Salvador Umaña, 1933.
- 6.—*Informe anual. Curso de 1932*. Presentado a la Secretaría de Educación Pública por el Profesor don Salvador Umaña, 1934.

### **Museo Histórico "Juan Santamaría"**

HORAS DE VISITA:

Días lectivos: de 7 a 11 de la mañana y de 1 a 3 de la tarde.

Para visitas en horas extraordinarias y en días feriados, entenderse con el Director quien tendrá mucho gusto en abrir el Museo

Teléfono del Instituto: Alajuela 26.

*La entrada es gratuita.*

Los maestros y profesores cuentan, para visitas en unión de sus alumnos, con los servicios de una pequeña biblioteca de geografía e historia de Costa Rica, instalada en el mismo local del Museo; con la atención de los señores profesores del Instituto y con salas de clase provistas de todos los elementos necesarios.

*El "Catálogo del Museo" se envía gratuitamente a quien lo solicite.*

## ERRATAS IMPORTANTES

(No se han indicado las que el lector puede notar fácilmente)

- Pág. 17, línea 23.—*Dice:* A. Salazar S.; *léase:* R. Salazar S.
- Pág. 26, línea 17.—*Dice:* desde su dependencia; *léase:* desde su independencia.
- Pág. 37, líneas 23 y 24.—*Dice:* el Jefe del Cuerpo Diplomático; *léase:* el Jefe del Protocolo.
- Pág. 85, línea 39.—*Dice:* llegara; *léase:* llegare. Véase en Carlos Jinesta, JUAN SANTAMARÍA-EPINICIO, 1931, esa misma cita del discurso de Vasconcelos: «Si alguna vez alcanzara poder en México—expuso—fundiría en bronce al «ERIZO» y en torno suyo congregaría a mis conciudadanos, como alrededor del símbolo continental de la raza». (Pág. 28).
- Pág. 145, línea 3.—*Dice:* Anselmo; *léase:* Esteban.
- Pág. 156, línea 8.—*Dice:* y cae la sombra; *léase:* y cabe la sombra.
- Pág. 169, línea 20.—*Dice:* spenserianos; *léase:* spencerianos.
- Pág. 180, línea 20.—*Dice:* Bruno Tick; *léase:* Bruno Tichy.
- Pág. 180, línea 23.—*Dice:* Tomás Griska; *léase:* Tomás Griszka.
- Pág. 213, línea 8.—*Dice:* del que dieron cuenta; *léase:* del que se dieron cuenta.
- Pág. 214, línea 23.—*Dice:* que presentan; *léase:* que representan.